

APROBACION DEL DOCTOR JUAN PEREZ DE
Montalvan, Notario del Santo Oficio de la Inquisicion.

POR comission de su Magestad Don Juan de Mendizábal, Secretario General de la Villa de Madrid, y su padre, he visto este Libro, escrito por el Doctor Francisco de Quintana, que fuera de no tener cosa, que repugne à la verdad Catolica, y educacion de las buenas costumbres, hallaràn en él los Filósofos doctrina, y los Politicos preceptos, los Cortesanos avisos, los ociosos falaces, y los ocupados vn breve divertimento para afloxar el arco de el martyrio de los negocios. Esta oy el mundo tan estragado, y divertido, que ha menester, que los avisos, y consejos se los embuelvan en sutilezas, y donayre, para que lo escabroso de la reprehension se ablande con lo asseado de lo escrito. Esto se pretende, y consigue con suma felicidad, y estudio de todas letras en el presente libro, à cuyo Autor hiciera debidos elogios, à pensar, que cupiera lo mucho que merece en mi entendimiento, como cabe en mi voluntad. Y assi por la parte que me toca, digo, que es digno muchas veces de la licencia que pide; ojalà que pidiera muchas, para que tuviera España un mejorado Heliodoro en Manzanares. Assi lo siento. En Madrid 7. de Junio de 1627. años.



El Doct. Juan Perez
de Montalvan.

SUMA DE LA LICENCIA.

Tiene licencia de los Señores del Real Consejo Don Pedro Padilla, para poder imprimir este libro, intitulado: *Historia de Hipolito, y Aminta*, escrito por el Doctor Don Francisco de Quintana, como mas largamente consta de su original.

FEE DE ERRATAS.

Havito este libro, intitulado: *Historia de Hipolito, y Aminta*, y corresponde al que le sirve de original. Madrid, y Octubre 10. de 1729.

Lic. D. Benito de Rio Cao
de Cordido.

Corrector General por su Mag.

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Consejo este libro, intitulado: *Historia de Hipolito, y Aminta*, à seis maravedis cada pliego, como consta de su original.

PRO.

PROLOGO.

PROCURA el docto Artifice con la valentia de un quadro, dexar, ò enseñada, ò corrida à la naturaleza, y para esto en lienzo mas escafo, ò menos costoso, corren algunas lineas, cuyos matices previene el pincel, disponen la mano, y à un mismo tiempo con la variedad divierten, y con la hermosura recrean. Esto, aunque en diversa materia, me sucede, pues antes de dar à luz, como otros assumptos mas graves, el que aora doy, no es otra cosa, que aver cortado la pluma, ò aver corrido algunas lineas en estos discursos, si tal vez incultos, nunca faltos de sentencias, y avisos con que prevenir los riesgos, à que la juventud desbocada se ocasiona, y ciega se determina. Bien se, que dar los títulos de Historia no ha de ser universalmente bien recibido, por el inutil escrupulo de ciertos Historiadores, que tienen puesto el logro de sus libros en que aya falta destes, sin advertir, à que tales daños nunca se causan de la bondad aena, y siempre nacen de la inutilidad propia. Queria yo persuadir à quantos hacen mal rostro à este genero de escritos, que si lo están con atencion, y cuydado, son tan provechosos, como las Historias verdaderas, y mucho mas que algunas, que solamente sirven à unos de cansancio, à otros de risa, y à todos de embarazo, y estorvo. Para desempeño desto será fuerza advertir, que las Historias verdaderas se distinguen de las imaginadas, en que estas refieren imaginaciones, que todos tienen por tales; y así les dan dudoso el credito; y aquellas no dicen verdades (este es necesario precepto en la Historia) y así se les debe cuydoso credito. Siendo, pues, cosa cierta, que las personas de quien muchas hablan, no fueron nobles, y otras procedieron injustas, forzoso es que sea mas fuerte el exemplo, y mas dañosa la imitacion. Quando considero que las Historias nos refieren casos, en que vnos hermanos se quitaron à otros las possessions, los Reynos, y las vidas: quando veo que algunos vassallos negaron la obediencia à sus naturales señores; quando atiendo à que muchas mugeres quitaron con lascivos brazos el honor à sus maridos; y quando advierto, que nos proponen hijos que movieron las armas contra sus mismos padres: digo, y atentamente pienso, que si las Historias verdaderas no se leen con cuydado, y con desseo de aprovechar, son alientos para algunos males, y exemplares que animan à muchas cosas ilicitas. Yo siem-

pre venero lo que tiene adquirida veneracion, siempre afirmo, que siendo vistas para imitar los hechos heroycos, son de singular estimacion, como muestras de las costumbres: mas esto no falta à las Historias imaginadas, si se leen con el mismo intento. Con que quedará adquirido, que en esta parte no se diferencian mas, que en aver sucedido así las verdades, ò aver podido suceder las fingidas.

Aviendome introducido à tratar de las Historias, forzoso parece no ocultar mi sentimiento, acerca de las prendas, que deben concurrir en el perfecto Historiador, y esto sin dár preceptos, porque yo mas me precio de discípulo de los doctos, que de Maestro de los ignorantes; y porque no querria parecerme à muchos que dån preceptos tan prodigamente, que dando quantos tienen, se quedan sin ellos para lo que escriben. Supuesto que no dexo de pexar en esta parte; digo, que muchas vezes importa tanto al Principe tener buenos Historiadores, como valerosos Capitanes; porque si bien estos ocasionan con su valor la gloria de sus dueños, aquellos con la pluma la continuan, y conservan en los sucesores; si estos con su resolucion acaban felizmente las acciones que emprehenden, aquellos con sus escritos hacen que permanezca su memoria inmortalmente. Y al fin, si estos pierden con aliento las vidas, aquellos se las dån eternas en la memoria de las gentes. De aquí nace, que si el Historiador es indocto, ò remisso, por su omision, ò por ignorancia, quedan los hechos grandes sin aquel lustre, aquella hermosura, y aquel decoro, que se les debe, y lo que peor es, sepultados tal vez en lastimoso olvido. Yo à lo menos hiciera que precediesse riguroso examen, no solo à la eleccion, sino à la permission de las personas que huviesse de tener tal exercicio, porque no me sucediera lo que suele à quien se mira en un espejo, donde si el cristal es impuro, de remissa claridad, ò toca en alguna color estraña, quanto ve tiene la misma color, quitando à lo perfecto su hermosura. Tuviere para ver acciones ilustres con lucimiento, y decoro (este solo es consejo, no malicia) espejo claro, limpio, y perfecto, hombre de buenas prendas, loables costumbres, conocida virtud, acreditada ciencia, prudente resolucion, piadosa verdad, y desapasionada intencion. Estas son partes de buen Historiador, no el ser de tractores reformadores de lo que no le toca (porque en nada convienen Historias, y memoriales de arbitrios) de inconstantes resoluciones, mal intencionados, de escusar costumbres, y de animos desapacibles, no momos necios, que censuren lo mismo que yerran, y yerren lo mismo que censuran; no presumptuosos, de infelices

escritos de vidas inimitables: porque como las escribirá buenas; quien las hace malas? No hombres que aborrezcan su estado, porque dificultosamente dirán bien, quando se ofrezca de lo mismo que aborrecen; y finalmente, no gente que introduzca en la ciencia hipocresías. Así juzgo que lo hacen quantos en diciendo que saben vna lengua, se introducen en diversas facultades, menos doctos que atrevidos.

Dilatadamente se ha divertido la pluma à tratar esta materia, si bien no de todo punto agena de mi assumpto, por ser esta Historia dictada en mi idea, y escrita en los ratos, que la juventud permite ocio al descanso de mayores estudios. Confieso, que estuve determinado à darla nombre supuesto, como à otra que escribí en mis tiernos años: más viendo que à otros no se le negaron à escritos, que ocuparon los ratos de su diversion; entre los quales me basten Alciano, y Heliodoro, y atendiendo juntamente à que mi deseo solo ha sido proponer vnos sucesos, que deleytando, enseñen, y enseñando diviertan, y vnos discursos adornados de sentencias, entre consejos, que tal vez sirvan de avisos; me resolví (aunque temeroso) à que no saliese exposito al mundo. Las obras del ingenio jamás deslucen, y siendo buenas, siempre acreditan; si estas por su rudeza no merecieren credito, disculpelas el deseo, à quien justamente acredito. Avré con esto cortado dichosamente la pluma, y corrido con felicidad lineas, que me ocasionarán à mas valientes assumptos, sirviendo solo el presente de mostrar los matices, que en otras ocasiones levantarán el dibuxo à mayor agrado de la villa.



DE

DE LOPE DE VEGA

Carpio.

AL AUTOR:

ESTE de Apolo singular tesoro,
Selva de Amores en florido Mayo;
Que de la embidia Histerica desmayo;
Ilustra el Genio del Castalio Coro.
Alma interior, en laberintos de oro
Sombra vistió, como la nube al rayo;
Argenis Castellana de Berclayo,
Y Fenix de la pluma de Heliodoro:
Tan dulce, honesta, clara, y docta suma;
Francisco ilustre, no de verde rama,
De esmeralda inmortal laurèl presuma:
Que à quien para escribir su hermosa llama;
De sus alas Amor le diò la pluma,
Seguras tiene yà las de la Fama.

DEL MAESTRO JOSEPH DE VALDIVIELSO

*Capellan del Serenissimo Señor Infante
Cardenal.*

SONETO:

Heliodoro Español, que al venerable
Griego apostaste, ingenio, estudio, alteza;
Invencion, suspension, arte, pureza,
Ossado solo al solo inimitable.
El laurèl, que con pompa perdurable;
Premiò à verdòres Griega futiliza;
Traduces, no vsurpado à tu cabeza;
Y à tus plantas pudieras no culpable:
Vive à las honras que te mereciste
De las plumas, y voces aplaudido.
Con que cantaste (ò Joben) y escriviste;
Que si compites solo al no vencido,
Y al que ninguno compitiò venciste;
De ninguno podrà ser competido.

HIS

HISTORIA DE HIPOLITO, Y AMINTA.

DISCURSO PRIMERO.

ES la soledad fuerte aliento de la tristeza, daño cruel del pensamiento, impio enemigo del regocijo, è in-
 sufrible tormento del animo; de donde infiero, que los que la de-
 lean, ò se cansan de la vida, ò nunca tuvieron temor al formidable rostro de la muerte. Diversas veces me he puesto à averiguar, si ay soledad en el mundo, y muchas me he reducido à pensar, que no es posible, viendo, que con ella vienen de ordinario variedad de pensamientos, copia de discursos, memoria de sucesos, y tal vez no pequeño numero de temores, con que queda el entendimiento acompañado de penas, combatido de indecisos pareceres, anegado entre diferentes conceptos, menos ignorante de sus daños, y mas colmado de desvelos. Haciendo experiencia destas pasiones, y considerando estas verdades, se hallò un peregrino, llamado Hipolito, de camino, que desde Madrid, de España, se dirige à la Ciudad de Salamanca, distante della poco mas de nueve leguas. Ende-
 zaba su viage à la Peña de Francia, Lugar, que por Religioso, por devoto, por milagroso, è illustre, es

digno de grandes discursos (à ser este nuestro principal assumpto) y de la Christiana piedad, con que es visitado de convecinos, y Estra-
 geros Fieles. A los efectos que antes comunicaba la soledad al noble peregrino añadian pesados aumentos, la obscuridad de la noche, la ignorancia del camino, el cansancio de la peregrinacion, y el temor de una tempestad con que segunda vez parecia amenazar al mundo el Cielo. Apreturaba à sus cantadas plantas el deseo de hallar donde recogerse, y daba esfuerzo à sus desalentados pasos el justo miedo de verle enojado; que ni ay mayor valor, que temerle, ni mayor temeridad, que no recelar sus castigos. Aconsejado; pues, de su animo, y perseverando en su invencible corazon, llegó à un Lugar pequeño, y apartado de el Real camino media legua, al qual eligió por parecerle mas cerca, y mas apropiado para huir el riesgo, que en la noche, y en la tempestad le amenazaba. Era la poblacion de gente toisca, de mal trage, y maliciosa en las costumbres: mas que mucho, si son hijas de un villano, y una Abadesa, la malicia, la rusticidad, y la igno-

horancia. Pregonó por la casa en que se solian recoger los pastagijos; pidió en ella posada, y fue apaciblemente recibido. Dieronle un aposento, aunque pobremen- te aderezado, alegremente admi- tido, que la necesidad nunca atiende á circunstancias de pobre- za, y desaliño. Entróse en él á per- suasion de su cansancio, juntó la puerta, limpió la luz de los escre- mentos que desecha el fuego, y para comenzar á desnudarse, se sentó en una silla. Despues de aver estado un rato en ella, oyó, que cerca de su misera habitacion había un ruido de bayle, fiesta, y regocijo. Aplicó el cuydado á la novedad, y los ojos á la parte don- de la musica se oía, y advirtió, que era en otra casa, que confina- ba por su aposento, con la que en- tonces le acogia. La curiosidad (grave lisonja del deseo) le com- bido, para que intentasse saber, si fuese posible, á qué fin se orde- naba, qué causa daba principio á la ruffica fiesta. Repató en un res- quicio, que el tabique tenia, ca- paz de que la luz que ayudaba á celebrar el referido contento, se comunicasse á el lugar donde él estaba: y parecióle, que ponién- do sobre la cama la silla, que an- tes era instrumento de su descan- so, entonces lo podría ser de la satisfacion de su deseo. Con fácil diligencia la puso, y llegó igual- mente con el rostro al hueco del tabique, y con la vista á participar

del referido regocijo. Como la casa era vieja, y labrada con menos gastos, que en las grandes Ciuda- des suele edificar la ostentacion, tenia la division, por donde estaba mirando tan dilatado espacio, que solamente por una parte estaba unido el tabique á lo demás. No atendió Hipolito á esto, por ad- vertir á lo particular del contenido; y por ver, que apartada de las demás estaba una muger, aunque vi- llana en el traje, tan excesivamen- te hermosa, que dudaba la vista desde su rostro á su habito, si eran distintos los sugetos, y si aquella be- lleza era de aquellos paños. A otra parte gran copia de aldeanas, en todo desiguales á la primera, y jun- to á ellas buen numero de labrado- res mancebos, que acompañaban á uno de razonable despejo, y no mal talle. La musica se causaba de algunos rufficos instrumentos, con que brindaba la juventud: hacia variedad de mudanzas, ayudando su parte las mugeres, que como suelen ser compañeras en las pe- nas, saben ser aumento en los rego- cijos. Al labrador, que en el traje se aventajaba á los demás, traxeron á este tiempo un instrumento de seis cuerdas, con que olvidado de la ocasion, en que se hallaba, mintiendo al vestido con la voz, y acreditando á la voz con la destre- za, cantó suave, y suspendió estu- do los animos presentes, con esta Cancion en alabanza de la vida
una Aldea.

L

Las
T a
T o a
E n
P o n
T o s
T l u
L i m
A b r
N o e
S i n o

B
Q u a
A l c
H a l l
T d e
D a r
Q u a
A l r
E l s e
C o n q
C e n a
S o b r e
E l s u
E n
L a s a
D e l /
S i s u
E n c a
S u s a
L u o g
L a v e
C o n f i
E n e l
T e r o
P l a s t
A m a

DISCURSO PRIMERO.

Dichoso aquel, que passa
 En una humilde Aldea
 Las horas, sin cuydar de humanas le-
 yes,

*Y aunque en fortuna escasa,
 Todo su gusto emplea
 En olvidar las Cortes de los Reyes:
 Pone à los rudos bueyes
 Tosca, y ruda coyunda,
 Y luego atentamente
 Limpiando el corbo diente
 Abre la tierra, y sus aumentos funda,
 No en ocio, à quien se niega,
 Sino en sudor, con que la ablanda, y
 riega:*

*Buelve à su casa luego,
 Quando la noche negra
 Al campo cubre de confuso luto,
 Halla à su esposa al fuego,
 Y de verla se alegra
 Dar al hijuelo candido tributo:
 Quando no llega enjuto
 Al voraz elemento
 El seco leño arrima,
 Con que su llama anima,
 Cena, y logrando su primer intento
 Sobre la misma mesa
 El sueño admite, y el cansancio cessa.*

*En el Octubre viste
 Las desnudas paredes
 Del sabroso animal, que à Baco incita:
 Si su gusto consiste
 En cazar con las redes,
 Su facil vuelo al pajarito limita:
 Luego que se acredita,
 La verde vid no inculca
 Con fruto sazonado,
 En el lagar echado
 Tere ni racimo, y al humor sepulta
 Hasta que en tosco velo
 Muda el sabor obedeciendo al yelo.*

*Republicas de trigo
 El Julio caluroso
 Mira en las rierras, que poblo villano,
 Y quando mas amigo
 Se llega cauteloso,
 Y el pie las corta con violenta mano,
 Saca el dorado grano
 De su rubia mortaja
 Con el aspero trillo,
 Y luego mas sencillo
 Limpio lo encierra, y quando mas tra-
 baja.*

*Dà por bien empleado
 El Sol, pena, y sudor que le ha costado
 Yo, pues, que tal ventura
 Alegre he conocido,
 Celebrarè mi amado desengaño,
 Gozarè la hermosura
 De mi dueño querido,
 Sin pesar, sin rezelo, y sin engaño
 Passarè todo el año
 En dichoso sosiego,
 Mirarè su luz bella,
 Serà mi amor mi estrella,
 Serà al salir el Sol, mi aurora, y luego
 Dirè: Què alegres horas?
 Viendome amanecer con dos Auro-
 ras.*

Bien advirtió Hipolito, que la
 fiesta se ordenaba à celebrar las
 bodas de aquella hermosa Aldeana,
 costumbre muy recibida en todas
 naciones, y puede ser que introdu-
 cida por algun zeloso, mas no por
 esto dexò de continuar su aten-
 cion, combidado de las novedades,
 que advertia, y gustoso de ver à
 unas alegres, à otras melancolicas,
 de las unas à algunas, y zelosas à
 muchas, que ni ay apartado lugar
 donde no llegue amor, ni rustico

amor à quien nõ atormenten zelos. En medio de esta alegría viò, que en su aposento se avia acabado la luz, y que à la agena habitacion llegaban quatro hombres embozados, y cubiertos los rostros: acercòse el uno à las luces, y matandola, diò lugar à los demás, para que parte acudiesse à coger à la hermosa labradora, y parte se preveniese para ofender al crecido numero de mancebos, que si antes celebraban la boda, yà intentaban su libertad, y su defensa. Admirado quedò el noble peregrino de este suceso, y como con la falta de luz estaba impedido, para ver el fin se determinò à baxar de el lugar en que avia hallado tan brevemente tantas confusiones para su imaginacion; mas al tiempo de ponerlo en efecto, sintiò, que por aver hecho alguna fuerza, y estar el tabique, como diximos, desviado de todas partes, se iba irremediabilmente al suelo. No pudo determinarse, ni prevenirse, y así cayò con el dentro de la casa, que primero fue habitacion de aquella alegría, y yà era confuso abismo de obscuridad, voces, y llanto. El golpe fue tan grande, y el estruendo tan espantoso, que todos presumieron, que se venia à tierra el edificio. Quedaron por esta causa las mugeres de todo punto temerosas, los hombres espantosamente aflombrados, y los que avian entrado encubiertos, tan excessivamente confusos, que trataron de salirse à toda prisa, si bien con el feliz

robo en los brazos. No lo configuieron tan facilmente como lo intentaron, pues hallando la puerta por donde entraron impedida con los fragmentos del deshecho tabique, fue forzoso dilatar la salida, y poner con la dilacion duda en la felicidad de el suceso. Levantòse Hipolito de entre las toscas ruinas, que lo pudieron ser de su persona, y hallò, que no se avia hecho daño alguno. A este tiempo uno de los Labradorès (que acaso seria el dueño de la casa) entrò à otro mas interior aposento, de donde presuroso salió con unas teas encendidas. Sirviò su claridad à los forasteros, para que viesse por donde podrian salir; à la bellisima Aldeana, para que esforzasse las voces, provocando à su defensa; à Hipolito, para que reparasse en las personas que la llevaban, y advirtiesse, que eran de nõ mal porte; y para que cuydasse de librarse de los alentados villanos, que con la diversidad de armas, à que suele obligar una defensa impensada, procuraban tomar venganza de quien les quitaba tan preciosa prenda. Sacaronla hasta el aposento de Hipolito, por el espacio que permitiò el derribado tabique; mas viendo, que no podrian escapar con la vida, si hacian mas resistencia; porque con espadas, piedras, y otros instrumentos, en los villanos se aumentaba la fuerza, y en ellos el riesgo, la dexaron, y pusieron en retirarse el desvelo que avian tenido en robarla. Como

DISCURSO PRIMERO:

la impaciencia atiende poco, la colera ciega al discurso, y la pasión entorpece à la vista, temió Hipolito, que viendole forastero, no juzgassen, que era complice en el delito, y que el habito de peregrino era disfráz malicioso, para llegar encubierto, y seguro. Atento à esta imaginacion, tuvo por medio mas cuerdo ausentarse de su presencia para escusar su furia, que esperar su cordura para huír tan conocido riesgo. Salióse para esto à la calle por la puerta de la posada, donde se juntaron la tempestad del Cielo, y la de los colericos aldeanos; aquella con diluvios de agua, y esta con abundancia de piedras. Echaron los forasteros para burlar su indignacion, unos por una, y otros por otra parte, siguiendo Hipolito la que le pareció mas segura. El que nace à ser infeliz, nunca dexan de acompañarle sus desdichas; y así se vió en él con evidencia esta verdad, pues por ausentarse del rigor de los toscos villanos, se acercó al peligro de un alentado arroyo, que aviendo, con ayuda de la copiosa lluvia, cobrado poderosas fuerzas, mostraba su baxeza en usar de ellas con toda violencia, que es muy ordinario en los humildes valerse del poder que alcanzaron, para grangear la autoridad, que no merecieron.

En medio de la corriente de sus aguas se halló tan impensadamente, que ni se pudo prevenir para escusar el daño, ni se pudo recobrar para evitar el peligro. Mas hacien-

do de la ocasion impensada ostentacion cuerda de su valor, hizo al peligro crisol de su alentado esfuerzo. Tendió los brazos para conducirse de la otra parte, fiado en que tambien el agua se sabe dexar obligar, pues tal vez, quien la lisonjea con ellos, halla entre sus cristales diafano camino. Avia en la distancia del espacioso arroyo una isleta pequeña, que por ser parte superior no se dexaba ocultar de el agua. Llegó à ella Hipolito, y parecióle pisar allí la tierra; así porque las obscuras sombras de la noche no le permitian asfegurar-se de mejor esperanza, como por descansar, para proseguir en su fuga, quando el Sol le diese con sus luces mas seguro atrevimiento, ó para que cessando la violencia del arroyo, y la fuerza de la tempestad, se moderasse la repentina furia de tan impensada corriente. Torció con las manos lo mejor que pudo sus mojados vestidos, y escuchando el agua que se le avia entrado en la boca, regaba segunda vez los hombros con las reliquias que se avian ocultado en el cabello. No se lamentaba de estas penas que padecia, antes creyendo que eran castigo de su curiosidad, decia: Quien curiosamente desea mas de lo que le importe saber, justamente llega à saber lo que le importará ignorar. En medio de estas advertencias (que no ay mayor cordura, que buscar à los trabajos principio en los passados defectos) sintió no estár de todo punto so-

lo, pues oye entre claros suspiros algunas mal formadas razones. Dió mas que pensar à su admirada imaginacion (mejor dixera à su admiracion no imaginada) el parecer segun era débil el sonido de la voz, que seria muger la que afligida suspiraba, y lastimada se afligia. Llegòse mas cerca, y visto por èl su negro bulto, tan lexos estuvo de espantarse de verle, que se adelantò à recibirle; repitiendo à pedazos, como antes impedida de las lagrimas, ahora de copioso aliento, estas razones. Vilmente quiere asegurar sus desdichas, quien desespera del remedio de ellas, y justamente carece de remedio, quien no dexa en la esperanza puerta por donde puedan acometerle sus dichas. Quan pelarosa estuviera de verme arrojado (ò noble Don Enrique!) al furioso curso de las aguas, pues huviera sido mi perdicion, como es mi remedio cierto. Alegre estoy de aver sido cobarde, pues así avrè conservado mi vida. Decia estas razones segun despues se advirtió, sintiendo lo contrario, porque tal vez importa, que diga la lengua lo que el corazon no siente.

Dudaba en responder à Hipolito à estas razones, por no la quitar con el desengaño de que no era quien pensaba, el contento que con su engaño tenia; mas viendose obligado de las demonstraciones que hacia, y de lo que estrañaba el no responderla, la dixo: Quanto he dilatado la respuesta, debeis, ò

señora, à mi cortesía, pues presumiendo que aveis de perder el gusto que mostrais, con el conocimiento de que no soy quien juzgastes; me he detenido hasta aora, que no era bien, que tan presto perdiessedes triste el alegría que buscabais codiciosa. Mas aunque ha sido fuerza responderos, no será violencia el ofrecirme à ampararos, para que quedeis satisfecha, de que si no hallastes la persona que buscabais, aveis hallado, por lo menos, quien sabrà aventurarse por vos en quanto se ordene à serviros. Mostrò la antes infelice muger, no pequeño consuelo entre mas que mediana alegría, oyendo los corteses ofrecimientos de Hipolito, que conociendo en su necesidad la aceptacion de sus promesas, profugió en ellas, hasta reducir las à efecto. Quiso preguntarla muchas veces, quien era, y que ocasion la avia traído à tan estraño lugar, y siempre lo dexaba de hacer, atendiendo à que aquella ocasion no era a proposito, para informarse curioso de la causa, sino de remediar cuidadoso el peligro. Passòse en estas, y otras razones un largo espacio de tiempo, y faltando con èl la tempestad, y sobresalto, se aumentò el piadoso esfuerzo de Hipolito.

La luz del Sol comenzò apenas à dár recien nacido lustre à los campos, quando reparò en que yà eran mas débiles las fuerzas de el riguroso arroyo, por saltarle con la lluvia el alimento, y tratò de re-

do
tab
avi
par
y
El
cat
no
rad
gra
tan
par
gua
gen
tan
sas
fue
fect
fari
las
das
do
trab
cha
ado
igu
das
ba
vn
pef
tos
bri
can
me
llin
qu
ta
(e
fio
era
gu

DISCURSO PRIMERO.

Conocer las prendas con que es-
 taba adornada la persona à quien
 avia prometido su ayuda. Bolvió
 para esto cuydadosamente los ojos,
 y vió una muger de estas señas.
 El rostro, como marfil blanco; los
 cabellos, en un medio, ni como la
 noche oscuros, ni como el Sol do-
 rados; los ojos negros, à quien por
 grandes cubrian las pestañas, ellas
 tan crecidas, que muchas veces
 parecieron defensa de sus niñas, ò
 guarniciones de evano à su ima-
 gen; las cejas, aunque pobladas, ni
 tan juntas como si no fueran diver-
 sas, ni tan apartadas, como si no
 fueran distintas; la nariz tan per-
 fecta, que ni faltaba en lo neces-
 sario, ni sobraba en lo superfluo;
 las mexillas, y la frente, adorna-
 das de retorcidos rizos, que cayen-
 do igualmente sobre ellas, mos-
 traban avaras poco carmin en mu-
 cha nieve; la boca pequeña, y
 adornada de blancos, menudos, y
 iguales dientes; las manos abulta-
 das, y cortas; el vestido conserva-
 ba su lucimiento, à beneficio de
 vn fieltro, que le defendía de la tem-
 pestad, y era superiormente cos-
 toso, porque el jubon con que cu-
 bria, y adornaba, el pecho era en-
 carnado, guarnecido, y quaxado de
 menudas trenzas de oro; el falde-
 llin, de tela de la misma color, el
 qual permitía prodigamente la vis-
 ta de los pies, pretos por pequeños
 (como si fuera delito) en dos pri-
 siones de oloroso ambar; la ropa,
 era azul, con muchos alamares, y
 guarniciones de plata, el capoti-

llo, de la misma color, y guarnicion
 de la ropa, aunque con esta disc-
 rencia, que èl estaba bordado à
 trechos, y ella picada, y cogida con
 unos lazos. La voz, que no suele
 ser el menor adorno de la belleza,
 era blanda, dulce, y sonora; y el
 entendimiento tan claro, que mu-
 chas veces se passaba de los limi-
 tes de Cortesano, al que suele re-
 tener quien professa, ò graves nego-
 cios, ò serias, y agudas cien-
 cias. Quien viendo tan hermoso
 sugeto no quedara enamorado:
 Quien à tan superior belleza no se
 viera rendido, sin que le faltara el
 alma, ò corriera peligro de insea-
 sible?

Nunca tuvo el amor tan limita-
 do poder, que se reduzga à leyes;
 pues como dixo Boccio: Para el
 amor, èl es la mayor ley de sí mis-
 mo; por cuya causa comenzó Hi-
 polito à amar en un instante, con
 tan crecido amor, que à no ser tan
 digno el objeto, mas que amor pa-
 reciera desatino. Tuvo dicha en que
 no fuese infeliz su nacimiento,
 pues reparando en èl la hermosa
 dama, halló un hombre, como le
 pudiera pintar en su imaginacion:
 alto, corpulento, de agradable
 persona; ni tan blanco que pudie-
 se tener à nadie embidioso, ni tan
 moreno, que excediese de robusto;
 proporcionado en las faccio-
 nes, ayroso en el brio, modesto en
 el despejo, grave en la vista, pru-
 dente en el ingenio; y aunque cu-
 bierto de una tunica corta de sa-
 yal, hayito de su exercicio, tan as-
 seado,

teado, que no le hacian falta las Milanesas telas, si bien la passada tempestad, y desdicha, no le dexaba lucir con la excelencia que solia. Dize, que el amor de Hipolito no fue infeliz en su principio, porque aunque la hermosa dama no comenzò à quererle al mismo punto igualmente; con todo esto, ni le desagradò la persona, ni le negò en quanto le daban lugar sus cuydados justa correspondencia: demàs de que feliz se debe llamar amor que nace, quando sobre no desagradar, ay ocasiones de servir, y merecer. Atendió à esto el noble peregrino, quiso averiguar, si es verdad, que es principio de querer, dexarse obligar las mugeres, y ver si tenia su amor entrada por esta parte. Consultò de la hermosa dama el deseo, y aviendo tenido su beneplacito, determinò llevarla à lugar donde quedasse obligada de su cortesía, y le dixesse quien era, y que novedad avia causado el extraño peligro en que la avia hallado. Cogióla en los brazos para passarla el referido arroyo, y esperando à que ella recogiesse bien sus vestidos, bolvió à mojar segunda vez los suyos. Passòla tan despacio, como quien temia la salida, donde era fuerza dexar el dulce peso; pusola sobre la mojada orilla, y saliendo despues pensaron algunas yervas, que bolvia de nuevo la tempestad passada; torció como primero los vestidos, y aliviado algun tanto de las molestias del agua, comenzò à

caminar en compañía de la hermosa dama. Esforzaba su temor con razones, y con la esperanza de remedio à su cansancio, si bien no eran menester demasiados esfuerzos, porque el que ella tenia pudiera dár admiracion à quien primero la mirara con lastima. Breve rato, aunque con grande aliento avian caminado, quando llegaron à un prado deleytoso, donde se repastaba gran copia de ganado mayor, entre el qual avia un buen numero de furiosos, y alentados toros. Bien se recelaba Hipolito de algun peligro, viendo que algunos dexaban el necessario pasto, y los seguian cuydadosamente con la vista; mas à su imaginado peligro hizo riesgo manifesto uno de los referidos animales, que con partidas, y maliciosas plantas se desviaba de los demàs, y se acercaba à sus personas. Veia Hipolito, que defenderse era difícil, por faltarle instrumento con que hacer daño al contrario. Atendia à que huir sería afrentoso, y en tal ocasion, infame, dexando en ella una muger, que quando por su hermosura, y por el amor que la confesaba no merecia su amparo, por averse valido de él, y averse asegurado en su ayuda, era digna de mas cortés intento.

Llevado de estos pensamientos, se afligia el noble peregrino, y sin hallar lugar à ninguna determinacion, elaba à sus venas el temor, y impedía à su discurso la grave dificultad de remedio. La infeliz

liz c
ba à
guia
desf
car
do
qua
que
did
hol
zab
ta.
fida
adr
fuc
ced
dañ
le,
zar
hal
la v
de
car
esta
vie
avi
no
lito
par
los
go
ver
fer
fus
ñon
ado
dex
qui
Hi
dic
la,

DISCURSO PRIMERO.

9

liz dama ; presurosa se adelantaba à este tiempo , y Hipolito la seguía. Ella con la afliccion huía descompuesta , y èl con el recelo caminaba cuydadoso. Ella perdido el color , bolvia de quando en quando el rostro à la temida fiera , que à no serlo , pùdiera quedar rendida à su hermosura , y èl casi se holgaba de su temor , porque gozaba así mas amenudo de su visita. Quien no atendiere à la diversidad de nuestros afectos , podrá admirarse de lo que à esta dama sucedia , y à todos de ordinario sucede , quando esperamos algun daño , que es bolver los ojos à verle , como si nos importasse alcanzarle : mas mirado à buena luz , hallará , que esta natural accion de la vista , mas es para asegurarnos de que le huimos , que por certificarnos de que le tenemos. Con esta suspension , y estas penas bolvieron al mismo arroyo de donde avian salido , aunque mas abaxo , no mucha distancia. Quiso Hipolito arrojarle tercera vez al agua , para coger à la afligida dama en los brazos , y librarla de este riesgo , mas no lo pudo hacer tan brevemente , que no llegasse antes el feròz animal à impossibilitarle sus intentos. Acudió la misera señora à ampararse de un tronco , adonde en su mayor violencia avia dexado el arroyo algunas reliquias de su pasada erocienne , y Hipolito por no dexarla sola , acudió en su seguimiento à defenderla , aunque fuesse dexando hacer

en su misma persona el golpe. Mas la fortuna , que tan penosa ocasion les avia embiado , no les destituyò de todo punto de remedio , pues entre las demás cosas que avia traído la fuerza del agua , se quedó asida de una rama del seco tronco una espada tan hermosamente guarnecida , que parecia prenda de alguna persona , mas que medianamente illustre : cogióla Hipolito alegre , y desnudando el blanco acero , ella quedó al parecer gloriosa de que la gobernasse tal brazo , y èl con ella tan alentado , que aun mas peligro , puesto junto à su aliento , le pareciera corto. No se descuydaba el fuerte animal en procurar el daño del prevenido mozo , como si le importára buscarle , manifestò exemplar de un embidioso , que no solo procura el daño quando vê el provecho ageno , sino aun quando teme la desdicha propia. Paròse cauteloso el que antes llegaba ligero , y Hipolito , como antes le huía ligero tambien le esperaba cauteloso. La fiera arrancaba con las manos la menuda yerva , para cubrir los pies en que se sustentaba el cuerpo , y Hipolito cubria con el capotillo de oro , y seda , que la dama con la turbacion se avia dexado , el desnudo acero con que le pensaba despojar de la vida. Acometiòle el toro finalmente , mas retirandose Hipolito àzia su lado izquierdo , le dexò passar un poco. Como la hermosa dama estaba tan cerca , vien-

Viendo que avia errado el primer golpe, intentò desquitar con el segundo en ella su rigor , y fierzas ; mas à este tiempo le asió Hipolito del siniestro instrumento de su ira , y descargò sobre su arrugado cuello tan alenrado un golpe , que las vecinas yervas vestidas de granates se enriquecieron à costa de una herida, y celebraron la venganza de su pasada injuria. Asegurò con otro tan violento, que à pocos quedò en el blando suelo tendido, haciendo pronosticò , quando primero escarbaba de su futuro suceso, pues aquello era no peynar la arena , sino hacer sepulcro à su vida.

Agradeciò la dama desuerte este beneficio , que casi pareciò mayor el agradecimiento. Hipolito escusaba à su valor , diciendo, que todo se debía à su presencia , y à la dicha de aver hallado aquel instrumento de su defensa. Paso en èl la hermosa dama los ojos , y despues de averle reconocido , y pedido à Hipolito , dixo : Principio de buena fortuna es el que yà imagino en la mia , porque entonces comienzan excelentemente los bienes, que se advierte la pérdida de los males. Mientras se admiraba atenta la noble dama , viò Hipolito un pequeño bulto , que reluciendo entre la asquerosa lama del arroyo, con diferentes visos engañaba , y se burlaba de la vista: llegòse mas cerca, y hallò , que era un aderezo de cavallo bordado, con unas flores de oro. Sacòle del

lugar en que estaba , y bolviendo adonde la hermosa dama avia quedado , confirmò en ella sus primeras sospechas, y aun no se, si su pasado deseo. Bien advertia el discreto peregrino por las señales exteriores, parte de la interior causa de estas novedades , pues tenia para testigos de su presumpcion los correspondientes despojos del cavallo, y espada, y el aver oido quando llegò desconocido à la presencia de la dama, el nombre de Don Enrique. Inferia que se llamaba así algun cavallero, que la acompañaba: y si bien en sus razones, ella antes mostraba averle tenido aborrecimiento que amor , con todo esto recibia increíble desallosiego quando llegaba à pensar , que ò sería su esposo , ò su amante, y qualquiera de estas cosas grave estorvo de su recién nacido deseo.

O lo que puedes amor ! O lo que piensas ! Qué vario eres en tus discursos , que impio en tus obras, que barbaro en tus conceptos, que embidioso de agenos bienes, y que digno de propios males ! Oy llegas à tener rendido el pecho del noble Hipolito , y oy llegas à hacerle que tema en la hermosura de su nuevo objeto , los favores de el no conocido D. Enrique. Obligafle à que se huelgue de sus daños, y à que se alegre de pensar , que yà perdió la vida , sin mas interés, que inferir de su muerte, que podia proseguir sus afectos sin competidor. Viendo, pues , que gastar el tiempo, y esperar mas entre aque-

llos

fles
apre
que
cor
cor
la s
dof
ces
da,
dam
par
just
mi
pue
pre
quie
resp
tern
ven
gro,
que
tro
ten
de
la q
que
no d
sus z
prin
do
ama
los p
fado
aver
tal a
cipio
po q
part
inter
cava
ria

DISCURSO PRIMERO.

- 11 -

flôs húmedos pantanos, no sería a propósito, así por la incomodidad que tenían, como por el peligro que corría su salud, si se detuviessen, cortesmente la rogò, que dexasse la suspensión un rato, disponiendose al remedio de tan precisa necesidad como los oprimía. Cuerta, y atentamente le respondió la dama: No penseis, ò piadoso amparo mio! (què desde oy mereceis justamente este nombre) que nace mi suspensión de mi desconsuelo, pues como algun dia sabreis, estas prendas son de un Cavallero, à quien primero debì cortes correspondencias, y despues villano termino; y aunque me presumo vengada, y por esta parte me alegro, me suspendo piadosa, viendo, que parece que degenera de nuestro sèr la muger, en quien se sienten defectos de piedad. Bolvió desde esta conversacion Hipolito à la que primero avia propuesto, que era salir de aquel Lugar, por no dár en su respuesta indicio de sus zelos, manifestandolos à ellos primero que à su amor: necio modo de introducirse de algunos amantes, pues si la persona à quien los piden es cuerda, viendo el enfado que esperan, la necedad que averiguan, y el fin que ha de tener tal amor, se le suelen dár en el principio, acabandolo al mismo tiempo que comienza. Mirò à todas partes curioso, para conseguir su intento, y à largo trecho viò un cavallo de campo, que acafo sería de alguno de los baqueros que

cuydaban de todo àquel ganado: Como en necesidad estrema todos los bienes, por ley natural, son comunes; en esta, que era tan grave, no le pareció delito cogerle, y llevar en él à la hermosa señora, hasta el primer Lugar, donde tomando otro medio, pudieffen dexar encargado à alguna persona que le bolviessè, mientras ellos proseguian su viage. Puso en execucion su pensamiento, y haciendo de un tosco cordel blando freno, à rigor de dos piedras, le quitò unos grillos, con que andaba libremente preso. Truxole adonde la Dama esperaba, echòle liberalmente la silla, que poco antes avia hallado, y puso la cuidadosamente sobre ella. Quiso quedar él à pie, ò por no desdecir de el habito que traia, ò por no desacomodar à quien llevaba, mas que en el cavallo, en el pecho. Caminaron de esta suerte dos leguas, en cuyo espacio, por hacer con la novedad lugar à la diversion, la contó el fundamento de su viage, el fin de su peregrinacion, el principio de su nobleza, el amor que avia comenzado à tenerla, si bien tan honesto, que parecia mas passion natural, que desordenado afecto, y ultimamente el estado de su persona: Mostròse la noble Dama parte consolada, por tener tal alivio en su necesidad, y parte alegre viendo; no sè, si porque la condicion de las mugeres facilmente se consuela, ò porque el valor de Hipolito la tenia justamente obligada, y

sus

sus prendas la llevaban gustosamente rendida. Por esto, y porque para ser la paga en todo igual, ha de ser en la misma especie, que la deuda, comenzó à pagarle su relacion en otra de su vida, diciendo de esta suerte.

Bien sè yo (ò ilustre, ò agradable, y noble Hipolito!) que mi historia no os ha de ser desapacible, si atendeis, à que demàs de ser estraña, es verdadera, que como las verdades son objeto del entendimiento, tambien se ajusta mas con ellas el gusto. Si alguna vez os pareciere, que salgo en la narracion de los limites, que no en otras suele tener el discurso, no os admireis; porque ni somos de diferente naturaleza que los hombres, ni son menos perfectas (en quanto à la perfeccion substancial) nuestras almas, como se advierte en tres Coricas, dos Aspasia, una Hortensia, una Sapho, una Cenobia, una Cornelia, una Praxila, sin otras, como Arete, Proba, Eudoxia, Istrina, y Casandra, que pudiera dexar, por no ocupar demasiado tiempo en cosa por si tan manifestada. En nuestra España he tenido yo noticia (dixo Hipolito) de otra, que ha excedido à todas essas, à quien por excelencia llamaron la Latina. No me ha faltado de ella noticia (dixo Aminta) pues su cordura, su prudencia, su santidad, y sus letras, fueron à la Católica Reyna Doña Isàbel, siendo su Camarera de tanta importancia, que ninguna cosa intentò, que no se

la consultasse, y ninguna consultò, que no tuviesse dichoso acierto. De suerte, que mereciendo nombre de tan docta; para si adquirió credito, para su nacion gloria, y para nosotros un exemplo, con que quedan convencidos quantos no sienten, que es facil à una muger conseguir quanto intenta, y que muchas los han podido exceder, y aun enseñar, como Aspasia à Pericles, primero su discipulo; luego sabio, y ultimamente su Esposo. Con esto no parecerà impropio en mi, lo que ha sido en muchas cierto, y quedarè segura de que no se estrañarà en el sugeto lo que me ha costado tantos desvelos, como en este discurso de mi vida os han de hacer mis razones patente. Comenzarè desde el principio de ella, para que supuesto que tratais de quererme, sepais à quien estimais, y con que muger os aventurais; cosa que avian de hacer todos los hombres, si no quieren despues de verse empeñados, hallarse arrepentidos. Nací en Bolonia, ilustre Universidad de Italia cuyo credito tiene bastantemente dilatado su nombre, y el proprio mio es AMINTA, y à feliz, pues he debido à mi suerte; el aver salido de los peligros que sabeis, y de los que aora escuchareis brevemente.

Quisiera proseguir la discreta dama su historia; mas descubrió Hipolito à este tiempo un pequeño lugar, ò poblacion, y pareciendole que estaba cerca, la dixo: Her-

mo-

mo-
esta
que
dan
fiest
pecu
bre
fueg
no r
qui
su g
ha c
cia
Sup
inte
escu
par
pue
xei
gun
pac
Suc
lo c
zac
que
det
fior
za.
que
des
glo
her
dir
fue
lim
ge
ba
co
fi
pa

DISCURSO PRIMERO.

13

mola señora mía, bien creo, que estareis satisfecha de el gusto con que os escucho, si advertís á las mudanzas que hace mi rostro, manifestado indicio de las pasiones de el pecho, y de los afectos con que en breve tiempo se ha aumentado el fuego de mi amor, cosa de que yo no me admito, porque se engaña quien piensa, que se ha de regular su grandeza por la distancia que ha que nació, y no por la excelencia de quien le ha dado principio. Supuesta, pues, esta verdad, y que interrumpir vuestra historia, no es escusarme de oirla, sino dilatarla para mejor ocasion, os ruego, que pues está tan cerca esta aldea, la dexéis, hasta que aviendo tomado algun alivio, vos la refirais mas despacio, y yo la escuche mas atento. Sucedeme á mi (ò Aminta bella!) lo que sucede á quien ha comenzado á gustar un manjar sabroso, que temiendo que se le acabe, se detiene, y èl mismo huye la posesion, para que no le falte la esperanza. Despues sabré las novedades que prometeis, tan lastimado de las desdichas, como alegre de vuestras glorias, y tan inclinado á vuestra hermosura, como á vuestro entendimiento, que esta es la mayor que fuele tener el alma, hablando en los limites naturales.

Sintieron á este tiempo ruido de gente, que presurosa se les acerca. Eran seis, ò siete hombres rusticos en la apariencia, y el traje, y así no hizo demasiado caso Hipolito, pareciendole, que serian de aquel

lugar adonde hacíad su viage. Mas brevemente se hallò engañado en su pensamiento, pues quando llegaron á igualar con èl, le cogieron todos juntos por los brazos, y hicieron imposible su defensa. Ataronle con un grueso cordel, y tratandole de infame, de traydor, y otros viles renombres echaron á Aminta de el cavallo, y lo mejor que pudieron atravesaron en èl á Hipolito, asegurandole con lo que del cordel avia sobrado, para que no se echasse abaxo, y se les fuesse. Con esto dieron traza de bolver á su aldea, diciendo á la cuydadosa dama (que lastimosamente les obligaba con su piedad á que le dexasen) que agradeciesse, que no la llevaban á ella, y advertiesse, que si la dexaban era por parecerles, que no seria culpada en el hurto de aquel cavallo. Aquí comenzó la noble señora á afligirse mas apretadamente, viendo que por traerla con descanso, llevaban á su bienhechor tan injustamente preso. Por mas que los persuadia con ruegos, y los obligaba con razones, la dexaron sola, siempre firmes en su primer intento. O barbara rusticidad, bastantemente quedas acreditada de intratable, è inflexible; pues ni contigo vale la razon, ni adquiere veneracion la hermosura! Viendose la miserable señora llena de mayor desconsuelo, que hasta entonces, por mas desatendida de amparo; y atendiendo á la priessa con que llevaban á Hipolito los referidos villanos,

etc.

desesperaba de poder seguirlos, no obstante, que lo procuraban sus delicadas plantas. Tal vez le parecia conveniente irse à aquella cericana Aldea, para pedir favor à sus moradores, y en comenzando à andar con este intento, se paraba para bolver à mirar à Hipolito, y embiarle (yà que no podia otra cosa) mil suspiros. Bolvia algunas veces à desandar parte de el camino, hasta que la detenia la dificultad de alcanzarle. Ella indiferente no sabia que hacerse, y sus passos, siguiendo à sus deseos, daban indicios de su indeliberado pensamiento. Ponderaba brevemente en su imaginacion, lo que debia al valor de Hipolito, la correspondencia de que era digno su termino. Proponia su discurso à su voluntad mil exemplos, probando lo que degeneraba nuestra naturaleza, y el lustre que pierde quando se niega injusta, y olvida ingrata el beneficio. Acordabasele, que aun en los animales ha sido loable el agradecimiento, como consta del Perro de Jason, el Cavallo de Antiocho; el Aguila Sixta, y el Aspid Egypcio.

Llevada, pues, de estos discursos, acabò de resolverse à seguirle; y yà que no pudiesse alcanzarle, determinò llegar al mismo lugar que le llevaban, lo qual, puesta en el camino, no seria muy dificil. Pareciòle, que así podia su diligencia procurarle libertad, satisfaciendo à la Justicia, de que no avia tenido intento de hurtar el cavallo, sino

de valerse de el en ocasion tan preciosa, para redimirse por esta parte de tan grave trabajo. Alentòse lo mejor que pudo, y si bien yà le avia perdido de vista, caminaba alegre, juzgando, que no podria errar el viage. Nunca se tarda el desengaño, quando le ha de estar mal al que le tiene; y así presto llegó à la hermosa Aminta la experiencia de esta verdad, y de su yerro. Avia en el discurso de el camino una Cruz, donde se dividia en tres distintos; y como la noticia que tenia de la tierra era tan corta, despues de aver llegado à ellos, no supo qual elegir para tener efecto en su deseo. Por no hacer el error grave, y el cansancio infelice, yendo por diferente parte que à Hipolito avian llevado, se puso à esperar, que algun passagero la informasse, si avia encontrado à un hombre de sus señas. Sentòse en el repecho de una cuesta, para cobrar aliento en aquel breve descanso, si le podia tener quien en tan limitado tiempo avia hecho à su alma deposito de tantas penas. Haciafe cada instante à su esperanza un siglo: atendia à que el tiempo se passaba, y que se impossibilitaba con la tardanza el favor que el noble preso pensaba llevar en su diligencia, y cuidado; y al cabo de un largo espacio, viò venir un caminante à cavallo, buena disposicion en la persona, y presuroso en el passo: el vestido que traia parecia aver sido costoso, si bien estaba por muchas partes deslucido. Levantòse para preguntarle;

si ten
tante
de h
Enri
tuna
cree
med
el ar
riqu
da tr
pens
verla
daba
dich
de p
Sign
con
el go
pena
respu
dem
trab
to,
ria l
poli
pue
agra
ner
tas
para
cun
car e
de v
enc
tima
Qu
trar
Enr
ste
l'ban
ang

DISCURSO PRIMERO

15

si tenía noticia de lo que le costaba tanto desasosiego, y al tiempo de hablarle, conoció, que era Don Enrique, causa de sus estrañas fortunas. Alegróse de verle, mas por creer, que avia hallado un eficaz medio de librar à Hipolito, que por el amor que le tenia. Apeóse D. Enrique, y si bien con su acostumbra da malicia, pareció celebrar tan in pensado hallazgo. Admirabáse de verla libre de aquella tempestad, y daba à su estrella parabienes por la dicha de ofrecersele, en lugar donde podrian proseguir sus intentos. Significabala quanto pesar llevaba con su ausencia, y que era entonces el gozo, como primero avia sido la pena: En Aminta era el placer correspondiente à algunas fingidas demonstraciones que hacia. Afirmabale, que le avia llorado muerto, y entre los demás sucesos referia las obligaciones que tenia à Hipolito, las deudas en que la avian puesto su valor, y cortesía, y el agradecimiento que pensaba tener à tan superiores empeños. Por las luces ha menester la verdad, para ser conocida, y por encarecimientos la lengua para manifestar el sentimiento del alma, y así lo veia claramente en el modo de encarecerlos, la verdad con que estimaba en Hipolito los beneficios. Quanto mas fuerza ponía en mostrar sus afectos, de escude que D. Enrique pagase las deudas que ella reconocia, tanto mas se aumentaban en él, sobre la aspereza de su

condicion, unas sospechas viles, que poco antes avian tenido origen en su corazon de alabanzas ajenas. El se escusaba de bolver por el rencor, que sin conocerle le tenia, y ella pareciendole falta de conocimiento de su obligacion, se las bolveria à referir mas fervorosa. El se mostraba con esto mas remiso, y ella le acusaba de descuydado, perezoso, desagradecido, è impio. Todo lo qual hacia tan diversos efectos en los dos, que era en uno rebeldia, y dureza, lo que en otro era lastima, agradecimiento, y piedad, acompañada de algunos principios de amor los quales llegan mas seguros siempre debaxo del titulo de compasiones. No culpára yo aquí à Enrique, si él supiera la verdad del pecho de Aminta: mas juzgando que aquel solo era agradecimiento, como ella le afirmaba. Quien no se lastima de ver en animos bien nacidos naturales ingratos? Quien no se admira de ver algunos hombres juzgando por lo que les dicta el remor, y tal vez su malicia, sin dár credito en nada à los ojos, ni sin consultar à los oídos, tan pagados de lo que piensan, que no creen mas de aquello que presumen? Considero yo aquí à D. Enrique, oyendo las piadosas razones de Aminta, los beneficios de Hipolito, y no obstante que las tiene por piedades, y beneficios, de todo se divierte, aquellas le cansan, y estos le molestan; de donde infero, que las buenas obras son manjar de

delicadísimo; à quien cada uno convierte en su substancia; y como un mismo mantenimiento en el pecho de una serpiente es veneno, y en el de otros animales, triaca; y una misma flor en la boca de la abeja miel, y en la de una araña ponzoña; así tambien el beneficio, para unos es mortal veneno, y ponzoña, y para otros sabrosa miel.

Al tiempo que Don Enrique, y Aminta estaban en la oposicion de pareceres, que queda referida, vieron passar à toda prieta una tropa de labradores, de los quales el que pareció mas alentado decía: Yo le bolverè à la aldea, ò costará el desafossiego, que otras vezes ha costado el atrevimiento, de querer estender la fuya al termino de otras jurisdicciones. Quando oyò la noble Aminta estas palabras, pareciendola, que se ordenaban à la materia, que la estaba dando tal desvelo, se llegó à ellos, y les preguntò: Si iban en seguimiento de un preso, que ciertos hombres llevaban; respondieronla, que sí; y en el fin de su respuesta, tuvo principio una exortacion à la venganza de tan injusta prision, y una relación de toda la verdad, moviendo de quando en quando con los afectos que mostraba, y con los malos tratamientos, que referia averle hecho, los animos de los labradores, para que no desistiesen del proposito con que avian salido. Ellos dobladamente persuadidos, yà del motivo que

primero les avia sacado de su aldea; y yà de los retóricos colores de la narracion de Aminta, sin responder con las razones, dieron indicio de obedecerla con las pláras. Avia se quedado atrás un labrador, que iba en seguimiento de los demás, al qual detuvo, y preguntò: Por qué avian salido à quitar aquel preso, y si era verdad, que iban con este intento? El la respondió, que sí, y que la casa era averle sacado de la jurisdiccion de su aldea, y que todo lo avian visto algunos naturales della; y avian dado aviso al Alcalde, que era el que iba adelante, acompañado de los demás labradores, y que à él no le detuviese, porque pudiesse alcanzarlos. Bolvió en esto Aminta à Don Enrique, togandole, que fuese tambien en su seguimiento, para favorecer à Hipolito en la ocasion que se ofreciese: mas como de una parte le desobligaban sus zelos, y por otra era de su natural tan mal intencionado, tan aspero, y tan insufrible, ni la quiso conceder este gusto, ni esperar un instante. Afirmaba, que supuesto que le avian de bolver à aquella aldea, sería mejor aguardarle en ella con algunos regalos, y persuadióla, à que subiese à las ancas de su alentado cavallo. No quiso Aminta contradecirle en todo, por no le hacer mas sospechosa, y porque yà Don Enrique, neciamente comenzaba à hacer demonstracion de sus zelos. Bolvieronse con esta à la aldea, desviandose, bien contra el gusto

gusto de Aminta, del infelice Hipolito à quien la villana esquadra iba haciendo mil injurias, y diciendo mil afrentas. Iba el prudente Cavallero midiendo con el tiempo las razones, hablandoles cortesmente, por ver si podrian ellas acabar lo que la violencia era imposible conseguit, que es cruel genero de locura desesperada, ò desesperacion loca, usar en la afliccion de terminos tan sobervios, que en lugar de lastimas, y compasiones proveque à epojos, y afrentas de quien las oyes; y lo que mas se debe ponderar, à daños, y à pesares de quien padece. No podia vencerlos con buenas palabras, assi porque la indignacion nunca dà blandos oidos à la lisonja, como porque ha de alentar sangre illustre à un corazon, para que llegue à sus puertas la piedad, la liberalidad, la modestia, y la cortesia. Què es ver à un villano interesado, avariento, y descortès? Què es verle atrevido, ignorante, necio, y porfiado? Tengo por cosa de las que no admiten duda, que tal sugeto es de los monstruos mas horribles que la naturaleza conoce, y de las fieras mas crueles, y feroces, que en la aspereza de los montes habitan. Monstruos de crueldad, y fieras de rigor eran estòs villanos en las costumbres que tenian, y termino que usaban con el afligido peregrino: mas no les durò mucho el contento, y alegria; y lla-

mo contento al que llevaban, siendo injusta crueldad, porque entonces le llega à tener cumplido un malo, que se halla en las ocasiones de serlo.

No se descuydaba estotra esquadra que iba en su seguimientto, y assi con brevedad los alcanzaron, hicieronlos detener, apearon del cavallo al noble Hipolito, apeose tambien el Alcalde, llegó el Escrivano, y preguntòles, adonde llevaban à aquel hombre? Ellos viendo, que los que venian con el referido Juez eran mas en numero, no se atrevieron à intentar la defensa, que opime facilmente el temor à los pechos que por su nacimiento son viles, y por sus costumbres infames; antes le respondieron, que le llevaban preso. Preguntòles, que de donde llevaban? Y à esto, dos de los que dieron el aviso, comenzaron à decir, que ellos se le avian visto sacar de el termino de su aldea. Los otros se defendian diciendo, que era engaño, y que à ellos les pertenecia el conocimiento de la causa, por ser de su lugar la prenda que llevaban hurtada. Unos levantaban las voces, y otros procuraban excederlos en ellas, con que todo se iba bolviendo confusion. Solo Hipolito à este tiempo oia la porfia de los que le llevaban, y la resolucion de los que le querian bolver à su lugar alegre: à estos daba toda el alma de agratdecimientto, y à aquellos todo el

deseo de venganza. Quedaba entre tanta oposicion abortó; entre tantas desdichas impaciente, entre tan porfiada dureza, ignorante del fin que tendria tan impensado suceso. A la alteracion de los unos, à la resolucion de los otros, à la dudosa imaginacion de Hipolito, y à la porfiada confesion de todos, puso en silencio el Alcalde, diciendo: Que quanto se huviesse de hacer, avia de ser solamente lo que dispusiesse la razon, y la justicia. O soberana imitacion de Dios, quan poderosa eres, pues no solo los delinquentes tiemblan de tu nombre, mas aun los barbaros se reconocen de tu fuerza vencidos! O Justicia, de todos venerada, de ninguno oprimida, que no halle en mas superior tribunal el castigo! Tu conservas las Republicas, tu las alientas, tu las guardas, tu pesas igualmente los meritos, para repartir el premio, y mides sabiamente los delitos, para executar el castigo. Como pueden dexar de ser iguales tus balanzas, si es tu fiel la razon? Oy se nos descubren en este suceso algunas sombras de tus luces, pues las voces, que barbaramente herian el ayre, oyendo que tu llegas cesan al punto, y en su lugar llegan la quietud, la conformidad, y el silencio.

En las razones del Alcalde, prosiguió el Escrivano, diciendo: Pues se reduce à tan cuerdo termino nuestra resolucion, será con-

veniente, que v. m. aunque el lugar es menos grave de lo que el oficio permite, por la necesidad haga luego una Audiencia en orden à lo que se debe determinar deste preso. Aceptòlo el Alcalde, aunque bien contra el gusto de Hipolito, porque le parecia, que poner en juyzio su negocio, era poner en duda su deseo: y estan mal sufrida nuestra passion, que ni queriamos el mal cierto, ni el bien dudoso. Comenzòse à poner en execucion al punto, hizose la cabeza del processo, juraron los que en esta parte podian, que avian visto sacar aquel preso de sus terminos; oyòseles el descargo, y sin aguardar à mas, se les notificó, que le dexassen. Los otros por no cometer algun delito, con que ocasionassen la colera del Juez, para que executasse su rigor, le entregaron, y trataron de partirse sin él: mas no lo consiguieron así, porque atendiendo à que si se ausentaban, podrian llamar de su aldea gente, con que, como otras vezes avia sucedido, se aventurasse la salud de muchos, la vida de algunos, y la quietud de todos, los detuvieron à titulo de que jurassen en el delito del preso, que quedaba en su poder para executar el castigo. Traza llevaba el alentado Alcalde, segun los advertimientos tenia, segun prudente hablaba, y cuerdo discurría, de hacer, que el illustre peregrino padeciesse, si la informacion fuesse finies-

tra,

tra
apaf
así t
dad
de l
perju
desv
fiend
que
que
dici
ager
opin
dixe
aqu
no l
to e
pues
sus c
todo
grin
libr
deli
se a
que
fion
que
die
nio
cipi
fiste
con
vab
libr
dea
don
poc
mi
qu
cib

tra; y los testigos jurassen mas apasionados, que verdaderos, y así temia justamente, sino su equidad con ser tan grande, la pasión de los que podian deponer en su perjuizio. Mas estos temores se desvanecieron levemente, pues siendo preguntados en la causa que primero le imputaban, porque el Alcalde no usasse de jurisdiccion, que à ellos les parecia ser agena, ni castigasse reo, que en su opinion pertenecia á su distrito, dixeron, que no sabian nada en aquel articulo, ni à aquel peregrino le tenian por delincente. Visto esto por el advertido Juez, despues de aver hecho ratificar en sus confesiones, los hizo perder à todos, diciendo, que aquel peregrino era razon que se ausentasse, libre, como à persona à quien el delito de aver hurtado el cavallo, se avia impuesto falsamente; mas que ellos avian de ocupar sus prisiones, y substituir el castigo, porque adelante no se atreviesse nadie à levantar tan infame testimonio. Quisieron defenderse al principio, mas sin que les valiesse resistencia, prevenciones, ni aliento, con el mismo instrumento que llevaban à Hipolito, dexandole à él libre, los bolvieron presos à su aldea. Dixeronle los piadosos labradores, que si por el cansancio no podia seguirlos, se viniessse por su mismo camino poco à poco, para que menos rendido llegasse à recibir algun alivio en su humilde

poblacion. El les respondió cortés, les estimò el consejo, y se quedó atrás; de unos vengado, y à otros agradecido.

Entre la soledad llegó à las puertas de su entendimiento la consideracion de las mercedes que debia reconocer al Cielo en la libertad de tantos peligros. Dabale gracias por el beneficio de averle sacado bien de tan extraño suceso, y ponderaba el justo acuerdo con que parece que Dios avia ordenado el castigo de aquellos ignorantes, siendo uno mismo el genero de pena que à él le avian dado, y ellos avian substituido. Bolvía à considerarse sin prisiones, y atribuía su libertad à la paciencia con que avia tolerado tan infames injurias. Poníase à considerar à aquel rustico Juez tan atentamente advertido, y decia: Qué se causa nuestra naturaleza maliciosa en hablar del descuydo de los Juezes? Si vemos de parte de Dios tantas luces en su entendimiento, para determinar qualquier duda. Aquí este rustico apenas sabia hablar, y puesto en un Tribunal que él eligió para que lo fuesse, discurre, cumple con su obligacion, tiene traza para librar al inocente, y dár su justa pena al culpado. A mí que venia preso me libra, y à aquellos que estaban libres, los prende. O como si todos los hombres se acordassen del temor con que parecen delante de un Juez; se detendrian para no ocasionar-

le à rigor , si es que se puede dàr este nombre à la accion , que es justicia. Considerome yo , respecto de aquel hombre; por el nacimiento, mas grande; por la hacienda, mas rico ; por el estado , mas alto ; por el valor , mas fuerte ; por la persona , mas bizarro ; por el vestido, mas honroso; por el entendimiento mas prudente ; y llevandole tan conocidas ventajas , solo porque le vi Juez : delante de èl hallè mi grandeza humilde , mi riqueza pobre , mi estado corto , mi valor cobarde , mi bizarría encogida , mi honor reconocido , y mi entendimiento embarazado. Mas si he de decir verdad , no me pesa , antes vengo à estàr muy alegre , porque quando no supiera quien soy , en solo verme temeroso de la Justicia , quedàra para conmigo mismo satisfecho de que soy ilustremente nacido. Llegò con esto al lugar , donde le pareció que podria hallar à Aminta ; nuevo empleo de su gusto , y justo asumpto de su empleo. Hizo quantas diligencias se deben presumir de un cuydado , à quien prevenia la voluntad , para que solicitasse tan importante negocio ; mas ellas fueron inutiles , su esperanza vana , y su fortuna corta , pues no pudo hallar nuevas , de que alli huviesse llegado muger de las señas que èl decia. Si consideramos al noble peregrino en este estado , le hallarèmos de la suerte que quien perdiò una joya , el qual despues

de averla buscado , y àver hecho experiencias de la còrtedad de su dicha , buelve à una misma parte muchas veces , y sin alejarse de el lugar de su pèrdida , pierde el tiempo , por no perder de todo punto la esperanza de hallarla , y por no castigarle à si mismo con los escrùpulos de que se le ocultò , porque se apartò de inquirirla. No obstante , pues , que el desconfuelo le pudiera impedir el viage (tal era el que à su noble animo oprimia) se determinò à passar adelante , por ver si con la mudanz de el lugar era diversa la fortuna , como si la tierra , que à todos nos hace miserables , pudiesse apartarse de nosotros , sino es perdiendo la vida ; y con ella este material estorvo , si bien amada prision de el alma ; este cuerpo , vaso , que siempre sabe à su principio. Alentò à su desmayada naturaleza con el mejor alimento que pudo hallar entonces , y caminò con su primera soledad , si aora podia llevarla quien un instante no dividia de su corazon à Aminta. Recogióse aquella noche en la Aldea que està mas vecina à Salamanca , à la parte por donde èl caminaba , y ocupò gran rato de el tiempo , con que la quietud le ocasionaba el descanso en sus enamorados pensamientos ; que quando vela el alma con el cuydado , duermen los sentidos dificultosamente. Levantòse antes que saliesse el Alva (quizá pens

Jan
y d
lar
sua
san
mu
tos
fue
así
fig
Ca
No
Ha
Ha
Fu
Sin
Ag
M
Da
Po
Pu
Q
A
Fa
M
Q
D
Q
Y
E
P
L
B
Y
C
S

ando que saldria Aminta con ella) y despues de aver caminado un largo trecho, oyó una voz, que suavemente lastimada, y lastimosamente suave cantaba, haciendo muchas veces à los suspiros acentos. Acercóse con la quietud que fuele quien desea no estorvar: y así pudo perceber las estancias siguientes à imitacion del Petrarca en la Cancion, que comienza:

No produxo jamás cosa mas bella.
Hasta quando fortuna grave mia
Ha de dudar mi daño
Fues passo todo el año,
Sin conocer el rostro à mi alegria;
Aguarda un poco ; espera,
Menos mal es que muera,
Dame siquiera de descanso un dia,
Porque cobrando aliento,
Pueda esperarte mas mi sufrimien-
to.

Quando al principio à Feliciano
amaba,
A la luz de sus ojos
Faltaban mis enojos,
Mas en tal gloria temeroso estaba,
Que mi inhumana estrella
De suerte me atropella,
Que aun teniendo los bienes los du-
daba.

Y dudoso perdía
El mismo bien ; que amante poseia.
Pasóse aqueste tiempo, y juntamente,
Llegó en tan dura ausencia
De mi mal la inclemencia,
Y triste el pecho sus dolores siente,
Quanto mejor me fuera,
Si una tumba le diera,

Quando nací, descanso providente,
Que yo piadosa cuna,
Expuesto à tal rigor de mi fortuna.
Diversas veces à inquirir me obli-
go,

Porque mi dura suerte
Tal vez feliz se advierte,
Y yo tambien mi grave mal mi-
tigo:

Mas despues que el cuydado
Variamente he pensado,
Llego à juzgar, y atentamente digo:
Agora dicha estraña
Me ha tenido por otro, pues se en-
gaña.

Llegué vna vez al talamo dichoso,
Y quando mi deseo
Alentaba Himénéo,
Y de mi dueño pude ser esposo;
Del bien me siento lexa,
Faltanme sus reflexos,
Ausente quedo de su rostro hermoso,
Y pues quedo con vida,
Bien tengo tanta pena merecida.
Nunca en las causas justas anda
necio

El sentimiento grave,
Y pues mis daños sabe,
Mas nacidos de embidia ; que des-
precio,

Tantas lagrimas vierta,
Que mi fortuna incierta
Sepan que son de mi descanso el precio
Si bien en daño tanto, (llanto
Aun temo que tambien me false el
Que al que el gusto le falta
Si sus daños previene,
Quando los ojos con cristal esmalta,
A ser dichoso viene,
Pues para descansar lagrimas tiene.

Acabò la voz tan sonora , aunque acompañada de suspiros , que juntamente provocaba à atencion , y combidaba à lastima. Quando yo advierto , que para descansar canta el triste , y para celebrar su alegría vfa del mismo medio el que està alegre , no sè si alabar la musica , en unos regocijo , y en otros medicina , ò si ponderar nuestra flaqueza , pues lo mismo nos celebra , que lastima ; ò si inferir , que en nuestra miseria andan tan juntas las tristezas , y las alegrías , que como si fuesen una cosa misma , no hacemos distincion del remedio. Quisiera Hipolito llegar para divertirse en sus penas , ò para saber las que afligian à aquel lastimado pecho. Y pareciendole que seria buena traza provocarle à que llegasse con el mismo medio , diestra , dulce , y advertidamente , dando alma à su voz con estos versos , que à otro proposito , aunque muy al de sus penas , avia hecho , cantò assi.

De suerte en dura ausencia

Lgrimas vierten estos ojos ,

Que ya sin resistencia

Se apropian nombre , y presumpcion de rios.

Mas que mucho si llora

*Quien vio la luz , y està sin ella
ahora.*

Quanto mirar solia

*Eran de Glorís dulces prendas ,
bellas ,*

Desde que el Alva fria

Borraba ilustre exercito de Es

trellas ,

Hasta que el Sol dormido

Les mejoraba su esplendor perdido.

Mas lo que aora veo ;

Todo es pena , tristezas , y rigores.

Padece mi deseo ,

*Y enseñando à mi amor que diga
amores ,*

Tan tristes horas passo ,

*Que he llegado à dudar , si vivo
acaso.*

Para tener consuelo

Tal vez en soledades me retiro ,

Donde corriendo el velo

*A mi imaginacion , su imagen
miro ,*

Y en su beldad absorto ,

*Pienso que ha de ausentarse , y me
reporro.*

Llego à hablarla juzgando ,

*Que me ha de responder , y aunque
confuso ,*

De que assi este callando ,

*Casi al tiempo la culpa , que le
escuso.*

Poy à tocarla , y veo ,

Que todo ha sido fuerza del deseo.

Quando miro las flores

*En presencia del Sol vivir con
tentas ;*

Vestirse de colores ,

*Y decir à mi amor mudas afren
tas ;*

Digo entre injurias tales :

*Írase el Sol , y sentireis mis ma
las.*

Estos montes , que altivos

*Le dan al Tajo casa de aposento ,
Pa*

*Parece que están vivos,
Pues repiten mis quejas por el
viento,*

*Que en pena tan crecida,
Para sentir, los montes tienen
vida.*

*Y al fin todo à mi queja,
Aunque niega el remedio dà el
oído,*

Solo de mí se aleja

*Mi misma suerte, y en tyrano ol-
vido*

*Confusa mi memoria,
Sueño llamo al placer, pena à
su gloria.*

A un mismo tiempo llegó Hipolito al fin de estas canciones, y à su presencia quien primero avia ocasionado à su voz, que era un mancebo bien dispuesto. Conociò ser quien dos días antes avia cantado otra cancion en aquella aldea, que aviendo dado con la novedad entrada à su admiracion; la diò luego à su desdicha, y à nosotros para el principio desta historia. Advirtió, que era el que entre los demás labradores estaba mas lucido, y por quien parecia celebrarse aquella rustica fiesta. Saludaronse cortesmente, y después de averse preguntado el uno al otro, adonde se enderezaba su viage, viendo que hasta Salamanca era uno mismo, le prosiguieron juntos.

Descubria Leonardo (que así se llamaba el desconocido mancebo) gallardo discurso, y alma mas noble, que mostraba su

exterior, y rustico adorno; y como el camino es gran tercero de las voluntades, y en Hipolito avia capacidad mas digna de embidia, que de aborrecimiento, comenzaron à disponerse con la conversacion las suyas; de suerte, que quando se hallaron en Salamanca, no le permitió Leonardo que se apartasse de su compañía para posar en otra parte, manifestandole por entonces, que él tenia casa con mas que medianos bienes de fortuna, adonde poder aposentarle, y servirle. Estuvo Hipolito aquella noche en ella, viò otro día parte de la Ciudad, y al siguiente se partió à poner fin à su peregrinacion, dexando para la buelta el detenerse mas despacio en la atencion de grandezas. Galtó algunos días en el cumplimiento de su deseo, visitando en su dichoso Templo aquella sagrada Imagen, à quien diò nombre una Peña, siendo ella el medio, con que en Dios se ablanda la ira, y en nosotros la dureza. Bolvió al cabo de ellos à la casa de su nuevo amigo Leonardo, y desde allí dispuso que hiciese diligencia por las posadas, para saber si avian llegado dos criados suyos, à los cuales avia dexado en Madrid, con orden de que se fuesen à aquella Ciudad, y prevenidos de dineros, vestidos, y lo demás, que su regalo, ò su necesidad huviesen menester, le esperassen hasta que bolvieste à ella. Hallaronlos, y que avia dos días

que esperaban; dieronles noticia de donde estaba su dueño; llegaron à su presencia, y fueron apaciblemente recibidos. Parecióle à Hipolito, que supuesto que yà avia cumplido con su obligacion, seria bien que le viesse mas lucido, y desnudandose el pasado habito, trocó por la delgada tunica de pite un vestido de terciopelo liso noguerado, guarnecido de menudos hilos de plata. A Leonardo tenían en casa lo mas de el tiempo sus melancolias, en cuyo conocimiento no avia tenido parte Hipolito, por no le obligar à mas de lo que el quisiese decirle. Salióse por esta causa aquella tarde sin él, acompañado de sus criados. Fueronse à las Escuelas, tan justamente dignas del credito que poseen por tan ilustres hijos como han tenido en todas facultades, en tan dilatados siglos. Estaban, entre los demás, en ellas dos mancebos Estudiantes, que llevados de la curiosidad, repararon en él, y despues de averle conocido, llegaron à abrazarle afectuosamente. Bolvió Hipolito para saber quien fuesen los que celebraban su vista con tales demonstraciones de alegría, y acudiendo à su memoria, para que manifestasse las especies que de ellos tenia, acabó de conocer, que eran dos Cavalleros, à quien él avia visto en Italia, y de quien avia recibido algunos beneficios en tiempo de menor fortuna.

No pudo llegar à su voluntad mas sazonado gusto, ni à su suerte mas dichoso hallazgo (si hacemos excepcion de Aminta) que el que entonces poseia; y así con los brazos, y con los afectos declaró quan justamente los correspondia. Trataron varias cosas de las que no son à nuestro proposito importantes; y despues de averse paseado gran rato juntos, llegaron à su casa de Alexandro, y Carlos (que así se llamaban los dos Estudiantes amigos.) Rogaron à Hipolito muchas veces, que la honrasse con su persona; mas nunca quiso aceptarla para quedar en ella, diciendo, que él estava yà aposentado, y estimaba en mucho el deseo. Preguntaronle adonde, para visitarle à otro dia; mas el cortés Cavallero, por no obligarles à que se anticipassen à verle, no quiso decirsela, ni manifestarles el noble acogimiento que Leonardo le hacia. Ellos por parecer discretos, no porfiando, le obedecieron, y él dexandolos en su posada, dió à la suya brevemente la buelta.

Halló con sus continuos pesares à su nuevo amigo, y yà mas alentado con la comunicacion que entre los dos avia, le rogó, que refiriesse la causa de sus penas, para que se procurasse remedio, atendiendo à que es ignorante modo de carecer de los males, padecerlos, sin manifestarlos, y callarlos, sin prevenirlos. Hasta aora me he sen-

tido tal, y ellos son tantos, respondió Leonardo, que me ha parecido menos dificultoso ocultarlos, que sufrirlos. Mas pues que me veo ya obligado de vuestro ruego, le quiero anteponer à mi silencio, si bien es necesario, que os preven- gais à oír los principios, porque su- puesto, que para mí fueron alegres, en la memoria de ellos cobraré aliento para proseguir con menos riesgo en las penas que tengo de grangear con los fines. Hipolito previno el oído, su recato en la soledad, Leonardo la atencion, y siendo un suspiro el exordio, prosiguió de esta suerte.

En lo que yo advierto, (ò amigo!) que nuestra miseria es comun, y que nuestras desdichas nacen quan- do nacemos, es, en que por todas partes ay infelices, y que al que lo es, desde luego comienza à perse- guirle su estrella. De esto ultimo soy yo exemplar manifesto, pues apenas vi esta luz universal en Bar- celona, Ciudad (como ya avreis te- nido noticia) insigne, quando me hallé huérfano de madre, porque de los dolores que de mi parto tu- vo (rindiendo el alma à su partida) quedè heredero de no poca rique- za, que en su muerte me dexò mi padre; el qual siguió tan breve- mente à su consorte, que muchos tuvieron por cierto, que me mo- ria de pesar, y de llanto; de don- de infero, que no todos los hom- bres olvidan con facilidad, y que algunos sienten, tienen memoria,

y reconocen, yà el amor que les tuvieron, yà los regalos que les procuraron, yà los trabajos, que por ellos padecieron, y yà los pe- sares, y disgustos de que tal vez los escusaron. Crecí encomendado à un pariente mio; el qual tenía cre- dito de hombre poderoso, y un hi- jo à quien dexar la possession de tan abundante hacienda. El mozo era bien nacido, pero muy mal inclinado; era rico, pero mucho mas que rico necio. O natura- za! en tus obras algunas veces im- perfecta, y siempre providente, como sabes repartir de tus dones, como sabes repartir de tus gra- cias, como sabes ser à todos ma- dre, como sabes quando niegas ri- queza, dár entendimiento, y sa- tisfacer la falta de entendimien- to con la abundancia de riquezas. Andabamos siempre los dos jun- tos, ò yà jugando como niños en la puericia, ò yà divirtiendonos como mancebos en la adolescen- cia, y juventud. Cansabame de él algunas veces, y otras, por la amifi- tad, y parentesco, le sufría. Gran prueba es esta de lo que puede el amor; que crece con los años, por- que en mi opinion no queda à un hombre entendido que hacer por otro, en llegando à comunicarle mas de una vez, si es igno- rante.

Avia en la misma Ciudad otra familia, que se componia de qua- tro notables sugetos, que eran un padre ciego, y prudente; una ma- dre

dre vieja , y loca , un hijo mancebo , y valiente , y una hija moza , y hermosa . Ruegos con todo quanto encarecimiento puedo , ó Hipolito amigo , que atendais con cuidado à mis sucesos , porque si no me engaño , creo , que os tendrán este rato divertido , y os dexarán , como divertido , enseñado en muchas cosas de las que cada dia importa saber ; porque se engaña , quien piensa que se oponen entretenimiento , y doctrina , y acierta quien juzga , que no ay historia verdadera , ó yá profana , que no pueda ser ocasion de muchos provechos , supuesto que cada suceso es para los cuerdos un aviso . Llamabase el viejo Lupercio , su indiscreta muger Teodora , el mancebo Fulgencio , y Feliciano su hermana . Aunque estaba ciego el discreto Lupercio , ó yá con la experiencia de los años , ó yá con los ojos de su prudencia , veia los yerros à que andaba expuesta su hija , por la divertida condicion de su muger : y si bien advertia el poco fruto que hacian sus razones , con todo esto nunca desistia de aconsejarlas , y advertirlas de todo lo que su atento juyzio alcanzaba . Feliciano tenia la inclinacion recogida , y vergonzosa ; mas como nuestra naturaleza es facil de pervertirse por sus flacas fuerzas , no solo con las ocasiones en que su madre la penia , mas aun con las licencias que la daba , iba perdiendo aquel recato , y com-

postura à que su mismo natural la llamaba . Tal vez la sucedió tener graves pesadumbres con ella , por no querer obedecerla en adornarse el rostro con los infames pinceles , que por darla mayor borran la mas perfecta hermosura , ni querer salir de casa à pasearse por la Ciudad . O madre necia , como se advierte tu ignorancia en no considerar los daños , à que una hermosura se expose , quando anda adonde todos la vean ! O como no atiendes à que es la hermosura una joya preciosissima cuyo valor se aumenta guardada , y cuyo esmalte , traída entre las manos , se desluzo ! Sin duda no te acuerdas de que es una pared blanca , donde qualquiera escribe atrevido , lo que piensa imprudente ; y claramente te olvidas , de que quando se comunica à muchos , es en los extraños deseo ; en los vecinos sospechas ; en los mayores violencia ; en los menores , embidia ; en los parientes infamia ; y en la misma persona que la tiene , peligro . O quan facilmente se consume manjar que muchos apetecen , y quan dificultosamente se guarda cosa que muchos desean ! Llamase , pues , necia , quien teniendo obligacion no te guarda , y infeliz quien te posee , ó hermosura ; pues de mas de tantos daños eres un bien que haces mal ; un adorno , que juntas à mas fama mayor riesgo de infamia ; una flor , que qualquiera viento te marchita ; un blanco

adon-

ador
de d
tes c
una
blan
S
na
con
y un
iba
Hip
cho
tam
na
desv
amo
mie
aun
nad
yo,
en a
cias
à q
cuy
que
gui
fo
mu
de a
pac
dre
dad
por
cor
en
ma
cho
cho
ma
assi

adonde muchos tiran; un brocado, de donde las lenguas maldicientes cortan pedazos de opinion; y una novedad, en que todos hablan.

Salía, pues, la hermosa Felicianá algunas veces, por escusarse con su madre tantas pesadumbres, y una dellas entre muchos á quien iba rindiendo su belleza, yo, ó Hipólito, fui uno, aunque mas dichoso que los demás, pues quedò tambien al mismo punto Felicianá vencida. Lleguè á decirla mi desvelo, porque en mas corto amor, es siempre mayor el atrevimiento, y ni se escusò de oirme, ni aun le debió de pesar, porque á nadie pesò de que le pagasen, y yo, segun supe despues, yá la debia en aquella ocasion correspondencias justas. Entre las demás cosas, á que su madre nos diò con su escuydo lugar entonces, me dixo, que si queria saber su casa, la siguiese. Hizelo como me dispuso, porque siempre me ha sido muy obediente el deseo; y despues de averla sabido, me informè despacio de la persona de sus padres, de sus costumbres, su calidad, y sus prendas. Hallè en ella, por esta informacion, nobleza, cordura, y entendimiento, porque en su madre yá era conocida la malicia, costumbres, y vida. Mucho pesar adquiria mi amor, y muchos temores mi pecho, viendo el mal lado que Felicianá tenia; y así me iba empeñando limitada-

mente por tener menos dificultad en retirarme, si fuese, ó necesario, ó conveniente, cosa que avian de hacer. quantos hombres se dexan llevar de estas pasiones; para ser tenidos por cuerdos. Mas como la hermosura grangea, el amor merece, el entendimiento provoca, y en Felicianá avia hermosura, amor, y entendimiento, por mas que me detenia en amarla, me iba grangeando, obligando, y provocando á que hiciesse de tantas prendas debida estimacion.

A este tiempo, que comenzaba yo á empeñar me D. Luis (que así se llama el necio hijo del pariente, á quien dixe, que por muerte de mi padre quedè encomendado) se hallò tambien sin el suyo, y dueño de copiosísimos bienes. Sucedió, pues, que viendo á Felicianá un día, se enamorò de su rostro, y su despejo, que aunque el amor no perdona á los ignorantes; es con esta diferencia, que á los discretos los vence con la hermosura del alma, y á estos con el vano lustre de el cuerpo. Finalmente Don Luis enamorado comenzò á parecer cuerdo en callarme sus deseos, si bien èl mas lo hizo de remeroso, pensando que yo tambien me enamoraria, que de advertido, porque no le desviasse de aquel intento. De suerte, que yo amaba á Felicianá sin que èl lo supiesse, y èl tan ocultamente, que yo ignoraba su amor. Parecióle, que

que el mas breve camino de reducir sus pensamientos à erecto. seria casarse; y así habló à Teodora, y le manifestó su nuevo intento. A ella le pareció, que era gran dicha de su hija ser muger de un hombre tan rico, por los bienes de fortuna, tan noble por la sangre, y tan a proposito para su libertad, por el poco discurso que en él conocia; y tratò luego de disponer las cosas de manera, que llegasse à execucion su buena suerte. Diò noticia de todo à Felicianana, y como estaba puesta mas en atender à su gusto, que à la obediencia de sus padres (que esto es lo que se negocia con permitir à los hijos cosas menores) la respondió libremente, y me avisò de lo que passaba. No obstante su contradiccion, y mis trazas (tal era la condicion, y tan fuerte la resolucion de su madre) que no se pudieron impedir las bodas. Quando Don Luis se atrevió à decirme sus intentos fue despues de tener hechas escrituras, por parecerle que yà estaba seguro. Yo aunque sentia entonces el daño que mi voluntad padecia, à nadie le manifestaba, antes me consolaba, esperando que el tiempo borrarà las señales que avia hecho en mi alma aquel primer accidente, y aun tal vez me alegraba pensando, que dexaria tantos disgustos, y desvelos como trae consigo un necio amor, y esto con buen titulo, pues casandose Felicianana, no me podría cul-

par de desconocido; è ingrato. Nunca supo Don Luis el fuego que en mi corazon se escondia; cosa que despues me fue tan importante, como, sino es veo cansado, oireis brevemente en mi discurso. Tan alegre os escucho (dixò Hipolito) que solo me pesará de que sea breve. A vuestra cortesia (respondió Leonardo) debo esta atencion, no à mi eloquencia; pero olvidando cumplimientos, por proseguir en mis desdichas, digo, que uno de los días, en que à Don Luis por esposo, que presto avia de ser de Felicianana, y à mi por conocido, y à entrambos por la condicion de su madre, no se nos negaba licencia de entrar en su casa: lleguè algo tarde à ella, oí estar hablando en voz alta à Luterio; detuvene por saber la materia, que le ocasionaba à perder su cordura, y sentí, que ya con voz mas baxa decia à su muger, y à su hijo (porque Felicianana debia de estar ocupada en otras cosas) estas razones: por vuestra vida Hipolito, que las escucheis, y culpád mi ignorancia, sino mereciere vuestra atencion,

Pocas veces (ò Teodora, y Feliciano) tienen buenos fines los casamientos que se hacen con desigual gusto en las personas; ò no se efectuan con iguales riquezas, porque qualquiera desigualdad haze pesado el yugo del matrimonio; puesto que la conformidad es quien le suele hacer leve:

De

no averla; nacen ordinariamente las disensiones, los pesares, el arrepentimiento, y tal vez las diligencias para deshacer nudo, que deshecho, perjudica las conciencias, y continuado acaba desdichadamente las vidas. Yo veo en Feliciano poca inclinacion à este marido, y es terrible genero de crueldad querer, que ella la que se casa, aya de ser nuestra la voluntad, y fuyo el consentimiento. A esto me podreis responder, que pocas veces, ò ninguna se ha de dexar à los hijos la eleccion, porque ellos con la corta luz que dan los pocos años, estan mas proximos à errar; y yo respondo, que aunque no se les ha de permitir en todo, se ha de consultar su gusto en parte. Quando en los casamientos no hace contradicion la voluntad, puede esperarse, que el tiempo, y el trato engendraran amor; mas quando ay repugnancia, debe temer continuo aborrecimiento. Si me dices, (ò Teodora!) que este Don Luis es noble; pregunto yo: Teniendo noble sangre tu hija, que querrias que fuesse el marido que la procuras? Si me dices, que es rico, tambien me debes confessar, que es necio, y yo mas querria un pobre, que supiesse adquirir, que un rico, acostumbraido à desperdiciar, porque aquel de miserable llegara à ser poderoso, y este de poderoso, ha de venir forzosamente à estado miserable. Demas, de que no ay riqueza co-

mo el gusto, porque menos rico es el que teniendo bienes, ò no los sabe poseer, ò le falta el alegria; que el que sobrado de alegria se contenta con poco, y sabe usar de ello, como si fuera mucho. Quiero que adviertas aora, que los casamientos que se hacen con hombres cuerdos, se gobiernan por cordura, y con los ricos por fortuna: Juzgue, pues, qualquiera en este caso, que por apasionado que sea, sentirà, que es forzoso, que acierte mejor quien tiene por ojos la prudencia, y por luz la razon, que no quien reparte ignorantemente, y con la vista vendada. (asi pintaba la Antiguedad à la Fortuna.) No niego yo (ò Teodora!) que es bien casar à tu hija, antes advierto, que la hermosura es peligrosa, y terrible atrevimiento tener pendiente de los deseos agetos la fama propria, y aventurar el cuydado de uno solo à las diligencias de tantos. Tambien se, que desde que nace à sus padres una hija, se han de dar un nudo al corazon, para que apretado vele en su remedio, y que no lo han de desatar, hasta que la tengan casada. Mas juntamente advierto, que esto no ha de ser arrojandose facilmente; pues no es bien, que por descargarse de esta obligacion, la den à ella el insufrible peso de un disgusto tan dilatado como la vida. Antiguamente solian los Etruscos, gente barbara, para castigar los delitos en que intervenian dos,

matar al uno, y atar al yà frio cadaver al otro para que el mal olor le acabasse, haciendo instrumento de su castigo al mismo que fue su compañero en los yerros: y oy hallo por mas cruel genero de muerte un matrimonio à disgusto, y mas con un hombre necio, que muerto para el discurso, necessariamente ha de matar à su consorte con el mal olor del entendimiento. (permítaseme, que llame así à la necedad de un ignorante) Atentos, pues, à todas estas cosas, determinèmos con mas cuerda atencion aqueste caso, no lea nuestra inadvertencia, y precipitacion causa, de que quando la deseamos rica, la veamos pobre; quando dichosa, infelize, quando alegre, triste; quando bien empleada, mal tratada; quando hermosa, desdichada: y finalmente, quando procuramos esposo que la regale, no la demos enemigo que la acabe.

Estas razones decia el cuydoso Lupercio, à las quales respondió asperamente Theodora, que èl era el mayor enemigo de su hija, pues la desviaba toda la importancia de su felicidad, y su remedio, y con dura aspereza se salió de donde estaba, diciendo: que se cansaria en vano, quien tratasse de impedir, que Don Luis fuesse esposo de su hija. De la misma suerte, que la cordura de Lupercio me consolaba, me descon-

solò la resolucion de Theodora.

Quedòse Fulgencio solo con su padre, y tomando el viejo su parecer, oyò que estaba de la parte de su madre, y que la respondia de esta suerte: Señor, todo el fundamento de nuestras dudas consiste, en que mi hermana no tiene gusto, yo lo confieso así: mas por que ha de tener gusto una muger pobre? Si Don Luis es necio, es rico, y para una hora que le ha de escuchar, quatro ha de estar regalada, y servida: junte, pues, las necedades à los regalos, y le pareceràn menores, que tambien por la salud se suele disfrazar, la amargura con la plata lucida: reciba la amargura de su conversacion embuelta en la plata de su hacienda, y evacuarà el humor de su pobreza, que tambien es enfermedad miserable. De manera, respondió el noble viejo, que se ha de anteponer al mantenimiento del alma, esto es, à las razones discretas, el manjar corporal. Y que os parece justo, que porque vuestra hermana nació pobre; no aya nacido libre, aora sabreis, que ni aun Dios hace fuerza à nadie en su alvedrio? Aora estais por atender, que como suele ser natural el amor, lo puede ser tambien el aborrecimiento? Quantas veces aveis deseado mal à quien no os hace daño, y quantas avreis procurado bien à quien no os ha hecho beneficio? Quereis vos, quando no os importa ser libre para responderme à mi, y no quereis (en lo

gr

DISCURSO PRIMERO.

31

que la puede ir tanto) que ella lo fea para elegir marido? Dexad, dexad yá persuadiros, à que no es bien, que lo que Dios no hace, ningun hombre lo intente. Callò Fulgencio, y obediente pidió à su padre la mano para besarla, èl se la diò, y su bendicion con ella. Aqui no puedo negaros, que le estuve embidioso, porque hacen à los hijos dichosos las bendiciones de los padres, y me admirè que siendo aquel mozo de animo tan cruel, que le temian aun los mas prodigos, estuvièssè allí tan obediente, tan ajustado al gusto de su padre, y tan rendido à sus disposiciones. O quan cierto camino de llegar à prospera fortuna es esse! (dixo à este tiempo Hipolito) O quan seguro medio de tener felices sucessos en todo! Yo me atreverè afirmar, sin saber mas de esta accion de Fulgencio, que la veneracion de su padre le sirviò de aliento para tener estimacion, y que este respecto levantò su estado à dichosa veneracion. De los exemplos (dixo Leonardo) que hemostenido en otros, bien se debe presumir, que èl tendria abundante premio, porque la Divina piedad, como desea nuestras mejoras, apenas ha visto el merecimiento, quando dà la retribucion. A lo menos en quanto yo alcanzè à saber de la vida de Fulgencio, bien se, que se le premiò esta obediencia en sacarle de singulares peligros. Bolviendo,

pues, à la profecucion de mi discurso, passarè por lo que entonces hice, que fue bolverme à salir, sin que me viesse, y dexarè otros lances que huvo en aquellos dias, por no añadir à las que aora padezco, las penas que tuve, y los temores que me costaron las bodas de Feliciana. Finalmente, ella se casò sin gasto suyo, atendiendo solo à las persuasiones, y importunos ruegos de su madre. Llevò la Don Luis à su casa, que yá por su condición era distinta de la mia, y yo quedè muy lleno de melancolia, lleno de tormento de zelos, cargado de fatigas, y quanto mas zeloso, mas rendido, y mas firmemente amante.

Desde luego quiero confessar ingenuamente mis yerros, porque presume, que es prudente acuerdo confessarlos, para deshacerlos, y afirmo, que mi imprudencia, y mi amor fueron causa de los daños que despues se figuieron. Al pocos dias de casada me embiò Feliciana à llamar, y me dixo el sentimiento que tenia, la fuerza que la avia hecho el disgusto con que vivia, el amor con que me amaba; y ultimamente, que si yo me retiraba por vengarme, y no profeguia en el que la avia mostrado, ella la tomaria mayor de si misma, quitandose la vida. Bien yo, y qualquiera debe saber, que estos son necios encarecimientos de los que aman; y así atendiendo mas à mi amor, que à los ries-

riesgos, y crueldad con que ella se amenazaba, la respondi, que se asegurasse de que nunca mas amante la avia querido, ni mas firme perseverado en mi voluntad la memoria de su hermosura, su donayre, y sus gracias. Dixe en orden à encarecer estas verdades, algunos de los hiperboles, que en tales ocasiones suele aconsejar esta passion amorosa, y despedime contento del suceso, porque lo que mas pena me avia dado, y lo que mas avia temido, era pensar, que Feliciana me olvidaria: y lo cierto es, que yo avia temido lo que ella avia de aver hecho, porque en la muger que se casa, si es advertida, todas las inclinaciones que ha tenido, han de cessar, y solamente han de servir de averse enseñado à tener amor à su marido. En este delito no avè yo sido el primero, si bien deseàra ser el ultimo, y que todos anduviessemos tan ajustados à la razon, que no fuessemos unos exemplos de otros, sino es lo que à todos nos sia de ser mas provechoso. O quien pudiera manifestar à quantos ignoran el peligro à que se ponen en querer quitar à nadie el honor, los temores que se padecen, los sobrefaltos con que se vive, el riesgo con que se anda, y el cuydado con que se ha de velar en tan importante ocasion, para que con esta noticia, ninguno se pusiera à comprar tan leves gustos, por tan cortos intereses, y

para que quedàran escarmentados en mi desengaño, y suceso.

Entraba, pues, en casa de Feliciana muchas vezes de dia, à título de pariente de su marido, y de noche, como amante de su hermosura; à todo lo qual daba lugar Don Luis con diversiones de mozo, porque à pocos dias de casado, yà traia como criada à Feliciana; y pareciendole, que por pobre no avia merecido igualarle, la trataba como inferior, en que se comenzaron à ver experiencias de lo que Eupercio, providente consideraba, y atento prevenia. Juntòse à esto el distraerse con una muger de baxa fuerte, llamada Celia, gastandò así la hacienda, la salud, y el tiempo, que no cuestan menos gastos las costumbres lascivas.

Aunque me culpeis esta digresion, no puedo dexar de reprehender à algunos hombres, que preciandose de muy honrados, y teniendo buen parecer sus mugeres, se divierten con otras, tal vez muchísimo mas feas. Necio, ignorante, loco, escuchame: no adviertes, que tu mismo te destruyes? No consideras, que muchas veces hacen las mugeres ofendidas, lo que no hicieran solicitadas? No atiendes à que si tu dàs exemplar à tu muger en lo que haces, de lo que ella puede hacer por vengarse ha de hacer, lo que no podràs remediar, y ha de imitar lo que la enseñas con tu

injusto proceder: Dexa, pues, la distraccion; sino quieres ocasionar con tu ofensa, tu deshonor, y tèn por cierto, que si à muchas las ha vencido la ocasion, mas se debe temer en ellas la venganza, porque las ocasiones le suelen venir acafo, y las venganzas las buscan de proposito. Muy lexos andaba de estas advertencias D. Luis, no ponderaba estas cosas; y así daba toda la atencion à los entretenimientos, y los regalos de Celia; mas una noche, viniendose à recoger à deshora, no pudo escusar el conocimiento de su desdicha, por averme visto salir de su casa, si bien no conociò mas de que era un hombre el que avia salido. Callò por entonces, y à la siguiente noche bolviò à venir al mismo tiempo, y bolviò à verme como primero, siempre fuera de pensar, que seria yo quien salia de su casa à tales horas. En lo que tuve grande dicha, fue, en que me viese desde lexos; y así, aunque esta vez lo procurò, no pudo saber quien era el atrevido, ayudando à que no lo supiese la costumbre que yo tenia de andar à buen passo en saliendo, y apresurarle à la buelta de una esquina, para que nadie me hallase por alli tan tarde. Fuese à otro dia à mi casa, contòme su pena, refiriòme el suceso, y dixome su cuydado, cosa que yo senti con estremo, por los inconvenientes, que se me podrian seguir de que el anduviese yà con

sospecha. Procurè por esta causa deslumbrarle, diciendo, que pues lo avia visto de lexos, debia presumir, que el hombre avia salido de otra casa de las que estaban cerca; à cuya duda me respondiò, que no la podia aver en que huviesse salido de la suya, porque en lo que percibe la vista, no la suele aver facilmente. Deciale yo, que pensasse, que podria ser alguna criada la que huviesse hecho tal defacierto; mas aqui, aunque ignorante, hizo cuerdo discurso, diciendo, que el trage que llevaba quien avia salido, no parecia ser de amante de criada, porque à la luz que daba (aunque limitadamente) la Luna avia visto relucir en el ferreruelo algunos passamarnos de plata.

Viendo, que no podia divertirle de su cierta presumpcion, tomè otro camino de asegurarle, y persuadirle à que los dos juntos, y solos esperassemos à que el atrevido saliesse, y le quitassemos la vida. Pareciòle buen medio de satisfacerse, y con prevencion esperamos muchas noches, en todas las quales no vimos cosa alguna, claro està que no la avria, supuesto que era yo el que pudiera salir, y que à un mismo tiempo, no podia estar en su favor, y en su ofensa. La ultima noche, que de esta suerte passamos, le roguè, que dexasse yà la sospecha, pues se defengañaba de que avia sido vana ilusion de su fantasia, la que le avia obligado à

pensar en su muger tal baxeza. Antes (me respondió) estoy determinado, si vos, como hasta aquí en lo demás me dais ayuda, à no dexar esto sin castigo, pues basta que yo aya presumido mi agravio, para que como ofendido me venga. Tratè de afear justamente aqueste necio parecer, con diversidad de exemplos, y razones: mas (ò yà porque tienen fuerte apprehension los ignorantes, ò yà por el consejo de Celia, que no solo la ofendia, mas aun deseaba la muerte à Feliciana, para que no tuviesse su gusto aqueste estorvo) èl permaneciò en su porfia, diciendo, que estava resuelto à matarla, y que no me opusiesse à su parecer, sino queria que pensasse que le negaba la amistad, y el parentesco. Yo, pues, que como he dicho, tenia tanta parte en los aumentos, ò los daños de su desgraciada, y hermosa muger, viendo que era imposible reducirle, tomè otro camino de librarla; y lo primero que hice fue, encarecerle lo que le estimaba, lo que sentia sus pesares, y lo que por su pariente, y amigo le debía. Luego le dixè, que hacia muy cuerdamente en querer acabar de una vez con sus celos; y que si yo le avia procurado divertir de que lo hiciesse, era de compasivo, mas que supuesta su honrada determinacion, para hacer mas cuerda la venganza, yo queria dàr el modo, y ser el instrumento de ella. Oyàme con atencion el impru-

dente Don Luis, y proseguì, diciendò: Grave perjuzio se os ha de seguir, si vos executais esse intento, porque si llega à saberse, que lo aveis hecho (fuera de que su hermano es hombre de tan acreditado valor, como todos sabemos) la justicia ha de castigar rigurosamente este delito, por no estar en Felicianà manifesta la culpa; assi que para evitar estos inconvenientes, me pareçè que mañana, quando caigan las sombras de la noche, òs vais à alguna conversacion de amigos, para que en esse tiempo yo pueda executar la crueldad que deseais, vos podiais fingir el pesar que se debia tener por su muerte, y probar que no sois quien la ha muerto, si huviere alguno tan mal intencionado, que de los malos tratamientos que la aveis hecho, lo presume. Pareciòle excelente la traza, diòme muchas gracias por ella, y conformes en esto nos despedimos. Partime aquellas horas à mi casa lleno de pensamientos, combatido de imaginaciones, y cuydadoso de hallar medio de librar de tanto peligro à Felicianà, sin que se entendiesse, que yo avia revelado este secreto. No la hallè por entonces, mas al siguiente dia la contè quanto avia pasado, teniendo por menos inconveniente descubrirla los pensamientos de su marido, que verla padecer por mi causa. Ultimamente la dixè, como para aquella noche estava determinada la execucion de su

daño , y que convenia que se previniese luego de su remedio , el qual se ocultaba à mi corto talento , por tenerle lleno de turbacion , y pesares. Ella , ò porque las mugeres nos llevan grande ventaja en discurrir brevemente , ò porque la ocasion la representò lo que deseaba , me alentò diciendo , que el remedio era facil , y muy en nuestro provecho. Roguela me le dixesse , y profinguiò , que fingiesse mi cordura , ò mi engaño , que iba à matarla , y que pues Don Luis no avia de estar donde pudiesse verlo , la sacasse de aquel prolixo cautiverio , y afirmasse , que quando lleguè , no la avia hallado , que aunque se presumiesse , que la avia sacado el amante que él avia visto , no sabiendo quien era , no se aventuraba nada ; antes se conseguia su libertad , mi deseo de escusarla tal daño , y el castigo de su marido , pues tan necia determinacion en él , merecia tan oslada resolucion en ella. No me desagradò la traza , antes me ausentè con gran priessa , porque si venia no me hallasse hablando con Feliciano , y tuviesse en su presuncion algunas luces de nuestro intento. Fuime à prevenir donde llevarlo , y con facilidad lo negociè en casa de una honrada muger anciana , y pobre , porque nunca falta al dinero lugar , ni al oro dexa de ser obediente el secreto.

Con esta prevencion à la prime-

ra obscuridad de la noche busquè à Don Luis , y quando nos pareció tiempo apropiado , le dexè con otros amigos jugando , y me partì à su casa con el referido pensamiento. Vos Hipolito juzgareis el successo conforme à nuestras disposiciones , y à la traza de Feliciano presumireis , que à otro dia se hicieron grandes diligencias por todas partes para hallarla , pensareis , que yo temeroso me recelaba no la encontrassen , y cuydadoso procuraba que no la viesse , mas engañarase vuestra imaginacion , porque aunque yo confieso que ello avia de ser así , la suerte lo dispuso mejor que pensamos. El caso fue , que como Fulgencio era de corazon tan cruel , y su hermana se le avia quejado muchas veces de lo mal que Don Luis la trataba , dando por causa de estos efectos à Celia , que le traia divertido , se fue aquella noche à su casa , y despues de averla dado de puñaladas , ò porque Feliciano se viesse vengado , ò porque D. Luis escarmentasse , la cogió ; y embuelta en su misma sangre la truxo à los umbrales de su puerta , para que el uno , y el otro tomassen , ò satisfacion , ò temor del castigo que podria esperar quien olvidasse el cumplimiento de sus obligaciones. Quando yo lleguè , y prevenido vi aquel sangriento cadaver , al principio recelè alguna desdicha , y despues me desengañé de que era vano mi temor , pues

Entrando dentro de su casa , hallè , que Feliciano me estaba aguardando cuydadosa , y que sossegaba quieta toda la familia. Referila con las razones à que daba lugar la brevedad del tiempo , y el aprieto en que nos hallabamos , lo que al entrar avia hallado à la puerta. Mientras ella se admirò , y me dixò , que nunca avia pensado que Fulgencio pusiera en execucion tal crueldad , aunque muchas veces se lo afirmaba , me diò lugar à que pensasse , que si faltaba Feliciano , y no se sabia con quien avia hecho ausencia , seria fuerza que se hiciesen diligencias para que pareciesse , entre las quales tambien seria peligroso el secreto , y que supuesto que se ofrecia tan buena ocasion , era conveniente impedir los peligros que por esta parte nos amenazaban. O ingenio , lo que oprimido discurre ! Y ò quan justamente debe estàr glorioso el que llega à poseerte capaz , atento , y agudo. Baxè sin mover los labios à la puerta , y creyendo que arrepentido del riesgo à que me ponía , me ausentaba sin ella , baxò tràs mi la infeliz dama presurosa : adverti en su sobresalto , y en algunas palabras , que turbada me decia su pensamiento , y volviendo à ella la sossegùè , la detuve , y la persuadi à que esperasse , porque en aquella diligencia consistia toda la dicha de nuestras imaginations , de su libertad , y

mi sosiego. Previnela de que se desnudasse el vestido que traía , y se pusiesse otro qualquiera , para tener adelantado esto en ocasion , adonde podria , quando no faltasse el valor , saltar el tiempo. Cogi lo mejor que pude à la difunta Celia , y subila adonde Don Luis pudiesse verla luego. Desnudela todos los vestidos que traía , puse la aquellos que Feliciano se avia quitado , saqué la daga que llevaba en la cinta , y di la algunas heridas en el rostro con que la misera Celia , si primero muerta , agora quedò desconocida , y horrible. Esto así efectuado , llevè à Feliciano al lugar que tenia prevenido , que como yà os dixè , era la casa de una pobre muger , mayor en la edad , el nombre era Violante. Dexèla allí mas alentada , y volvi à buscar à Don Luis , hablèle en secreto , y salimos los dos solos de la conversacion en que estaba : dixele con la cautela de mis razones , y con la hermosura de mis palabras , que yà quedaba reducido à efecto su deseo ; y exortèle à que supiesse fingir sentimiento por tal pérdida. No ignoraba yo que èl no lo avia de hacer , porque el ultimo quilate donde se descubre el entendimiento , es fingir gusto , de lo que dà pena , y pena de lo que causa gusto.

Ultimamente , por escusar à vuestra suspension el cuydado con que espera el fin de tantas confusiones , dixò , que yo le persuadia , q

fin.

fingièsse, fino porque èl lo avia de
 saber conseguir por lo que à mi
 me podia importar. Dile para se-
 ñas, y mayor credito de lo que
 afirmaba alguna sangre que me
 avia quedado en las manos, y en
 los brazos, desde quando avia mu-
 dado al yerto cadaver de Celia
 los vestidos, con que acabò de
 quedar de todo punto alegre. Fue-
 se satisfecho à su casa, y yo me re-
 cogi en la mia, para esperar lo que
 de estas novedades resultaria, y
 aquella noche passaba, que segun
 despues supe, fue grande alboroto
 en la familia. Dieron cuenta à sus
 padres de Feliciana, y sintieronla
 perdida, como se debe presumir
 de su amor, y de la lastima à que
 obligaba à todos la malograda her-
 mosura de su hija. Fulgencio esta-
 ba retirado por la muerte de Ce-
 lia, y así no supo tan presto la des-
 dicha de su hermana (llamola des-
 dicha, porque así lo presumieron
 ellos) mas Don Luis à otro dia
 supo claramente la de Celia, por-
 que unas amigas suyas le infor-
 maron de quien la avia muerto.
 Quedò con estas nuevas tan pe-
 saroso, que no le pareció bastante
 venganza la muerte de Feliciana,
 y se determinò matar à Fulgen-
 cio en satisfaccion de averse quita-
 do el medio de sus entretenimien-
 tos. Quando llegó à noticia de el
 animoso mancebo, la presumida
 muerte de su querida hermana,
 trayendo à la memoria los conse-
 jos de su padre, se arrepentia de

no averlos seguido; y acordando
 se de la crueldad de Don Luis, juz-
 gaba que en venganza del homi-
 cidio de Celia se avia atrevido à
 la vida de su misma muger. Mu-
 chas veces no ponderaba tanto el
 atrevimiento de su enemigo en
 lo que avia intentado como el po-
 co temor que à èl le avia tenido,
 porque ordinariamente los que se
 precian de aliento, mas se causan
 de que no les teman, que se inju-
 rian de que les afrenten. Con es-
 te enojo se le hacia cada instante
 en que dilataba la execucion de
 su muerte, mil siglos. Don Luis le
 buscaba con el mismo deseo, y yo
 que era el mas culpado (gracias à
 mi industria) andaba el menos
 peligroso.

Viendo, pues, que aunque no
 buscaban à la fingida muerta esta-
 ba en aquella Ciudad con mucho
 riesgo, y que yo tambien le ren-
 dria, si se descubriesen tantos en-
 gaños, me determinè, aunque ca-
 reciese de su vista, à carecer de
 tan grandes temores, y para esto
 en compania de Violante, perso-
 na de quien yo tenia satisfaccion,
 una noche la saqué de Barcelona,
 y la embiè al lugar que della està
 mas cerca. Por la muerte de mi
 madre, que era natural desta Ciu-
 dad, heredè gran cantidad de ha-
 cienda, y heredades en una aldea,
 que està de aqui doce leguas. Cuy-
 daba destes bienes un hombre que
 yo tenia puesto con titulo de Ma-
 yoral; escrivile algunas veces, y

aconsejandome por cartas lo bien que estaria en aquel lugar Felicianna , y la seguridad con que la tendria , me resolví à disponerla el viage. Ella estaba en todo obediente à mi gusto ; y assi en nada puso dificultad , sino es en sufrir à Violante su condicion , que por los muchos años era desfacible. Partióse finalmente ; y quedéme yo en la Ciudad , por no dár con mi ausencia algunas sospechas , que à quien està comprehendido en algun delito , todo parece que le sobrefalta. En este tiempo , como Fulgencio , y Don Luis se deseaban encontrar , no obstante , que sus amigos lo estorvamos quanto fue posible , lo vinieron à conseguir una tarde , que me llevaba Don Luis en su compañía , desnudò su animoso acero , y aunque hizo quanto debia à buen Hidalgo , quedó herido de una estocada , con que dentro de seis dias murió. Fulgencio se ausentò , y yo quedé preso por otra herida que di à uno , que le acompañaba , de que por no ser peligrosa , estuvo luego bueno. Comenzaronse con estos principios terribles vandos entre los parientes de todos , saliendo muchos de ellos à campaña , para satisfacerse con mas libertad , y sustentarse de lo que tal vez les hacia la necesidad quitar à los pasajeros. El Juez que me tenia preso estaba persuadido à que yo podria ser el medio de las amistades , y reconciliacion de mis parien-

tes , y los de Fulgencio , sin advertir à que allí se heredan con la sangre , y la hacienda los agravios. Comunicaba por cartas à Felicianna en esta distancia ; y por una la ordenè que viniese à esta Ciudad , y en ella pusiesse casa conforme à nuestro estado porque esperaba , que ya seria muy breve mi buen suceso ; añadí , que luego se bolviesse à la aldea donde avia estado , porque sino es en mi compañía , no gustaba que estuviesse en Ciudad tan grande , pues una muger sola , con galas , criados , y adorno , se hace sospechosa de deshonesta , y con la sospecha suele nacer en algunos atrevimientos , y en otros desvergüenza. Hizo todo quanto la dispuse puntualmente ; en cuyo tiempo atendió el Juez à que yo tenia demasiada culpa , y que quando la tuviesse , tres meses de prision bastaban à averla purgado abundantemente. Viò que con ella no se efectuaba su intento , ni se remediaba nada , y assi me diò por libre. A penas me ví fuera de la carcel , quando dispuse el viage , y alentado de su amor , llegué à los ojos de mi querida prenda , echè menos à Violante , y respondiòme , que no avia querido vivir en tan corta aldea , y que se avia venido à Salamanca , donde le avian dicho que servia. Pese me de que aviendola sacado de su tierra , y debiendola tan buenas obras , se le correspondiesse tan mal : pero advirtiendole , que presto la

la veriamos, dexè de embiarla à llamar, y tratè de lo que mas importaba, que era la quietud de mi conciencia, y la seguridad de Felicianana. Para esto avia yo traído testimonio de la muerte de Don Luis; con el qual sin dificultad nos dieron licencia para celebrar los desposorios, y para que en legitimos, y honestos lazos gozassemos el fruto de tantos desvelos. Mas como la fortuna se cansa de permanecer mucho tiempo en favor de el que nace desdichado, se capsò de mis bienes, y la noche de la boda, quando en medio de el regocijo era Mayo el rustico aplauso de los Aldeanos que la celebraban, entraron quatro, ò seis hombres encubiertos. Pensando, que era algun disfràz para hacer mayor la fiesta, me descuidè en poner remedio, y di lugar à que uno mataste las luces, y los otros cogiesse à Felicianana, que solamente con voces, y suspiros se defendia. Hicieronse diligencias para cogerlos, y no obstante, que la Justicia prendiò à algunos, no pareciò lo que importaba mas, que era el robo, y quien le llevaba. Finalmente, ni ellos sabian dâr razon de sî, ni yo sè mas en este caso de que desde entonces no la he visto. De suerte, que lo que llevo à saber es mi desdicha, y lo que llevo à ignorar es, quien me pudo intentar tales daños. Esto es lo que me affige justamente, esta la causa de mis pezares, este el fundamen-

to de mis tristezas, y esta la ocasion de que me hallassedes tan melancolico, divirtiendome mis penas, quando la vez primera lleguè à veros. Vos (ò amigo!) juzgareis ahora, si mi afficcion es imprudente, mis pezares necios, mis penas leves, y mis tristezas injustas.

Supuesto que teneis (respondiò Hipolito) satisfacion cuerda de vuestra amada esposa, no debe ser tanta la pena de averla perdido; como la esperanza de cobrarla: pues si bien se puede temer (quando alguno la llevasse violenta) a falta que harà à vuestro amor, no se debe pensar, que ella faltará à su honor, y à sus obligaciones. A sî si que concediendo, que no es el pesar injusto, os advierto, que es sobrado, y os espero ver en posesion de vuestras primeras alegrías. Quertia yo, que entendiesedes, que todos los sobresaltos que padeceis, no son otra cosa, que castigos de la voluntad illicita que tuvisteis à Felicianana, y de los medios que pusisteis hasta llegar al termino de vuestras bodas; pues aunque de vuestra parte fueron con la menor aspereza posible, por ordenarse à librar una vida de las manos de la muerte, con todo esso, ni vos la dexais de confessar, ni yo puedo disculpar vuestra injusticia. No juzgueis que digo esto para aumentaros el desconsuelo, sino para que veais, que muy ordinariamente se parecen las penas à los delitos; y para que

estimeis mucho que no se dilaten, antes bien esteis reconocido à Dios, que en esta vida suele dàr mas leves los castigos.

Recogieronse aquella noche, y à la tarde de el siguiente dia, despues de aver andado por la Ciudad, llegò Hipolito à su posada, y casa de Leonardo, donde le hallò confuso, prevenido de armas, y la color perdida: rogòle, que dixesse la causa de aquel nuevo accidente, y el cuidadosamente atento le respondiò. Noble Hipolito, aunque veo que es atrevimiento persuadiros, quando os he servido tan poco à que por mi aventureis lo mucho que vale vuestra persona, viendo que si me falta la vida en el peligro que esta noche he de verme, à vos os faltará en mi un esclavo: he querido, que como à cosa propia me ampareis, y aconsejéis lo que debo hacer en el caso que os propondrè brevemente. Quando esta mañana os apartasteis de mi, llegò un criado, y lleno de turbacion me dixo, que avia visto salir de una casa à Feliciana en compañía de otra muger, à quien èl no avia conocido. Alegréme de oír novedad, que tanto deseaba, y llevado de el afecto, hice que me enseñasse la calle, y familia de donde avia salido. Mas aquí se me doblaron los pesares, pues siendo antes dudosos, yà comencè à temerlos ciertos, atendiendo à que era la casa de dos hombres mozos, y gala-

nes à quien, si unos los tenemos por valientes, otros los juzgamos por divertidos. Acometiòme luego la presumpcion de que ellos la robarian aquella noche de la aldea, pues era facil averla visto; quando yo la embietà decir, que previniesse el adorno de esta casa, y tan facil como verla, quedar qualquiera de ellos enamorado, y rendido à su hermosura. Yà fa-beis (ò amigo Hipolito!) quan fragil es el honor, y quan atrevidos los zelos; y así debeis persuadiros à que yo dudoso en èl, y cierto en ellos, èstimarè en poco todo quanto no fuere satisfacion de mi agravio. Para esto, fiado en vuestro valor, los escriví un papel de desafio, con animo de que los matemos esta noche en la campaña à entrambos, puesto que así no errarè el que me tiene ofendido. La hora del plazo se llegará con brevedad, ved lo que conforme à esto determinais, porque aunque yendo solo pienso perder la vida, yo no tengo de saltar à las obligaciones que professo, que menos mal serà morir en defensa de mi honor, que vivir sin èl à manos de tan dilatadas penas. Yo Leonardo (respondiò Hipolito) estoy tan lexos de huír las ocasiones precisas en que puedo perder reputacion; que en otro tiempo las procuraba à costa de muchas temeridades, y de algunas sinrazones. Ni esto quiero que penseis, que es alabar aquella inclinacion,

cion;

cion, sin deseo de manifestaros, quan seguro podeis estar, de que no faltare de vuestro lado en quantos peligros me ocurrieren, hasta dexar la vida. Agradeciòle Leonardo estas razones, y para mayor seguridad cubrieron los pechos de duras jacerinas, sobre blandos coletos tomaron espadas, y rodellas, prevenciones las mas veces cuerdas, y alli hijas del disgusto, engendradas en la colera, y nietas del agravio. Cargados de tantos instrumentos de su ira, llegaron al asignado lugar del desafio, hallaron ya esperando à los valientes Cavalleros à quien Leonardo avia provocado à salir, que eran Alexandro, y Carlos, y por quien Hipolito avia tenido tanta alegría, quando los encontrò en aquella Universidad, como poco antes queda referido. Informaròse, si eran ellos, y à este tiempo los unos, y los otros, dexando caer las capas, pusieron mano à las espadas, y rodellas; y viendo Alexandro, que ya estaban presentes sus enemigos levantò un poco la voz, y dixo: No querria que alguno presumiese, que esto es dilatar la pendencia sino justificarla de nuestra parte. Carlos, y yo hemos sido llamados à esta soledad, para averiguar con las armas, cosa, que nosotros ignoramos. Y supuesto, que ni escusamos el venir, ni faltaremos à nuestras obligaciones, querria que nos refiriesdes la causa de aquesta question, para asse-

gurarnos de el peso que tiene, y satisfacernos si es justa. Leonardo respondiò entonces: No quiero negar à vuestro deseo lo que es tan licito, y à mi tan necesario; antes me alegro de que ayais dado lugar à que mi enojo se reporte; òs diga primero vuestro yerro, y luego intente el castigo. Para lo que os he sacado à esta campaña, (ò Carlos, y Alexandro!) es, ò para que sea esta tierra deposito de todas nuestras vidas, ò para que me assureis, de que ninguno de vosotros fue quien la noche de mis desposorios me quitò à Felicianà, la mas estimada prenda de mi alma, y ya entonces de mi honor. Mas como serà posible este ultimo medio, si la aveis tenido muchos dias en vuestra misma casa, y ha llegado el poco recato à tan desdichado termino, que la han visto salir de ella algunas veces? Estas son las razones que tiene de su parte mi enojo, y estos los motivos que me han obligado à procurar, que (si quedais castigados) unos formen à mi determinacion honradas disculpas, y los otros saquen de vuestra muerte provechosos escarmientos.

Pesòle à Hipolito de aver oido aquellos nombres, y conocer que entonces tenia por contrarios à sus mayores amigos. Estaba tan dudoso, que no sabia què remedio poner à tan apretada ocasion. Por una parte, si se descubria, y trataba de amistades, se hallaba desacre-

ditado para con Leonardo , y no cumplia lo que primero le avia prometido. Por otra , si permanecia oculto , y les procuraba ofender , temia en ellos el daño que podia hacerlos su valor , y su azero. Si no se defendia , y procuraba el riesgo de Alexandro , que era quien avia de pelear con él , temia su mismo peligro. Y finalmente , en la respuesta de Carlos , que ya comenzaba à hablar , dudaba si avria algun medio con que escusar el rompimiento. De tantas confusiones le sacò el noble mancebo , diciendo : Mucho pesar tengo de que se ayan presumido de nosotros acciones tan infames , y ya debemos estàr mas injuriados de vuestra presuncion , que vos de vuestra determinacion (à ser , como aveis pensado , cierta) mas porque à nuestra misma reputacion importa responder , quiero , no daros satisfacion , que à la verdad no es bien dirla este titulo , sino aseguráros de que vivis engañado. Esto constarà patentemente , si os persuadis à creer , que ni Alexandro , ni yo hemos salido dos meses ha de la Ciudad , sino es en la ocasion presente , ni en nuestra casa ay mas que una muger anciana , (que se llama Violante) y cuyda de nuestro alimento , ni jamàs ha llegado tal reparo à nuestra noticia , ni del lugar que decia la tenemos mayor que la que aora confusamente nos aveis dado ; añado , que no se dexarà de enga-

ñar el que pensare otra cosa , ni ay ultimamente , supuesta esta verdad , y que sabemos , que la razon està de nuestra parte , escusarèmos pesadumbre , de donde la misma inocencia nos ha de sacar con victoria. Levantaron animosamente las espadas , pusieron en debida proporcion las rodelas , y dieron indicios de acometer ; mas Hipolito , que avia deseado tan honrada respuesta , y tan en favor de Leonardo , sin que perdiesse de su parte Carlos , levantò la voz , y los detuvo , diciendo : Vuestro valor ha dado en otras ocasiones bastantes muestras de la nobleza de esos pechos , de que yo he sido alguna vez testigo ; y así me persuado à juzgar , que lo que decis es cierto ; y si antes huviera sabido (ò Leonardo !) que eran Carlos , y Alexandro los que avian dado fundamento à vuestra sospecha , yo huviera escusado este disgusto , y los medios de llegar à tal estado , afirmando , que su valor , su nobleza , y su cordura , no avian de dár lugar à cosa tan infame , porque siempre siguen las costumbres al nacimiento , como es difícil , que un hombre mal nacido sea honrado , parece imposible , que el que nació ilustremente , dexè de ser en sus acciones noble.

Conocido Hipolito por los dos , cesò el pasado rigor , y todos juntos volvieron à la Ciudad. En el camino disculpò Leonardo su de-

ter-

terminacion con el dicho de su criado, y aun presumió, que no avia sido engaño, si bien podia en su culpa de los dos, por averlos oido decir, que tenian en ella à Violante, pues sería muy posible, que Feliciara se huviesse recogido con ella temerosa de mas cruel fortuna. Manifestòles esse pensamiento, y parecióle bien el discurso. Conformes llegaron todos à su casa de los nobles manebos: los quales, para que fuese mas cautelosa la informacion del caso, hicieron que Leonardo, y Hipolito se escondiesse en un retrete que la sala tenia. llamaron luego à Violante, y Alexandro comenzò à hacerla preguntas. Ultimamente la rogò, que manifestasse quien era una muger que él avia visto en su compañía; porque supuesto que tuviesse merecimientos, hallasse tambien en sus personas amparo, pues à ser de las comunes, no era justo que se hospedasse en su familia. Decia esto Alexandro, para que no pudiesse negarlo, si acaso tenia à Feliciara consigo. En nada se engañò el cuerdo manebos; pues le respondió de esta suerte: No pagára yo justamente el amor que me teneis, si os ocultára la verdad de este caso, ni aun tuviera noble termino, si no fiara este negocio de vuestra cordura, y prudencia: mas porque no podré satisfaceros cumplidamente, si no es teniendo à la misma persona,

que decís delante; con vuestra licencia quiero traerla, pues demás de que ella informará mejor de su presencia dexará disculpado mi atrevimiento, si le he tenido en averla dado lugar en mi compañía. Salióse con esto Violante, y despues de un largo espacio, en que se escusaba de obedecerla, entrò la noble dama, vergonzosa, recatada, y honesta, adonde Carlos, y Alexandro, y aun mas que todos Leonardo (si bien encubierto) la esperaba. Hicieronla con pacible rostro la debida cortesia, y animandola con la esperanza del favor, que desde luego prometian, la rogaron, que no les ocultasse la causa de averse valido una muger de sus prendas, de la posibilidad corta de Violante. Ella à un mismo punto, cubriendo de colores el rostro, de suspiros el ayre, y de razones la lengua, comenzò à informarles discreta, y brevemente de lo mas esencial de su vida, y lo mas extraño de su fortuna. Refirió el aprieto, con que sin pensar se hallò aquella noche de la boda en las manos de los desconocidos embidiosos de Leonardo, y de los crueles estorvos de sus dichas, de donde prosigió en esta forma.

Como por averse caído el fragil tabique, quedò impossibilitada de abriose la puerta, y vieron, que serian vanos sus intentos si yo elegia otro medio, me sacaron por el hueco, que de su ruina avia que-

quedado. Hallème en el maeon del Lugar; porque (como dixè) por su parte se avia caido aquel pedazo que le dividia de nuestra familia. Mis voces eran muchas, y sus temores aun mucho mas crecidos, que mis voces, pues trataron de dexarme. Acudiò en este tiempo alguna gente de la que estava alli recogida, y entre los demas parecia aventajarse en mi favor un hombre, que acaso saliò con un broquel, y una espada desnuda. Reparè en el rostro, ayudada de la luz, que de un aposento salia, y conocì (para mayores penas) à Fulgencio mi hermano, entre cuya resolucion, y à dexo referida la temeridad de sus costumbres.

Atendiendo, pues, (aunque en tal ocasion debia atender à muchas cosas) à que no me conociese, y temiendo de que no executasse en mi el castigo, que avia presumido de la crueldad de Don Luis mi primero esposo, me salì huyendo de su presencia, mejor fuera de mi misma, porque quien es desdichada, entonces estara mas segura, de que se halle de si mas apartada. Recogime por el rigor de una tempestad, que entonces avia en una casa, que en el mismo lugar (por muerte de sus dueños) estava inhabitable; y consultado con mis temores mi poca seguridad, à otro dia, que amaneciò hermoso, y sereno, lo mas oculta que pude me parti à esta Ciudad. Busquè à Violante, pareciendo

me, que quien nunca me avia negado el amparo, menos lo haria en tan apretado tiempo: y no me engañè en la presumpcion, pues con amor me recibì, y hospedò con caricia.

Lo que en este caso siento con mayor fuerza, es el pesar que tendrà mi amado Leonardo, y que no sè qual serà el medio mas eficaz de satisfacerse, así porque yo lo deseo, como porque para conseguir una cosa, no ay mas fuerte estorvo, que el deseo de quien ha nacido infelice.

No serà menester mucho para conseguirle, y satisfacer à vuestro amante, y esposo. O hermosa Feliciana (dixò Hipolito saliendo de donde estava) porque yo sè, que èl està satisfecho de vuestro amor; veisle aqui tan lastimado de vuestras penas, como alegre de averos hallado à tiempo, que por medio de tan precisa relacion, ha quedado seguro de que fue inculpable vuestra ausencia. No pudo Feliciana verle, y reportar los afectos de su pecho; y así acudiò à darle los brazos. Leonardo la recibì en los suyos, contento de imaginar, que al tiempo que pudo ver en la campaña desamados los aceros de dos contrarios, hallò en su casa los favores de dos nobles amigos, y que quando temì su deshonor, y sus penas, grangedò su seguridad, y los brazos de su querida esposa. De tan superior alegria participaron todos igualmente, solo Hipolito;

DISCURSO PRIMERO.

45

polito, acordandose por los bienes agenos de su desdicha propia ; y por los amores de Feliciana , del fuyo , y de la hermosura de Aminta , quedaba suspenso , divertido, y triste al passo que à los demás miraba atentos , satisfechos ; y alegres.

Querian ausentarse el yà feliz Leonardo con su querido dueño, en compañía de Hipolito ; mas no lo consintieron Alexandro , y Carlos, hasta despues de aver ayudado à la celebridad de la fiesta, con una esplendida cena, que con brevedad se previno ; acompañaronlos luego hasta su casa , que

dando entre todos unida ; noble comunicacion , y firme amistad. Acudian à visitarse muy familiarmente , con cuya ocasion , una de las noches que se vieron juntos en casa de Leonardo , les persuadió Feliciana , à que supuesto que avian sabido los sucesos de su vida no escusassen la eloquente relacion de los suyos , por aver tenido noticia de que eran prodigiosos. Aunque al principio se escusaba Alexandro , despues se resolvió à referirlos , y nosotros à dexarlos (por no dilatar tanto el presente)

para el siguiente discurso.



HISTORIA

DE HIPOLITO , Y AMINTA.

DISCURSO SEGUNDO.

A Un animo fuerte , invencible , y atrevido, nunca le desmayan los peligros , antes està tan lejos de dexarse vencer , que con las dificultades se aumenta , y con los riesgos se mejora. Es el corazon de algunos hombres tan constante en lo que proponen , que no facilmente se mueven à dexar lo que una vez emprehendieron: pero

hase de acompañar esta firme resolucion con tal cordura, que conforme al precepto de el Principe de la eloquencia , no se aparte de la determinacion de la razon , ni de las empresas , la prudencia; porque siguiendo contrario parecer , es forzoso que se passe à ser temerario aliento , el que pudiera ser fuerte , y cuerdo valor. Quando hemos visto no tener mayor con-

con-

contrario que su dureza , ni mas permanente enemigo , que su misma porfia ? Y quantos escusarse prudentes de empeños donde era necesaria su prudencia ? De suerte , que el valor viene à ser un genero de instrumento de la felicidad humana , muy parecido à aquellos de que suele usar el enojo. Pues como una espada en manos del enemigo mata , y de el amigo defiende , assi el valor acompañado de la temeridad perjudica , y en manos de la prudencia , defiende , aprovecha , y se mejora. Bien atiendo à que suele ser tan apretada la ocasion , que no se pueden regular por tan estrecha doctrina las acciones de un animo valeroso ; y assi disculpolas de Alexandro , el qual viendo , que todos estaban atentos , comenzò la relacion de sus sucessos , con este exordio.

Quando no os obligàra nuestra amistad , y el deseo de oir mas accidentes , la curiosidad de saber cosas estrañas , os pudiera obligar à que pagasdes en atencion los empeños de mi corta eloquencia. De la de mi amigo Don Carlos se pudiera fiar con mas seguridad es acierto ; mas por escusarle este cansancio (si se puede llamar assi à lo que se ordena à servirnos) y porque me debaista memoria de tantas novedades , vista en vuestro aplauso la licencia , me pondré à referirlas : lo que de su parte os puedo asegurar , es

gran de estrañez , y de mia precisa verdad. Passan , pues , ò Hipolito , ò Leonardo , ò hermosa Feliciano , de esta suerte.

Es Bolonia en el Reyno de Italia , Ciudad bien conocida por su grandeza , y en los estraños por la fama de illustre Universidad , que las letras no solo ilustran al que las tiene , mas adornan dando noble credito , y dilatan gloriosa fama el nombre de los Lugares adonde se aprenden. Fue mi nacimiento en ella , por la parte que tocò à la fortuna excelente ; por la que naturaleza pudo ayudarme , tuve tantos favores (gracias à su Autor , y de todos los bienes) que ninguno pudo pensar que fuesse mayor que la mia su nobleza. Era mi padre Español , à quien sacaron en su mecedad de su patria algunas travesuras , à que suelen dar licencia los pocos años. Mi madre era natural de Faenza otra Ciudad del mismo Reyno. Enamoròse de sus muchas prendas Don Gregorio (este era el nombre de mi padre) y despues de aver unido mediante el Matrimonio licitamente las almas , eligieron para su habitacion à Bolonia , donde se aumentò copiosamente su hacienda , y tuvieron para que la heredasse conmigo una hija , cuyo nombre era Aminta. Aqui comenzò à imaginar Hipolito , que era hermana de Alexandro , el dueño de su voluntad : mas por no divertirle de sucessos , en que

venia à tener tanta parte , por amante de su bellissima hermana, le dexò que prosiguiesse , y èl fin cortar el discurso , añadió: Era mi hermana de inclinacion traviesa , amiga de ver , poco escrupulosa en hablar , y demasiado aguda en responder , que sobre hermosa , rica , y bien nacida daba graves motivos à la juventud , y era inquieta fabula de la Ciudad. Llamabáse mi madre Hortensia , y era tan parecida en la eloquencia , como en el nombre , à aquèlla que la antigüedad celebrò cuydadosa , y felizmente. Tenia eminente noticia de todas ciencias , por averlas estudiado en menor edad , con animo de aventajar à muchos , y disminuir à todos quantos piensan , que la ciencia està vinculada solo à los ingenios de los hombres , como si las mugeres fueran de diversa naturaleza. Valiendose de su cordura , encaminaba mi madre à Aminta , y procuraba , que la imitasse en los estudios ; cosa , que ella hacia con mucho gusto repitiendo aquellas palabras de Ciceron , que dicen : Los estudios alimentan en la mocedad , deleytan en la vejez , adornan en la prosperidad , y ayudan en la adversidad ; anohecen con nosotros , peregrinan en nuestra compania , y aun entre la rusticidad del campo no nos desamparan. Mas no obstante , este entretenimiento , era tan libre que ni bastaban razones , ni le detenian ame-

nazas , ni la obligaban ruegos , à que moderasse su intencion. Cierta cosa es , que su libertad no se entendia mas , que à las palabras , ni passaba en ella el pensamiento los terminos de honesta conversacion ; (como alguna vez nos constò de experiencia) mas en una muger noble , y aunque no lo sea , en una muger conocida , y celebrada de hermosa , es notable defecto el dexarse comunicar facilmente. A cuerdomè de aver oido à mi madre reprehender sus diversiones , con tanta variedad de sentencias , tanta hermosura de palabras , y tal adorno de razones , que parecia imposible dexar de reducirse con ellas ; quien no tuviesse ciega la razon , y inhabil el entendimiento , à quien Aminta respondia con tal cautela en el discurso , y tal resolucion en la lengua , que inclinada al bien , pudiera ser embidia en los enemigos , como entonces era lastima en los propios. Llamòla un dia al fin de otras muchas cosas , con que procuraba su escarmiento vanagloriosa. Mas oid por vuestra vida la respuesta de Aminta , y así conoceréis la verdad de quanto en favor de su agudeza he dicho.

La vanagloria , si yo no me engaño , ó señor , es variedad de un animo que juntamente tiene algun bien , y ignora el modo de poseerle , es un afecto enfermizo con ciertas inchazones de excelencia ; esto es vello de presuncion , que al

fiste en ánimos leves; es una imaginación, para las cosas mal fundadas apacible, y para las adversas inútil. Esta es la vanagloria brevemente, y sus definiciones. Los vanagloriosos son aquellos à quien el viento de la jactancia levanta sobre sí mismos; los que desean que todos los alaben; los que procuran, que injustamente los veneren; los que favorecen à los aduladores; los que quieren enseñar, quando para sí no saben; los que intentan ser tenidos por doctos en lo que no entienden; los que se huelgan de que se crean de ellos cosas grandes; los que en las palabras son tan graves, que se escuchan; los que son en prometer veloces, y en dár limitados; los que para los sucesos prosperos son alegres, y en los adversos fragiles; en los oprobrios cuidadosos, en los regocijos inmoderados, y para lo honesto difíciles. Estos son vanagloriosos; dichosa yo, que ni la tengo, ni por esta parte la conozco.

Tales como este eran los colochios, que entre los dos pasaban, dando embidia à otras señoras, que las oían, y enseñando à las que lo procuraban. Yo andaba con estas inquietudes de mi hermana confuso, sin saber qué medio escoger para su sosiego. Advertia, que no era posible, que su condición dexasse de traerme à algun infelice término; porque en un hombre noble, qualquiera cosa de honor le pone en apretadas ocasiones de

aventurarse, por no perderle. Veias que de tantos como la pretendian, alguno forzosamente podria tener dominio en su voluntad, y aun temia, que avia de ser quien peor la estimasse; porque suele ser castigo de la demasiada libertad, encontrar siempre con lo peor. Avia entre los demás mancebos de la Ciudad dos Cavalleros, que se aventajaban à todos, y se señalaban con mas atención en este empleo: el uno se llamaba Valerio, y el otro D. Enrique, cuyos apellidos oculto, por no ser à nuestro intento de importancia. Andaba Don Enrique que mas favorecido, si bien honestamente, y con los favores agenos. Valerio tan zeloso, que todo el amor que tenia à Aminta era odio para su competidor ordinario accidente en los que juntan al desprecio propio la competencia, y la felicidad agena.

Aconsejabanle sus amigos, que dexasse de atormentarse con este desafosiego; así porque Don Enrique era mas poderoso, como porque era insufrible la penã, que el mismo se procuraba, viendo à su contrario favorecido, y à su amor tan injustamente despreciado. Decianle, que los desprecios son en el ignorante incentivos, y en el cuerdo defengaños; y que supuesta esta verdad, fuese cuerdo; y atendiesse à que no ay hombre tan perdido de amor, que si quiere procurarlo, no se remedie facilmente en sus pasiones; ó yá es-

tulandose de ver la causa de ellas, ò yà entrando en el consejo de su acuerdo, para tomar residencia à sus pensamientos, haciendo à la prudencia abogado, à los defasos- siegos testigos, à la voluntad reo, à las sinrazones fiscales, y à la razon Juez atento. Afirmabanle, que el cuerdo Medico no cuyda del gusto, y comodidad del enfermo, si le desea salud, y que assi èl no avia de atender al gusto de su amor, si queria mejorar en su enfermedad. Persuadianle à que tomasse cuenta à su deseo, y hallaria, que el recibo de los disgustos es à millares; y el descuento de los placeres, que dà amor à unidades; y que siendo todo esto assi, no escufasse esta consideracion, ni se desacreditasse de entendido, profugiendo en empleo tan à su costa, y que le avia de traer aun à mas infeliz estado. A esto respondia Valerio, que èl no tenia amor à Aninta, sino aborrecimiento à su contrario, y que no la procuraba por el gusto suyo, sino por el pesar ageno. Assi que tuviesen por cierto, que sus persuasiones eran vanas, y que serian sus diligencias inutiles, porque èl avia de procurar la perdicion de muchos en la venganza de uno solo. Desta suerte, proseguia Don Enrique, padecia Valerio, y yo vivia ignorante de su competencia, porque aunque velaba mi cuidado en la guarda de mi hermana, su industria era tan grande, que mejor que Mer-

curio à Argos; quando guardaba à la transformada hija de Inaco; me dexara ciego, aunque tuviera cien ojos.

Vao de estos dias, en que Valerio andaba trazando la venganza de sus zelos, se llegó à mi con mas que nunca fingida amistad, y me dixo mil engaños acerca de un disgusto que fingió con otro Cavallero, en el qual queria que le acompañasse, con intento, sin duda, de que no faltasse mi presencia de adonde despues sabreis. Yo, que en la Ciudad era conocido por hombre de razonable valor, aunque naturalmente le aborrecia por su infame lengua, y maliciosas costumbres, quise que no se atribuyesse à cortedad de animo el parecer remiso, y le dixi, que desde luego determinasse lo que avia de estar mas bien à su reputacion, y à la conservacion de su honor; porque yo prometia acompañarle apercibido à qualquier riesgo. El lo estimó por entonces, y yo sentia interiormente un sobresalto tan vivo, que me obligaba à decir dudoso aquellas razones; en que profeticamente el alma me afirmaba los futuros sucesos. Esperóme aquella misma noche mientras que prevenia algunas armas en mi defensa, y los dos juntos nos fuimos adonde èl cauteloso me llevaba, y yo inocente me avia dexado persuadir, que estaba su enemigo. Hallamos solo en una calle à D. Enrique, y estal la

cortedad de los que se alargan demasiado de lengua, que viédo presente à quien aborrecia; y yendo à su lado un hombre de confianza, aun no se atrevió à acometerle. Llegò à èl, reconocióle, y diciéndole lo mismo que à mi primero me avia dicho, nos llevó con título de que procuraba hacer hora à una casa de conversacion; lugar, en que algunos de los Cavalleros de la Ciudad nos soliamos juntar, ò yà à saber novedades de otros Reynos antes que sucediesfen, ò yà divertirnos, y comunicarnos, tomando por ocasion el juego.

Estaba aquella noche junto lo mas escogido de la juventud, que solia acudir à entretenerse; y mientras unos jugaban, tomaron otros por aßumpto decir mal de las mugeres en comun, y referir lo que cada uno supiesse de las damas de la Ciudad. Yo no sè si diò principio à esta conversacion Valerio; si bien conozco, que no podia dexar de ser infame quien tal propuso, porque decir mal de las mugeres, hace à un hombre averiguada informacion de mal nacido. Perdonad la digresion, y antes que pafse à los demás sucesos, permitid, que me ponga à discurrir un rato en la maldad que comete, quien no las venera, y en lugar de darlas justa estimacion, las deshonorra. Quanto à lo primero, es ingrato, pues aviendo nacido de sus entrañas, las desprecia, y paga el ser que le dieron, quitandoles el ser con

el honor, porque las mugeres no pueden preciarfe del ser, si les falta el ser honestas. Demàs de esto dà por el liquido, y blanco humor de sus pechos, con que se alimentaron, la ponzoña vil, con que las ofende: y finalmente, à los vestidos con que le abrigaron, corresponde en libertad con que descubre sus defectos. Es tambien soberbio, pues desprecia sus principios y mordaz, pues no se modera en la lengua. Es injusto, pues en lugar de dàr lo que puede, niega lo que por tantos titulos debe. Y en resolucion, à mal nacido, è infame; junta los renombres de ingrato, sobervio, maldiciente, y injusto. Don Carlos, que aora està à mi narracion presente, lo estaba tambien entonces, y con razones quiso impedir, que no passasse adelante aquella conversacion. Yo tratè de salirme, y no escucharlos; mas llegando à detenerme, à èl, y à mi nos trataron de escrupulosos, y otros titulos que la desbocada juventud suele dàr à los moderados en sus acrones, y cuerdos en sus palabras. Fueron ellos discurriendo en las costumbres de algunas, y yo en la defensa de todas, hasta que llegò à hablar Valerio por su orden. En esta vil ocasion tuvo el cumplimiento de su imaginada venganza, puede ser, que con animo de que yo la tomasse. Don Enrique; pues, comenzò à decir, que conocia una dama (sin referir el nombre

bre por entonces) de tales costumbres, que se podía temer por ellas ; no solo la pérdida de una Ciudad, sino la ruina, y destrucion de muchos Reynos, y que era de condicion tan atrevida, y resolucion tan libre, que no se contentaba facilmente, antes teniendo amor à uno solo, se le mostraba à todos para tenerlos perdidos. Que era en el rostro hermosa, en el cuerpo bizarra, en los vestidos curiosa, en la sangre noble, en la riqueza abundante en publico despejada, y en secreto deshonesta.

Poco avia importado, que Valerio huviesse dicho tantas infamias de muger de tales prendas, sino añadiera. Permitaseme, que calle el nombre de esta dama, por estar delante el tio de dos hijos, q̄ ocultamente ha tenido. Avia entre los demás otros dos, que como yo, tenían hermanas, los quales comenzaron à alterarse, y conferir entre si mismos lo que avian oido: cuyos semblantes, y turbacion, vista por el infame Valerio le hicieron proseguir, diciendo: Nadie se inquiete, ni murmure lo que he dicho, que el nombre de la dama es Aminta, el tio de los niños Alexandro, y aun si me aprietan mucho, diré que su padre es Don Enrique. O traidor Valerio, y como rompiste mis entrañas de dolor, haciendo balas tus alvedras razones! O como pusiste el alma tan colmada de penas! O como quedó la

vista falta de luz: y quitando el rostro su ordinario color, dexaste el pecho lleno de turbacion, y confusiones! Mas esperad, ó nobles amigos, y oíreis como hasta aqui mi deshonor, mis pesares, y sus razones, desde este punto mi satisfacion, mi venganza, y su castigo. Apenas pudo proferir la ultima silaba, que dió fin à mi afrenta, quando comenzó en su muerte el escarmiento de otros maldicientes; pues sacando una daga, por estar desviado de mi, se la tiró tan desatadamente, que entró à sacarle de el corazon la injusta sangre. Don Carlos que estaba mas cerca profiguió dándole tantas heridas, que no pudo quedar duda en su muerte. Yo à este tiempo procuraba hacer igual à la suerte de Valerio la desdicha de Don Enrique, porque aunque como despues supe, era mentira, que mi hermana le dexasse llegar à tan familiares brazos, con todo esso por la duda, que entonces podrian engendrar las razones de Valerio, quedara mas segura mi opinion, si quedara muerto quien avia tenido nombre de mi ofensor. Fue tanta su dicha, que se escapó huyendo, y mientras unos acudieron à detenerme, porque no le matasse; otros procuraron impedir que no me fuesse, para entregarme à la Justicia, y quedar así disculpados en la muerte de Valerio, con entregar el homicida. Yo entonces advertido de su imaginacion, me

salí de entre todos; metiendo mano à la espada, les obliguè à que hiciesen otro tanto, y à que dexassen à Don Carlos, con quien procurában lo mismo. El quando se viò libre, y à mi persona en tal aprieto, se puso con atrevida resolución, y noble aliento à mi lado, y tanto pudieron su valor, y mi enojo, que los hicimos retirar hasta la puerta de la calle.

Bien quisiéramos poder escaparnos de tan conocido peligro, mas el ruido de las armas, la confusión de todos, y las voces de algunos diò lugar à que la Justicia llegasse en este tiempo. De fuerre nòs comenzaron à apretar de una, y otra parte, que fue forzoso el retirarnos, y bolvernòs adentro, despues de aver muerto en la refriega à uno de los que avian llegado con la Justicia. Quando nos vimos segunda vez encerrados, y que aumentando delitos à delitos, hacíamos peor nuestro negocio, y casi imposible la huida, tomamos otro medio, que fue entre la defensa, y la resistencia que hacíamos, procurar cerrar las puertas de la casa, en que avia tenido principio nuestro disgusto, y quedarnos dentro: pues aunque no fuesse esta segura traza de escusar aquel riesgo, lo sería de dilatar la prision, y el castigo, hasta que la colera se moderasse en los unos, y el enojo en los otros. Aunque este medio era dificultoso, por la multitud de los muchos contrarios que te-

niamos, viendo lo que nos importaria conseguirle, pusimos tal cuidado, tal fuerza, y tal diligencia, que con brevedad nos hallamos defendidos de la invencible fortaleza de dos muy grandes puertas. Pusimos (para mayor seguridad) todas las cerraduras en el estado que nos pareció mas apropiado. No se puede encarecer el contento con que nos hallamos, viendo que à la referida habitación acompañaban en nuestro favor notables circunstancias, puesta que era alta, fuerte, y hermosa; y por esta parte segura de que no pudiessen vencer nuestra perfia, subiendo por las altas paredes. Tenia todas las fachadas de piedra, con que el rompimiento era imposible. Dilatabase tan espaciosamente, que hacia frente à quatro distantes calles; cosa, que si bien no daba lugar à que por otras casas entrassen, con todo esto nos daba algun desconuelo, viendo que nosotros tampoco podíamos huir por ellas. Finalmente tenia gran cantidad de ventanas, todas estaban prevenidas de tan fuertes cerraduras, que parecian averse hecho con atención à este peligro, y con deseo de nuestra defensa. Reparemos en que avian dexado por todas partes mucha gente que nos guardasse; y para satisfacernos, cogimos al ya muerto Valerio, descolgamosle con unas cuerdas, y vimos el cuidado con q̄ velaban, en la presteza con

Con que llegaron à ver si era alguno de nosotros el que baxaba de aquella fuerçe.

Apenas comenzò el Alva à dár con media luz indicio de la venida del Sol , quando trataron de darnos un assalto por diversas partes, para que no pudiendo acudir à la defensa de tantas , nos impossibilitassemos en ella : mas D. Carlos de una parte, y yo de otra tirabamos desde un terrado, que en lo mas alto avia copiosa cantidad de piedras, y otras cosas, que con las dagas atravesabamos , haciendo notable daño en los que atrevidos nos le procuraban. No se niega à mi discurso (ò nobles amigos) que toda esta defensa era injusta, y que à la justicia se debe respetar, quando mucho huir, y en ningun caso ofender : mas como entonces estabamos empeñados, y no mirabamos la verdad à la luz que aora la vemos, no obramos como aora de lapassionadamente. En el espacio que durò su porfia, advertimos notables ventajas ; porque si bien nuestra diligencia era grande, tambien el cansancio era mucho, y la multitud de los contrarios mayor, pero quando el valor no falta , todos los peligros son cortos. Atendiendo, pues, Don Carlos al nuestro , y que algunos con escaleras, que avian arriado, estaban dando golpes à las ventanas para rompellas , baxò al primer quarto , por aver visto en el una escopeta: quitòla del lu-

gar en que estaba ; y hallandola prevenida , se llegó à una de las ventanas, por la qual con una hacha avian comenzado à saltar fragmentos, y se veia buena parte de luz. Metiò por el hueco la boca del domestico rayo, apretò la llave, y el que poco antes daba en la ventana golpes, cayò muy furioso, y diò uno tan grande en el suelo, que quando no lo fuera con la herida del derretido plomo , pudiera quedar con su propria violencia muerto.

Visto este suceso, y oida la repetida voz del referido instrumento, concibieron los que antes procuraban ofendernos, tan grandissimo temor, que muy conformes se baxaron de donde estaban, diciendo : Quanto menos importa cogerlos, que ponernos nosotros à un tan grande peligro de perder la vida : Estos hombres estàn ya perdidos, y han de vender bien sus vidas con riesgo de las nuestras; para que queremos empeñarlas por tan corto precio, sino dexarlos, hasta que la hambre (enemigo tan familiar) les haga à ellos dentro de muy pocos dias venir à nuestras manos, y nosotros conseguir lo que aora no podemos, sino es ponièndonos à un gran peligro. Corrió este parecer por todos, y parte por el escarmiento q̄ avian tenido en su amigo, aunque por razon de otros respetos parecia moverse en nuestro daño, estaban de nuestra parte, consintieron à la traza. Dieronla

los parientes de Valerio , en que ninguna persona no pudiesse llegar en quatro calles al rededor, para quitar que nadie les pudiesse llevar ningun sustento. Con esta prevencion , y muchas guardas, nos dexaron à un mismo tiempo cansados, y consolados, esperando algun remedio de parte de nuestros amigos. O como tiene muchos la felicidad , ò quan pocos la necesidad ! Aqui conocia yo los que eran verdaderos, y decia: Dichoso es el que tiene una desdicha, sino dura mucho tiempo, pues con ella se defengaña de muchas cosas, y advierte, de quien puede fiarse, y quien sabe ser amigo : antes solia permanecer la amistad hasta las aras, esto es en las cosas que no se oponian al culto de Dios: mas agora las amistades duran hasta los trabajos, pues en teniendo un hombre , le faltan los amigos. O infeliz tiempo , donde son todos tan leves , que apenas corre el viento de una tribulacion, quando desaparecen. O mil veces dichoso el que llega à tener uno solo, que sepa en las leyes de amistad las obligaciones que tiene , y entre quantos lo han sido ! O mas que todos dichosissimo yo , que me satisface, de que tengo tan crecido bien en el noble Don Carlos, y à quien como despues vereis , debo por tantos titulos este agradecimiento.

En el aprieto que acabè de referiros , estabamos continuando

los desvelos de nuestra defensa , y limitando la hambre con la prevencion, que dentro de la espaciosa habitacion avia. Dilatabase esto mas que los parientes , y amigos de Valerio quisieran. Asíistian con grande vigilancia à guardarnos , temerosos de que su descuido podria dár lugar à nuestra fuga, y con el tiempo nos veniamos à defengañar , de que la traza suya avia sido prudente , pues nosotros teniamos nuestra mayor ruina en nuestra misma defensa, y huyendo de ser presos, nos acercabamos à la misera pérdida de nuestra vida , la qual por irse nos acabando la comida , avia de ser forzosa. No dexaban de sobresaltarnos con subitos acometimientos , en que siempre llevaban la peor parte. Otras veces procuraban entrar rompiendo los ciemientos, mas con este medio poco se aumentaban nuestras penas , viendo que era inexpugnable la fortaleza en ellos, y temeraria la violencia con que impediamos, que ninguno se llegasse demasiado cerca. No obstante todo este valor , nos iban faltando las fuerzas. Tal fue la necesidad à que llegamos , que nos pesò de aver echado por la ventana à Valerio; pareciendonos , que pudieramos satisfacer nuestra hambre, con alguna parte de sus viles miembros. Quien creyera , ò amigos , que à dos hombres dentro de su misma patria , à la vista de sus padres,

don-

donde tenían sus parientes, donde estaban regalados, y servidos, y donde les sobraba todo tan abundantemente, les avia de suceder caso tan nuevo, avian de padecer cerco tan penoso, y avian de llegar à verse con necesidad tan grave, que los obligasse à quitar à algunos libros, que hallaron los pergaminos, y à cocerlos con la lumbré, que cuidadosamente no avian dexado acabar, para remediar esta miserable pensión, à que nacimos sujetos.

Llamè un dia (que se avia subido al mas alto aposento de la casa) à Don Carlos, y lleno de afectos por el amor con que yo le estimaba, ò colmado de dolores, por lo que èl padecia, le dixè: Amigo, yà veis el infeliz estado en que yo os he puesto à vos, à mi una hermana que me diò el Cielo para mayor desdicha de mi juventud, y à ella, ò su libre condicion, ò la infame detraction de el justamente castigado Valerio, yà no tenemos adonde acudir: yà la esperanza, que nos pudiera dàr el valor de nuestros deudos, aviendolos hecho prender, y puesto tantas penas, si nos dieren ayuda es forzoso que falte. Yà no ay adonde aspirar, adonde espirar si, pues nos sobra tan dilatado espacio en tan graves pesares. Yà las fuerzas son cortas, el mantenimiento ninguno, el delito atròz, los enemigos fuertes, la justicia suya, el Cielo està enojado, todo se conjura en

nuestro daño, todo se opone à nuestro remedio, y nada se declara en nuestro favor. Bien sè, que se contentarán conmigo, si me prenden. Bien sè, que cesarán tan apretadas diligencias, si me ven en su poder. No quiera, pues, nuestra amistad, que supuesto que yo he tenido la culpa, passéis vos tan fiera pena. Basta en abono de vuestra fidelidad (ò amigo Carlos!) lo que por mi causa aveis sufrido; basta para testigo de mis obligaciones, la tolerancia con que aveis padecido, y la paciència con que aveis tolerado tantos dias de trabajo. Justamente os correspondiera mi amor, si no cuidàra de vuestra libertad, aviendo carecido de ella por mi ocasion tanto tiempo. Es la libertad con que el Cielo adornò nuestra naturaleza, una de las cosas mas amables que tiene, una de las joyas con que mas se enriquece, y aun de las que mas desea. Hagamos, pues, de suerte, que vos quedeis con ella. A mi me parece, que serà eficaz medio, que llegueis adonde os puedan oír ellos parientes de Valerio, y los digais, fingiendø cuydado, y secreto, que me entregareis à mi, si os dexan à vos libre; y supuesto que yo pienso que ellos lo harán gustosos, veis aqui este cordel, y aqui mis manos, ataldas, querido amigo, y quede preso quien es tan desdichado, muera afrentosamente quien tiene tan infeliz estrella; por lo menos no podrá desta fuer-

te quitarme la fortuna el contento que tendré con veros libre. Fuerza es, que yo no lo quede, de qualquier suerte que se disponga; y pues ha de ser fuerza, no me quiteis el gusto que podré grangear con veros sin tantas penas, ni me deis las penas, que podré tener con vuestros disgustos. Haced lo que os ruego, y fiad de mí, que os estaré tan reconocido por ello, cómo aora lo estoy por las demás razones con que me teneis obligado.

A estas palabras, que como veis eran hijas de un animo piadoso, respondió Don Carlos tan asperamente, y mostrò semblante tan fiero, que le temia mas à èl enojado, que al peso de las demás desdichas. Injustamente, dixo, correspondéis à mi amor, mal pagais à mis deseos, pues me persuadís à que sea yo hombre infame. Vos, sin duda, pusierades en execucion conmigo el consejo que me dais, pues os pareció, que yo lo podría executar facilmente. Mas no, Alexandro, no amigo, yo lo he sabido ser hasta aora, y lo sabré ser, hasta que al cuerpo falte la respiracion, y al alma la union de aqueste cuerpo. Yo sè las obligaciones que tienen los amigos; yo sè la fidelidad, que deben tener à los que lo son verdaderos; yo sè, que el amigo es un refugio contra la infelicidad; una dicha, que no falta; y un nombre, que se desea mucho, y apenas se consigue con perfeccion: sè,

que es tanta la fuerza de la amistad, y que excede tanto à nuestra naturaleza, que el verdadero amigo, para serlo, ha de passar los limites de humano. Sin duda, que vos ignorais sus leyes, pues no veis, que se ha de anteponer à todas las cosas del siglo, de donde infero juntamente, que hasta aora no aveis sabido serlo. Mas porque de aqui adelante lo sepais, atendiendo à lo que yo grango en serlo vuestro, oid estos preceptos; y aunque os parezcan de mi boca, pensad, que se los ois à Seneca, Tulio, y Quintiliano, cuyos son en su origen.

La muchedumbre suele engendrar cansancio, y assi procurarè en la brevedad escusar el disgusto que en èl pudieran adquirir vuestros sentidos, reduciendolos à dos solos; los quales como firmísimos Polos, sustentan, tienen, y conservan la amistad. La primera, y mas importante observancia, que ha de tener el amigo, es, no pedir à su amigo cosas injustas, ni hacerlas, aunque se las aya pedido; porque no es disculpa en hombre cuerdo el decir: este yerro cometì por mi amigo, principalmente, quando la prudencia dà lugar à la prevencion para remediarle; ò à lo menos para conocerle. De aqui queda respondida, y negada vuestra peticion, pues no fuera buena disculpa de averos yo entregado, decir, que vos me lo rogasteis; pues que dà à qualquier hom-

hombre prudente lugar, de que replique, y diga, què importa, que Alexandro lo pidiese, si de parte de Don Carlos estaba la obligacion de no hacerlo, y mas teniendo en su mismo amigo un exemplar, que le decia: Alexandro lo supo ser, que desèd à costa de su vida librarte: tu no, vil Don Carlos, pues quisiste tu libertad à costa de su vida. La segunda observancia, ò precepto es, que el amigo desee para su amigo lo que para si, parece apetecible, y à su ser, à su estado, ò su salud es conveniente. Esta es la mas alta fineza de la amistad, en esto muestra su caudal, y su fuerza, la qual moderada con la prudencia, que en el primer precepto advertimos, hace las cosas prosperas, mas grandes; y las adversas, mas leves. Què cosa ay tan dulce, como tener un hombre à un amigo con quien puede hablar, como consigo mismo? Què cosa se puede imaginar tan feliz, como tener con quien atreverse à todo, à quien creer en todo, de quien recibirlo (siendo justo) todo, y à quien negar (prevista la misma circunstancia) nada? Què cosa ay mas fuerte contra las penas? Què auxilio mas cierto contra la adversa fortuna? Què ayuda mas segura en las adversidades? Què consuelo mas cuerdo en las aflicciones? Què prevencion mas alentada en los riesgos? Què defensa mas util en los daños? Y ultimamente, què auxilio, què

ayuda, què consuelo, què aliento, què prevencion, què defensa en la adversidad, en la afliccion, en el riesgo, en el daño, ni en el peligro mas fuerte, mas segura, mas cierta, mas alentada, ni mas util, que la amistad? Pues como la sangre en el cuerpo, hace parentesco en los animos. Siendo todo esto así, y siendo la amistad sangre del alma (permítase esta tosca locucion por la singular semejanza) culpada queda la vuestra en pedirme lo que no os ha de estar bien; y disculpada la mia, en no hacer lo que pedis, quando la ha de estar tan mal.

Confuso, enseñado, y reprehendido con la respuesta de D. Carlos, le quedè mas deudor, y mas reconocido, que las reprehensiones siempre tienen su efecto, con forme al animo del que las dà, ò lastimando, si proceden de malo, ò enseñando, y persuadiendo, si nacen de bueno. Cada dia se iba haciendo nuestro peligro mayor, y nuestra muerte mas cierta; y así me resolvì à que abrièsemos la puerta, y saliessemos, puesto que entre el ruido de las armas, y el rigor de la pesadumbre seria posible escaparnos, y que para esto seria cuerda traza que lo intentàsemos de noche, y en la obscuridad nos daría lugar mas à propósito. Antes hemos de intentar otra cosa (me respondiò Don Carlos) y para ella es fuerza, que me sigais aora. Yo le obedecì al punto, y en

en su seguimiento lleguè al quarto donde estaba, quando le llamè, que como yà dexo dicho , era el mas alto de la casa. Dixome, que esperasse un rato, y con esto se llegó à una ventana , que el quarto tenia à la calle. Brevemente bolvio el rostro, y me persuadió à que llegasse adonde èl estaba : yo lo puse en execucion , y vi lo que os referirè en suponiendo, para mayor inteligencia de nuestro suceso , que avia frontero otra casa principal, y muy noble, de la qual salian las ventanas al peso de la nuestra. Era la espaciosa morada de una señora , que por muerte de su marido, avia quedado con la administracion de grande cantidad de riquezas, y el cuidado de dos hijas, en las costumbres virtuosas, y en el estado doncellas. Velaba en su guarda con tan notable extremo, que siendo D. Carlos, y yo de los mancebos que en toda la Ciudad mas trataban de ver, y ser vistos , nunca aviamos llegado à conocer de ninguna de ellas el rostro. Tenian sus ventanas, y la nuestra fuertes balcones de hierro, que servia de comodidad, y adorno. Supuesta yà esta noticia, digo, que me lleguè adonde D. Carlos estaba, à tiempo que se ofreció à mis ojos dentro de las ventanas de enfrente, una dama en todo extremo hermosa, y bien adornada. Vi que agradecia à Don Carlos el averme traído allí, y que se lastimaba de vernos

de aquella fuerte. Luego advertí, que sin duda era alguna de las encerradas hijas de aquella noble señora, si bien por la razon dicha; ni la conocia, ni sabia su nombre. Con voces baxas (por no ser oida en su familia , las quales nosotros podiamos oír , por no ser mucha la distancia que avia) nos dixo, que si teniamos necesidad de alguna cosa de las que ella pudiesse prevenir, la dièsemos aviso, para que viessemos su puntualidad, y cuidado. En tal aprieto , tan fuerte ocasion, y tan necessaria desdicha, viendo que nos ofrecia amparo, y nos prometia favor una muger tan bizarra, y hermosa, dudabamos si era muger, ò algun Angel embiado para nuestro consuelo. Respondimosla , que la falta de sustento era nuestro mayor contrario, y que solamente à esto temia nuestro esforzado valor. A cuyas razones respondiò ella : yo espero, que si aliento no os falta, no ha de faltaros por esta parte remedio. Venian con toda prisa las sombras de la perezosa noche, y diciendonos , que previnièsemos un cordel se ausentò de allí, y nosotros à buscarle. Casi à un mismo tiempo bolvimos unos, y otros, yo en compañía de Don Carlos, y la piadosa dama con una criada , à quien para tener mas ocasiones dió cuenta de este suceso. La obscuridad que hacia, y el estar tan altas las ventanas no daba lugar à que los que desde aba-

yo nos guardaban , oyessen nuestra comunicacion , ni viesse lo que aora refiero con tanto gusto, como entonces temor. Nos dixeron , que arrojassemos el cordel , y obedecimos con facilidad, atando en él algo que hiciesse peso. Salió la criada al balcon, cogió el cabo que aviamos arrojado , y metiendole por el hierro superior, nos le bolvió à echar , para que nosotros hiciessemos otro tanto, y atassemos el cabo que nos avian hechado , con el otro que reniamos, dexando así el cordel doblado, y libre para que tirando de la una parte, pudiesse correr sin impedimento la otra. Todo se efectuó del modo que nos dispuso : y cierta de que ya aviamos executado su intento, hizo que la criada nos atasse en el un lado del cordel una cestica, que en la passada ausencia que hizo de nuestra visita, avia hecho prevenir. Tiró la misma dama del otro, y como por ninguna parte no avia estorvo, llegó à nosotros con felicidad el instrumento de nuestro remedio; desatamoslo, y el cordel, para que à otro dia no se viesse el medio, con que se dilatava su deseo , y se continuaba nuestra conservacion, y visto, procurassen impedirlo, haciendo que quedassemos así faltos de todo humano socorro.

Despidióse la hermosa señora, y tratamos de mirar lo que la cesta traia , que eran bien superiores regalos à los que aviamos pensa-

do por la mañana tener ; y aun à los que bastaràn à dexar contenta à nuestra necesidad. Venia entre ellos un papel , y atendiendo mas à la comida , que à la curiosidad de paslarle por los ojos (porque era mayor la hambre que nos oprimia) cenamos limitadamente, porque la destemplanza no hiciesse daño à nuestra importante salud. Despues de avernos en parte satisfecho , para tener mas sazonzado el postre, leimos el papel, y hallamos que decia ; sino estas razones formales , que no me avia de poner à estudiarlas de proposito, otras parecidas à estas.

No os parezca libertad , lo que es compassion , ni deistitulo de atrevimiento , à lo que merece nombre de piedad, sino quereis ser ingrato à este beneficio , y à la inclinacion que yo os tengo despues que supe vuestro aprieto, por aver muerto à Valerio, y ser la ocasion tan honrosa. Vivid, pues, y procurad defenderos, que en todo quanto yo pudiere, antes saltarè à mis obligaciones, que à vuestra necesidad, y à vuestra persona; à aquella para socorrerla , y à esta para estimarla. Decia luego aparte estas palabras.

Hacedme gusto (que será muy grande) de decir à Don Carlos, que no se agravie de mi eleccion, pues las mas veces se funda amor en estrellas , sin atender à merecimientos. Aunque vos por esta parte bien advertido , à nadie de-

veis reconocer ventaja. *Doña Victoria.*

Esto era en suma lo que el papel contenia. Juzgue aora qualquiera de los que me escuchan, como se hallaria en ocasion semejante, no solo quando era digna de toda correspondencia Doña Victoria, pero aun siendo la mas vil esclava del mundo. Confieso, que yo me vi de suerte, que para estrado de sus pies juzgaba indigna mi boca, y que todo quanto no era imaginar sus gracias, y acordarme de su belleza, era cansancio de mi imaginacion, y pena de mi memoria. Don Carlos me ayudaba à celebrar sus galas, à venerar su hermosura, y à agradecer tan grande beneficio. Leia muchas veces sus piadosas letras, y con todo esto dudaba el credito de tantas dichas, quando las deseaba mas, y las esperaba menos. Preguntaba à Don Carlos muchas veces: Noble, y querido amigo, asegúradme si es sueño lo que nos sucede, respondeme, si es delirio de nuestra fantasia, ó si es verdadero el hallazgo de tan no pensada fortuna? Decidme por vuestra vida, podré creer lo que veo? Veo lo que me sucede? Sucédeme lo que imagino? O vengo à imaginar lo que quisiera mi deseo que le sucediese? Entre estas preguntasmias, y admiraciones suyas passabamos gran parte de la noche, y al cabo de ella tratamos de responder al pliego de

vuestra bienhechora, y comenzamos à padecer con mas consuelo, principalmente yo, que como comenzaba à amar, y veia que por aquellos males me avian venido tantos bienes, todos los daños, los pesares, y los temores los juzgaba mas leves; y aun no sé, si alguna vez me parecieron suaves. Buscamos recado de escribir, que no fue muy dificultoso de hallar por averlo visto Don Carlos sobre un escritorio: y al fin por no cansaros con la formalidad de tantos como escribimos en respuesta de sus papeles, los passaré en silencio: si bien el primero por ser en verso, y hacer mi discurso mas agradable con la variedad me ha parecido no escusar aora. Yà me parece, que os veo dudar de nuestra cordura, y sentir que era prudente diversion en tan apretadas penas el escribir versos: mas quien deseaba agradar de todas suertes à Victoria, que mucho que intentase esta, que no suele ser de las gracias menos estimables. Decian, pues, de esta suerte.

No puede ser ya prudente,

Victoria, mi nuevo amor,

Pues tu nombre, y tu favor,

Se compiten igualmente.

De tres maneras has sido

Victoria en esta ocasion,

Supuesto que à mi afliccion;

Y à mi mismo me has vencido:

Mas aunque està la victoria

Conocida de tu parte,

Amor los bienes reparte,

Y à mi me ha dado la gloria.
Es el amor tan extraño,
Y tal su filosofía,
Que dà mayor alegría,
A quien suele hacer mas daño:
Y así entre aquestos cuidados,
Alegre, y contento vivo,
Pues por su causa recibo
Todos los bienes doblados.
Dichoso fue el instrumento.
Que oy mi libertad rindiò;
Pues aunque me la quitò,
Dexò mi agradecimiento.
Diversas veces alabo
La misma pena en que estoy,
Puesto que por ella soy
Dichosamente tu esclavo.
Y así de oy mas este nombre
De pena le quitarè,
Que no es pena la que fue
Bastante à dár gloria à un hombre.
Solo me puede pesar
Entre los bienes que arguyo,
De ser, como soy tan tuyo,
Por tenerte yo que dár.
Mas ya que solo me veo,
Y que tu tanto mereces,
Con rendirme muchas veces,
Satisfarè mi deseo.

Acudiamos de dia à verla, y en trayendo con la traza referida de noche el mantenimiento, quitabamos con todo cuidado, como primero el cordel, evitando así qualquiera sospecha. Durò este modo de comunicarnos distancia de treinta dias, en los quales se determinaron nuestros contratos, viendo que se dilatava à tan largos terminos su esperanza, à que la

casa se rompiesse, ò à que se pusiese fuego à sus puertas. El dueño por su interès, lo contradecia, hasta que saliendo ellos à pagar todos los daños que de allí se siguiesen, ni hubo lugar à otras respuestas, ni tuvo fuerza la contradiccion. O como nunca viene sola una desdicha, ni la fortuna permanece en un mismo estado mucho tiempo! O quan presto nos quitò en los futuros sobresaltos, los passados regocijos! Tanto era el deseo que tenian los ofendidos parientes de Valerio, de vengar, y satisfacer con la mia su vertida sangre, que al instante que tuvieron licencia para poner fuego à la casa que nos defendia, y hacer todas las diligencias posibles de prendernos: comenzaron à prevenir todos los instrumentos que les parecieron necesarios para efectuar nuestra prision, y su intento. Procurabamos nosotros defende arriba, visto lo que intentaban, defender que ninguno se llegase cerca despidiendo de nuestros alentados brazos, fuertes piernas: pero arrimando de noche unos maderos, y cubriendolos con tablas, cosa que pudo, aunque con notable riesgo, emprender, y conseguir su porfia, nos impossibilitaron de poder hacerles daño. Quando vimos tan apretado lance del rigor de nuestra desdicha tan rigurosa experiencia de la crueldad de aquella gente, y que era fuerza, ò morir barbaramente

entre el incendio , y las llamas , ò rendidos , olvidando el pasado valor , hice à Don Carlos que los hablasse , y dixesse , que yo estaba determinado à padecer todos quantos males me pudiesen venir antes que llegar à sus manos , que èl me persuadia lo contrario , diciendo , que unas veces se ha de resistir , y otras obedecer lo que las estrellas disponen , que pues de los sabios era mudar consejo , esperassen , que yo le mudaria , viendo tan patentemente mi perdicion , y que para que èl me representasse todas estas cosas , nos diessen de termino hasta el siguiente dia . Pareciòles que quien avia esperado tantos , bien podria esperar uno mas ; tuvieron por razon de conveniencia el darnos tan breve plazo , por ver si nos dabamos , escusando así los daños que se avian de seguir à la casa con el fuego , y aun à sus vidas , quando entrassen , si se empeñaba nuestro valor en la defensa de las nuestras . Puesto en efecto este partido , nos pusimos à imaginar algunas trazas , todas en orden à huir su rigor , y todas tan dificultosas , que merecieran mejor nombre de imposibles . A Doña Victoria no se le ocultaban estos pesares nuestros , antes le cabian de ellos mas que mediana parte . No havia mas de afligirse ; pero que avia de hacer una muger encerrada , vergonzosa , y naturalmente débil , en caso , adonde dos hombres de-

terminados por el peligro , y alentados con el valor , no hallaban modo de ausentarse , ni hacian mas que afligir el discurso con desvelos , la voluntad con temores , y la memoria con imagines de sus futuros castigos . En cosa que tanto importaba , viendose apretado de mi ingenio , discurrió en un medio extraño , escuchadle con atencion , porque dudo que aya llegado à vuestra noticia semejante . Confieso , que quando aora me pongo à considerar lo que entonces hizo , me tiemblan las entrañas , y me dexo persuadir à que solo un hombre loco , cuyas acciones son inculpables , ò quien tenia perdida la vida pudiera tener disculpa .

Al punto , que como dixè , imaginè modo de librarnos , sin decir nada à Don Carlos , baxè al patio que nuestra habitacion tenia , en el qual estaba una maroma de cañamo muy gruesa , cogila sobre los ombros , y bolví adonde pensativo me esperaba . Quando me viò entrar de aquella suerte , extraño el instrumento , y preguntóme , que para que le llevaba , pues à ser para descolgarnos por èl à la calle , mas facil seria abrir la puerta , como antes aviamos pensado , y salir juntos , defendiendonos el uno al otro , que no baxar cada uno de por sí , adonde fuèssimos cogidos de los que por todas partes nos guardaban . Mal percibis , le respondi mi intento , fiad de mi discurso mas cuerda traza . Su-

bi con esto al quarto por donde Doña Vitoria solia comunicarnos, y embiarnos el sustento. Llegó Don Carlos tràs mi, y viendo la suspension con que esperaba, le dixè: Amigo, grandes enfermedades, piden asperas medicinas, y graves desdichas no se pueden vencer: sino es con alentado valor, y peligrosas dificultades. Lo que yo intento es, passar en casa de Doña Vitoria, seguro de que ella nos dará su favor, y cierto de que tendrá así nuestra vida seguridad: vos, pues, en lo demás me aveis hecho compañía, no falteis en la mas fuerte ocasion de todas, para que pues ha sido una misma nuestra vida, sea tambien igual nuestra fortuna. Lleguè me à la ventana, y sentí que mi querido dueño estaba à la fuya, y con voz baxa despues de averme certificado con la seña que teniamos, de que era ella, la advertí, de que yà estaba en mejor termino nuestro negocio. Como no sabia de nuestros pesares mas de lo que yo la decia, me creyò facilmente, y mostró en las palabras el regocijo, que à no ser tan grande la obscuridad de la noche, pudiera ver en su semblante. Preguntò me el modo que avia tenido de mejorarse; y yo la respondí, que no era entonces tiempo de gastarle en dár tan copiosa relacion de todo, por el peligro que avia de ser oidos de alguna persona de su casa, mas que esperasse tenerla brevemente de

todo. Ella pensò que avia de ser como otras veces por escrito: y así me rogò que echasse el cordel para embiarme el continuo estipendio con que nosotros se le pagabamos à la naturaleza, y para que à la buelta pudiesse tener la relacion de tan buenas nuevas. Até el mas delgado à la punta de la gruessa maroma. Llegò à este punto Bernarda su referida criada, y vió que yo le avia yà tirado, y salió como otras veces à cogele: dixela que tirasse del no obstante que sintiesse peso: lo qual hizo ayudada de su señora, y mi prenda, hasta que cogieron la punta del gruesso cañamo, entonces la previne de que no le bolviesse à echar, sino que le asegurasse fuertemente en el hierro del balcon. Como no sabian lo que yo intentaba, creyendo que era algun modo mas facil de comunicarnos, obedecieron; y quãdo estuvo bien asegurada, me avisaron de que yà lo avian reducido à efecto. Entonces tirè yo con toda la fuerza de mis brazos del gruesso cordel; ò maroma; y despues de averla afirmado à mi satisfacion, pues me importaba tanto, con un madero pequeño, le di dos bueltas; con que quedò mas fuerte, y mas sin peligro de astòjarle. Reparaba Don Carlos en el riesgo en que queria mi atrevimiento ponerme, y decia: Quanto mejor es morir (ò Alexandro!) à las manos de nuestros enemigos, que no à las de

de una temeridad tan grandes; pues siendo así, que ayamos de morir, nos hallará la muerte defendiendonos; y si fuere por justicia, como Christianos, y no aquí con una especie de desesperacion tan tyraua. Poniafe al balcon, y via una profundidad tan espantosa, que le hacia retirarse atrás, y bolver à decirme: No quiero persuadiros con palabras, sino que repareis en el peligro para que el mismo temor impida vuestro intento. Yo le respondia: Don Carlos, no ay mal ninguno mayor que la muerte; pues en su comparacion todos los demás son leues. Un daño, respecto de otro mayor, es apetecible, si no por lo que tiene de daño, por lo que tiene de menor. Considerad, que allí está la muerte cierta, y puede ser, que afrentosa: aqui en duda, si nuestro corazon no desmaya. Ved, pues, qual escogéis ahora, la pérdida cierta de vuestra vida, y honra, ó la que esta determinacion nos pone en duda? El me replicaba cuerdamente, diciendo, que lo que primero se avia de mirar, era la salud espiritual, y que esta se asseguraba mas por el medio que me aconsejaba. Donde quiero advertiros, que no decia Don Carlos estas razones, porque era demasiado recogido, sino porque en los aprietos importantes, el entendimiento (que tal vez ha dado industrias para el mal) ha de servir para disponerse, y apercebirse al bien. Finalmente, él me

persuadia de esta suerte; mas yo fordo con la determinacion, y mucho con el deseo de librarme, ni yá le respondia palabra, ni aun atendia à las suyas, antes quando me pareció, que estaba descuydado, me llegué al balcon, donde la marama estaba atada, y asiendome de ella fuertemente, hice experiencia de su fuerza, fiando todo el cuerpo en las manos.

Bolvio Don Carlos à verme; y hallandome en la mitad del camino, que la angosta senda de camino me daba, no supo que hacer; mas de esperar el fin de mi suceso. Yo que veia, que quanto mas me detenia, mas se cansaban los brazos; me apresuré tanto, que con mucha brevedad llegué cerca de adonde Bernarda estaba tan admirada de mi resolucion, como dudosa en el fin que prometia tan grave riesgo. Ultimamente, despues del trabajo que aveis oido, y de la afliccion que podreis presumir en mi pecho en tal aprieto; llegué al balcon de la casa de mi dueño, y poniendo los pies en el hierro, me desengañé, de que no lo avia sido aventurarme, y cobré aliento para entrar, donde Doña Victoria confusa, desalentada, y temerosa me estaba esperando.

Quando Don Carlos vió el efecto de mi atrevimiento, casi se culpaba de avermele querido impedir, y avergonzado de sí mismo por una parte, y por otra reducido con mi exemplo, se determinó

no à imitarme. Antes que lo hiciese; y fiasse à su valor su vida, con extraño genero de peligro, le dixè (siempre con voz baxa) que desatasse el instrumento de mi libertad, y me arrojasse el otro cabo, para que yo le asegurasse, porque convenia así à nuestra ausencia, como despues veria. Y lo puso en execucion, y duplicando el cordel, le avisè de que yà estaba seguro. D. Carlos entonces con el mismo temor que yo, aunque con mas esperanza, por aver visto la felicidad de mi suceso, passò adonde con el alma le recibí, y con los brazos le ayudè, para que entrasse, y me hiciese compañía en los placeres, pues no me avia desamparado en los pesares. Tiramos de la una parte de la grueña maroma, y poco à poco la fuimos recogiendo, hasta que de todo punto la quitamos de donde pudiesse ser vista de nuestros contrarios, cosa que importò à nuestra seguridad mucho, pues los estorbò el conocimiento del lugar por donde aviamos hecho ausencia. Bien puedo aseguraros, ò amigo Hipolito, y advertido Leonardo, de que si no estais cansados de oirme; y si otros cuydados no os llevan la atención à mejor parte, con lo que me falta de referir, la tendré bien ocupada este rato, pues por ser tan extraños los medios de mi amor, serà la relacion admirable, aunque por mi defecto parezca poco eloquente.

Despues de aver llegado Don Carlos à mis brazos, y yo à los de Doña Victoria, y Bernarda su criada; à ellas el contento de vernos libres de tantos temores, y à todos el regocijo de comunicarnos tan familiarmente, nos llevaron con prevención, y recato à una quadrada, donde raras veces llegaba nadie de la familia; así por ser la casa muy capáz, como por estar en el quarto donde Doña Victoria, y Doña Marcela (así se llamaba su hermana) asistian. De quien pudiéramos recelarnos, era de sus madres; mas cesò parte de este cuydado, sabiendo que ella subia pocas veces à donde estaban sus hijas. Era, como yà dixè, viuda, notable en la sangre; y grande en la edad: era en su hacienda guardosfa, en el recato de su familia notable, en su puntualidad extraña, en su recogimiento, atenta, en la guarda de sus hijas vigilante, en la conservación de su salud providente, en su comida templada, en su vestido honesta, en sus exercicios virtuosa, y en su autoridad grave. Eran Doña Victoria, y Doña Marcela de rostros hermosos, de pocos años, de gallardas personas, de excelentes ingenios, de buenos gustos, de muchos donayres, y de apacibles condiciones. Juzgad; quan diferentes seràn en tan opuestas propiedades los pensamientos, y en tan desigual edad los deseos. Doña Victoria los tenia puestos en mi tan cuydadosa-

mente , que tal vez me dexaban cprrido sus finezas , admirado su amor , agradécido sus caricias , y mas amate sus gracias. Doña Marcela era de condicion mas presumida. Andaba siempre muy preciada de no rendirse à nadie , cosa à que si bien la podian dàr atrevimiento sus prendas , con todo esto parecia mas insensibilidad que libertad , y mas falta de conocimiento , que sobra de presuncion , aunque muy de ordinario suele andar todo esto junto. Alababase de no aver tenido amor , y preciabase de que se le tuviesen. Era de las que quieren rendirlo todo , y se aseguran en su misma vanidad , para no quedar rendidas. No sabia cosa alguna de nuestros sucessos , ni Doña Victoria se atrevia à comunicarselos , temerosa de que no los descubriessse. Por esto se avia fiado de sola Bernarda su criada , que satisfecha de su razonable disposicion , y rostro , alentada de la ocasion que se le ofrecia , y determinada , por parecerle que todos la aviamos menester , se atrevió à dàr muestras en algunas ocasiones , de que tenia amor à D. Carlos. El la divertia cuerdamente , y fingiendo que no la entendia , ni la desconsolaba de todo punto , ni la respondia à su proposito , con que ella andaba siempre mas cuydada de explicarle sus defeos , y nunca lo conseguia felizmente. Canfaba se de buscar modos diferentes , y al fin este canfancio la

vino à reducir à que dexasse pensamientos , que aun solo el manifestarlos tenian tanta costa : adonde se nos descubre , que quien procuraba quedar libre en las corresponsiendias que otro intenta , no tiene remedio mas cuerdo que no oir , ò no pudiendo divertir el oido , no entender sus razones , olvidar sus palabras , y escusar sus beneficios.

En el tiempo que nos sucedia esto à nosotros , nuestros contrarios andaban cuydadosos de la respuesta que Don Carlos les tenia prometido : mas viendo que ella se dilatava , y el no parecia , se resolvieron à poner en execucion su primer intento. Pusieron fuego à las puertas principales de la casa , que por fuerte avia sido el muro de nuestra defensa , y como à la fuerza del voraz elemento , ni la avia , ni pudiera aver resistencia , facilmente se apoderò de los secos leños , y arajandole para que no passasse adelante , les diò segura entrada. No hallaban quien se la defendiessse , ni les diessse ocasion de emplear el apercibimiento con que iban. Anduvieron todos los quartos de aquella espaciosa morada ; no se olvidarò de los mas ocultos retretes ; ni se escusaron de su cuydado los mas altos desvanes , puestodo lo mirò su diligencia ; quedàdo tan estrañamente confusos , como avia entrado dicho amante contètos. De todo se informava Doña Victoria cò secreto ; y assi su

pimōs que echaban à todas partes mil ignorantes juicios. Unos decian, que avriamos desesperado, y que seria bien mirar, si la profundidad de algun pozo avria sido nuestro sepulcro. A otros les parecia que Dios milagrosamente nos avia castigado con tanta severidad, que aun no avia querido que quedassen de nosotros señales. A uno (quē necio discurso!) se le puso en la imaginacion, que el uno al otro nos avriamos comido de hambre, mas desmentian à su pensamiento los demàs, replicado, que adonde avia señales del otro para tener fundamento en tan nueva presuncion. Miraban las ventanas, y atendian à que no podiamos aver salido por ellas, ò yà por no aver indicios de tal cosa (gracias à mi cuydado) ò yà por el q̄ ellos avian tenido en guardar las calles en que podia aver este riesgo. Tornaban à visitar las quadras que primero avian andado, y hallabanse, como primero, admirados. Engañaba el padre de Valerio sus esperanzas con no desistir de su porfia; mas viendolas burladas, y que era imposible dexar de pensar, que nos avia tragado la tierra, sin hallar en nuestra venganza su consuelo, y sin determinar que nos avria sucedido, se ausentò confuso, y los demàs descontentos.

Quietaronse dentro de pocos dias los escandalos, que traian à la Ciudad rebuelta, y otras novedades que sucedieron, hicieron olvi-

dar las que avian nacido por nuestra causa. Yà con esto nos hallabamos algo seguros, menos cuydadosos, y mas alegres. Passabamos una vida gustosa, porque Doña Vitoria acudia con toda puntualidad à nuestro regalo. Tenia la llave de la sala adonde estabamos, y tan atentamente se guardaba de darla à nadie, que ni aun de Bernarda (que así era el nombre de la Doncella) la fiaba, pues quando avia de entrar à prevenir las cosas necessarias al aseo, y limpieza de nuestras personas, siempre era en su presencia. Gastabamos el tiempo parte en escrivir versos, y parte en leer algunos libros, que la misma Doña Vitoria me llevaba, yà Toscanos, y yà Españoles nuevos, de los que se dilatan en materias entretenidas, así porque nosotros tratamos de aplicar las medicinas, que eran mas saludables à nuestra enfermedad, como porque en ellos (quando se escribe con alguna doctrina) se hallan muchos exemplos dignos de imitacion, muchas sentencias que encomendar à la memoria, y muchas cosas de que apartarnos. Esta, pues, ò nobles amigos, fue la causa, porque pediamos este genero de libros, adquiriendo con ellos igual provecho, y mayor gusto. Yo estaba muy enamorado, y por esta parte alegre, Don Carlos libre, y consolado; él sentia el encerramiento, y yo tal vez la soledad, porque Doña Vitoria, aviendo de asistir à

la presencia de su madre , y hermana, no podia estar mucho tiempo en nuestra compañía. Este sentimiento se limitaba con la consideracion del aprieto en que aviamos estado , y que fuera mucho mas cruel fortuna hallarnos en poder de nuestros enemigos , expuestos à su ènojo , y sujetos à su voluntad : que no ay tan cuerdo discurso para consolarse en los males, como atender à que pudieran ser mayores.

Avia Doña Marcela deseado muchas veces entrar en la sala à donde estabamos , y por aver hallado cerrada la puerta , se avia buuelto à embiar una criada, para q se truxesse las niñerías que avia deseado sacar della. Pedian à Doña Victoria la llave , y no fiandola de quien se la pedia, se levantaba, y llevaba consigo à Bernarda, y trata lo que su hermana avia pedido. Sucedió esto mismo en tantas ocasiones, q Doña Marcela concibió sospechas, juzgò mal de su recato. Las mugeres siempre se dexan vencer facilmente de la curiosidad : y así determinò averiguar, què seria la causa de que Doña Victoria hiciesse particular lo que solia ser à todas comun. Para esto trazò en su imaginacion varias cosas, y consultando à la eleccion comèzò à disponer medios para seguir la que le pareció mas a proposito. Atendia mi noble dueño à las diligencias que su hermana hacia , y viendo providamntee, q convenia

remediarlo , porque no llegasse à decir à su madre las ocasiones de su presumpcion, y con esso ella quedasse mal opinada , nuestro amor impedido , y todos los sucesos descubiertos : nos llamò cierto dia , y haciendo que subiessemos à otra sala , esperò que se ofreciesse ocasion en que llevar à Doña Marcela para que se desengañasse de que avian sido justas sus sospechas. No tenia la sala adonde nos llevò llave en la puerta , y así fue forzoso dexarnos en confianza de lo que quisiessse disponer la suerte. Vino à visitarla aquella misma tarde otra señora , amiga suya , y por esto no pudo satisfacer à su hermana , ni bolver à ocultarnos, como primero. Estendiòse la conversacion demasiado; con harto disgusto suyo , y así pudo Doña Marcela , pareciendole que entonces no podría escusarse el cumplimiento de su deseo , pedir à Doña Victoria la llave. Diòsela al punto gustosa de que su prevencion se lograsse. La curiosa dama partiò alegre, llegó à la sala presurosa, abrió la puerta diligente, y quedó satisfecha de el engaño de su imaginacion. Brevemente por la culpa nuestra se vino à hallar mas dudosa , pues sin advertir en que seria de importancia, ni avria quien reparasse en ello nos dexamos sobre la mesa algunos versos : los primeros con que encontrò , fueron unas decimas; que yo avia hecho à su herma-

nā , hāciendo ſugeto de ellas, el averla viſto labrar una vanda leonada con matices negros. El ſer mi padre Eſpañol , me tuvo ſiempre aficionado à vueſtra nacion, y lengua ; y aſi caſi todos los verſos que hacia eran Eſpañoles. Eſto digo , para reſponder à vueſtro cuydado , ſi ſe le hiciera novedad, de que los reſiera en eſte abundante idioma. Leyòlas Doña Marcela, y viò que decian de eſta ſuerte.

Entre diverſas labores

Bordabas flores un dia,

Y dixi : El Alva ſeria

Quien pudo matizar flores.

Quando atendi à los colores,

Temì mi infelice ſuerte;

Pues lo leonado me advierte,

De que puedes ſer cruel,

Y lo negro que yà aquel

Es el luto de mi muerte.

De eſto vè experiencias luego,

O Victoria! mi cuydado;

Pues dando luces al prado,

A mi me has dexado ciego.

Quando à mi memoria niego,

Que es dicha tener perdida

La vida , y eſtā advertida,

De que eſte injuſto deſprecio

Suele preguntarme: Necio,

Para que quieres la vida?

Adonde puedes ganar

Tal gloria , como ofrecer

Con guſto la vida , y ſer,

Que te han podido quitar.

Desde el perder , haſta el dār;

Distancia no ſe limita;

Y aſi necio ſe acredita

El que dando no obligò;

Pues lo miſmo que nego

Es lo que el amor le quita.

Tomè ſu conſejo yo,

Y la vida te ofreci:

Pero como la rendi,

Hallò , que no ſe perdiò.

A tus ojos ſe le diò

El triunfo de aqueſta gloria;

Tuvo el amor la victoria,

Yo fui ſu humilde trofeo,

Quedò ſe en ſi mi deſeo,

Y llevè en mi tu memoria.

Pareciòle à la noble dama, que no era ignorante el Poeta , ni indigno el ſugeto , que luego conociò ſer ſu hermana. Embidiosa, pues (quien viò nacer amor de embidia) pareciendole, que Doña Victoria le merecia menos que ella, comenzò à deſear para ſi el empleo de aquella pluma. Atendiò con mas cuydado à los papeles; que en la meſa avia , y viò otros verſos ; aunque tambien Eſpañoles de diferente letra. Reparò en eſta circunſtancia, y llevada ſegunda vez de la curioſidad , y aora de el deſeo , leyò de aqueſta ſuerte.

Yà no mata amor zagales,

Con arco , y dorado harpon,

Que por matar con dos rayos

De unos ojos ſe valiò.

Si antes mataba atrevido,

Yà no muestra ſu rigor;

Porque quien muere con ellos;

Glorias ſiente , dolor no.

Aunque mas le pinten ciego,

Al corazon me acertò,

Que los ojos que ſon flechas;

Se vān luego al corazon.

Porque no faltasse luz
 Haciendo el tiro menor,
 A la luz de dos estrellas
 Las mismas luces tirò.
 Si el amor quiso mis daños,
 Solamente en esto errò,
 Que no se ha de llamar muerte
 La que dà vida mejor.
 A lo menos no podrà
 Quitarme en esta ocasion,
 La gloria de estar rendido,
 Y à que el alma me quierò.
 A un mismo tiempo confieso,
 Que muerto , y que vivo estoy,
 Todo mi amor es prodigios,
 Pues un muerto tiene voz.
 Zagales de aquestos prados,
 Tomad escarmientos oy
 En mi muerte , y mi suceso,
 Para andar con atencion.
 No seràn menester señas,
 Porque segun pienso yo,
 Ningunas ha visto el valle
 Mas parecidas al Sol.
 Mas por si ocultar quisiere
 De industria su resplandor,
 O por quedar mas segura,
 O por matar mas veloz.
 Los que mas graves miraren
 Su negra luz , y color,
 Han de ser , en esto he dicho;
 Que los de Marcela son.

Viendo que en este segundo
 se avia satisfecho su presumpcion,
 de la embidia que concibió con
 el primero. Y viendo que segun se
 infèria de la letra, el que avia em-
 pleado su ingenio en alabarla , era
 distinto del primero. Comenzò à
 pensar quien seria , y à pintar en

su imaginacion el sugeto. Forma-
 ba un hombre bizarro, bien enten-
 dido, prudente , de lindo rostro
 (porque raras veces la hermosura
 del alma està depositada en feo
 cuerpo) de amables prendas , de
 apacible condicion , y de firmes
 deseos. De este conocimiento pas-
 sò à amar à un hombre que fue-
 se de aquella suerte, y à desvelarse
 por un objeto imaginado. Quien
 no advierte en este suceso el jus-
 to castigo que ordinariamente se
 sigue à la presuncion, y un exem-
 plar vivo de los medios con que
 tal vez se postra la vanidad: Quien
 no viò à Marcela libre à muchos
 amores verdaderos , y la vè sujeta
 à una imaginacion ? Quien no la
 viò blasonar de rendir à todos , y
 la vè no avergonzarse de estàr
 rendida à una imagen de su idèa?
 Despues de aver estado un largo
 espacio ocupada en este pensa-
 miento, discurriò en que sin duda
 estaban dentro de casa los que
 avian escrito aquellos versos, pues
 el modo que tenian quando llegò
 à leerlos, manifestaba , que los es-
 taban entonces escribiendo. Passò
 adelante en el discurso , y per-
 suadiòse à que si aquello era cierto,
 tambien lo era, el no estàr muy
 lexos de aquella sala. Comenzò
 à andar las que estaban mas cer-
 ca (que por ser habitacion tan
 espaciosa , no eran pocas) sin ha-
 llar lo que su pensamiento le dici-
 taba. Subiò despues à otra, à quien
 una pequeña escalera daba passo.

Era

DISCURSO SEGUNDO.

Era esta en la que nosotros estabamos: y así entrò tan de improviso, que ni tuvimos lugar de ocultarnos, ni ella se pudo excusar de que la viessemos. Comenzò à perder con el sobresalto las colores de el rostro, y nosotros, que yà conociamos quien era, viendo que convenia asegurar sus temores, tratamos de hablarla cortesmente, y en particular Don Carlos, que como menos culpado, se hallò con lengua mas libre. Dixo la que estuviese cierta, de que no aviamos ido à intentar su daño, ni el de ninguno de su illustre familia, pues solo desdichas nuestras nos avian llevado à aquel lugar, si bien yà no merecian tal nombre sucesos, que nos avian puesto en su presencia. Añadiò, que de animos nobles era favorecer à los pechos afligidos; y que así del suyo, y de su piedad habamos nuestro remedio, y esperabamos amparo contra las fuertes, que hacia en nuestras infelices vidas, nuestra contraria estrella. Manifestòle, que nosotros eramos los que aviamos estado en el pasado aprieto, advertido de que no nos conocia, ni esto era mucho en una Ciudad tan grande, y Universidad tan populosa, siendo ella una doncella recogida, y que solo atendia al cuydado de su asseo, y al adorno de su hermosura. Tambien le supo decir Don Carlos sus obligaciones à ampararnos, y nuestra necesidad: tan fuertemente mo-

ver con razones, y tan cuerdo obligar con la dulzura de sus palabras, que no supo Marcela por entonces responder, antes poniendo en el los ojos, dixo: Este es sin duda el original de aquel retrato, que formò mi pensamiento. No lo entendimos por entonces, hasta que despues de muchos dias nos explicó, que lo avia dicho en orden à sus passadas imaginaciones.

Lleguè yo en este tiempo, advertido de lo que debia hacer, y puesto à sus plantas; la roguè con todo encarecimiento, que se sirviese de no descubrirnos por el peligro que corrian nuestras vidas, si se supiese donde estabamos; à lo qual respondió ella apacible, diciendo: Tan lexos estoy de descubriros, que porque no estais bien en esta sala (pues como yo lleguè, otra persona pudiera averos visto) quiero ponerlos en mas seguro lugar. Nosotros la obedecimos, y con passos hijos de nuestro temor, y su silencio, llegamos à una de las quadras que primero, buscandonos, avia visitado: cerrò por defuera con la llave, y dexònos al principio consolados del suceso, y despues pesarosos de avernos fiado, de quien no teniamos segura confianza, ni bastante experiencia.

Bolviòle à dár su llave à Doña Victoria, sin decirle nada de lo que avia sucedido. Recogióse un rato, y puso se à imaginar en la discreta

relacion de Don Carlos, la dulzura de su elocuencia, y la blandura de su natural. Pesabale de que nadie llegasse à hablarla, por no divertirse en la alegre memoria de su nuevo pensamiento: divertiafe en lo que le decian, y tal vez bolvia à preguntar lo que sabia, ignorando lo que muchas veces preguntaba. Quien à buena luz mirara estos efectos en Doña Marcela, claramente conociera la causa, y descubriera el nuevo accidente con que la inquietaban su memoria, y su idea.

Acabòse con el dia la visita que avia tenido Doña Vitoria; y así pudo acudir cuydadosa adonde nos avia dexado, para que bolviésemos al lugar en que primero nos tenia. Admiròse de no hallarnos, y pensativa baxò à ver, si nos haviamos ido à alguna de las salas, que como diximos, estaban desocupadas. De todas nos hallaba ausentes, menos la que Doña Marcela avia cerrado, la qual no pudo visitar por esta causa; temiendo algun grave daño, comenzò à temblar pesarosa, y à no saber determinarfe confusa; no obstante, que nosotros sentiamos los passos que ella daba, no sabiendo quien fuesse, antes nos estuvimos quedos, y procuramos, que nuestro silencio, y quietud afirmassen, que allí no avia persona humana. Ultimamente Doña Victoria se recogió por ser tarde, y sin atreverse à decir nada à Marcela, lloraba tris-

te, y se ocultaba temerosa de que no viesse su llanto, y sus extremos. No se le encubrian à la discreta dama los pesares que su hermana tenia; y así deseosa de quitarselos, y de grangear el gusto que yà tenia con la presencia de Don Carlos, se llegó à ella, y la dixo: Agravio hace à su sangre, y à su amistad quien del hermano, y amigo se guarda en las cosas de importancia, y se recata en los sucesos de grande peligro. Por esto hermana mia, no puedo dexar de manifestarte è: enojo que tengo, aviendo visto que me encubres los que son de tanto peso. Mas porque veas quan diferentes son nuestras condiciones, quiero fiarte un secreto que tengo, y enseñarte lo que debes hacer de aqui adelante, yà que lo has ignorado hasta aora. Yo tengo inclinacion à un hombre, cuyas prendas parece q̄ formò la naturaleza, aviendo consultado à mi deseo. Tengo hecho por èl quantas diligencias han sido posibles en orden à su libertad; y finalmente le tengo dentro de casa. En manifestarte este empleo vengo à conseguir muchas cosas, pues te obligo à que me guardes secreto; tengo con quien comunicar los bienes, quien me ayude en los peligros, y quien me escuse con su presencia alguna resuelta determinacion, que èl atrevido, y ocasionado pudiera emprender, y yo, como muger, y enamorado, consentir. Bien

se presumia Doña Victoria al fin que se encaminaban estas razones, bue era su reprehension, y asi mas consolada, viendo que Doña Marcela no daba lugar à que la respondiesse, comenzò à seguir sus passos. Llegaron de esta suerte à donde Don Carlos, y yo estabamos, tal vez temiendo nuestra pèrdida, y tal esperando su vista. Entrò primero Doña Marcela, y bolviendose à Victoria, la dixo: Vès aqui mi secreto, guardale, porque yo te le encargo; y si conocieres capacidad en alguna persona, no le ocultes los tuyos, pues manifestandose los, grangeas quien te ayude en ellos, y encubriendose los, fuera de tener de quien guardarte, tienes quien, si por otra parte lo sabe, no tenga obligacion à encubrirlos. Yo quedo enseñada de lo que debiera aver hecho (respondió Victoria) y no quiero intentar disculpas, porque son inutiles, quando el yerro es tan

cierto. Hicieronnos varias preguntas, à las quales Don Carlos respondió cortès, y yo tan amante, que quando Doña Victoria no estuviera satisfecha de mi amor, lo pudiera quedar desde entonces. Sentaronse, y sacando algunos regalos que Doña Marcela llevaba, favorecido declaradamente à mi amigo. El agradecido estimaba su favor, y discreto los deseaba mayores. O quanto puede la comunicacion, y quanta es la fuerza del trato! Pues à pocos dias nos vierades (ò nobles amigos!) tan amantes de Doña Victoria, y Marcela, y tan igualmente correspondidos, que à porfia parece que cobraba fuerzas nuestro amor no aviendo quien en tal competencia confesasse, que el suyo era mas corto. Hizo la siguiente noche Don Carlos un epigrama encareciendo el suyo. Bolvieron las dos nobles hermanas, y oyeron, que decia así.

*De suerte está mi corazon rendido,
 Marcela ilustre, à tu hermosura rara,
 Que por ti el alma vive, en ti repara
 De sentimiento ageno mi sentido.*
*Si acaso mi discurso divertido
 En diverso sugeto se ocupara,
 Por traydor à mi amor le castigara,
 Como à injusto, inconstante, y atrevido:*
*Mas ya mi sèr del sèr de amor depende,
 Tanto, que el mismo amor mi sèr informa:
 Y así es mi sèr de amor confuso abismo.
 Amor al fin me alienta, amor me enciende,
 Y de suerte en sí mismo me transforma,
 Que ha dudado se soy el amor mismo.*

Tanto alienta la competencia, y tanto puede la emulacion, que viendo à D. Carlos alegre de aver manifestado su amor, y à Marcela gloriosa, de que su amante le huviesse encarecido con el hiperbole de su epigrama, me determinè yo à hacer el siguiente para la futura

Rendirse un nuevo amor à otro rendido,

A ser viene de amor prueba mas rara;

Y así (ò Carlos!) rendrà, si se repara,

Mi pecho mas amor, que tu has sentido.

Es imposible en mi, que divertido

Mi necio pensamiento, se ocupàra

En otro amor, sin que este castigàra

Pensamiento tan torpe, y atrevido.

Y aunque del ser de amor mi ser depende,

De mi puede sacar amor su forma,

Que del fuego de amor soy nuevo abismo:

Halle el amor en mi lo que me enciende,

Y pues èl en mi mismo se transforma,

Mucho mas vengo à ser, que el amor mismo.

De esta manera passabamos algunos ratos, teniendo muchos de conversacion, así porque ellas se ayudaban à buscarlos, como porque nosotros no teniamos ocupacion, que los estorvasse, ni dicha, que tan cumplidas glorias nos diese. Estabamos como pudieran pedir nuestras imaginaciones, ò yà porque la facilidad de comunicarnos era poco peligrosa, ò yà porque sus discursos eran tales, que el mas presumido pudiera quedar de sus ingenios, ò avergonzado, ò mas satisfecho. En todo el tiempo que estuvimos de esta suerte, que fue distancia de cinco meses, jamás passò nuestro de-

noche, con los mismos consonantes. No intento, que juzgueis, qual quedò mas encarecido, sino que le oigais, para daros mas vivos indicios del amor que entonces tenia, y oy persevera dichosamente en mi pecho.

feo de los limites, que à la veneracion de sus personas, ni à la correspondencia de sus beneficios se debia; ni esto os parecerà mucho, si advertis à que nosotros las teniamos amor bien ordenado, por dirigirse à casamiento; demàs, de que quien sabe amar con perfeccion, antes ha de mirar el bien de lo que ama, que los intereses de su gusto. Y finalmente, tendreis esto por facil, si atendeis à la diferencia que ay entre las mugeres principales, y las vulgares, que son viles; y à que lo que estas tienen por frialdad, bobèria, corteidad, ò desprecio, llaman aquellas recato, virtuosa verguenza, modest,

destia , atencion , y cordura.

Pocas veces quien està en la cumbre de las dichas mira à los profundos baxios , donde por afentar mal el pie , suele caer quien es poco dichoso. Manifiesto exemplar da esta verdad , fue nuestro successo , pues en medio de estos placeres se levatò la mas peligrosa tempestad de desvelos , que nos pudiera venir tràs las passadas desdichas

Yà os dixè como Bernarda , la criada de Victoria , avia comenzado un necio amor , que entonces es amor necio , quando à los principios no mide el valor de quien le tiene con los merecimientos del objeto à que aspira ; de donde nace , que tengo de ordinarios infelices fines ; porque si bien debemos confessar , que tiene fuerzas de igualar distantes estados , con todo esto siempre es la dificultad tan grande , como la distancia . Avia à nuestro parecer dexado de proseguirle Bernarda : mas como por tener noticia de nuestros successos , no se guardaban de ella sus dueños , y veia que su empleo estava en peor estado , por ser tan aventajado competidor Marcela , atendiendo à que divertir à Don Carlos era dificultoso , y reducirle à que la tuviesse à ella amor imposible , la sucediò aquello de Propercio , quando dice , que al amigo es licito hacerle confort en la vida , dueño en los bienes , señor de las riquezas : però que

en el amor à Jupiter se puede admitir por compañero ; y tratò , yà que no pudiesse conseguir su deseo , impossibilitar à los dos de que se correspondiesen tan igual , y se viesen tan facil , y continuamente . Bien se inferen de aquellos desatinos que acomete un zeloso , lo poco que advierte à inconvenientes , y que es enfermedad donde suele aver poco remedio , por ser quien padece la razon , y quien obra un apasionado furor , ò una precipitada locura . No culpo yo à los zelosos , aunque mas temeridades intenten , ni tampoco me atrevo à disculparlos , supuesto que la mayor culpa està en dexarse llevar de las passiones , de suerte , que lleguen à pensar divertidos , y obrar furiosos .

Finalmente , por no dilatar mas mi discurso , y porque llegue à vuestra noticia el cuydado con que se debe prevenir la venganza de una muger despreciada , y amante , digo , que esta tratò de dár cuenta al padre , y parientes de Valerio , de que sabia adonde estava ; mos ocultos , yo , y Don Carlos . Què es ver à algunas personas tan inclinadas à lo peor ; que para hacer un bien , reparan , lo consultan , y diversas veces lo miran ? Mas aviendo de obrar mal , què es verlas arrojar sin atencion à hacerle ? No reparò Bernarda en que la podrian echar menos , si faltaba de casa , ni en que era novedad salir fuera della sin sus dueños ,

ños, pues sin pedirles licencia con sola la memoria de su imaginada venganza, puso en olvido todas las demás obligaciones. Vióla cubrir Doña Victoria, y preguntóla la causa que la obligaba à semejante determinacion: mas ella no respondió cosa alguna, antes enmudeciendo con la vergüenza de la traycion que intentaba, cubrió con purpura el rostro, la cabeza con el manto, y se partió de su presencia.

Atenta à tan estraña novedad Victoria, embió un criado que disfrazado la siguiese, y cuerdo se informasse de la ocasion que avia obligado à aquella muger para que tan impensadamente emprendiesse tan nuevo atrevimiento. Hizò quanto se le avia mandado cuydadosamente Eusebio (que así se llamaba este criado) y vió, que entraba en casa de Octavio (que era el padre de Valerio) hombre principal, y conocido por el credito de su riqueza en toda la Ciudad. Viles sospechas concibió el advertido mozo, de que Bernarda entrasse en semejante lugar, atribuyendo à algun oculto amor, lo que era infame; y diabolica malicia; parte por la obediencia que debia à Doña Victoria, y parte por la curiosidad, que en semejante suceso avia adquirido, determinò saber el fin con que avia ido tan resuelta. Tenia singular amistad con un criado de Octavio, y quando le pareció, que aunque

Bernarda le viesse, no presumiria que iba en su seguimiento, se llegó à él, llamòle aparte, y con todo secreto, y encarecimiento, le rogò, que le dicesse à lo que avia ido aquella criada de su casa. Respondióle su amigo, que solamente sabia estaba hablando sola con Octavio su señor. Aqui se confirmó mas la presumpcion de Eusebio, y casi se reduxo à bolver, y decir à Doña Victoria, que no se sirviesse mas de criada, à quien él avia averiguado tan claramente el ser deshonesto: mas viendole su amigo pensativo, y creyendo que sus admiraciones eran zelos, le dijo, que si le importaba saber lo que Bernarda queria, él se dispondria à ponerle donde lo supiesse, porque no era razon que viviesse engañado, principalmente, si la queria para esposa. Quando Eusebio atendió à que su amigo salia à lo que él deseaba, y à lo que no le avia pèdido, temiendo que seria dificultoso, mostrò que tendria grande interés, y no pequeño gusto. Cogió el amigo unas llaves con que abrió dos puertas, y acompañados del mudo silencio, que requería el caso, entraron à una sala, de la qual tenia un pequeño postigo. Fuele advertido à Eusebio, que llegasse, y pusiesse el oido en la cerradura, si queria oír con facilidad lo que comunicaban su señor, y Bernarda, ò para defenñarse de su agravio, ò para satisfacerse. Púsole en execucion al punto

ro, y oyò, que la vil criada decia: Ya que me dispongo, ò noble Octavio, à descubrir este secreto, vos aveis de ampararme, pues es cosa certissima que en negocio de tanta importancia podrá tener grande riesgo mi vida. Prometió desde luego darle el anciano Octavio, y assegurada de que luego se quedaria en su casa, le dixo de esta suerte. Contal amparo poco importará que se sepa, que yo he descubierto el secreto: levantò algo mas la voz, y así pudo oír, que proseguia: Nunca la abundancia de razones sobra donde un animo apasionado se alimenta, y así escusando las que no pueden ser necesarias, quiero que sepais brevemente, que los q̄ mataron à vuestro hijo, están dentro de la Ciudad, y yo puedo ponerlos en vuestro poder muy facilmente. Dudaba Octavio esta verdad, pareciendole, que aviamos perecido dentro de aquel prolixo retraimiento; satisfizo à su duda, y le refirió el medio que aviamos tenido de escaparnos. Apenas oyò esta novedad Eusebio, quando parte aficionado al valor de dos hombres, que avian salido de tan graves peligros en ombros de su misma resolución, y parte cuydadoso de el riesgo que podría venir à Doña Victoria, à quien la vil Bernarda culpaba en averles dado favor, para que se determinassen; se partiò à toda prisa, y sin atender à lo demás en que proseguia, atendió

solo à dár cuenta à Doña Victoria de todo lo que passaba. Estaba presente Doña Marcela, y así acudieron entrambas, llenas de turbacion, adonde nos dieron noticia del daño, que con brevedad nos vendria, por la maldad de aquella vil criada. Quedamos oyendo semejante traycion, tan inhabiles para el remedio, que se nos cerraron todas las puertas, por donde podiamos intentarle; que siempre à los delinquentes, ò Dios les quita para que padezcan el discurso, ò su delito, para que no se quede sin castigo, les impossibilita las acciones; y si les queda alguna, siempre es para elegir lo peor. Por esto hicimos llamar à Eusebio, que subió adonde estabamos alegre, y quedò de conocernos gozoso. Diximosle, que pues nos avia dado el aviso, tambien le queriamos deber el modo de libranos de lance tan peligroso; pues con esto nos confesaríamos de todo punto deudores à su lealtad. El despues de avernos agradecido la ocasion en que poniamos à su cuidado, para que tratasse de nuestro remedio, y despues de averlo pensado; mas libre de tantas pasiones, y por esta parte mas cuerdo, nos dixo, que el mejor remedio seria el mas breve, para lo qual procurassemos cada uno tomar algun disfráz; pues saliendo de alli, y no hallandonos en el lugar que Bernarda avia dicho, no la avian de dár credito, ni se haria

diligencia para buscarnos , pues antes avian de atribuir aquel aviso à deseo de hacer daño à sus amas por algun enojo que huviesse tenido con ellas , que à la verdad que tenia el caso , y à la buena intencion , que decia tener en descubrir tan importante , y tan oculto secreto. No fue menester mucha diligencia , para que los disfraces nos hiciesen desconocidos , assi porque en opinion de todos estabamos, ò muertos, ò ausentes , como porque en tan larga distancia de tiempo nos avia crecido, sino la barba , porque entonces comenzaba à dorarnos el rostro, el cabèllo abundantemente.

Quisieran Doña Victoria , y Marcela, viendo que era fuerza dividir con la ausencia las almas, deshacerse todas en llanto, para q̄ deshechas , las pudieramos llevar mas facilmente en nuestra compañía. Affigianse de ver , que nos despediamos tan lastimados : y tal vez estuvo alguna resuelta à seguirnos, y padecer nuestra misma fortuna; mas detuvola el pesar que tendria su madre ; y que aunque fuesse con quien avia de ser su esposo, con todo esso se ha de atender à la pérdida de la opinion, mas que à los consejos de la voluntad. Salimos con este sobresalto , y el sentimiento de tantas penas en compañía de Eusebio, sin que ninguno reparasse en nosotros maliciosamente ; y viendo , que por si nuestros contrarios nos siguies-

sen, seria menester mas prevención de la que aviamos sacado de en casa de Doña Victoria, nos fuimos à la de mi padre, donde parte temeroso, y parte alegre, nos recibì con los brazos. Empezò à darme à mi reprehensiones , antigua condicion de la edad experimentada , y à Don Carlos agradecimientos , por la fidelidad, con que avia mostrado ser mi verdadero amigo, y ser ilustre su nacimiento. Referì brevemente à lo que ibamos, lo que passa, y lo que convenia disponer , sin acordarme de Aminta, y sin que mis padres hiciesen memoria della, puede ser, que por no me ocasionar à mas sentimiento, y mayores penas con lo que despues oïreis. Pusose todo en execucion , ensillaron dos famosos cavallos , y llamandome mis queridos padres , me llenaron de bendiciones. O amor paternal à lo que obligas! Mi padre no obstante , que tan cuydadosamente guardaba el oro , y plata que avia por tantos años adquirido , abrió liberalmente los cofres, donde depositaba su riqueza, y prodigo me ofreciò quanto quisiessse, de donde yo acabè de averiguar, que el noble anciano no era avariento, sino prudente, pues guardaba , no por atesorar, como muchos , sino para gastar en la ocasion de importancia , que es lo que avian de hacer todos. Tomè lo que me pareciò bastante, y proponiendo escribirle desde donde quiera que me ha-

llas-

llasse, bolví de nuevo à abrazarle, y con increíble sentimiento de mi querida madre, nos despedimos. Subió en un cavallo (que como digo estaba prevenido) D. Carlos; y despues de aver dado à Eusebio algunos escudos, me puse yo en el otro, y nos partimos, encargandole, que cuydasse de el consuelo de sus dueños, de la venganza que debíamos tomar de Bernarda, y de escribirnos todo lo que passasse à Milán, donde determinabamos enderezar el viage. Con esto alargamos el passo quanto fue posible, hasta que nos pareció que podriamos caminar con alguna seguridad.

Lo que nos sucedió en el viage, hiciera mi discurso prolixo, en ocasion que os he detenido tanto con los passados sucesos. Esto será causa de que sin detenerme en los accidentes, passe en lo substancial de nuestra venida à España, que fue dentro de dos meses como llegamos à Milán. Allí tuvimos cartas de Eusebio, encareciendo el amor que Doña Victoria tenia, y à Don Carlos confesaba Marcela: en la ultima que embió con proprio, nos avisó, de que en todo caso nos partiessemos de aquella Ciudad, porque le avian cogido nuestro pliego, y por él avian sabido donde estabamos, y se despachaba quien nos prendiesse; de todo lo qual nos daba aviso desde una prision, donde estaba impedido de castigar la malicia

de aquella vil criada, causa de todo nuestro desassosiego. Respondimos à todo lo demás de su carta, menos el lugar donde nos partiamos, por no dár ocasion à que si se las bolviessen à coger, nos fugiessen, haciendo vanas todas sus diligencias, y nuestro cuydado.

Partimonos aquel mismo dia à Napoles, donde conocimos al noble Hipolito; el medio que dió principio à nuestra amistad, passo en silencio, por dexar à su elocuencia ocasion de divertiros algun rato, quando él tuviere gusto, de que le tengamos cumplido: y por decir, que desde allí nos partimos à Genova, y luego à Barcelona, donde llegué apenas, quando recibí un pliego de mi padre, en que me daba cuenta, de que mi hermana Aminta avia faltado de su amparo, y se avia negado à su obediencia, atropellando las obligaciones de muger noble, con las resoluciones de atrevida. Faltarà sin duda à los Cielos luz, al Sol resplandor, y à los elementos guerra, primero que se pueda explicar la pena que recibí con estas nuevas. Dexaré, pues, de manifestar la aora, por decir, que entonces me llegó otro pliego, en que Don Gregorio mi padre me mandaba, que no bolviessse à aquella tierra; porque supuesto que mi madre, y su esposa avian rendido la vida al dilatado sueño de la muerte, queria bolverse al lugar donde avia tenido la primera, y siempre no-

ble luz en su nacimiento.

Encargóme que no perdiese el tiempo, sino que mis estudios de Bolonia los proseguiese en esta Universidad, dando por razon, que los hijos de los nobles, y à que tienen la sangre heroicamente heredada, y la riqueza dichosamente adquirida, es bien que adquieran lucidamente alguna ciencia. O yà porque como aconseja San Geronimo, el ingenio no ha de conocer al ocio, ocupado siempre en cosas honestas, ò yà por el parecer de Seneca, quando afirma, que la ociosidad es madre de los vicios, y madrastra de las virtudes. Libróme para esto nueva cantidad de dinero; y despues de aver sabido el recogimiento, y recato con que Doña Vitoria vivia, esperando el cumplimiento de nuestros deseos (de todo lo qual tuve noticia por cartas de Eusebio) me vine à esta Ciudad, pareciendome, que en ella es la doctrina de todas ciencias ilustre. Comencè à proseguir la Jurisprudencia con el cuidado que pudiera quien no tuviera otro medio con que vivir, y llegar à tener felicidad; así porque el ocio defacredita vilmente al ingenio, como por el parecer del Principe de la eloquencia, quando dice, que la ciencia mejora lo q̄ es bueno, y corrige lo que merece nombre de malo. Embiamos cartas à mi padre, y Don Carlos vn poder para que dispusiese de su hacienda (que no era corta) y se la traxel-

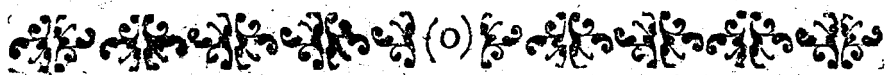
se con la fuya. En este tiempo que me comunicaba por cartas con Doña Vitoria, tuvo ocasion mi padre de coger algunas, con que se satisfizo de mi amor. No le pareció la eleccion imprudente, viendo las virtudes de mi dueño, y las deudas en que me avia puesto su liberalidad; y así me escribió, que gustaria del casamiento, fingiendo, que no avia sabido nada, y que él de su voluntad, por estar me tan bien, lo avia tratado. Ultimamente (ò nobles amigos!) yo le espero con mi esposa, con mi hacienda, y con la de Don Carlos, à quien ha de acompañar tambien Marcela, para que siendo igual el contento, sea mas comun el regocijo. Este es el estado que tienen nuestros sucesos; este ha sido el principio de nuestras fortunas; este el termino de nuestras desdichas; y estos nuestros passados accidentes. Serè como en lo demàs dicho, si huviere merecido teneros este rato divertidos. ♣

Agradecieronle todos la narracion, y el deseo, en particular Hipolito, como quien avia grangeado mas noticia de la nobleza de Aminta. Alegròse de ver, que fuesse tan grande la amistad que con su hermano tenia, pareciendole, que en qualquiera ocasion le podria ser de importancia; quisieronle despedir Alexandro, y Don Carlos, y acompañar los Leonardo, y Hipolito; mas la cortesia destes se dexò vencer de las escusas

fas

las de aquellos, con que dexando los alegres en compañía de Feliciano, los dos nobles mancebos se ausentaron, cuydando de que el

sueño pudiesse en quietud à los sentidos, à quien divierte, y atormenta el cuydado, la hermosa variedad, y el desvelo.



HISTORIA

DE HIPOLITO, Y AMINTA.

DISCURSO TERCERO.



SIEMPRE dà la esperanza cuerdo alivio al animo que la tiene, y siempre ordenada à la posesion de el bien entretiene, aunque dilata el conseguirle. No estaba sin ella Hipolito de hallar al nuevo empleo de su voluntad, y el noble objeto de su amor en la hermosissima Aminta; à quien estaba rendido, y à quien perdió casi al mismo punto que llegó à conocer antigua pensión de los bienes humanos, y manifiesta experiencia de la inconstancia de el siglo. Asistia en aquella Ciudad mas de lo que sus ocupaciones le pedian, por no desviarse de el lugar en que le parecia, que podría hallar tan dichosa prenda. Visitaba à sus amigos Alexandro, y Carlos, teniendo con ellos, y Leonardo muchos ratos apacibles, con que tal vez se divertia en sus penas, y tal se consolaba en sus pas-

siones, dos noches despues que Alexandro avia referido sus accidentes por el estilo, que en el pasado discurso quedan dichos, se hallò à deshora en su compañía, y en su casa. Despidiòse para bolver à la suya; diò brevemente buelta à una esquina, y oyò diferencia de instrumentos, que suavemente templados, eran desvanecido adorno del viento, y blanda lisonja de el oido. Paròse un poco, deseosa de ver si à tan acorde musica acompañaban algunas voces, y viendo que su imaginacion no era varia, acercandose mas, escuchò repetir con dulces quiebros estas decimas; por ellas se advierte, que el sugeto à que se ordenaban, era à una dama, que decia mal desgalan, à quien queria bien.

Viendo que Lisi desprecia

Las mismas prendas que ostima,

Con justa causa se anima

Mi amor à pensar que es necia,

E

Ma

*Mas como atenta se precia
 De ver, que soy su trofeo
 Mas dice: Si en este empleo
 Te causa la lengua enojos,
 Atiende, ò Marcio, à mis ojos,
 Que son lenguas de el deseo.*
*P. esume, que en decir mal,
 Confisto el quererle bien,
 Y que mi proprio desden
 Hace à mi amor mas leal:
 Tiene con empeño igual
 Mi lengua en varios desvelos,
 De mis mismos ojos zelos
 Quiere vengarse: y assi
 Toma la venganza en ti,
 Ya que no puede en dos cielos:
 Advierte, que quando el oro
 Se apura, el metal se ausenta,
 Que primero fue su afrenta,
 Y le quitaba el decoro:
 Esto mismo en el tesoro
 De mi pecho, y mi hermosura,
 Imitar mi amor procura,
 Son las injurias metal;
 Que importa que diga mal,
 Si es oro amor, que se apura:
 Antes se vendaba amor
 Los ojos, siendo disfraz,
 Para matar en la paz
 Con mas oculto rigor:
 Ya su discurso es mejor
 O Marcio, pues he advertido,
 Que en la boca ta ha traido,
 Y que quiere que se entienda,
 Que las injurias son venda,
 Para andar desconocido.*
 Entretenido Hipolito con tan
 suave musica, estaba discurren-
 do en las cosas, que los hombres
 han inventado para el regalo de

los sentidos. Consideraba para los
 ojos, como mas principales, tan-
 ta diversidad de telas, brocados,
 labores, oro, pinceles, escultu-
 ras, y adornos. Para el oido tan-
 ta diversidad de instrumentos,
 tanta diferencia de consonancias,
 tantos mixtos de olor para el ol-
 fato, tanta fazon de manjares pa-
 ra el gusto, y tanta adulacion de
 blandos objetos para el tacto.
 Vela la vida del hombre tan pun-
 tualmente fervida de regalos, y
 tan variamente acechada de ene-
 migos; y que siendo ella sola fal-
 taba numero para contar las en-
 fermedades, que procuraban des-
 truir la. Llevado, pues, de esta con-
 sideracion, decia: O vida precio-
 sa, ò joya amada, quan manifiesta-
 mente se descubre tu valor, en
 que todos procuran conservarte
 tan atentos, que apenas nos ocupa
 otro exercicio. La Republica
 bien ordenada, solamente trata
 de su conservacion; el Rey, de
 la que es necesaria à sus vassallos;
 estos la de su natural señor, y
 amado Principe; el deseo de con-
 tinuar este bien, introduxo supe-
 riores en los Reynos; gobierno
 en las Monarquias, y Jueces en
 las Ciudades; pero con esta cali-
 dad, que los que tienen, por ra-
 zon de su officio, cuydado de con-
 servar el bien comun, deben estar
 siempre viendo en el cumpli-
 miento de su obligacion. Quien se
 dexa llevar de el discurso, sin repara-
 rar en lo que piensa, muchas ve-

zes se introduze en lo que no le toca; y así Hypolito, llevado de su imaginacion, consideraba mil cosas, que no pertenecian à su estado, ni eran de sus obligaciones, donde no es bien, que por comodidad propia, ò interés ageno se profiga, que no ay ignorancia tan grande, como es grangear de valde con amigos, ò comprar à costa de una libertad mal pensada, el menor precio, y injusto agravio de algunos, el enojo de muchos, y con el inescusables daños.

Yo he visto algunos de estos hombres, que por dilatarse mas de lo que fuera razon en hablar libremente, ò yà dando inútiles arbitrios, ò yà metiendo vanos memoriales, vienen à ser rifa de quantos los oyen, sirven solamente de gastar el tiempo à las personas publicas, y hazen clara su inclinacion con la cautela de su animo. De aqui tiene principio el saberse su linage, ò sus costumbres; pues es fuerza, que los interesados se desfiendan, y hablen en grave descredito de quien les procuraba grave perjuizio, con que ellos quedan conocidos, y el mundo fuera de su primero engaño. No advierten estos, sin duda, que reformarle despues de cinco mil años de su edad, es dificultoso: y que aun en sus mismos principios, no fuera facil, pues se introducen à reformadores. Trate cada uno de su negocio, si no quiere oír la reprehension de Apeles, y

piense, que es necesidad sin disculpa, por tomar al mundo cuenta de lo que no le toca, dársela à Dios de lo que no le encarga. Góviene el Principe, reze el Sacerdote, juzgue el Juez, execute el ministro, pelee el soldado, imite à sus mayores el Cavallero; trabaje el oficial, rompa la tierra con tardo buey el toscó labrador, y honre à todos el docto en sus escritos, porque andar siempre siendo Coronistas unos de otros, suele muy ordinariamente estarles mal à muchos: demás, de que lo que trae à infelize estado las Republicas, estrocarle los estados, y que el juez sea ministro, el ministro, juez; el labrador, soldado; el soldado, labrador; el señor, mercader; el mercader, Cavallero: en lo qual no se repara demasado algunas vezes, para entregarles negocios de importancia, ni se atiende, à que es imposible, que el sicorvil, aunque esté en vaso precioso, dexé de ser lo que primero ha sido; y que el hombre baxo, aunque se coloque en alto puesto, dexé de bolver à lo que fue, respondiéndole à la inclinacion, adonde su humilde natural le llama. Larga digresion en bien diverso assumpto hemos hecho, y así será justo bolver à Hypolito, à quien dexamos en medio de sus discursos divertido. Dexò de continuarlos, por atender à un Romance jocoso, que dos músicos en competencia cantaban, diziendo cada uno

para mayor diversidad una copla:
fue muy de su gusto, por mostrar
el Poeta enfado, y cansancio con
los celebrados zelos de Bras, y
tenerle no pequeño. Atendió por
esta causa con mayor cuydado, y
pudo perceber, que decian de esta
suei te.

Despues que de la cabaña

*Diste en quererle ausentar,
Yo no sè, Bras, que nos quieres,
Que tanto nos muelles, Bras.*

*Si Menga te ha dado zelos,
Antes te debes holgar;
Porque quien dà alguna cosa,
Siempre tiene lo que dà.*

*De que fueses cosquilloso,
Nunca hice yo novedad;
Porque cosquillas de zelos,
No perdonan el sayal.*

*Acaba yà de una vez,
Bras aguero, Bras azar,
Bras dedo malo, que todo
Topa en ti, y en todo està.*

*Eres de casta de azeyte
En lo que cundiendo vàs,
Y en lo que duras un suegro,
Para quien le ha de heredar.*

*Con quien te diò zelos menga,
No vès, que es temeridad
Hacer los zelos secretos
Agravios de par en par?*

*Si te ausentaste zeloso,
Pareceme que estaràs
Nunca diciendo de si,
Siempre acercandote más.*

*Zelos son mala semilla,
Pues quien los suele sembrar,
Coge en la frente avellanas
Con la color de nogal.*

*Bras, quien como tu se ausenta,
Pudiendolo remediar,
Se aparta para ser bravo;
Yà que se ha visto animal,
Aunque puesto à mejor luz,
Nadie negarme podrá,
Que eres discreto, pues tienè
Condicion de no estorvar.
No buelvas mas en tu vida
A acabarnos de matar,
Oruego à Dios, que si buelves;
Todo te suceda mal.*

*Que si dentro de la Aldea
Te hallares la Navidad,
Llevando à Menga à Maylines,
La enamore el Sacristan.*

*Si acaso corrieres toros,
Queriendo darla solaz;
Te halles à vista del Pueblo
En el puro cordoban,
Que la noche de la boda
No se cansen de baylar,
Quantos hacen por embidia
Lo que parece amistad.*

*Que pierdas quando jugares,
Y que ganes sin jugar,
Por hacer bien enemigos,
Y un tanto por meter paz.*

*Que si alguna vez tuvieres
Rencor con otro zagal,
Le veas querido, y le veas
Enriquecer, y medrar.*

*Que nunca mires contenta
De Menga la hermosa faz;
Que estè con Anton risueña,
Y lo sepa su lugar.*

Con esto se acabò la sonora mui-
fica, y quedò Hipolito alegre
con el gusto que le avia adquiri-
do el romance, y desembarazado
para

para poder proseguir su viage con la ausencia de los músicos. Bolvió à pocos passos la esquina de otra calle, à tiempo que salía de la mas propinqua casa una muger presurosa; las señas que entonces pudo advertir Hipólito en su persona, ayudado de la luz que Venus comunicaba escasamente eran estas. El cuerpo crecido, y ayroso, el rostro se le ocultaba el manto, cuya parte inferior del negro velo llevaba recogida sobre el izquierdo brazo: à él juntaba un pedazo de la ropa, cuyo resplandor unas veces lucía, otras deslumbraba, y todas acreditaban la riqueza de su dueño. Sobre el delgado manto llevaba puesta la falda de la faya, y descubría en su ausencia un faldellín, con tantas guarniciones de plata, que se hacía dudoso el conocimiento de la tela sobre que estaban puestas: à toda esta riqueza quitaban su lucido credito las hermosas manos de la dama, pues demás de ser blancas, se adornaban de buen numero de brilladores diamantes, piedras à quien estimamos, no se si por la virtud de su naturaleza, ò por la lisonja con que siempre se burlan de la vista, yà negando, y yà concediendo entre sus vivos inconstantes luces. Llegò à él llena de turbacion, y correns, si bien desalentada, le dixo: Cavallero, si acaso lo sois, y os puede obligar el ruego de una muger, necesitada de vuestro amparo, encareci-

damente os pido me libréis de un hombre, à quien aborrezco necio, y me persigue atrevido. Con el sobresalto no se detuvo à esperar la respuesta, antes por adelantarse mas ligera, se desembarazaron los pies del leve peso de unos chapines, à quien juntamente defendian, y adornaban, repartidas à trechos tres cinturas de plata; cogiólos Hipólito, y apresurandose en su seguimiento, la dixo: Señora, agravio haceis à mi valor, pues aviendome mandado, que se disponga à vuestro amparo; os ausentais, y le tratais de corto, è inútil. No penseis, que he podido atender à tanto, respondió, pues demás de no conocer vuestras prendas, mi temor es tan grande, que bastará à dexaros satisfechos. Pues desde aora (añadiò Hipólito) será injusto, que teneis quien os ampare, y quien no dude perder por vos la vida. En el tiempo que gastò en estas cosas tuvo el noble Cavallero lugar para ver, que un hombre salía de la misma casa; de donde la dama avia salido; el qual con toda diligencia se acercaba à ellos. Quiso bolver à la noble Señora con violencia; mas puesto Hipólito en medio, le habló con resolucion de esta forma: Hidalgo, aviendose valido esta dama de mí, si bien no la conozco (con esto cessará en vos toda sospecha) por quien soy debo ampararla, y no permitir, que reciba daño alguno, y al que lo intenta

tare , y no procediere muy cortés , mientras à mí me toca el defenderla , la harè que pague su atrevimiento con su sangre , y su inadvertencia con la vida . Detuvòse un poco el desconocido mancebo , y à las razones que la dama decia (que todas eran en orden , à que Hipolito no la desamparasse) respondió : Yo tengo la culpa de que vos me ayais puesto en estos lances ; mas si el Cielo no me niega la vida , en lo futuro enmendare lo que hasta aora he pasado , y cobrarè con vuestro castigo , satisfacion de los pesares que tengo . Antes estoy muy lexos de este parecer , le dixo Hipolito , pues primero que os permita que la tengais à vuestra disposicion , me aveis de referir la causa de este enojo , me aveis de prometer no hacerla agravio , y aun tengo de saber que tiene gusto . Yo no puedo tenerle jamás , respondió la affigida señora ; y su puesto que vos os determinais à hacer cierta esta promessa , bien sè , que quedarè segura en tantas penas como me atormentan , y libre de este necio , y mis daños . El colerico mancebo hacia diligencias para llegarle à ella , y Hipolito , puesta la mano en la espada , se lo impedia resuelto : èl la decia malas razones , y la injuriaba con renombres de vil , atrevida , è infame , y Hipolito se cansaba de oírle , y esperar , que reportado se detuviesse . La dama le hablaba en el mismo lenguaje , y le decia , que

el Cielo era testigo de los desvelos , y el cuydado con que avia guardado su honor , y que nadie podia poner la lengua en èl , que no fuese infame , ò mintiesse . Cansado el noble Hipolito de tan necia porfia , aviendo consultado las palabras que avia de proferir con su entendimiento , para que fuesen cuerdas , le dixo : No puedo acabar de percibir à què titulo tratais à una muger de esta fuerte , porque siendo vuestras , quantas infamias la decís , todas son en vuestro perjuicio , y de todas teneis el mayor daño ; y si es agena , cometis grave injusticia , queriendo tratar mal con las obras , y injuriar con palabras à cosa en que no teneis parte : acabad , pues , de reducir os ; creed que tengo de ampararla , y persuadios à que si alguno me huviera conocido , por lo que à mi sangre debo , no huviera esperado tan largos terminos , sino que os huviera castigado el atrevimiento de no tener à mi persona respeto , dando titulo de injuria mia , à lo que bien mirado es ignorancia vuestra .

El hombre no entendia estas razones , ni cuydaba de el enojo de nuestro cavallero , antes como un loco , cuyos pensamientos se dirigen solamente al fin de su aprehension , siempre perseveraba en su intento , y procuraba lo que al principio avia deseado , que era vègar con las manos , y satisfacer con golpes el enojo que traia : mil ve-

res estuvo determinado el alenta- do Hipolito à meter mano à su azero , y acabar con su muerte lo que no podia con persuasiones, cordura , y cortesìa ; mas viendo, que era mucho empeño por tan leve causa, y que seria posible hallarse despues arrepentido , dexò de reducirlo à efecto, y de tomar los consejos que ciega dà la colera à un corazon atrevido. Procurò por estas causas tomar otro medio, y el de blandura : comenzó à disponerle con palabras corteses, diciendo: No soy yo tan ignorante , que no aya conocido quantas penas suelen atormentar à un pecho illustre por medio de una passion, ni ignoro por los efectos que mostrais la que en esta ocasion padeceis. Presumo tambien , que no avrán nacido sino es de grave causa; y assi os suplico, que os aprovecheis mas de la cordura, que de el enojo. Yo no he intentado jamàs cosa distinta , de que me tengais por vuestro, y que advirtais, quando os desapassioneis , que os he servido mucho en reportaros , y que à veces hace cosas la colera, que despues de averlas llorado los ojos, no las puede remediar la prudencia; claro està , que bolverà adonde gustais esta dama , puesto que yo pretendo solamente que passe este rigor en vuestro pecho, porque no os halleis mañana arrepentido de lo que executaredes aora ; llevaremosla los dos hasta en casa de cierto amigo mio, para

que en compaña de una muger anciana , cuydadosa , y prudente passe la distancia de esta noche, en cuyo tiempo vos desenojado la acertareis à tratar con mas respeto, yo satisfecho os la podrè entregar sin temores de su riesgo ; y lo que mas es, sin pérdida de la reputacion en que me ha puestto este empeño. Reduxose el ayrado mancebo à este parecer , que la cortesìa solo no halla lugar en los animos viles , ò ignorantes. Viendo Hipolito , que yà le tenian reducido , se allegò à la bizarra dama, que buen trecho se avia apartado de ellos, y la dixò el medio que se avia tomado; ella se escusaba todo quanto podia , y èl la procuraba persuadir , diciendo , que no pensasse, que intentaria cosa, que fuese contra su gusto , que hiciesse lo que la rogaba , pues libre por entoces de las manos de aquel hombre, à quien decia aborrecer con tanto extremo por su necio proceder , podria decir , que no queria bolver mas à sus ojos. Mientras Hipolito estaba diciendo estas razones , la noble dama no quitaba de su rostro la vista ; procurando averiguar con ella las dudas , en que le ponìa de una parte la dicha de verle, y de otra la diferencia de el vestido. Venciòlas todas con preguntarle el nombre; y yà llena de interior regocijo , dixo, que el afecto venciesse à la verguenza , y le echò amorosamente los brazos. Acompañò à estas de-

mostraciones de alegría, con una dulce copia de palabras, diciendo: Ya es piadosa mi fortuna; y á es dicha la suerte que poseo, pues he hallado á la causa de estas penas para que las remedie. Quiso saber Hipolito quien era, á cuya diligencia le fue respondido, que dexasse por entonces de ser curioso, que tratasse solamente de mirar por quien no le pesaria de aver defendido, y que seguro de esta verdad dispusiese yá de su persona como le pareciesse mas conveniente. Pues estais conforme (respondió Hipolito) y dispuesta á quanto yo os ordenare, y no que-reis manifestar mas de lo que ha bastado á dexarme lleno de confusiones, y dudas, obedeced este medio por ahora, que el tiempo descubrirá lo que debemos hacer en lo futuro. Con esto, por parecerle, que estaria bien en compañía de Violante la criada de Alexandro, y por estar mas cerca determinò dexarla con ella. Bolvieron todos juntos, aunque el mancebo siempre desviado, á la casa en que avia de quedar la encubierta dama: llamó Hipolito á la puerta, y salió á abrirle la referida Violante. Encargòle el cuidado, y buen acogimiento de la prenda que le entregaba. Prometiò hacerlo con todas sus fuerzas la piadosa anciana, y cerrando su puerta, le diò lugar para que bolviesse adonde el desconocido mancebo esperaba: hablòle Hi-

polito en orden á aplacar sus enojos; y despues de aver yá cò exemplos, y yá con razones persuadi- dole á ello, parte descoloso de saber la causa de aquella novedad; y parte curioso, por aver entendido, que la dama le conocia, y averle dicho, que èl era la causa de aquellos pesares, le rogò encarecidamente, que le dixesse quien era, y que ocasion se le avia dado á aquella dama para que saliesse de su casa tan á deshora, pues en la resolucion que avia tenido, no parecia su propia muger. A estas razones tuvo respuesta en la siguiente forma: Cavallero (bien os acredita el trage que lo sois) caminemos ázia vuestra casa, que en el camino podrè satisfaceros en parte de lo que me preguntais: mi nombre es Don Enrique. Apenas oyò Hipolito este nombre, quando como si despertara de un sueño, advirtió, que sin duda era la dama Aminta. Culpa- ba entre si mismo su corto conoci- miento, y disculpabase tal vez con el recato que ella avia tenido, y la cautela con que se avia guardado. Veia que Alexandro en su relacion avia hecho memoria de èl, tratando de la traycion de Valerio: con- sideraba, que Aminta le avia llamado quando llegó èl la primera vez á sus ojos, como queda referido; y ultimamente, que en esto avian tenido fundamento las razones que le avia dicho, quando le encareció, que cuidasse de su

Defensa; con cuyos discursos quedaba cierto en su imaginacion, y alegré con tan dichoso hallazgo. Quiso añadir mas certidumbre à esta verdad en las palabras de D. Enrique; y dexando tantas conjeturas, atendió à que proseguía, diciendo: Fuy en mi patria estimado, y siempre me precié de bien nacido. Rico seríades, respondió Hipolito, porque para la estimacion, si falta la riqueza, suele aprovechar poco la ilustre sangre, y noble nacimiento. Bien pudieron mis padres, añadió Don Enrique; tener credito entre quantos poseían abundancia de bienes de fortuna. Soy en la nacion estrange-ro, y confieso, que en las razones poco cuerdo, pues os voy cansando con ellas tanto en lo que os importa tan poco. Daxando, pues, la abundancia con que me pudiera dilatar para otra ocasion, diré solamente lo que fuere necesario para responder à vuestra pregunta. Para esto supongo, que no es mi esposa, ni aun puedo asegurar, que mi dama, pues si bien la he procurado reducir à mi parecer por la distancia de un año, en todo el no he tenido de su mano favor, que no sea lícito, y honesto. La causa de no aver llegado à ser su esposo, escuso referiros, assi por ser larga, como porque la primera vez que me ois, no quiero quedar con vos acreditado de necio: la que aora ha dado fundamento à nuestros pesares, es averla

visto retirasse en mi amor; y ver elados sus fervorosos afectos. Qué delatinos no intentará un amor primero favorecido, y despues despreciado? No permitais, pues, que traiga à la memoria tan declaradas penas, sino dexad que os ruegue, que perdoneis mi deslumbrada furia, y que os suplique, que acepteis en mí un amigo, si por vuestro medio buelvo al primer estado de mi amor, y de la correspondencia de Aminta, este es el nombre de la dama; el qual no fuera razon ocultaros, quando intento por vuestra cordura mi remedio.

A este punto llegaba Don Enrique, quando vió Hipolito que venia un hombre por la misma calle encubierto, el qual apenas llegó al espacioso, y obscuro portal de una casa, que cerca dellos avia, quando salieron dos hombres: preguntaronle si era Laurencio, y respondiendo que sí, le dieron dos puñaladas, de que cayò en el suelo mal herido. Huyeron los agresores del alevoso delito, y llegaron Hipolito, y Don Enrique, por si su christiana piedad le podia ser de importancia para que él se lastimasse de verse, y este conociesse à Laurencio un criado que avia tenido en Bolonia, y que como despues sabrèmos, avia ocasionado los disgustos de Aminta. Comenzò à llamarle por su nombre; y el desdichado mozo, conociendo à quien le hablaba; viendo

cerca su muerte, y atendiendo à que era castigo de su delito el permitir Dios, por mano de sus mayores amigos aquella desgracia, deseoso de satisfacer, quanto era de su parte, los daños que se avian causado de su malicia, despues de verse sobre nuestros brazos, y aver puesto el mejor remedio, que fue posible à sus heridas, dixo de aquesta suerte.

Piadoso es Dios, aun con los que mas se apartan del justo termino de sus preceptos; cosa, que entre innumerables exemplos confirma patentemente el mio; pues me ha dado lugar del conocimiento de mis defectos, y de poder manifestar lo que sin esta ocasion tuviera oculto. Bien te acordaràs (ò noble Don Enrique!) de las libertades que te referì de Aminta: en la memoria tienes la aficion que te dixè que me mostraba, y que lo mismo que tu tanto has deseado, huviera yo conseguido à persuasiones tuyas, si no atendiera mas à ser fiel criado, que lascivo amante; pues oy conviene que sepas lo contrario, y que yo afirmaba de su amor estas mentiras, no sè si por divertirtè del suyo, ò por vengarme de los desprecios, que tan justamente hacia à mi vil atrevimiento. Estas heridas que tengo, las recibì de la mano de un amigo mio, por otra falsa relacion de su dama, à quien (por ser leal à su amistad) no quise corresponder. De suerte, en esta inocencia vengo à tener el

castigo de aquella culpa, para que advirtièndo la causa de mi daño, procurarè escusar la noble, y piadosa Aminta el perjuicio que por mi traycion padece.

Oyendo semejantes razones Don Enrique, quiso acabar de matarle, para asegurar mas la venganza de su injuria. Deruole Hipolito, y dexandole quasi en el ultimo aliento, le apartò à un mismo tiempo de aquel lugar, y del pasado proposito. Llegaron con esto à la casa de Leonardo, donde Don Enrique se despidiò, asegurando, de que no haria à Laurencio mas daño del que avia recibido. Quedòse Hipolito imaginando la novedad de el suceso, y deseando saber mas dilatadamente los accidètes que avian dado ocasion à la confusa relacion de Laurencio. Divertiale de los demás cuydados el amor de Aminta, entre el qual advirtiò, que segun se debia inferir de lo que refirió Alexandro, era hermana suya, y que èl avia sabido por las cartas de su padre, que ella se avia ausentado de su casa ocultamente, sin que se tuviesse noticia del Lugar donde avia ido. Atento, pues, à todas estas cosas, y viendo, que Alexandro era hombre de valor, y que si conocia à Aminta, podria executar en ella el castigo que merecia su atrevimiento: bolviò con toda prieta, à su casa, para llevarla adonde no tuviesse este riesgo, que era en su misma habitacion; y como

dexamos dicho, casa de el noble Leonardo. Disponia bien esta diligencia el averse ausentado Don Enrique, y ayudaba fuertemente à ella el amor con que à la hermosa Aminta estimaba. Con la presteza que se debe presumir de un hombre, à quien tan apretadas, y tantas razones mueven, llegó à la puerta de Alexandro. llamó à ella, y después de averle conocido, abrió la misma Violante. Preguntandole Hipolito, que adonde estaba la dama, que el poco antes avia traído, porque le importaba hablarla. Violante viendole tan presuroso, respondió con alguna turbacion, que no estaba en casa, porque su señor Alexandro la avia sacado de allí, y la avia llevado consigo.

Mil pensamientos combatian à Hipolito en tan dudosa respuesta, quando él venia temeroso de alguna desdicha. Yà le parecia, que sin duda Alexandro por averla conocido, la avia sacado de su casa, por hacer mas oculto el castigo: yà la juzgaba muerta, y perdido con ella el justo empeño de su amor: Yà se quejaba de la resolucion, con que se avia determinado tan facilmente, sin reparar en que él la avia llevado, para que la sirviesen, y regalassen en su casa, no para que su enojo se atreviese à ofenderla: y yà se encendia en rabiosa colera, persuadido, que aquel agravio era propio, aunque fuese el daño ageno. Otras veces

se consolaba, y le parecia, que no avria sido tan cruel, que vertiese su misma sangre, sin mas informaciones de culpa. Pusole à esperar que bolviese, para saber el fin que le avia obligado à sacarla à tales horas de su casa, y aun para vengarla, si fuese cierto, el daño que en la infeliz Aminta presumia. Comenzó à hacer diversas preguntas à Violante con animo de inferir de lo que entre ellos avia pasado, lo que podria aver sucedido, y si eran justos sus temores, en cuya respuesta no hallaba cosa que le diese consuelo. D. Carlos estaba entonces ausente, con que Hipolito se desconsolaba mas pareciendole, que aun hasta quien le reportase avia faltado en aquella ocasion, para que de todo punto à la misera Aminta le faltase remedio. Cansado finalmente de esperar, viendo que la buelta de Alexandro se dilatava tanto, determinò salir à buscarle, à donde le llevase su instinto. Anduvo diferentes calles, hasta que mejor aconsejado de su mismo entendimiento, viò que era ignorancia tomar tan grande cansancio, sin esperanza de algun provecho. Tratò de recogerse à su posada, dexando para la futura Aurora el desengaño, y la manifestacion de aquel enigma, que le causava tan grave desassosiego. Llegò à ella bien ageno del gusto que le esperaba, y hallò à la puerta à Alexandro, que viendole conocido, dixo: Grande

xato me áveis tenido con pena, ó
 amigo Hipolito, sin saber á qué
 determinarme, ó ya buscaros cuy-
 dadoso, de que no os huviesse su-
 cedido algun disgusto, ó ya á es-
 peraros en compañía desta dama,
 para cuyo regalo no debió de ser
 bastante mi familia, pues yo he si-
 do tan limitadamente dichoso, que
 no ha querido estar un punto en
 ella. Supe que su deseo se ordena-
 ba á venir á veros, y deciros cier-
 to secreto, que ella afirma ser im-
 portante. Y porque pareciesse, que
 he deseado servirla, cumpliendo
 con las obligaciones que os ten-
 go, la he traído á que os vea. En
 este portal de vuestra misma ha-
 bitacion está tan guardada de la
 luz, y tan escasa de razones, que
 ni ha tomado resolución de entrar
 á una sala, ni se ha atrevido á ha-
 blar mas que con voz baxa, ó por
 señas. Confieso, que si no los dis-
 culpára el recato, para mi huvie-
 ran sido insufribles extremos. Ved,
 pues, lo que desea, y disponed de
 mi casa, y de mi á vuestro pare-
 cer, seguro de que todos estamos
 obedientes á vuestras disposicio-
 nes. Agradeciòle Hipolito el ofre-
 cimiento, y visto que Aminta se
 guardaba con tanto cuydado, por-
 que él no la conociesse, le rogò,
 que se ausentasse, dando por causa
 el aver quedado su familia con
 desasosiego. Fuesse con esto Ale-
 xandro, y Hipolito entrò donde
 la noble dama estaba, midiendo el
 tiempo á siglos, que nunca los que

esperan han conocido á los instantes.
 Hablòle con voz baxa, dicien-
 do: Ay Hipolito, entre que diver-
 sidad de penas me ha puestò esta
 noche mi desdicha! Quanto es
 posible, encarecidamente os rue-
 go, que despidais á esse Cavallero,
 que ha venido conmigo; pues en
 que él se ausente, consiste la im-
 portancia de mis bienes, la felici-
 dad de mi gusto, y aun no sé, si la
 conservacion de mi vida. Ya ten-
 go adelantada essa diligencia, la
 respondiò Hipolito, porque de pre-
 funciones he inferido lo que ya
 claramente en vuestro temor con-
 templo. Soslegad, ó hermosa se-
 ñora, el pecho: ausentense tantos
 pesares, pues aveis llegado á estar
 libre de quantos miedos os pudie-
 ran saltar el gusto, y debaxo del
 amparo de un hombre, que ni tie-
 ne mas dicha, que serviros, ni mas
 felicidad, que veros, ni aun mas
 alegría, que estimaros. Por bien
 empleadas doy todas mis desdi-
 chas, respondiò la noble Aminta,
 pues con ellas he cóprado el con-
 tento de hallaros, y la alegría de
 teneros en mi defensa. Con vos,
 qué puedo temer? Y sin vos, qué
 pudiera esperar, sino es mi perdi-
 cion, y mi muerte? Aseguros, que
 faltan palabras á la lengua, para
 explicaros mi alegría: mas qué
 mucho; si ya en su lugar quiere
 hablar con voz mas viva el cora-
 zon. Grande fue el correspondien-
 te regocijo, que en esta ocasion
 Hipolito, y Aminta tuvieron, que-
 dando

dando el de nuevo amante de su hermosura, y ella declaradamente enamorada de su cortesía, su término, su bizarría, y sus prendas. Avlase pasado en estas cosas no pequeña parte de la noche, y así tratò el felice galan, y favorecido amante de que descansasse su dueña. Habló à Leonardo, y encareciendole lo que importaba el regalo de aquella dama, y el secreto, tuvo para ella blando lecho, y para su negocio mudo, y quieto silencio. Rogò à Aminta, despues de averse ausentado los criados, que se recogiesse en la sala que se avia prevenido para su persona. Ella le obedeciò, si bien confesando, que el mayor descanso que podia desear era no carecer de su vista. Cerrò por de dentro la puerta, y agradeciò interiormente el averla hospedado sola, quitando tal ocasion à la malicia de los que la avian visto prevenir posada, porque llegan à ser demasiadamente viles las mugeres, que no procuran conservar la opinion, la verguenza, y el recato. Recogióse tambien Hipolito à su quarto, donde esperò, que diessse su medio torno el Sol, y nos restituyesse la luz que con su ausencia nos niega. Despertò con su primera claridad el prudente Cavallero, y puso se à pensar las cosas que debia prevenir, para quedar bien opinado con Don Enrique, y no perder la gracia, y presencia de Aminta. Que esto de consultar

las dificultades con la almohada suele ser tan importante, que, ò las resuelve facilmente, ò dà medios para dexarlas vencidas. Vistiòse despues de aver hecho varios discursos, y baxò à ver, si Aminta estava entre los brazos de el sueño. Hallòla, con ser tan de mañana, vestida; preguntò la causa, y entre dulces palabras advertiò, que la daba esta respuesta. Siempre tendreis en la memoria, ò Hipolito, que quien ama, y sosiega, ò quiere poco, ò lo niega. Es amor una grave enfermedad del alma; y si lo reparais, pocas veces tiene quietud un enfermo. Es amor una guerra interior, donde hace oficio de General la voluntad, sirve de espia el entendimiento, soldado los deseos, centinela el cuidado, tambor las sospechas, enemigos los zelos, polvora el enojo, lengua, y ojos lostiros, y el corazon vivo fuego. Imaginad, pues, como estará un pecho, siendo campaña de exercitos enemigos; y si es posible, que le faltendesvelos. Averiguaba Hipolito en estas, y en las demás razones, que no habló apasionadamente Alexandro, quando en su discurso tratò de el entendimiento de su hermana. Solia tener por segura opinion, y decia muchas veces, nuestro advertido Cavallero, que el entendimiento es hermosura del alma, y que no se enamora por los oidos. Conociendo, pues, el que tenia Aminta, fuerza era, que por

instantes le enamorasse de nuevo, y que juntado à la gracia, y donaire corporal, la belleza interior, quedasse de todas fuertes pagado de su amor, y rendido à tan hermoso objeto. Pusieronse à tratar varias cosas en este breve rato. (nunca à los amantes dexan de parecerles cortos) donde la discreta dama descubrió parte de los superiores quilates de su ingenio. Estaba cuydadoso Hipolito de que Don Enrique no viniessse à quitarle tan agradables horas, para esto salió à poner à un criado à la puerta, que le negasse, y embiar à otro que truxesse diferencia de regalos. Hecha esta diligencia, volvió à lisonjear los ojos con tan apacible vista, por oirla eloquente, la rogò curioso, que continuasse la relacion que el mismo avia interrumpido, poco antes que le sucediesse la desdicha de perderla, quando aquellos villanos le prendieron, y que en su discurso no ocultasse la causa que la avia obligado à salir de su patria con Don Enrique, assi porque gustaria de saberle, como por estar prevenido de lo que conviniesse responder, quando llegasse à hablarle. Y ultimamente, para que supuesto, que ella tenia yà lugar en su pecho, le tuviesse tambien sus sucesos en su memoria. Avia acabado Aminta de adornarse el tocado: entrò à esta ocasion Leonardo, y tomando un asiento cerca del que tenia Hipolito, llena de

vergüenza el pecho, de amor el alma, de eloquencia la lengua, y de colores el rostro, dixo de la manera siguiente.

Yà os referi, sino he perdido con tantos accidentes la memoria, mi nombre, y patria, aora, pues, quiero, que escuchéis mis razones advertido, y que esteis à mi: afectos atento, para que à mi, como à quien lo conoce de experiencia, creais en lo que à las mugeres sucede, y os enseñeis à comunicarlas sin riesgo; lo que mas pienso encareceros, es la prudencia con que es menester andar para tener felices fines en los principios que nosotros ponemos, ò en los casos que intervenimos.

Creí hasta la edad, en que con la razon mejorè mi discurso, y tuvo clara luz mi entendimiento; brevemente (nunca el tiempo pasado ha parecido largo) lleguè à la adolescencia, con alguna inclinacion divertida, conocíala prudentemente mi madre, ò porque se estendia à tanto su prudencia, ò porque en la tierna edad, como en un cristal se descubren las inclinaciones de los niños, haciendo en cosas pequeñas, lo que despues en las mayores executan. Teníala cuydadosa todo este tiempo: antes que me dimitiesse, y assi infiero, que muchas vezes es felicidad no advertir tan atentamente los daños para no comenzar à sentirlos tan presto, si bien suele importar para remediarlos. Quiso

comenzar à conseguirlo, y para esto tratò de enseñarme la Filosofia natural, la moral, y la Retorica, lo qual pudo hacer con facilidad, por aver gastado en el estudio de estas Ciencias algunos años, y ser en qualquiera de ellas eminente. Tomò este medio mi madre mas que otro alguno, pareciendole, que la Filosofia me daria conocimiento de las virtudes, que hace al que las admite perfecto, y que juntamente tendria desengaños, con que apartarme de los males, que ella tan cuerdate en mi libertad presunja. Puse todo cuidado en estudiarlas, y llegué à conseguir las con tan felice brevedad, que tenia con admiracion à quantos informados de mis pocos años me oian. Consumia de esta suerte el tiempo, hasta que llegué à tener diez y seis, y digo hasta que llegué à tener, porque aunque los que se pasan, hablando propriamente, son los que no se tiene, los que se gastan en los estudios, ò en el exercicio de las virtudes, solamente no se pierden, pues, ò duran eternamente en el premio, ò se dilatan en las mismas ciencias à toda la distancia de la vida. De manera, Hipolito, que los estudiosos vienen à un mismo tiempo, con los que tienen presentes, y con los passados dias, con aquellos, porque se conservan en lo que saben, lo que supieron, y con aquellos, porque se aumenta lo que supieron, en lo

que de nuevo saben. Como la doctrina, y la ciencia no se puede ocultar, por mas que el recogimiento en unos, y la humildad en otros lo grangee, dichoso nombre con mis estudios. La hermosura que avia adquirido con la edad, era la que veis, y en opinion de algunos tan grande como el nombre; y assi, ni avia forastero, ni quedaba natural, que por docta no me visitasse; por hermosa me quisiesse, y por uno, y otro me alabasse. Holgabame yo de oirlos, y por verme lisonjeada de estas glorias, y à ellos admirados de mis discursos, tan lexos estaba de excusar las visitas, que muchas veces las deseaba, siendo principio de mi perdicion, lo que se avia ordenado à mi quietud, porque yo os aseguro, ò Hipolito, que pensar con diligencias nuestras, mudar los naturales de los hijos, sin acudir à Dios, es engaño de la providencia humana. Yo me perdí por sabia, si otras por ignorantes, de donde se ha de inferir, que para que una muger cumpla con sus obligaciones honrosamente, ni ha de ser tan necia, que no sepa hablar, ni tan bachillera, que pierda de vista su cortedad, ni tan escasa de discurso, que no entienda lo que toca al gobierno de su casa, ni tan entendida, que tenga parte en el de las agenas, ni tan ignorante, que no perciba lo que la hablan, ni tan presumida, que penetre mas de lo que la dicen, y en caso que

que aya de declinar à algun estremo, no se qual es peor, solo advierto, que yo he llegado à este estado, y al que luego sabreis, por levantarme sobre mi mismo ser, con tanto exceso:

Visitada de muchos, y galanteada de tantos, quien duda, que alguno me inquietaria? Guardese la mas cuerda de ser vista, de ser rogada, y lisonjeada, teniendo sabido por mi exemplo, que ni la ha de bastar agudeza, ni la ha de ser de importancia recato, ni aun la ha de valer presuncion (con ser quien mas suele guardar à quien la tiene) para no verse vencida. Juntaba yo à las demàs prendas lindo donayre, plugiera à Dios, que el, y ellas me faltàran, y que la naturaleza no anduviera conmigo liberal, como madre, sino esquivada como madrastra, negandome dotes, con que pudiera enriquecer à muchas; pues à quien emplea mal sus dones, en las mismas gracias la dà su perdicion, y en sus donayres su muerte. Entre los muchos que me celebraban, me inclinè à un mancebo, que se llamaba Don Enrique; que es el que anoche diò causa à que yo tuviese la dicha de encontraros. No puedo decir, que esta inclinacion fue amor, porque raras vezes se rinde à uno, persona à quien celebran muchos.

Demàs de que el amor para ser perfecto, ha de ser solo, y como yo oia las alabanzas de todos, y ama-

ba las alabanzas, quèria tambien à los que me las decian. Este era el modo de mi amor, esta su naturaleza: de aqui se podrà inferir, que repartido entre tantos, le cabria muy poco à Don Enrique. Mi hermano andaba sin demasado cuidado en mis desvelos, ò por que le debia de tener en otra parte, ò por que ay algunos hombres tambien intencionados, que no conocen al engaño, ni han visto su feo rostro à la malicia, ni les ha inquietado la sospecha. Tenia por esta causa lugar de ver à mi amante, y escribirle, gastando entretiene mucha parte del tiempo. Procuraba el regalarme con diversas cosas, de las quales (no obstante; que tal vez las deseaba) jamàs las recibia, pareciendome que es muy corto viage, que ay desde recibir, hasta dexarse obligar, y que quien se obliga, debe corresponder fiel, ò padecer peligro de ingrata. Haciale otro galan competencia en su amor, llamabase Valerio, y era hombre de tan viles costumbres; tan baxos pensamientos, tan corto entendimiento, y tan sobrada malicia, que quanto imaginaba; decia, aunque se engañasse; y tal vez, aunque supiesse, que era cierto lo contrario. Por esto, y por el abarrecimiento natural; que yo tenia à hombre tan infame, estaba cansada de su porfia, enfadada de su amor, y desconfiada de que me dexasse. Hice para conseguirlo que le hablasse Don Enrique, confies-

o, que en esto anduve necia, por que quien embia à un mozo galàn, entendido, y de los que tratan de amor, y traer bien ocupado el gusto, à que haga sus partes, hable en sus negocios, y responda à sus causas, desde luego le dà titulo de suyo, y le manifiesta por su prenda. Hizo Don Enrique lo que le dispuse; y finalmente nuestro amor quedò declarado, para con el injusto Valerio. Este atrevido, è ignorante, por embidia, y por zelos, hablò una noche tan vilmente en mi honor, en presencia de mi mismo hermano, y un amigo suyo, llamado D. Carlos, que se vieron obligados à matarle, para bolver por mi honor, y satisfacer su injuria. Quedò desta fuerte è castigado, mi amante ausente, y ellos de manera ocultos, que muchos dias fueron tenidos por muertos. Tarde las inclinaciones traviesas se foflegan; y así, aunque por algun tiempo se limitò nuestra correspondencia, al cabo del me escribió Don Enrique vna carta, diciendo, que estaba en un lugar pequeño cerca de la Ciudad, continuando el mismo amor que primero me avia tenido, aunque con esta diferencia, que antes estaba satisfecho del mio, y entonces temeroso de alguna mudanza, porq̄ demás de conocer mi condicion, me via con mil anteojos de rezelos, que le hacian mis atrevimientos mayores. No me admiraba yo de esto, porque los zelos tienen su

enemigo en su imaginacion; y como las cosas imaginadas son mas grandes, mas penas tienen ausentes, que presentes. Escriviale reprehendiendo sus presunciones, y sin tener remedio en ellas, èl las còtinuaba por instantes. Esto ha sido lo que (como despues vereis) tiene en infelice estado su amor, y mi agradecimiento. Embie à decirle un dia, que no se canfasse con zelos tan injustos, sino queria avisarme para que se los diese, y que reparasse, à que quien pide zelos sin causa, se hace perder el respeto, pues en la mas cuerda opinion, aun quando son ciertos, no se han de pedir, sino castigar, supuesto, que quien està zeloso, se confiesa agraviado, y que los agravios, antes se han de vengar callando, que publicarlos, diciendo: Obligado de aquestas persuasiones, se limitaba en parte su imaginacion, y se profesuia nuestro amor, viniendo muchas veces encubierto, y desconocido, à verme. Agradeciale yo este atrevimiento, mas por el peligro à que se ponía, si fuesse descubierto de los parientes de Valerio, que por el interès que adquiria con su vista, porque antigua condicion nuestra es estimar los grandes riesgos, que por nosotras se emprenden: debe de ser, porque así nos satisfacemos de que es grave la estimacion en que somos tenidas, pues nos anteponen à los precisos daños.

Dieron aviso à mis padres, y espantados del pasado suceso de Alexandro, trataron de convertir en violencia, lo que avia sido blanda, y mostrarse, los que primero apacibles, despues excessivamente rigurosos. Consultaron el medio con que me quitarian la comunicacion de Don Enrique, y digo mal, que consultaron, pues el que se executò, no parecia averle prevenido el discurso, sino el enojo, y la passion. Metieronme en el lugar mas infimo que la casa tenia. A tan vil circunstancia, se llegaba el estar apartado de la comunicacion de la familia, y el ser tan obscuro, que no entraba en el luz, sino es quatro horas cada dia, que eran las que el Sol bañaba los umbrales de la puerta que el aposento tenia, por cuyos resquicios entraba. Allí estuve mucho tiempo encerrada, passando la vida mas triste, mas ociosa, y mas infeliz, que jamás avia llegado à mi imaginacion. No se permitia, que me viesse, sino es una criada, que entraba à cuidar de mi limpieza algunas tardes, quedandose (mientras ella estaba adentro) mi madre à la puerta, para bolver à cerrar, y llevarse las llaves de dos cerraduras, con que la puerta estaba defendida, y yo guardada. Veiamos con todas estas prevenciones afligida, con la falta de libertad, pesarosa; y con el rigor de mis padres tan determinada à qualquier empeño, que como huviera ocasion,

no dudàra salir de aquel lugar, aunque fiara mi vida de quien menos la estimara. Ingenuamente os confieso, que antes debiera de ser la inclinacion que tenia à Don Enrique entretenimiento, y desde que me comenzò à costar tantas penas, no sè si le tuve amor; porque si se fuele estimar mas, lo que mas costa nos tiene; cierto es, que yo avia de apreciar mas su amor despues de tan graves pesares, que antes de averme costado las passadas penas. De donde advertiràn los padres, que el remedio de las hijas no consiste en tratarlas con aspereza, ni castigarlas, quando se ha manifestado su amor, sino en guardarlas antes que comience. Quisiera dár cuenta de mi afficcion à Don Enrique; mas las dificultades que avia, desmayaban à mi esperanza; y así nunca intentaba los medios. El tambien andaba cuydado, por averse informado de el genero de vida que tenia por su causa. Como el amor es tan gran arbitrista, en orden à conseguir sus intereses, le diò traza para que llegasse un papel à mis manos, y fue hacer, que un criado suyo, natural desta Ciudad, llamado Laurencio, entrasse à serlo de la casa de mi padre. Tuvo efecto la entrada, y juntamente el darme por el resquicio de la puerta; abriale, y despues de varios encarecimientos, del pesar que tenia de no verme, y saber mi penosa prision, decia, que mi-

raf

ralle
que
bran
dad
gust
de q
cio
que
vor
ofre
avia
nali
efe
Enri
nia p
te el
ram
guan
tene
dad
ces a
solec
va, j
nio l
nor,
Crec
cion
y nu
ñare
tiene
prev
prest
desf
dixe
me r
me q
libro
de q
mal
vech

raste lo que pensaba hacer, y si
 queria, ó podia tener medio en li-
 brarme, porque en nada pondria
 duda su amor, sabiendo que era
 gusto del mib. Avisóme tambien
 de que podria fiarme de Lauren-
 cio, criado de mi padre, puesto
 que lo avia sido con intento de fa-
 vorecerme en la ocasion que se
 ofreciese. Parecióme, que este
 avia de ser el remedio de mis pe-
 nalidades, y que tendria breve
 efecto, si yo escribiesse à Don
 Enrique la traza diabolica que te-
 nia pensada, para que no obsta-
 te el cuydado, las llaves, y encer-
 ramiento con que mi madre me
 guardaba, pudiesse hazer de aquel
 tenebroso lugar, y luego de la Ciu-
 dad ausencia; mas como pocas ve-
 ces ay amor necio, ni prision, ó
 soledad, que no sea contempla-
 va, junto con esto no fer mi inge-
 nio limitado, ni mi sutileza me-
 nor, pensè una traza admirable.
 Creo, si no se engaña mi imagina-
 cion, que os parecerà prodigiosa,
 y nunca vista, y que os desenga-
 ñareis de que muchas mugeres
 tienen cordura, y ingenio para
 prevenir, sutileza para discuir, y
 presteza para determinar lo que
 desean. Roguè à la criada, que le
 dixesse à mi madre, que yá que
 me negaba su comunicacion, no
 me quitasse la compania de los
 libros, pues eran amigos mudos,
 de que no podria recibir daño, ni
 mal exemplo, antes bien el pro-
 vecho de divertir el tiempo, y

engañar tan prolixa soledad. No
 debió de recibir mal mi noble
 madre el deseo, pues brevemente
 bolvió con algunos de los que à
 ella le parecieron mejores, y
 una luz con que pudiesse leerlos.
 Despidióse la criada, y sacando
 las tixeretas de un estrache, que
 conmigo traia, comencè à cortar
 de uno de ellos las letras, y à ir las
 juntando sobre otro papel de fuer-
 te, que quando avia menester las
 AA, buscaba en el libro las dic-
 ciones que las tuviesen, y corta-
 das de allí, las acomodaba adonde
 eran à mi proposito necessarias.
 Con los fragmentos de el pan, que
 me avia sobrado de la comida,
 las iba juntando, y tal vez unia à
 las demás una diction entera,
 porque era toda necessaria à mi
 intento. De esta suerte le respondi
 sin demasiado trabajo: y por mi
 industria, si antes tenia Don Enri-
 que, quando me sobraba comodi-
 dad, papeles de mi mano, y de mi
 letra, aora, quando me faltaba re-
 cado de escribir, se los embiaba
 mejores. Lo que el papel le enca-
 recia, era, que se dispusiese à
 sacarme de aquel aprieto, ó que si
 le parecia se ausentasse al lugar
 donde avia estado por la muerte
 de Valerio, para que no le viesse
 alguna persona de mi casa; y te-
 niendo nuevas determinaciones
 mias, se hiciesse mi clausura mas
 estrecha, pues para lo que yo le
 avia menester, era, para que me
 acompañasse; para lo qual bastaba

persona de Laurencio. Dezia tambien, que el modo de librarme avia de ser poniendo fuego à la puerta de mi encerramiento, y que esto no seria dificultoso, supuesto que yà me baxaban luz, con que sin dificultad le pondria. Ultimamente le dispuse, que avisasse desto à Laurencio, para que estuviesse prevenido de acompañarme. O quan agena vivia yo de los infames deseos deste vil criado, quando dezia semejantes razones! Mas la malicia de un animo traidor facilmente se oculta à la noble intencion de un corazon leal. Esto, como adverti, era lo que contenia el papel, que por medio de mi diligencia, y del cuydado de Laurencio, llegó à manos de Don Enrique: el qual despues de aver pagado el porte liberalmente, le dixo lo que passaba, y lo que avia de hazer, si queria que le esruviesse siempre reconocido. El infame criado le prometió hazer quanto pudiesse, con que aquel se bolvió adonde estava retirado para esperar me, y este à mi casa, diciendo, que para tratar de obedecerle, y servirle. Bien puede el ingenio discurrir en algunas cosas, porque las alcanza; mas prevenirlas todas, es imposible, porque, ó no se les proponen luego, ó no le parecen importantes, ó lo que mas es, dependen de agenas intenciones, las quales solo à Dios son manifestas, siendo qualquiera de estas causas bastante à hazer

que no sucedan los casos como se desea, y à que se yerren los fines, saliendo à diferente termino del que se imaginó, ó se previno. De esta verdad informò bastantemēte el mio, pues quando yo esperaba dilatada paz en compañía de D. Enrique, hallè, como despues vereis, aspera, è intratable condicion para que fuesse aborrecible; penosa, è infelize mi vida.

En el tiempo que Laurencio trataba con su dueño estas cosas, è imaginaba las que yo no sabia, iba llegando la luz que me daban à aquella parte del madero, donde los pestillos de las cerraduras entraban; y como la continuacion algunas vezes tiene tanto poder, y otras aun mayor q̄ la violencia, continuando poco à poco esta diligencia, puede dexar convertidas en cenizas aquellas distancias del seco leño, que me impedian la salida. Una noche, que à mi me pareció mas a proposito, por estàr la familia mas quieta, me fuy al aposento de Laurencio, y le avisè de que todo estava en disposicion, que podriamos partirnos. El se dispuso à obedecerme; y si bien mi mismo atrevimiento me acobardaba, viendo, que volver atrás, y huir la ocasion en que me estava, seria descubrir mi resolucion, y quedar de todo punto impossibilitada de hazerlo, me dispuse à todo quanto pudiesse sucederme. O quan necia anduve! O quan ciega! O quan ignorante en
de

dexa
amp
ros. Y
pesar
sejos
no ex
tros p
preho
no de
yerro
mal l
verda
de c
averl
cimo
Final
si ten
me a
que h
respu
se. T
princi
po en
tuvim
recon
digo,
credi
rán la
tierec
tonce
mero
He
pocos
cia, ni
venir
porqu
es una
dificu
le dur
sofa,

dexar la casa de mis padres, su amparo, su regalo, y mis aumentos. Yo quantas veces me he visto pesarosa de no aver seguido sus consejos. Pensamos los hijos, quando no experimentamos lo que nuestros padres nos dicen, que sus reprehensiones nacen de su edad, y no del conocimiento de nuestros yerros; mas quando por nuestro mal hacemos experiencia de sus verdades, no podemos hacer mas de confessar con el pesar de no averles obedecido, lo mal que hicimos en no seguir sus pareceres. Finalmente, me resolví, y le dixesi tendria valor para acompañarme adonde le llevasse, respondió que sí, y gustoso de oír semejante respuesta, añadió; que me significase. Tenia yo llave de la puerta principal de la calle, desde el tiempo en que estaba libre, y así no tuvimos dificultad en abrirla. Pareceraos cosa imposible lo que digo, ó por lo menos dudosa en el credito que merece, mas quedarán las dudas vencidas, si advirtieredes à que yo soy muger, y entonces estaba determinada, y temerosa.

He pensado algunas veces, que pocos tienen con amor prudencia, ni con temor, ingenio para prevenir atentos los inconvenientes; porque sino me engaño, el temor es una breve locura. Fundase mi discurso, en que un loco, mientras le dura el delirio, no trata de otra cosa, ni percibe mas especies de

aquellas que se hallaron en su fantasía al tiempo que enfermó de el cerebro, de donde nace, que el silencio repite unas palabras mismas: así tambien un temeroso, impedido de esta pasión, solo piensa lo que teme; solo cree lo que no espera; y solo atiende à lo que el temor le representa. Poníame delante el mio, nueva, y mas estrecha prisión; nueva, y mayor indignación de mis padres; y nuevas, y mas grandes penas mias; como avia de pensar, sino es en librarme, aunque me pudiesse à otros riesgos à mi parecer menores. Al fin yo salí de la Ciudad con mi desconocida compañía à la siguiente noche, aviendome estado el dia que siguió à la que me salí de mi casa, encubierta en la de una amiga.

Mi aliento no era bastante à que dexasse de fatigarme, y procurasse descansar algunas veces; y así por ser el viage à pie, y no aver dado nos mas prevencion el deseo de salir ocultos, como por el temor que llevaba de ser seguida por mandado de mis padres, y auerta à manos de justa indignacion. No me habló Laurencio en un gran rato, de cuyo silencio empecé à estar recelosa, porque quien calla demasiado en semejantes ocasiones, ó tiene mala intencion, ó piensa la execucion de alguna hazaña fea. A estos recelos se siguió brevemente descóselos mios, y atrevimientos suyos, pues empezó à declararme su amor, à manifestar

tarme su pecho, y aun à amenazar me con alguna violencia, asentir à su voluntad. Ved quan presto comencè à hacer experiencia de los males que avian de nacer de mi pasado yerro: mas como, estando de mi parte la razon, eran tantas mis fuerzas, y mi defensa tan justa, comencè à decirle tales razones, y à proponerle la fealdad de su delito, desuerte, que advertido de mi resolucion, no se atrevió à proseguir en su lascivo deseo, antes cuidadoso de que yo no dixesse à Don Enrique lo que pasaba, en llegando al Lugar en que nos esperaba cuidadoso, quando le tuvo de poder derramar la ponzoña de su rabiosa lengua, procurò adelantarle, y comenzò à manchar la limpieza de mi honor, diciendo, que me avia visto en el tiempo que avia visto en mi casa, cosas indignas de muger, que avia de ser su esposa, y que mirasse lo que hacia, porque avia llegado mi libertad à declararme con él, y publicar mis injustos deseos, de los quales avia yo tenido castigo en su reprehension, y su fidelidad; mas que por ningun caso me dixesse, que avia tenido noticia de mi deshonesto resolució, pues era fuerza que se supiesse, que él lo avia dicho, y que yo procurasse la venganza; y ultimamente, que él le referia todo esto, no para que lo manifestasse imprudente, sino para que se guardasse cuerdo de quien tan mal sabia guardar su ho-

nor, y corresponder à sus obligaciones. Como Don Enrique tenia hecho de mi concepto, de que era muger, que no escusaba las conversaciones vergonzosa, por manifestar mis agudezas vana, dió luego credito à la infame, y aleve, y falsa informacion de Laurécio, y comenzò à tratarme con diferente cortesía que à los principios. Llevaba yo peladamente sus atrevimientos: como ignoraba la causa, dexaba de aplicar el remedio. Por el peligro que tédria si me hallasen en su poder, se determinò à sacarme de aquel Reyno, sino es q̄ (como despues en los efectos advertí) quisiesse alexarme de mi patria, para que viendome mas agena de amparo, sus necesidades, y sus resoluciones estuviesen mas seguras de castigo. Encomendò su hacienda, y un razonable mayrazgo à un hermano suyo, para que cobrasse la rêta, y le fuesse librando dineros adóde quiera que estuviesse, y cò esto nos partimos. Determinòse nuestro viage à España, por coniejo de Laurencio, y para conseguíle, me embarcò en el Puerto de Liorna.

Aunque yo veia en D. Enrique algunas asperezas, no tenia muy mal proceder, ni villano termino suyo, porque se fia poco de sí, quien teme violencias en nadie, y de passo quedará sabido, que os engañan quantas dicen, que puede la fuerza, lo que no admite la voluntad; porque à quié tiene ho-

nor para defenderse ; mas facil es morir que rendirse. Asi quedará disculpado mi atrevimiento en seguir à un hombre, que convertia en aspereza la apacible condicion de su amor ; principalmente , si se atendiere à que no ay atrevimiento adonde no ay riesgo , yà que no le ay quando una muger sabe obligar con ruegos , y divertir con palabras , para no consentir en las obras. Finalmente , por no cansaros con las circunstancias de mi viaje , ni deteneros con la diversidad de sucesos de menos importancia , que en él nos acontecieron , llegamos à Madrid, Corte famosa de España , digna de dilatadas alabanzas , por el asiento de su sitio , y la afable condicion de sus habitantes. Alegrème de ver en sus damas el honesto adorno , la apacible hermosura , y el natural agradable. En los galanes la cortesía , el entendimiento , y la bizarría de los trages , aunque en algunos me parecia superfluo , quando me decian : este tiene un oficio vil en la Republica ; y este es oficial , que come del trabajo de sus manos , aviendo yo tenido al uno , y al otro por grandes Principes , segun lo costoso del vestido. Concederé à los Españoles con mucho gusto el valor , el aliento , y la gallardía , si vos no me negais algo de su vanidad , quando yo me acuerdo (que por ser aficionada à esta nacion) he leído la modestia de los trages an-

tiguos , y que era menester que fuese Hijodalgo el que huviesse vestir paño fino , y que fuese dia de fiesta para que se le permitiese seda , y veo aora lo que passa , digo : O infelice siglo el nuestro , donde à porfia nos procuramos aventajar unos à otros en los vanos excessos ! He pensado , aunque no parezca de este lugar el discurso , que no ay cosa en que se vea la desdicha , y la libertad en materia de costumbres , que ay en nuestros tiempos , como es en la superficialidad de los trages. Quedará probado mi pensamiento , si atendemos à que los vestidos fueron como señales del pecado de nuestro primer Padre , pues antes de la transgression del precepto vivia desnudo , y despues de ella se previno de vestido. Siendo , pues , señales del primer pecado , el cuidar tanto de ellos ; que puede ser sino desdicha , y libertad , ò poco conocimiento de nuestra desdicha , pues hacemos gala , y ornato de lo mismo que nos avia de causar pesares , y verguenza ?

No quisiera dilatar me mas en las cosas que noté , porque no parezca murmuracion , lo que ha de ser relacion de mis sucesos. Antes os escucho gustoso , dixo Hipolito : profeguid por vuestra vida , y descubrid mas quilates de vuestro entendimiento , que yo no llamo murmuracion à la que se hace sin mal deseo , y sin perjuicio de nadie. Quando no lo supiera de

otra suerte (respondió Aminta) conociera que lo es, en que vese escuchais con gusto, y yo profigo con él; siendo la murmuracion al principio manjar sabroso, y al fin, tal vez peligroso para la conciencia, si la materia es grave, y para la vida, si es en notable descredito de tercero. No particularizando la doctrina, ni señalando personas (añadió Hipolito) à ninguno se hace agravio; porque quien dice mal de los avarientos, de los venereos, de los vengativos, y de los demás viciosos en comun, solamente murmura de la avaricia, de la injusticia, de la destemplanza, de la venganza, y de los demás vicios. Supuesto esto (respondió Aminta) digo, que me pareció mal, entre otras cosas, el ansia de algunos pretendientes, siempre cuidadosos de los cargos, anhelando à los oficios, aspirando à los puestos, hablando à los validos, grangeando à sus criados, procurando todo; y tal vez, por justo acuerdo de Dios, no consiguiendo nada. A muchos vi alcanzar lo que no les estuvo bien à sus conciencias; y estos decia yo, que no supieron pedir, ò que ellos mismos se procuraron su castigo, porque muchas veces se nos concede lo que pedimos, no porque lo merecemos, sino porque aviendo de estarnos mal, llevamos en lo mismo que deseamos, la pena que por otras culpas debemos. Cansaronme algunos ejercicios

por inútiles, y otros por asquerosos. Finalmente, porque largas digresiones son estorvos de la narracion, enfados del odio, que las escucha, y conocidos vicios de las leyes, que para las relaciones propone la Retórica. Bolveré à mi primero intento, y procuraré ayudar el discarlo en aquella parte, donde dixé, que llegamos à Madrid; viví en ella dos meses con el mayor trabajo, con el mayor enfado, y el mayor desconsuelo que puede imaginarse; porque el vil Don Enrique intentó mil veces el hacerme violencia, sin atreverse à determinar lo que primero avia procurado, que era el ser mi esposo. Ausentóse Laurencio de la Corte, por ciertas heridas que dió, y dixonos, que se venia à esta Ciudad, de donde era natural; con esto cesaron parte de mis enfados, pues cesó uno de los que me perseguian. Callaba yo las afficciones en que me veia cõ este traydor Laurencio, temerosa de que no me levantasse algunos testimonios, como si él no se huviera yà anticipado; y tal vez me obligó à padecer muda sus atrevimientos, porque procuraba en todas ocasiones defenderme de las tyranas manos de su dueño; y mi amante (que tal vez saben ser piadosos los zelos) de donde despues llegué à persuadirme, que los males, que le referia de mi persona, eran con animo de que me dexasse. Ausente, pues, Lau-

ren-

fencio ; comenzò Don Enrique à poner en mi las manos ; si antes me injuriaba con palabras , aora continuaba su aspereza , dandome algunos golpes , con que yo quedaba defensa de venganza , y daba tantos pasos atrás en su amor , que la que antes se pudo llamar inclinacion , yà era justo aborrecimiento. No me atrevia , viendome falta de amparo à dexarle , y assi procuraba conseguir con prudencia , y con blandura de razones , lo que no avian de alcanzar los desprecios. Un dia de los que èl me cantaba con tan enfadoso proceder , le roguè me dixessè lo que le obligaba à no querer por esposa , à quien tenia merecimientos para igualarle , y èl me contó todo lo que le avia dicho Laurencio. Quedè tan llena de enojo , no porque me avia quitado à Don Enrique , pues aviendo conocido su condicion , antes le pudiera quedar agradecida , sino por aver llegado à escurecer los resplandecientes rayos de mi siempre guardado honor , que determinè despues de la satisfacion de Don Enrique mi venganza , la qual espero tomar brevemente , sino me falta la vida , para que vea quien se atreve à las mugeres , que tambien pueden ellas tener valor para satisfacerse de sus agravios.

Aunque sea interrumpiendo vuestro discurso (dixo Hipolito) cosa en que merece perdon por el gusto con que me ois , quiero

daros noticia de que el Cielo permitio , que se anticipasse el castigo del vil Laurencio , à la venganza que vos pensastes tomar. Refiriòle todo lo que la noche antes avia sucedido , y q̄ proximo à su muerte la avia disculpado , satisfaciendo à Don Enrique , y bolviendo de la manera que fue possible , la opinion , que le avia quitado. Alegro se con estas nuevas Aminta , y diciendo , à tiempo se ha defengañado esse vil Cavallero , que el primer tormento suyo ha de ser este defengañò ; prosiguiò su discurso de esta fuerte.

Empezò luego à distraerse con algunas damas de la Corte , cosa de que yo , como yà le aborrecia ; no sè si me alegraba ; lo que sè , es , que no fofegaba , persuadida del odio , que à Laurencio tenia ; y assi procurè con todos los medios posibles venir à esta Ciudad ; y que Don Enrique me acompañasse. Conseguilo brevemente ; porque ha de passar de dificil , que una muger si se determina , no alcance. Pusimonos en el camino con ligera prevencion , pues solo dos criados nos acompañaron , y llegamos à aquel lugar , donde comenzò à ser mas feliz mi fortuna con la presencia de vuestra persona : La causa de hallarme sola , fue el avernos cogido impenidamente la furiosa avenida de aquel arroyo. Tuve en èl la dicha , de que me hallasse en parte tan alta , que no la cubrió el agua ;

al

al tiempo que à Don Enrique , y sus criados , por ir mas adelante , los cogió toda su fuerza , de suerte , que ni pudieron cuidar de sí , ni de valermé . Suya era la espada , que en vuestra mano fue despues quíe nos escusò del rigor de aquella fiera . Aquí sucedió lo demás que sabeis , hasta que os apartaron de mi aquellos cruéles villanos . La causa de no seguíros para procurar con muchas veras vuestra libertad , fue la desdicha de encontrar en el mismo camino à Don Enrique , que libre del pasado aprieto , andaba haciendo diligencias para hallarme . No bastaron las mías à hacerle que dexasse de proseguir el viage para negociar vuestra libertad ; y así al siguiente dia entramos en esta Ciudad . Prevínose una casa donde pudíessen estar convenientemente hospedadas nuestras personas , que fue de la que yo salia tan apriesta , y tan à deshora . Hice diligencias para que llegasse Laurencio à verme ; mas no obstante , que él veía à Don Enrique por allà fuera , temeroso de que yo huviesse sabido su infamia , y que sería posible , que mi inocencia me hiciesse hacer alguna demostracion justa , aunque fuesse à costa de mi recato , siempre escusò el llegar à mi presencia ; y segun yo advertia por los efectos que veía en Don Enrique , proseguia sin duda con sus pasadas , y continuas trayciones , y falsedades . Al uno , y otro aborre-

cia entrañablemente ; à aquel por su traydora lengua ; y à este , por su villano , áspero , é infufrible termino ; mas hasta mejor ocasion iba dilatando la venganza , que cada dia se alimentaba en mis entrañas , porque no consiste la cordura , el anticipar el fin à los sucesos , sino en darle feliz à lo que desea . Tratábale algunas veces de mis deudas , y vuestra cortesía , dándole grande pesadumbre tantos encarecimientos . Yo , que no entendia sus pesares , piadosa proseguía , y agradecida deseaba llegar à veros para pagar alguna parte de tantos beneficios . Alababa vuestro valor , repetia la apacibilidad de vuestro termino ; pintaba vuestra persona , y exageraba vuestras prendas , con que en él se iban aumentando los zelos , y en mí el mal tratamiento , y las penas . No sé si anduve cuerda en decirte estas alabanzas , mas bien sé que él anduvo necio en decirme à mi muchos desatinos , pues algunas veces que yo me acordaba de la causa , con sus recelos era mi despertador , y vuestro coronista . Quedaba con su porfia cansada , y con la memoria de vuestros beneficios , deseosa de que los repitiesse de nuevos ; tanto como esto puede el agradecimiento , en quien sabe ser reconocida . A tan extraño punto llegó con su ignorancia , que viendo que un dia no queria recibir cierto regalo , que me daba , me rogò , que le admitiesse , interponien-

niendo vuestra vida, lo qual hice yo con mucho gusto: no me acuerdo si por la inclinacion que desde luego os confieso, ò si por castigar tan manifesto disparate. Hipolito, todos los zelos son necios; mas estos, sobre necios, infuñibles, en tanto grado, que me determinè à confesarle lo que èl no se excusaba de creer, aun estando èl tan mal, y à pedirle que me dexasse. Muchas veces tienen las mugeres mal termino por su liviandad, y muchísimas por la culpa de los hombres, que indiscretos las obligan à lo que no imaginaban. Cier- to es, que mi correspondencia avia pasado de gratitud à lo que os debo, mas con el tiempo pùdiera ser que se olvidàra, si Don Enrique no lo traxera à mi memoria por momentos, de suerte, que de las penas que tuviere, èl se ha tenido la culpa. Quien duda en algo, dà razon de dudar à los que le escuchan, aunque primero lo tuviessen por cierto; y quien alaba à otro, hace reparar en las prendas de aquel, à quantos advierten su alabanza: pues què mucho, si Don Enrique con sus zelos dudaba en mi amor, y con vuestra gracia me hacia reparar en que era justo estimarlas, que yo dudasse en èl, y las estimasse à ellas? Con estas cosas viviamos cada dia mas descontentos, hasta que anoche, con el enfado de sus temeridades, le habíe algo mas libre que solia. Quis- to intentar, y de hecho puse en

efecto lo que jamàs pensè, que fue quitarme la vida con una daga. Vièdo esta resolucien terrible, me determinè temerosa à dexar su compania; porque en solos dos casos tiene disculpa el hombre q̄ pone las manos en una muger, que son, quando es propia, y le tie- ne gravemente ofendido en el ho- nor, ò quando siendo agena, por vil, por infame, y por comon, des- merece que se la tenga respeto. Diò la naturaleza à las mugeres, para que fuesen estimadas, tres dones; y para que se defendies- sen, tres generos de armas. Los dones son, hermosura, fecundidad, y ver- guenza: las armas fueron, la len- gua, la misma hermosura, y su fla- queza: què es ver à una muger hermosa, à quien todos estiman, todos amparan, muchos sirven, y algunos desean? Y por el contra- rio, quanto es desechada, y aborre- cida una fea? La fecundidad es tã- bien superior adorno nuestro, y de aquí nace, que la vejez sea en no- tras formidable, siendo venera- ble en los hombres. La verguen- za es el tercer lustre, y tan impor- tante à mi parecer, que todos los demas sin ella, son dignos de abor- recimiento. Puede imaginarse hermosura, como la que adque- re una muger, quando baxos los ojos, cubre de carmin las mejil- llas, y sin responder à lo que es la causa de su verguenza, provoca con la honestidad à veneracion, y con la hermosura à respeto. Para mi

mi cierto es, que no huviera cosa, que mas grangeara la estimacion que se les debe. De las armas pudiera hacer largo discurso; pues apenas ha quedado Filósofo, que no aya tomado la pluma para decir los daños, y los provechos, que la lengua ha causado; las vidas que ha hecho perder, y los Reynos que ha sabido adquirir. Quien se atrevió à ofender, sino es barbaro, ó ciego, à una muger hermosa? Qual de ellas no tuvo disculpa, y defen-
 so, para con los animos illustres, en su flaqueza? Dexando, pues, lo que parece menos de mi proposito, por acudir à lo importante, digo, que viendo, que à las injurias de su lengua se juntaron en Don Enrique, contra mi, las afrentas, y los golpes de sus manos, me sali de la manera que visteis, à aquellas horas de casa, donde me sucedió todo lo demás que sabéis, donde adquirir el mayor bien, que en este estado pudiera imaginar; donde xuve por dueño de mi amparo à vos (ó Hipolito!) que aviades sido la causa del enojo; y donde (por fin de mi discurso) despues de aver conocido à mi hermano Alexandro, y por esto no me aver querido quedar en compañía de Violante, recelosa de algun riesgo, vine à tener presente à mis ojos, à quien espero que ha de ser el consuelo en mis trabajos.

Aqui acabò su relacion Aminta, y comenzò Hipolito à ponderar su ingenio, y à aumentar su

amor con la excelente hermosura de el objeto. Aseguròla de quan embidiolo estaba de su elocuencia, y tornò à significarla el amor que la tenia, desde el instante que la viò, diciendo, que el amor no ha menester largo tiempo para ser grande; y que quando fuera necesaria grande distancia, desde que nacer los que se aman, estàn conciliandò su amor las estrellas, por cuya causa, aunque al parecer sea el amor recién nacido, nunca tiene menos edad, que los amantes. En estos discursos ocuparon el tiempo, mientras Feliciana vino à visitarla, y Leonardo previno abundancia de regalos, con que los unos quedaron agradecidos, y los otros obligados à continuar la caricia; que à la hermosa Aminta hacian; viendo la paga de sus diligencias en su aceptacion, y sus crecimientos.

Pocas veces à lo que atiende el cuidado muchos dias falta felicidad, porque la providencia humana suele ser en todos los negocios importante: por lo menos, nadie me podrá negar, que quien yerra, aviendo mirado con atencion el riesgo, tiene alguna disculpa en él, pués de su parte manifesto en el cuidado la intencion. Por el contrario, siempre siguen destumbra-
 das acciones à impensadas determinaciones. Demetrio dudò el dár una batalla à su enemigo Ptolomeo, aunque le veia en Exercito corto, en abismo inferior, y en fuerza

zās debil, diziendo, que adonde no ha de tener lugar el arrepentimiento, es bien que le tenga la deliberación prudente, porque es sabio modo de proceder consultar muchos dias lo que se ha de hazer en uno, para que no se yerre en uno lo que no se ha de poder recuperar en muchos. De aqui se debe inferir, que pensar los negocios no es dilatarlos, sino asegurarlos. He referido esta doctrina, siempre verdadera, y alguna vez importante, porque se conozca, que no es mucho que à nuestro Hipolito se siguiesen estraños medios, y peligrosos fines, de inadvertidos principios.

Amante de la noble Aminta le vimos, correspondido le tenemos, y rendido de nuevo à sus muchas prendas le hallaremos curfos, que en la ciencia de amor le pudieran graduar de dichosos; mas quien no sabe usar de la fortuna, no la culpe à ella, sino à su ignorancia.

Con el cuydado que suelen dar vnos zelos, acudiò Don Enrique por la tarde, y acompañado de Estevan, un criado suyo, y otros dos amigos, se fue à tratar de más suaves medios, que hasta entonces, para recuperar en Aminta el mas seguro consuelo de sus penas. Pasò muchas vezes por la calle donde Alexandro vivia, en cuya casa la avia dexado la passada noche, ignorate de que viviese allí, del riesgo que podría tener la no-

ble dama, si la conociesse su hermano. Miraba con atención à las ventanas, parabase à las puertas, y con pasos tardos repetia muchas vezes la calle. Tanta fue la asistencia de Don Enrique, tanto su cuydado, y tan porfiado su detvelo, que comenzaron à tenerle todos quantos miraban sus prolijos deseos. Entre los demas, à quien quando queria baxar la noche, tenia cansado, el que mas lo estaba era Alexandro, por inclinar siempre la vista àzia sus ventanas. Puso por este enfado en el cuydadofamente los ojos, y despues de aver dudado con su imaginación lo mismo que afirmaba su vista, la diò credito, y se persuadiò à que sin duda era aquel su enemigo Don Enrique: comenzò à discurrir un poco en lo que avia de hazer, que los hombres cuerdos primero consultan à la razon, que al enojo. Pensaba, que el passar tantas vezes por su calle, era cò animo de darle la muerte, y de allegararse con ella de los temores con que le desvelaria su memoria, sabiendo que estaba vivo su contrario: y juzgaba, que como una vez lo avia intentado en su patria, donde quiera que le hallasse se la procuraria. Otras vezes mudaba el parecer, y concetaba en su fantasia diversos fines para dàr titulo à la curiosidad de Don Enrique. O pensamièto humano como conocerà tu miseria quien te viere de ordinario du-

doso en lo que pienas, indeliberado en lo que conoces, indisereto en lo que juzgas, y ignorante en lo que dispones. Que facilmente padeces naufragio, las dudas te inquietan, la novedad te altera, la presuncion te engaña, y la confusion te anega. Pareciale à Alexandro, que está. Don Enrique en Salamanca, Ciudad adonde, ni tenia correspondencia, ni negocios à que aver acudido, no podia ser, sino à inrentar su daño. Passaba luego à pensar, si se avria traído à su hermana, porque aunque avia tenido noticia, que ella se avia ausentado, y que de él no se avia sabido à un mismo tiempo, con todo esto no tenia certidumbre en que le huviesse sacado de su casa. Del juzgar, que él era la causa de que Aminta se huviesse atrevido à emprender accion tan poco cuerda, nacia el temer, si la avria muerto, pues tan libre le buscaba, y tan sin embarazos le seguia. En estos pensamientos perdía el sosiego, y enfurecido dentro de sí mismo desterraba la paciencia por dar lugar à la venganza. No estaba Don Carlos, como diximos, en la Ciudad en aquella ocasion; y así, ni tuvo con quien aconsejarle, sino es con su enojo, ni tenia quien le ayudasse, sino es su valor. Veia que Don Enrique andaba acompañado de tres hombres, y no le parecia cordura exponerse à la determinacion de todos, principalmente quando sa-

bia, que muchas venganzas han tenido malos successos, por aver sido gobernadas de la ira; y averse desnudado de prudencia. Resuelto, no obstante estos discursos, à tomar satisfacion, se acabò de vestir un vestido de color, con que de noche se desembarazaba del mo-desto adorno del dia. Llegò adonde su contrario estaba, con animo de impedirle los brazos para asegurar su venganza; mas como él siempre acompañaba à su temor de rezelo, reparò cuidadoso, y à un mismo tiempo le retiraron, él de Alexandro, y la sangre de su rostro. Detuvo se tambien el enojado mancebo, viendo el cuidado de su enemigo, y por breve espacio no tuvieron razones para hablarse, que estan fuerte la passion irascible, que no solo impide al entendimiento, para que no conozca; pero aun yela à las potencias exteriores, para que dexen sus naturales officios. El que primero movió los labios despues de esta suspension, fue D. Enrique; quien duda, que neciamente, pues como la lengua es un instrumento, que manifiesta los conceptos del alma, padeciendo ella temores, fuerza era, que el instrumento obrasse lleno de passion, y de ignorancia: lo que en substancia le dixe, fue lo siguiente. Bien se, que teneis noticia (ò Alexandro!) de todos mis accidentes, aunque no la tenia yo de que en esta Ciudad podria veros, ni de que fuesse
vuel

vuel
ra s
dep
ra
cier
ma
mi
dad
bais
fer
guri
ofen
ros
man
to, s
vert
dro
repi
ganz
lo qu
dama
lleva
rers
lito,
vien
abria
efect
solo r
antes
la por
mien
gusto
autor
queri
no en
parec
junto
cer D
cho
guro

vuestra aquella casa, de donde agora salisteis, y donde anoche dexè depositada à vuestra hermana, para que cessassen entre nosotros ciertos viles enojos, y para que tema yo en su muerte la pérdida de mi vida. Quien duda, que la avreis dado el castigo, que agora intentabais en mi persona? Mas no ha de ser así, pues gracias à mi poca seguridad, me veo con fuerzas para ofenderos, y aliento para obligaros à que me deis à vuestra hermana:ò en caso que la ayais muerto, satisfacion con la vuestra de su vertida sangre. Atendió Alexandro à sus palabras, y segunda vez reprimió su colera, por fiar su venganza à su cordura. Conoció por lo que Don Enrique decia, que la dama à quien la noche antes avia llevado con tanto recato, sin quererle descubrir en casa de Hipolito, era su hermana Aminta; y viendo, que por esta parte se le abria un excelente camino, para efectuar su intento le dixo: que no solo no la avia muerto, pero que antes la tenia con deseo de darle la por muger, y que con su casamiento cessassen los pasados disgustos. Añadió, que para mayor autoridad de su persona no la avia querido tener en su misma casa, sino en la de otro amigo, y que si le parecia, podrian llegarle los dos juntos à verla. Admitió el parecer Don Enrique, y mas satisfecho (aunque no de todo punto seguro) comenzó à seguirle, y à él

los demás, que traia de su parte. Alexandro iba prevenido lo que avia de hacer, y lleno de honrada colera, tal vez se resolvia à no dilatar mas el consejo de su ira; si bien se oponia à esta resolucion la ventaja que su enemigo llevaba: esto le pareció que estaria vencido, si tuviesse à su amigo Hipolito à su lado, de quien en varias ocasiones se avia satisfecho. Llevado deste pensamiento le previno, que esperasse, para saber, si avia algun inconveniente, que le estorvasse. Llegó à la casa del noble Leonardo, y sin entrar en ella, hizo que le llamaßen à Hipolito, y le dixo, que tomasse su espada, y le siguiesse. Reparó nuestro Cavallero en lo descolorido del rostro, en la turbacion de la lengua, y lo formal de las palabras, manifiestos indicios de su enojo, y como estava ignorante de lo que avia pasado con Don Enrique, y por otra parte tenia à Aminta, si bien con toda veneracion, en su casa (siendo tan delicado el honor) le pareció, que Alexandro se avia ofendido, de que la huviesse amparado, y que por esto le avia venido à sacar à la campaña. No era hombre Hipolito, que escusaba los lances, donde se arriesgasse su credito; y así llevado de este engaño, sin dar cuenta dello à Aminta, salió adonde Alexandro le esperaba, que viendo ya cerca de sí, comenzó à andar, sin decirle palabra. Esto confirmó en Hipolito mas fuertemente la sof-

pecha, y proponiendo en su pensamiento, si no se aplacaba con razones, defenderse con las obras, le siguió à poca distancia. Apenas se vió Alexandro cerca de Don Enrique, y los demás enemigos, quando seguro, de que haria otro tanto Hipolito en su ayuda, sin advertirle su intencion, y las razones de su enojo, metió mano à su azero. O à quantos accidentes ha dado una falsa presumpcion desdichado origen! pues Hipolito firme en su engaño, y ignorante de que huviesse otros enemigos, pensando que Alexandro lo era, y que reducía à las armas la satisfacion de su colera, desnudò las suyas, y sin que el infeliz mancebo se defendiesse, le dió por el lado una peligrosa herida; que à quien tiene limitada fortuna, los mismos que le han de defender, le destruyen. Quando el vil Don Enrique vió al misero Alexandro en el fue: lo, aviendole visto venir con deseo de ofenderle, desnudò su espada, y en compañía de sus tres amigos, llegó à darle mas heridas: Hipolito advirtió lo que intentaba aquella gente, y conociendo por sus acciones, que era contra ellos la resolucion con que Alexandro le avia llamado, se dispuso à defenderle animoso, y à vengar el yerro, que él por su causa avia cometido ignorante. Al primero que llegó fue à Don Enrique, à quien hirió peligrosamente en la cabeza. Opusieronse los demás à un

propio tiempo, y aunque era su ligereza mucha, y su destreza excelente, siendo quatro los contrarios, necessariamente le iba faltando el aliento, no el valor, porque tiene su habitacion en el alma. En: gañado está el que piensa, que un hombre puede reñir con muchos, por mas fuerzas que le sobre; pues como dice un docto en esta ciencia (tal nombre merece la verdadera destreza) un movimiento se impide con otro movimiento, à una accion se opone otra accion, un tiempo se proporciona, y mide con otro que sea su igual, y una intencion ocurre à otra intencion tan solamente. Supuestas estas verdades, como quiere el mas al: tado valor, que su movimiento impida tres distantes, su accion tres diversas en diversos sugetos, y diversas posiciones, su intencion à tres diferentes, y que un tiempo se mida con muchos desiguales: Pásse en los que esto piensan su parecer por temeridad inconsiderada, y dexèmos, que la experiencia los desengañe à su costa, si el suceso de Hipolito no mereciere credito, en quien no obstante su canancio, su animo daba muestra de dos quilates de su lucido ardimiento. Ninguno se atrevia à llegar para estorvar la pendencia, y à por ver à Don Enrique mal herido, y yà por pensar, que Alexandro estaba muerto. Dilat: tabase tanto la refriega, que Hipolito desalentado, esperaba por inf:

Fa
to
de
qu
lo

Ca
est
Al
do
bol
tie
lito
se
an
fent
tra
tan
de
exe
aver
tuo
furo
nob
mira
se ol
da d
no fa
cel p
yo t
var :
do A
de L
fasy
na p
tanta
tan
chas
daba
vici

antes el término de su vida, escrito con su misma sangre en hojas de azero de sus enemigos: cosa, que tuviera breve efecto, si el Cielo no lo dispusiera de otra suerte.

Yá queda referido, que Don Carlos estaba ausente, y que por esta causa avia faltado del lado de Alexandro. Aviendo, pues, acabado la diligencia à que avia ido, se bolvió, y entrò en la Ciudad à tiempo que pudo conocer à Hipolito en el presente peligro. Apedise de el cavallo que llevaba, y animosamente se puso en su defensa, con que el uno de los contrarios perdió luego la vida; y faltando en los demás las esperanzas de vengarle, se determinaron à executar su afrentosa huida. Por aver durado tanto la pesadumbre, tuvo cuenta, y lugar de venir presurosa la Justicia. Cogió à los dos nobles amigos, que cuidadosos de mirar por la vida de Alexandro, se olvidaron de ponerle en la guarda de sus personas. Llevaronlos, no sabiendo sus prendas, à la carcel publica aquella noche, en cuyo tiempo otros trataron de llevar à su casa, y curar al desdichado Alexandro. Llegò à la familia de Leonardo la noticia destas cosas; y aunque à todos les cupo buena parte de disgusto, à ninguno tanta como à Aminta, por tenerla tan grande en todas estas desdichas. La que mas desconuelo la daba, era la passion de Hipolito; viendo que con ella se faltaba, si

Don Enrique bolvia à sus pasados atrevimientos, el amparo; y si Alexandro mejoraba (pues yá sabia donde su persona estaba) quien le estorvase su muerte. A estas penas se juntaba el temor del daño que la Justicia la haria, quando se averiguasse, que avia sido la causa (aunque inculpable) de tantos alborotos. Por estos temores determinò ausentarse de la Ciudad, pues seria facil avisar desde Madrid (adonde pensaba bolverse) à Hipolito, para que en negociando su libertad, la fuesse à buscar. Como lo imaginò lo dispuso, y como lo dispuso, lo reduxo con brevedad à todos, que el temor jamas conociò à la dilacion, ni supo fiar el remedio à largos plazos. Saliòse aquella misma noche de la casa de Leonardo, y à otro dia de aquella illustre poblacion; tan sola de compañía, como acción pañada de penas. Estuvieron Hipolito; y Don Carlos, hasta que amaneciò, cargados de prisiones; à cuyo tiempo acudiò Leonardo, dando al Alcayde noticia de quien eran, y à nuestro noble Cavallero de la impésada ausencia de Aminta. Aliviaronle los hierros del cuerpo, mientras se le acrecentaban los dolores del alma, porque para ella tambien ay prisiones, que son los pesares, que la afligen; y atormentan.

HISTORIA
DE HIPOLITO, Y AMINTA.
DISCURSO QUARTO.

NO es posible; que aya visto las miserias, que en la carcel se padecen, quien se atreve à cometer el mas leve delito, ò por lo menos, no es posible, que lastiene en la memoria, porque yo me aseguro de que dexara de cometerle, si se acordara de los trabajos à que se pone. Lo primero, padece la verguenza de aver de parecer delante de los Jueces, donde los Ministros le culpen, y ellos le castiguen, ò le reprehendan. Luego ha de estàr sujeto al Alcaide, tratar con afabilidad al que sirve, y vivir cuidadoso entre viles reos; ha de ser cortès con los que no lo merecen, agasajar à quien le causa, pagar à quien le ofende, cansar à quien negocia, y persuadir al que se descuida; ha de solicitar al Procurador, rogar al Letrado, hablar à quien no le atiende, y hacer experiencia de quien mal le desea: quanto vè han de ser lastimas, y quanto oye confusion; quanto huele, es alqueroso; quanto gusta, amargo, y quanto toca horrible. El sueño es dificultoso, la habitacion obscura, los ac-

cidentes (que por menudos no refiero) insufribles; y lo que mas debe ponderarse, es, la falta de libertad.

Hallaronse los dos nobles presos en medio de estas desdichas el dia siguiente, las quales se continuaron por otros muchos, sin que huviesse nuevas de la temerosa Aminta. En ellos estuvo bueno de su herida Alexandro, y se dispuso mejor de lo que pensaban su negocio, con la falta de Don Enrique, que despues de aver curado se el golpe que recibió en la cabeza, se ausentò, sin que se supiesse donde. Avia en la carcel otro preso, hombre, al parecer, principal, bien apersonado, y entendido, cuyo nombre era Leandro. Entraba se à la sala donde los dos Cavalleros se recogian à conversacion, de lo qual gustabà mucho; era hombre entretenido, sin ser mordaz; porque infelices gracias son aquellas, que han de hacer à unos llorar, para que otros lleguen à reir. Entraba siempre diciendo versos jocosos, y agradables donayres, con que los divertia algunas veces de interiores pesares.

Acu;

Acudió Alexandro à verlos una tarde , en que tuvo Hipolito ocasion de darle disculpa , y satisfacerle de que su inadvertencia, y el modo que tuvo de sacarle , junto con su silencio , aviendo tenido la culpa de su yerro. Llegò Leandro à conocerle por las nuevas que le avian dado de su valor ; y despues de averse correspondido corteses, y tratando de otras cosas , en que no tuvieron corto lugar las razones de estado, pagandose cada uno de las trazas de su juicio , que los ociosos siempre gobiernan con facilidad , desde una silla ; todas las Monarquias del mundo. Entre la diferencia de materias, que la cõversacion les propuso ; vinieron à tratar de la causa , porque Leandro estaba preso; el se escusaba de decirla, afirmando, que era necesario saber no pequeña parte de su vida, para saber con claridad el fundamento de su prision : Esto que à el le pareció escusa para ocultarla , dió à todos mayor deseo de oirla. Viendo , pues , que à tantos ruegos no podia dàr escusa, por cumplirles aquel gusto, entre tener aquel rato, y pagarles , aunque fuesse à costa suya, las buenas obras, que avian comenzado à hacerle , y las que pensaban continuar en su aumento, se resolvió à obedecerlos. Llegò à esta ocasion Leonardo , dixeronle , que se sentasse ; el lo hizo puntual , y Leandro comenzò , diciendo : Muchos hombres ay (ò señores !) con pro-

piedades conformes en todo à la exterior modestia que muestran, y muchos, que con la apariencia engañan, dorando entre sus razones lo amargo de sus costumbres, pildoras viles , que digeridas con el trato , descubren lo mas oculto de su inclinacion. No soy yo de estos ultimos, y assi tengo conocido el peligro à que me he puesto en referiros mi Patria, mis padres , y parte de los sucesos de mi vida , siendo fuerza averos de tratar verdad, yà por esta condicion mia, y yà porque es cordura tratar à cada uno conforme à su calidad , y principalmente à los nobles, y bien intencionados , sin engaño.

Mi Patria es Andalucia , y en ella la Ciudad de Jaèn , quien me dió la primer cama : mis padres, aunque bien nacidos , comunes. En esto comienzo yà à mostrar que refiero la verdad precisamente , pues que pudiendo hacerme con facilidad de ilustre sangre, no oculto la cortedad de mis principios. Creci hasta edad de diez años con inclinacion traviesa, dando en ella tan claras muestras de la que avia de tener quando mayor. Era tan aficionado à los naypes, que nunca nos apartabamos, ellos de mi imaginacion; ni yo de su compania ; tal vez me sucediò ponerlos de noche junto à mi pobre cama , y levantar me à jugar sin luz , conmigo mismo, yà contentó, como si estuviera ga-

nando. Formaba yo en mi idèa otro , que jugasse conmigo , y un dia (mirad que estraña novedad) pareciendome que el contrario me avia ganado la camisa , me la quitè , y anduve sin ella , hasta que succediendome otro tanto , la tornè à ganar , y me la puse ; tan fuerte como esto era mi imaginacion , y mi inclinacion tan estraña. Mis padres no podian sufrir mis travesuras , ni yo el pesado yugo de mi obediencia , y sus reprehensiones ; y así me determinè à mudar tierra , aunque con las mismas costumbres , que como van tan dentro de nosotros , no bastan à hacerlas diferentes la diversidad de los lugares , sino la diferencia de las intenciones.

Lo primero con que encontrè en el camino , fue con una esquadra de Gitanos. Mirad què gente para reducirme , y què alivio para enmendarme. Como era muchacho de razonable briò , y de sazonado despejo , me lleguè à ellos , comenzè à hablarlos con mi natural donayre , y gustaron de que caminasse en su compañoia , y los siguiè. Entrè los demás iba un Gitano de buè cuerpo , y algo mas lucido que los otros : agradòse de verme tan apacible entre ellos , y dixome , que si queria servirle. Yo (à quien comenzaba yà à molestar la hambre) como me dièse de comer , no reparàra en otras circunstancias ; antes con facilidad aceptè el concierto , ò por mejor

decir , el desconcierto de acompañarlos con tanto peligro de imitar sus costùbres. Iba entre la cuadrilla una vieja , que hasta oy no acabo de defengañarme , si era demonio , ò Gitana ; porque tan fiero rostro , no parece que podia ser humano. Tenia la frente llena de enconradas arrugas ; la cabeza vestida de una sucia toca , y desnuda de cabellos ; los ojos tan hundidos , que se avecindaban mas al cerebro , que à las cejas ; solo tenian bueno , que siempre hacian sombra à sus niñas dos nubes de razonable tamaño ; la nariz se avia torcido à un lado como tapia vieja , y las mejillas cansadas de tenerla se le avian hundido horriblemente ; en la boca avian quedado tres dientes , tan largos , que no servian mas de apuntalar las encias , y tan limpios , que yo los tuve por de yerro , y otros los juzgaban de alquimia. La barba era del tamaño de la nariz , y à porfia (puede ser que de verguenza) procuraban que no pareciese la boca ; puestasal vez la vi ofenderse , por demasiado vecinas. Bien se , que no es posible pintarla con toda verdad ; y así os suplico , que passe este retrato por bosquejo de su estraña , y desigual figura. Empezò à inclinarse de suerte , que siempre la hallaba junto à mi. Advertid (ò señores !) quando otra comenzò mi fortuna. Llamabame hijo , con una voz tan desconforme , que quisiera mas oír contra mi la de un trompeta ,

comenzando à aprender , y sien-
do mi vecino. Compadecianse
ella , y mi amo de verme caminar
con tanto trabajo à pie , y segun
despues adverti , no era virtud su
compasion, sino titulo para coger
una mula que vieron en un prado,
legua y media de Cordova. Apta-
ronse de unos jumentos, que eran
las azemilas de su Carriage , y fa-
cando unos cordeles, se reparti-
eron de forma, que juntandose des-
pues poco à poco , se hallò la mi-
sera mula en prisiones gitanas.
Mas dificultoso de lo que pensa-
ban fue el cogerla , porque tal li-
gereza de pies para enseñar , que
no le faltaban erraduras , no se ha
visto jamás en el bolatin mas dief-
tro. Quando la huvieron cogido,
me lleguè à mi amo , y le dixè:
Señor, mire v. md. que esta mula
podrà hacer falta à su dueño. Y
respondieronme: No ves, que es
piedad el remediar tu cansancio,
calla , que los Gitanos tenemos
privilegio para preveniros de
carruage adonde quiera que lle-
gamos. Si, mas no querria (le dixè
yo) que le rubricassen à v. md. en
las espaldas , quando su dueño la
conozca. Bolvieron à mirar con
medio rostro, y tã airado le vi, que
si el huviera cogido la mula para
mi, infaliblemente la soltara. Vino
la maldita vieja , soslegòle ; nunca
el se soslegara , pues quando pen-
sè que me hacia buena obra , se
hallò tan vengado de mi malicia,
como si lo deseara. Hizome subir

en la alentada mula , mas apenas
me sintió encima , quando empe-
zò à hacer tan ligeras cabriolas,
que me arrojò en alto , de la mis-
ma fuerte , que si me mantearan
sobre su pellejo. Quedè aturdido,
y injuriado , aturdido del golpe , y
injuriado de las de mi amo , q cul-
paba mi flaqueza , y decia , que me
dexaba maltratar de cuitado. Yo
le dexè de responder por quejar-
me de mi dolor , y el dexò de pro-
seguir por pedir à uno de sus com-
pañeros q le ayudasse à subir , que
me queria enseñar à no ser mise-
rable. Bolvia à hacer experiencia
de su valor , y con todos mis males
no pudè tener la risa , viendo que
avia tenido el mismo sucesso su
aliento , que mi cobardia , con esta
diferencia , que à mi como el la
tenia , no hizo mas de derribarme,
y à el , como estaba libre , en sintiè-
dole en el suelo , bolviò à ablan-
darle con los dientes el morcillo
de un brazo , de manera , que no
pudo moverle en muchos dias.
Los demás compañeros llegaron
à estorvar el fracaso , mas ella es-
taba tan deseosa de brazos de Gi-
tanos , que comenzò à querer pro-
barlos todos , con que unos la de-
xaban , otros la tenian , y todos se
guardaban , sin que à este tiempo
cessasse el menudo movimiento
de los pies , tan à compàs , que reti-
randose àzia el jumento en que
iba la fiera vieja , el , y ella roda-
ron à un mismo tiempo sobre lo
mullido de un pantano , donde

el pollino pareció à la vieja, y la vieja se consultò en pollino. Quisieron los Gitanos, rendidos de la indomita condición de aquel demonio, en forma de mula, dexarla que se fuesse; oyólo la vieja desde el lodo en que estaba, y escupiendo las inmundicias del legano, les dixo, que era baxeza dexarse vencer tan facilmente. Respondiòla uno de ellos: Pues madre, que hemos de hacer con un demonio? En esto yá salia gateando ella, y dixole: Pues à un demonio, otro, y púsose en pies de fuerte, que yo entendí que lo era, segun lo parecia. Limpiòla una Gitana moza, que debía de ser su hija, y llegando se à ellos, con una voz, como si hablàra por máscara, les dixo: Què poco sabeis! Què presto rendís el discurso en las dificultades, siendo en ellas mayor el credito, que consigue el ingenio, y debiendo quien se precia de agudo buscarlas, para vencerlas! Si este fuera un animal apacible, què se os diera à vosotros? Nada por cierto. Aquí, pues; hà de valer la industria, que no tiene lugar la fuerza. Yo estaba esperando, y todos agora esperareis sin duda, lo que esta vieja intentaba; pues asegúroos quanto puedo, que sino es aconsejada con el demonio, no pudiera prevenir el remedio que pensò, y la traza que diò para amansarla. Hizo que del repuesto de su hija la traxessen una bota de vino, y acudió

al fuyo, que le avian sacado de el pantano, y de unas caxetillas tomó ciertos polvos, que jamás pudo saber de lo que fuesen, y llevando una albornia del vino, los echò en èl, y se los diò à beber ella misma. La mula debía de tener mediana sed, y así bebió hasta la ultima gota. Dexaronla estar así el rato que bastò para que todos se acomodassen; al cabo del qual dixo, que quería llegar à Cordova en lo mismo que nosotros aviamos remido tanto. Vnos, y otros se le contradecian, mas sin que bastassen persuasiones, se puso en ella, y la verdad es, que no se engañò, porque tal mansedumbre no la he visto en animal en mi vida. Fue, pues, el caso, que con la fuerza de los polvos, se le subió la del vino al cerebro, y la dexò de manera, que por no caer, no se atrevia à levantar los pies; antes cuydadosa se movia tan apriessa, que apenas levantaba la mano, quando para tenerse arrojaba la otra, y desta suerte nos dexaba à todos atrás, siendo ligereza en ellas, lo que era peso en la cabeza. Admirème de ver semejante caso, apartème de aquella compañía, lleno de temor la primera vez que pude, y por ser cerca llegué con brevedad à Cordova. En lo poco que los comuniqué, advertí en su vida de esta gente fidelidad, por la parte que toca al honor de sus mugeres, determinacion en el deseo, certedad en el

ani-

ánimo ; riesgo en la conciencia, peligro en la vida , y por razon de su exercicio, poca seguridad en la honra.

Recogime aquella noche lo mejor que pude, y à la mañana sali con el Alva, que lloraba como yo, no sè si de alegria, lo que puedo afirmar es, que mis lagrimas eran de falta de sustento. Llegué à la Plaza con intento de acomodar la hambre donde no me diese tanta molestia , y encontrè un hombre de los de la vista al solayo, sombrero calado, capa cayda, hierro à un lado, balona grande, ropilla herida en harpon, y ojos criminales , y color poco mas claro que aloque. Dixome si queria, ò buscaba dueños; respondi, que deseaba hallarle ; y añadì : Pues por Christo que ha andado usced venturoso en encontrar conmigo, si es honrado. Aunque era muchacho reparè en el modo ; y ponderè las frasis de aquella gente , reventando siempre de adelantada. Llevòme à la casa de una muger de razonable porte ; cuyo ajuar no montaba tanto , como lo que valian las cintas del cabello. Tenia el rostro limpio : esto es cosa muy digna de àlabanza , y de que lo contrario se tuviese por afrenta comunmente , si bien estaba adornado de algunos lunares que suele fingir el fuego. Hablando en gerigonza Germanica , que para mi era lo mismo que Griego, desembolsè mi amo cantidad de

quatro reales de vellon , y dexò à eleccion de mi ama lo que queria que se traxesse para hacer el almuerzo: ella le dispuso à su voluntad , y yo tomè obediente de una casa de gula algunas tajadas de carnero asado. Echaronme buena cantidad del liquido saynere, à què le dà color el azafran, y fuerza la pimienta , para que siendo primero lisonja del gusto, sea luego ocasion de la sed. Advierto con tanta puntualidad esta circunstancia, porque es muy importante al domyre del suceso. Traxe tambien los otros accidentes, que suelen hacer solemne un almuerzo de aquel estado. Recibida la parte, q por tal criado me tocaba, me apartè à un lado con mas que moderado contento. En este estado estaban las cosas , quando entrò una muger de repente ; arrojò de los ombros un manto , y sin hablar palabra , llegò adonde mi ama estaba descuidada ; cogiòla con la mano izquierda de los enlazados cabellos , y comenzò con la derecha à darla algunos moxicones: Estaba mi ama fuera de pensar tal suceso, y por el sobresalto, ò por que la recién venida le avia cogido de suerte , que no podia defenderse, ni sabia lo que le avia sucedido, no cuidaba de la defensa. Levanteme yo de donde estaba por la novedad del caso , y vi que metia de quando en quando la mano en el malogrado saynere, y acudiendo luego à las me-

xillas de mi ama, la empringaba todo el rostro de amarillo, diciendo: Este castigo merecen las que son infames. Quando pensè, que avia acabado de vengar tan graciosamente sus zelos (aqui no pude tener, aunque con recato, la risa) vi que cogió una de las referidastajadas, y comenzando à mosquearle los carrillos, pareció, que se los aderezaba de achiote. Bien diferente era el parecer de mi amo à esta sazón, pues en lugar de mi alegría cobró tanto enojo con la vengativa zelosa, que metiendo mano à la daga, mezcló con lo pagizo de el rostro de mi ama, lo leonado de la sangre, que por una herida de la cabeza hizo que saliesse à la otra. Aqui se comenzó la confusión, y se aumentaron las voces; huyó mi amo; la que estaba herida fue en su seguimiento dando gritos; mi ama se ausentó temerosa de que no la cogiesse la Justicia, y yo me quedè solo mirando de la passada tragedia los infantos despojos. Veia hecho un mapa la mesa, con diversidad de colores sin proporcion, y sin orden. Aqui estaba salpicada de sangre, allí iluminada de azafrán, y con agnadas de escasa limpieza, parecia en una parte hecho pedazos el plato, trastornadas las copas, y de color de esponja la carne: en otra se veia correr prodigamente el licor de Baco, arrugados los manjeles, y derribados los bancos. Lo que me detuve à mi-

rar estas menudencias, me pudo costar grande pesadumbre, pues apenas sali de la infeliz habitació, quando vi venir presuroso à un Alguacil, que entrando con atencion en ella, se admiró de lo que veia, y aun de lo que no veia, pues todo lo que embargó no tenia valor de seis reales; con cuyo exemplo quedé averiguado, quan poco luce lo que por mal camino se adquiere, y quan poco medra, quien derramada, y deshonestamente procura suplir con el deleyte las molestias de la necesidad.

Avia oído decir grandes excelencias de Madrid, en razon de como ampara à los forasteros, y así libre de la passada refriega, me parti à hacer experiencia de esta verdad, y mejorar de fortuna. Servi tres años de page à un Ginevès, y otros cinco à un Señor, de donde me salí por cierta herida q di à otro compañero, sobre zelos: aun allí sabe bolver por si el amor, sin avergonzarse de causar unos mismos efectos en la mayor desigualdad de estados, y sin correrse de obligar, como al mayor, al mas humilde plebeyo. Finalmente me hicieron dexar tal genero de vida este peligro, y verme hombre crecido, cansado, y sin aumentos. Mudè, para allegarme mas, el bartio, que en la maquina de la Corte fue, como passarme à otra Provincia. Como los dineros eran pocos, tomè una posada de las de à tres en cama, y asertó à ser don-

donde se recogian gran cantidad de mendigos. Las primeras noches se estrañaban de hablarme, mas quando el conocimiento dió licencia à nuestra conversacion, y libertad à su lengua; ni se guardaban de mi, ni se excusaban de que asistiessse à sus juntas. Avia un Archipobre, que enseñaba por un tanto à los novicios pobretos los modos de plegarias, de que avian de usar, para mover à piedad los animos. Acostabanse temprano, por no gastar luz, y cada uno iba desde allí diciendo lo que avia allegado aquel dia. Entre los demàs oi decir à uno, que se llamaba el miserable: Amigos, el mundo està en su postrer estado, todo se acaba, y aunque à los Fieles no les falta caridad, como nosotros somos tantos, no lucen las limosnas, ni un pobre halla el consuelo que solia. Injustamente procedeis, le dixo el Archipobre, pues no ha auido para nosotros mejor tiempo, que el presente; pues si antiguamente nos daban una blanca, oy nos dãn de limosna un quarto; y tal vez, si nos le piden para dãn un quartillo, decimos, que no le tenemos, y nos le dãn todo entero. Traza es essa, respondiò el miserable, que muchos usamos, y que logramos pocos: mas que quereis que diga, si en todo oy no he llegado mas de nueve reales, una talega de pan, y tres pares de zapatos viejos, que luego vendi por cinco? Prome-

toos, que no suele ser vicio quando yo me quexo. Oia yo todas estas cosas, y pareciendome, que no debia de ser mal trato este, pues tanto dinero le parecia tan poco à un cuitado mendigo, me resolvì à tenerle, y seguir aquel genero de vida.

Manifestè à uno de los antiguos mi vocacion; y por el amor que me avia cobrado, le pareciò mi pensamiento cuerdo, y lo comunicò con el Archimendruco. Recibiòse el parecer de todos, y conformes me dieron la investidura hasta treinta que avia dentro de casa, y algunos que se hallarøn forasteros por combidados à la fiesta. El modo es muy gracioso; y pues no os veo cansados, porque tenga la novedad lugar en vuestra admiracion, y veais la conformidad de aquella gente, pues no sale del curso de mis sucesos, os lo referirè, sin olvidar ninguna circunstancia.

Previnose para la siguiente noche lo necesario à la celebracion de la fiesta; vinieron los combidados, y vistiòse de gala mi padrino; buscaronse para mi unos viles andrajos; pusieronme un paño poco limpio en la cabeza; ataronme una pierna con un orillo, en tal disposicion, que parecia avermela cortado. Dieronme unas muletas en que afirmasse el cuerpo, y ordenaronme, que pisasse sobre los dedos del pie derecho; hicelo puntual, y disfraceme de suerte, q̄ los

circunstantes se admiraban, y aun yo mismo me desconocia. Puse-me en medio de todos, junto al Archimendigo, y despues de estâr todo en silencio, el miserable, à quien estaba este cargo repartido, se levantò, y haciendo una corteſia à los presentes en alta voz, hizo platica, diciendo:

Nobles Ministros de la piedad, y hermanos de la miseria, oy llega à las puertas de nuestra preciosa uncion, el Sellado, este serà entre nosotros su nombre, por aquella señal redonda, que se descubre en su frente. No tengo para que encareceros sus prendas, pues con su vista dà credito à su pobreza. A quien no moverà aquella manotaa lastimosamente enferma? aquella cabeza tan llena de dolores? y aquel pie tan inhumanamênte cortado? Solamente quiero, para que no falte à mi oracion materia, deciros en lugar de las alabanzas, que vosotros veis en nuestro hermano, los privilegios de que gozais, y las exempciones que tenéis, para que profigais tan acreditada profesion, y el Sellado se alegre con la prudente eleccion que ha tenido.

Es privilegio, y exempcion de los mendigos, no aver menester à fastres; pues antes deben andar rotos, y quando mucho, remendados de diferentes colores, y es conveniencia, que sea con hilo blanco, aunque no sea mas varato, que el negro; porque así se ven mejor

las puntadas, para lo qual se han de dàr grandes, y tales veces se les permite sin necesidad.

Es exempcion, y privilegio andar arrimados à un palo, ò sobre dos muletas, para redimirse de cansancio, y hallarse en quantas bodas llegan à su noticia; pues con echarse à la puerra sabe, que sazontuvo la olla, y que manjares sirvieron à la gula.

Es privilegio de la pobreza el que suele darse à la hidalguia; esto es, no estâr preso por deudas, no pagar pechos, ni conocer alcavalas.

Es privilegio no aver menester criado, que quando les sirva, los escuche, y en casa del vecino les venda, y junto con lo que suceda, diga lo que malicioso imagina, ò ignorante sospecha.

Es privilegio de los pobres salir al Sol, quedar como nuestro primer Padre, aunque no en el estado de la inocencia; dormir sin cuidado en el Invierno, y despertar à todas las fiestas del Verano; murmurar, si no les dàn, como si se les debiera por emprestito, y negar lo que deben, como si la deuda fuera agena.

Quien con tales exempciones, y privilegios no tiene nuestro genero de exercicio, ò le ha ignorado de todo punto, ò no es amigo de passar vida descansada, ò holgada. Aqui puso fin à nuestra executoria el miserable, y yo, que ya sabia lo que tenia obligació de ha-

cer; me levante à decir con voz lastimosa una de las que llaman Maestras, y nosotros Plegarias. Tales acciones hice, tan desiguales gritos daba, y con tan lastimosos suspiros provocaba, que unos me dieron alabanzas, y otros me tuvieron embidia. Después de aver pedido en comun de la manera que he dicho, me hicieron que fuesse pidiendo en particular, y cada uno me fue dando, conforme à su posible, ò liberalidad. Juntòse cantidad de setenta reales entre todos, embióse por colacion de la Membrilla, y abrazandome con singular benevolencia, yo quedè recibido en su gremio, y ellos fuera de sí; tanto fue lo que regaron la entrada, y celebraron la fiesta. Yo os asseguro, ò señores, como quien lo sabe de experiencia, que ningun delito ay mayor, ni se castiga menos. Digo, que no le ay mayor en materia de hurto; porque èl coge à un rico lo que tiene, quira su hacienda à quien por ventura no le sobraba; mas estos (de los que fingen hablo) hurtan su hacienda. (que la limosna es hacienda de los pobres legitimos) à miserables, que no pueden vivir sin ella. Veis aqui por donde viene à ser mas grave la injusticia. Sali, pues, tan excelente en esta profesion, que añadì traza à quantos hasta mi tiempo las avian tenido; pues demàs de fingirme llagas, pedirle à cada uno por lo que mas le avia de mover, como èl à los caminan-

res, porque Dios les diese buen viage, à los pretendientes buen despacho, à las doncellas buen marido, à los mozos buenas compañías, à los viejos buena muerte, y à los Labradores buenos temporales. Supe fingirme muerto con tal propiedad, que todos quãtos me veian quedaban compadecidos. Detenia (para mayor engaño) el aliento, descoloria el rostro, bolvia los ojos, y apretaba los dientes. Pedian à este tiempo para hacer bien dos amigos, y después de aver cogido razonable suma de vellon, me llevaban en peso; resucitaba al bolver de una esquina, contabase lo llegado, y partiamos lo adquirido. Cayeronme en la cuenta una tarde, y mudè trage, porque no me diera la Justicia publicamente alguno, que me estuviera mal, aunque se ajustara bien.

Pasè à mas viles terminos con mi fortuna, si à mejor habito con mi persona; que quien se muda, y no mejora las costumbres, necesariamente se empeora. Comprè una sotana, y un manteo, y con tan honesto adorno, comuniqué à gente mas lucida. Acudia à algunas conversaciones, donde jugaba, y me llevaba la malicia de unos, lo q me avia dado la piedad de otros, en la pasada. Ibase disminuyendo mi pobre hacenduela, y tratè de remediarlo, aviendo visto en algunos de los que frequentaban el juego, natural codicioso, y corto entendimiento. Hablèles un dia

en secreto, y dixeles tantas mentiras, que à no ir adornadas desta hermosura de razones, ellas quedarán conocidas, y mi intencion descubierta. Trateles de cierto tesoro, en cuya busca avia venido de mi patria, con que qualquiera de ellos podia fundar ricos mayores, siendo gloria de su linage, y medro de la felicidad de sus sucesores; cosa, que ellos creyeron notablemente, si bien, yo les disculpo con las acciones las trazas, y el encarecimiento, que les encargaba el secreto. En resolucion, por no cansaros, yo les saque todo quanto pude, para disponer las circunstancias necesarias à la manifestacion del futuro tesoro; y quando vi, que no podia quitarles mas, ordené mi ausencia. Dixele à uno dellos, que me buscasse una rreia, porque faltaban ciertas cosas, para que se efectuase nuestro deseo, las quales pensaba hallar en esta Ciudad. Manifestò à los demás mi diligencia, y pareciendoles me hacian gran lisonja, se dispusieron todos à acompañarme. No les pude divertir del viage, por no darles sospecha, y así, prevenido lo necesario, nos partimos. Siempre venia pensando alguna traza de dexarlos, y nunca se me ofrecia, hasta que una tarde llegamos à cierto lugar, que està de aqui doce leguas, à un lado del camino. Apeamonos en la posada comun, y saliendo à buscar algo, que nos sirviese de ce-

na, vimos mucha gente alborotada con disfraces, y alegre con diversidad de juegos; informème de la causa de tanta fiesta, y dixeromne, que las bodas de un hombre illustre, que por causas ocultas se avia venido à celebrarlas en aquella Aldea. Cesò con esto mi informacion, y comenzò la traza, que yo tanto deseaba; para esto llamè aparte à mis compañeros, y les dixè: Amigos, para lo que os he traído, no es para lo que manifestè al principio, porque para esto apenas avrèmos dado la buelta à Madrid, quando os ponga en las manos tanto oro, y plata, que no parezca que ay un real en Genova: à lo que os traxe, es, à que me ayudeis en el remedio de mi vida, pues es cierto, que sin él me morirè infelizmente: yo estoy rendido muchos años ha à una seño- ra, que se casa esta noche con un hombre, à quien aborrece, en esta aldea; à mi me estima, y de su parte tengo el beneplacito, con el qual no avrà dificultad de impedirle tã penoso disgusto, como este casamiento espera, pues la fiesta nos dà ocasion, la obscuridad de las tinieblas nos esfuerza, y vosotros afirmais ser mis amigos, no puede aver duda en lo que os ruego. Decia yo todas estas cosas, no con animo de robar à quien en mi vida avia visto, sino con intento de meterlos en cosa, donde, ò ya ocupados, y divertidos, ò ya presos, me diesen lugar de ausencia.

tarme. Dispusieronse todos à tomar aquel negocio por suyo, acompañelos hasta la casa donde se celebraba la boda, que era pared en medio en nuestra posada; dílos lugar à que entrassen, dieronmele à que bolviesse; cogí la mas valiente mula, y sin esperar el suceso me ausenté, y recogí al primer lugar que pude, temeroso de una tempestad, con que comenzó à quererme castigar el Cielo. Partíme à esta Ciudad el dia siguiente, y apenas huve entrado en ella, quando sin darme tiempo para que tomasse donde acomodarme, me desacomodò un Alguacil en la carcel, porque en ella nadie tiene comodidad. Sabido el caso, porque me truxo (si bien mas lo atribuyo à permission Divina, que quiere que padezca de esta suerte el mal que à aquellos miseros hombres hice) fue porque la mula que traía se la avian hurtado à un hombre, natural de aqui, y cõ ella otras cosas, quiere que diga quien me la dió para cobrar lo demás; yo lo callo por ignorancia, y èl me hace detener, pensando que es malicia; mas aviendo tenido en tan ilustres Cavalleros amparo, llamaré à la desdicha de mi prision, feliz, y deseada fortuna.

Atentos estuvieron todos à la relacion de Leandro, y en particular Leonardo à quien Don Carlos dixo: Alegre estoy de que sin pensar ayais sabido quien tuvo la culpa que à Alexandro, y à mi nos

atribuyan vuestros zelos. Leonardo le dió satisfacion, y prometió, que (por interponer su ruego Hippolito) haria soltar en la Aldea à aquellos hombres, que aun los tenían presos, y que tan ignorantes avian intentado su daño. Con esto pidieron à nuestro noble Cavallero que les cumpliesse tambien el deseo con que merecian saber sus accidentes. El dixo, que no se escusaba, sino que lo dilataba hasta otro dia; debió de ser por no mezclar sucesos graves, y honrosos, con los de Leandro, juntamente vergonzosos, y humildes. Agradecieronle la verdad cõ que les avia tratado; celebraron el modo de introducirse à mendigos; rieron los zelos Cordoveses, y prometieron hacer breve diligencia de su libertad, y soltura. El les estimò el ofrecimiento, y añadió: Bien sè, que el favor que me habeis le tiene mi afecto merecido, y lo que agora quisiera grangear con la noticia de mi vida, es un desengaño para quien comienza à vivir sin rienda en sus deseos, sin gobierno en su persona, y sin atencion en sus costumbres; y para que en lugar de acreditarlas cõ la imitacion, las condene con el escarmiento; y finalmente, para que si llegare à noticia de algunos, sepan guardarse de los engaños, que en un hombre libre, y astuto suele fabricar una inclinacion perversa. Al dia siguiente se bolvieron à juntar los que avian estado antes
pre

presentes al discurso de Leandro, y así por su curiosidad, como por ser la ocasión tan oportuna, de nuevo rogaron à Hipolito, que manifestase quien era; él lo aceptó entonces, y ellos prevenidos de silencio, escucharon que decía.

Es Segovia una de las ilustres Ciudades de la antigua Castilla, sus alabanzas no son de este lugar, y así las dexo, porque la brevedad no la injurie. Havo en ella, entre los demás que la hacen noble, un Cavallero, cuyo apellido ocultaré de industria, puesto que no ha de importar à mi discurso: su nombre era D. Pedro, y su edad estaba en su penultimo termino, ò división, que es la senectud. Tuvop por fruto de su feliz casamiento, con una señora, natural de la misma Ciudad, (llamada Doña Maria) dos hijas, y un hijo. El nombre de la mayor era Antonia, y el de la menor Clara, y el del varon Geronimo. He procurado daros tan al principio relacion de los nombres, para hacer la narracion menos confusa. Eran una, y otra el adorno, la gala; y el credito de toda aquella tierra, en la parte que toca à la hermosura. Don Geronimo, hombre de singulares gracias, de ajustada condicion, de gran verdad, y de mucho valor. Era para detenerse, cuerdo; para arrojarle, arrevido; para amigo, leal; para aconsejar, prudente; para dar, liberal; y para comunicár, entendido. Amaba el anciano Don Pedro tiernamente

à Doña Clara, su hija menor, ò yá porque el serlo le obligaba, ò yá porque su cordura, apacibilidad, y su hermosura, grangeaban justissimamente tanto amor. Publicáronse à este tiempo unas fiestas, que Madrid hacia en demonstracion del contento, con que se esperaba aquella preciosissima Margarita, que vino desde Alemania à enriquecer este Reyno, y adornar el pecho de nuestro tercer Filipo el Piadoso; renombre, que mereció en veinte y dos años, que duró su Monarquia, y de que tendrá premio (así lo esperamos, quantos fuimos testigos de su vida) por una eternidad de siglos. No quiso Don Pedro perder ocasion de tanta alegría, porque los nobles entonces tienen mayor regocijo, que se hallan mas cerca de sus Reyes, y naturales señores; porque en su presencia, ò con la sumision se reconocen inferiores, ò con la reverencia, y respeto, mas proximos à obedecer, y servir, que es una de las mas seguras calificaciones de la nobleza. Don Geronimo no se determinó à acompañarle, ò porque le estorbaba alguna causa amorosa, ò porque quiso quedarse en compañía de Doña Antonia: su hermana, à quien él mostraba singular afecto. Esto, así concertado, se partieron Don Pedro, su querida muger, y Doña Clara su hija. Llegaron à otro dia à la Corte, y en ella à la casa de Don Diego, un hermano de Doña Maria.

adon

adónde les tenían prevenido cuidadooso hospedaje. Supuesto todo lo en esta parte referido (que quise proponer para los sucesos adelante) digo, que yo nací en Madrid con algunas obligaciones, en que me pusieron dos viejas paredes, una torre, cierto blasón antiguo, y un espacioso valle en la montaña. La hacienda de mis padres era de mediana fortuna, aunque respecto de sus gastos, por la necesidad de sus gastos, por la necesidad de su autoridad que traían (pensó, que se advierte con la calidad) siempre parecía corta, y limitada. Dióme el Cielo una hermana de estemada hermosura, y un hermano de superior ingenio, con que se añadieron gastos, y cuidados a mis padres, pues era fuerza de cuidar de la dote, para darla marido igual en todo a nuestra sangre; aver de acudir a Don Alonso (que este era el nombre de mi hermano) con puntualidad en mis estudios. Vistas todas estas cosas, y sintiendome ya con razonable aliento, traté de hacer lo que debían necesidad los hombres de mis prendas, que es procurar con las armas en la guerra, lo que les niega en regalada pereza la siempre amada paz. Consulté este parecer con mis padres, y agradecidos a mis honrados respetos, me dixeron, que supuesto que era el único mayorazgo de su casa, no tenía por cuerda determinacion, que me fuese a parte, donde pudiese la boca de un mosquete quitarme,

con dos onzas de derretido plomo; el valor, y la vida, sino que supuesto lo mucho que un hombre grande fuera de su patria, quando no sea sino padeciendo trabajos, para saber hacer despues estimacion de los bienes, les parecia, que el viaje que yo queria hacer a Flandes, lo hiciese a Italia, adonde por la misma ocasion le avia hecho un tio mio, y donde le avia sucedido tan bien, segun avian sabido por cartas, que tenia todo quanto a via pedido su deseo. Preguntéles la Ciudad en que estaba para verle, y para que me socorriese en las necesidades que me hallase; mas aqui tuve una reprehension de mi padre, muy aspera, diciendo, que por que avia yo de dar a entender a nadie mi pobreza, aunque mas necesitado estuviere, supuesto, que los que profesan tener opinion, credito, y honra, antes se dexaran morir, que se aventuraran a pedir al estraño, que se escuse, y al pariente, que les niegue su ayuda, su favor, y su amparo? El dia que os determinaredes, proseguí, a salir de vuestra patria, ha de ser para venir mejorado, y esto no por medio de la sollicitud ajena, sino del trabajo propio. Ved lo que os estará mejor, y resolved, o el ir para medrar, como hijo mio, o el quedaros para vivir, como hasta aora; si antes os pensaba decir el nombre del Lugar, donde vivia vuestro tio, aora os le encubriré, para que no tengais lugar de verle,

ni ampararos del por mas apretada ocasion que se os ofrezca. Mirad por vos, advertid à quien sois; cuidad de vuestra nobleza, pensad que sois solos; y pues teneis aliento para querer dexar vuestros padres, y patria, tenedle también para obedecerlos, y cumplir con las obligaciones de noble. Deste modo me dexò reprehendido, y confuso de aver errado en cosa que pudiesse perjudicar à la entereza de mis respetos, aunque bien mirado; no fue demasiado el yerro; pero tenèmos los que vivimos con illustre sangre una locura tan extraña, que lo venial de otros, es delito mortal en esta materia. Pasò mi determinacion adelante, hicieronme dos vestidos de camino, dieron buena cantidad de escudos para el viage, y con un criado, que despues se me quedò en Barcelona, pasè todo el Reyno de Cataluña, y de la otra parte de los Pirineos el de Francia. No quiero detenerme en las circunstancias del camino, por no malograr este rato, y por llegar à lo mas importante de mis sucesos. Entre otras Ciudades que vi de justo credito, como son Milàn, Alexandria, Florencia, y Mantua; me pareció illustre Napoles. Estuve en ella algunos dias, y yendo uno de ellos à comprar ciertas cosas; engañò su imaginacion à la muger de un Mercader Florentin; pues pensò (descubriendome un amor, que ella decia averme te-

nido, desde que me viò en su casa) yo se lo pagaria en correspondencia, como si el amar de veras no fuesse la mas apretada diligencia para hallar malos terminos, ò viltrato. Embiábame cada dia una criada suya, à quien yo desengañaba por instantes, diciendo, que su dueño era casado, y que yo no me avia de empeñar con quien lo fuesse, así porque no era amigo de que nadie participasse del amor que à mi se me tenia, como por que no avia ido à enamorarme, ni corresponder à Italia, pues para ello mejor estuviera entre el regalo de mis padres, y el ocio de la Corte, con quien el amor, ò tiene principio; ò se aumenta. Ella perseveraba en su porfia, y yo en mi resistencia, hasta que cansada de mis desprecios, se determinò à hacerme matar: no sè si porque otra no llegasse à lo que ella no avia podido, ò si porque callasse su flaqueza, escarmentada de algunos mozos ignorantes, que preciados de lindos, porque se presumen, que enamoran à todas, dicen no solo lo que hacen, sino lo que ninguna del mundo imagina. Para esto hablò à su mismo marido, y le dixo, que yo la inquietaba con villetes, y recados. El Florentin alabò à su muger de honrada; y se dispuso à quietarme à mi hasta la resurreccion universal, para que no inquietasse à su muger; Avia cobrado mi aliento alguna opinion en la Ciudad, con que no

se atrevió à buscarme solo , antes se acompañò de quatro , ò cinco de su tierra , y cargados de prevenciones, de colera ; y enojo, me hallaron cierta tarde à la esquina de una calle solo , y pensativo. Repartieronse para cogermé por todas partes ; embebióse el uno en la puerta de una casa ; metió mano sin que yo le viesse ; llegó al descuido , y me tirò una estocada tan fuerte , que à no estàr arriñado à la esquina , cayera en el suelo sin remedio : O como es Dios piadoso ! Como sabe librar à la inocencia ! Pues no obstante el golpe , metí mano à mi espada , y por aver llegado los demás , comencè à defenderme , y ofenderlos. Pareciame , que no era posible dexar de estàr herido , por aver sido tan recio el primer golpe , y no llevar en el cuerpo defensa : cosa , que no me dexaba atrever à todo lo que yo quisiera , temeroso de que si salia alguna sangre con el movimiento , no fuesse en tanta abundancia , que con ella me faltasse la vida. En esta disposicion estaba mi persona , quando llegó dos hombres , y con bizarro valor se pusieron à mi lado : quando sentí este favor cobré esfuerço , y adelantandome un poco , di una estocada al que primero avia llegado , con que cayó en el suelo mal herido , y los demás huyeron baxamente. Retirème con los que me avian dado ayuda ; tuve lugar de conocerlos , y de quedar siem-

pre por esclavó del señor Alexandro , y de Don Carlos , los quales , viendo la ventaja de mis contrarios , se pusieron (llevados de superior impulso) en mi defensa. Atrevome à hablar de esta suerte , por estàr yo en aquella parte inculpable , y porque se avia comenzado à manifestàr , que Dios mió largosamente me avia librado , en aquel tiempo de mirarme , si tenia alguna herida , hallamos , que la punta de la espada avia topado en uno de los hierros de mi pretina , y allí se avia detenido sin pasar à hacerme daño. Ellos se quisieron ausentar para venir à España , y yo quedarme para tomar venganza de mis contrarios. Partieronse , y hallème tan reconocido à este beneficio , que ninguna dificultad lo podrá parecer en mí para servirlos , todo el tiempo que viviere. Estimaronlo Alexandro , y Don Carlos , y Hipelito profiguò en sus fortunas.

Dos meses estuve escondido para efectuar mi intento , en que supe la causa de averme querido matar , y en q̄ no tuve efecto , porque mudando de parecer , quise mas perdonar la injuria prudente , que tomar venganza atrevido. Al cabo de ellos recibí un pliego de mi hermano , en que me avisaba de la muerte de un pariente de mi padre , por quien me venia un rico mayorazgo. Admirème del lenguaje , pareciendome , q̄ mientras viviesse mi padre , él avia de

ser quien le heredasse ; y de aqui comencè à tener sospechas de su muerte. Puseme al punto en camino , y quando lleguè à Madrid me desengañè de que no avia sido vana mi presumpcion. A estas penas se añadieron el aver tambien faltado , ocho dias antes que llegasse, mi querida madre ; siguièdo , como en la vida , en la muerte à su consorte. Cubiertos mis hermanos , y yo de luto , celebramos con llanto sus exequias muchos dias. Mejoròse nuestra nobleza con el heredado mayorazgo , y procurèla mas credito con el lucimiento. Y à me parece que os veo estrañar este language , mas no os admire que diga , que mi nobleza se mejorò ; porque si la riqueza es bastante à darla à quien no la tiene , mejor podrà mejorarla en quien la tenga : demàs , que si la nobleza no es otra cosa , que unos merecimientos heredados , que tienen su principio en la estimacion de los hombres , la mas conocida serà mayor , porque serà mas estimada. Supuesto , pues , que no ay medio para darla à conocer , como la riqueza , no es mucho que diga yo , que con el oro se mejora. Finalmente , comencè à lucir , y el que antes se guardaba vergonzoso , y à se manifestaba bizarro. Preguntaban algunos , viendo los criados , y libreas , quien era , como si fuera forastero , y no se engañaban , porque entonces viene un hom-

bre , que tiene , y entonces nace que luce. O miseria humana , à què vil precio has reducido la estimacion ! No conoces mas que al oro , ni reparas en mas de el que le tiene. Ultimamente , antiguo en la Corte , porque nacido en ella , y recien venido , porque recien heredado comencè à frequentar los exercicios de cavalleria , en que diestro , fuerte , y alentado , tal vez me aventajaba à mis iguales , y tal à ninguno por superior reconocia. Era este el tiempo en que , como dixè , se ofrecia la ocasion de celebrar la entrada de la Serenissima Reyna de España Doña Margarita. Cupome buena parte del regocijo , que (por ser tan grande la ganancia) fue justamente comun , y así olvidado del luto , vesti galas , y adornè de quanto era necessario à mi persona. Vivia Don Diego , el tio de Doña Clara , en la misma calle que yo renia mi familia , poco desviado de ella. Don Pedro avia venido à las fiestas , y la avia traído , como tambien referi , en compania de Doña Maria su madre. Ordenò , pues , mi estrella , que al salir de la puerta de su casa viesse de Doña Clara la hermosura. Aqui tuvieron principio los prodigios de mi vida , y las novedades , que podràn teneros un rato divertidos , en la diversion admirados , y con la admiracion misma confusos : si dexando otros cuidados dais todo el oido à mis

DISCURSO QUARTO.

131

palabras, y toda la atención à mis sucesos.

El amor he pensado yo, que no es otra cosa, que una costumbre de los ojos, fundada en cierta natural correspondencia, à nosotros oculta. Esto infiero, de que con la ausencia se enfria, y con la continuacion se aumenta. En mi opinion, si un hombre no se conoce aborrecido, la mayor diligencia que puede hacer para llegar à ser amado, es ponerse adonde visto muchas veces, la comunicacion descubra los quilates de la correspondencia, que antes estaba escondida: y al contrario, quien se quisiere ver libre de estas molestias, piense, que con guardarse se aparta, y con no ver, descostumbrando los ojos de lo que desea la voluntad, ella se olvida facilmente, y ellos se escusan las penas que con el amor reciben. Fraté yo (que no tenia conocidas en su juego aquellas fullerias) de ir à Doña Clara, de seguir sus pasos, y servirla. Hicelo así con cuidado, porque amor sabe ser muy diligente à los principios, muy cuerdo en los medios, y muy prudente en los fines. Quien no è à un amante quando comienza: Què cuidadoso visita, què puntual sirve, què desvelado anda, què cortès se acredita, què cuerdo habla, què galán se viste, què limpio se adorna, què liberal lisongea, y que vigilante assiste.

Què es verle despues de querido, andar descuydado en lo que promete, satisfecho en lo que discurre, contento en lo que posee, zeloso en lo que ama, y apacible en quanto se ofrece? Ultimamente, despues que ve llegar à amor su fin (que quanto en humano, por fuerza ha de tenerle) què prudente se muestra, què recata, què repara, què honesto se disculpa, què elado se muestra, y que eficaz se comunica; sin atender à que el enfado es quien le hace ser escrupuloso, y sin acordarse del desenfado, que le hizo parecer libre. Claro està, que quien se hallaba en el primer estado, avia de tener sus propiedades, y que seria cuidadoso, puntual, cortès, galán, cuerdo, limpio, liberal, vigilante, y lisongero. Con tantas prevenciones (dixo Don Carlos) yà me parece que veo rendida à Doña Clara, y à vos en el segundo estado de este arañel de amor. No os engañais (respondió Hipolito) y así, supuestamente, que no os cançis, presto me vereis en el, sin que me pudiese ver jamás en ultimo; bolvió Don Carlos à escucharle, y èl prosiguió su discurso, diciendo: Puse algunos medios, para que supiese mi desvelo, y mostróse, si bien con recato, apacible; porque universalmente hablando, sin limitar à nadie esta doctrina, à ninguna le pesa de ser que:

rida , y todas se huelgan de que se lo manifesten : por esto suelo yo decir , que à la que le pesa , no es de oír , que la quieren , sino de temer , que podrán nacer de aquí algunos inconvenientes. No continuaba sus rexas à cavallo , ni acompañado de pajes , porque los cavallos llevan instrumentos en las plantas , que publican los deseos de sus dueños , y esto es mas tener amor hypocrita , q̄ prudente. Guardabame de los criados , porque en tales ocasiones siempre parece mejor el que los dexa , y escusa testigos , que primero le figan , luego le murmuraren , y finalmente le descubran ; pues aunque mas cuerdos sean , porque los demás entiendan , que son capaces de superiores secretos , y que sus amos les fian , los dicen , à quien despues los publica. Con estas advertencias , que amor que no las tiene , es sospechoso de ignorancia , iba continuando el mio , y el que en Doña Clara nacia : porque gustassen sus huéspedes de todos los regalos ; con que Madrid tiene credito de apacible , los tratò de llevar Don Diego cierto dia à una huerta , y jardin , que poseia un noble amigo suyo. Entre las demás prevençiones que llevaban , no se le olvidaron los musicos. Supimos à quien tenían prevenidos , con que no fue dificultoso hacer , que llevassen consigo à un criado mio , de excelente voz , y singular des-

treza en aquel exercicio. Informòse luego mi cuidado del jardin adonde se disponian à passar la tarde , y aquella misma mañana me adelantè , hablè à la persona que asistia à cultivarle , y le manifestè lo que me importaba sustituirme aquel dia en el oficio. Dile no sè què cantidad de reales (que nunca de lo que doy me acuerdo , por no ocasionarme à traer à nadie à la memoria el beneficio , y tener en la repetición inutil paga) y con ellos negociè quanto avia deseado. Disfracème con un vestido humilde , y esperè con esta transformacion la venida de mi dueño , y sus padres. Valiòme sin duda la mudàza del trage , pues me desconociò mi fortuna , y quiso concederme jardinerò , lo que por Hipolito , por amante , y por noble no avia merecido. Llegòse el plazo de mi dicha , y llegaron con Doña Clara , y sus padres Don Diego ; mi criado , y los musicos. Hablaronme en orden à que permitiese que entrasse à gozar de las flores , puesto que traian permission de su principal dueño. Yo les respondi con la cortesia q̄ merecian semejantes personas , y el agrado que se debe presumir en quien estava deseando su ruego. Miraba me Doña Clara atentamète , y en el rostro acreditaba lo q̄ en el trage descenocia. Si yo ponía alegre los ojos en ella , quitaba de mi al punto los suyos ; tal vez me reprimia en mirar , por que

DISCURSO QUARTO.

133

que allá no lo dexasse, y tal llevando de el amor, hacia naturalmente lo que el mismo deseo me impedía. Hablaba yo à sus padres con desenfado, mostrables las fuentes agradable, de todo lo qual se apartaba temerosa; porque à los principiantes en la ciencia de amor, les parece que todos los conocen la voluntad, y así se guardan de comunicar à quien comienzan à querer. Quando mi pensamiento reconocia estos efectos, me alegraba con su recato, y yo quedaba consolado en medio de su mayor encogimiento. Mandò Don Diego à los músicos, que cantassen, que obedecieron con gusto; y despues de aver lisongeadò à las aves, enmudecido à las fuentes, y alegrado à las flores, dexaron que mi criado cantasse solo: echò el resto de su destreza, y haciendolos dulces; y suaves, cantò estos versos, que yo avia hecho, à proposito de aver visto pocos dias antes à Doña Clara, con la misma compañía que agora, aunque con diferente ocasion, descalza en Manzanares.

*Por margenes de esmeraldas
Tan quando vò Manzanares,
Que quando los pies les besa,
Aun no los sienten los sauces;
Pero una tarde su curso,
Porque à Cloris no faltasse
Cristal, que fuesse su espejo,
Y retratasse su imagen.
Bien parece cortesano,
Pues lisongero, y amante;*

*Siempre la tratò de hermosa,
Que llegó en él à mirarse.
De parecer lisongero
Disculpás Cloris letras
En su belleza, si pueden
Ser lisongas las verdades:
Tan alegre está de verla,
Que mudò esta vez el traje;
Y à su lecho de esmeraldas
Quiso vestir de diamantes.
Sino es, que viendo que Cloris
Pisaba su hermosa margen,
Por hacer nacer sus pies,
Hizo perlas sus cristales:
Si de humilde tiene el nombre;
Por besar los pies à un Angel,
Quien jurà que no sea humilde;
Si no quiere ser cobardo:
Alegre pagaba en risa
El aplauso à sus donayres;
Tales son ellos en Cloris,
O en el tan cuerdo el benguag;
Sol la llamó muchas veces,
Y el Sol de ver injuriarse,
Con los desprecios de un rio
Hizo mas breve la tarde.
Llegueme, y senti, que dixo:
Como este Sol no se aparte;
Siendo su ecliptica yo,
Que importa que en me faltés;
Ausentòse Cloris luego,
Y entre mudas soledades
Corrió lagrimas el rio
Por su rostro venerable.
Llamela con voces mudas,
Y el rumor, que poco antes
Manifestò su alegría,
La publicò sus pesares.
Adverti entre sus tristezas
Un desengaño importante;*

*Pues dixo: Que bien ha avido,
 Que de otra suerte se acabe:
 Amaneció brevemente,
 Y queriendo el Sol vengarse
 De las passadas injurias,
 Bebió en vapor sus cristales.
 Manzanares desde entonces,
 Para que Cloris se alabe,
 Vive alegre de ser pobre,
 Y padece por constante.*

Apartème un poco para coger algunas flores que llevarlos, y alentada Doña Clara con la licencia del lugar, y disfráz de mi persona, haciendo justò título el querer tambien cogerlas, se llegó à mi, para que pudiesse (aunque brevemente) darla noticia del estado en que me tenia su amor, y à saber el suyo. Agradeciòme la traza, si bien me riò el peligro de averme puesto donde su madre me viesse, pues aunque el habito me ocultaba, con todo esto, si despues reparasse en averme visto en aquel habito, podia tener sospechas. No me pesò de ver à mi dueño tan cuidadosa de encubrir nuestro amor, porque advertì, q̄ comenzaba à importarle, y sin dexar passar la ocasion, la roguè, que procurasse que nos viessemos donde la manifestasse mi sentimiento, sin tanto sobresalto. Ella lo prometió, y de avisarme el medio que avia de tener, con que se me duplicò el regocijo. Preguntèla, què la avia parecido de los versos? Y respondiòme de esta suerte: Los versos me parecieron biè;

la voz muy excelente, y sola me pareció mal, que vos seais de los que enamoran con gracias ajenas. Con esto me dexò, sin que pudiesse replicarla, pensando quanta razon tenia, y quanta necedad es para galantear dár musicas, si son ajenas las voces, ò escribir versos, si es diferente el Poetas; pues aquello no es mostrar proprias prendas, sino hacer ostentacion de que tiene amigos que las tengan, à los quales quien duda; que avrá alguna vez acontecido traerlos para que canten, y ser despues quien logre la correspondencia, y coxa el fruto que el necio que los traxo deseaba, teniendo ellas la disculpa que Doña Clara diò, si bien no con la misma intencion, seguridad, y inocencia. Advertido de lo que debia hacer, pedí à uno de los músicos el instrumento, y tocandole con alguna satisfacion mia, y admiracion de todos, por desdecir tanto aquella destreza de mi trage, cantè este romance, que avia hecho, pinzando las prendas de la misma Doña Clara, disfrazada con el nombre de Cloris.

*Pastores de Manzanares,
 Que entre cantos, y romillos
 Pisais pebetes de flores,
 Sobre el ànbar de los riscos:
 Los exercitos de ovejas
 Recoged, llamad con silvos,
 Mirad que entraràn à saco,
 Toda la plata del rio.
 Venid à mirar de Cloris*

*Corto enerpò, mucho brio,
 Que graves, y hermosos ojos,
 Yà los confessaís rendidos.
 Venid à vèr de su rostro
 Breve espacio, noble hechizo,
 Yà que sabeis que su boca
 Es un clavel dividido.
 Venid à vèr sus mexillas,
 Carmin rojo, marfil liso,
 Yà que amor para sus dientes
 Perlas ensartò en dos hilos.
 Venid à vèr de su cuello
 Lecho blanco, cristal limpio,
 Yà que se amegan los ombros
 En el oro de sus rizos.
 Venid à dâr de sus manos
 Fiel noticia, sabio indicio,
 Pues la hizo el Cielo nueve,
 Y las bordò de zafiros.
 Vereis de passo mi amor,
 Yà repetido, yà escrito,
 Y que à ser papel los troncos,
 Fuera cada sauce un libro.
 Podreis aprender en èl,
 Yà finezas, yà prodigios,
 Que para saber amar
 Da preceptos, aunque es niño.
 Yo soy un noble Pastor,
 Que obligado, y persuadido,
 Mil siglos estuve ausente,
 Que la ausencia todo es siglos.
 No os acordareis de mi,
 Que siempre hallè, sièpre he visto,
 Que ay olvido sin ausencia,
 Mas no ausencia, sin olvido.
 Yo soy quien de amores muere,
 Pastores, zagales míos,
 Quien es Cloris, y quien soy,
 En esto poco os he dicho.
 A la admiracion, que como*

dixè, tuvieron de vermè tocar el instrumento, añadió no pocos grades la voz; y así à un mismo tiempo tuvieron lugar de alabarme, y entretenerse. Puesto fin à una regalada, y abundante merienda, y venidas las paldas sombras de la pesada noche, se volvieron todos à su casa, y yo después de aver ofrecido al jardineiro mi favor, en quanto quisièse valerse del, me parti en su seguimiento, vestido de las galas que primero adornaban mi persona, y desnudo de los toscos vestidos. Alcançelos con brevedad (que buela mucho el deseo) y fuigè luego al passo de su coche. La obscuridad no era tanta, que Doña Clara dexasse de conocerme, y estimar todas estas finezas: mas como pocas veces ay gusto humano, sin sobresalto, ni alegria, que no trayga consigo mil pesares, tan poco le faltò este acibar à la nuestrà. Fue el caso, que dando el tiempo ocasion, y el campo lugar, para que nuestròs criados se burlassen con los de otro coche, que por ir mas presuroso nos avia alcanzado; travaron una pesadumbre con ellos, y apeandose neciamente; (porquè en tales ocasiones las burlas no injurian; ni las injurias ofenden) metieron mano à las espadas, y començaron à tirarlos fieramente. Amor es hijo de Marte, y aunque tal vez delicioso regala, tal animoso pelea. Yo le tenia entonces à mi

querido dueño, y él estaba presente; que mucho, que un hombre de mis obligaciones anduviese animoso? Prometoos (ó amigos!) que (hablando con la modestia, que debe tener un hombre cuerdo, quando dice de sí algo, que merece alabanza) en mi vida he andado tan ayroso; y q̄ à aver hecho otro lo q̄ hice, le embidiara el aliento, y le agradeciera el valor. Saltè ligero de un cavallo en que iba hallè á dos de los nuestros mal heridos, y à los demás retirandose cobardes: mas puesto en su defensa, à pocas cuchilladas los dexè vengados, y à los necios contrarios arrepentidos; pues por aver herido al uno, los demás se ausentaron presurosos. No me espanto de esta accion, porque como despues supe, sobre comunes, eran hombres viles. Apearonse mientras yo andaba en la refriega Don Pedro, y D. Diego, y dexaron solas à Doña Maria, y Doña Clara, la qual, viendo que me avia apeado, comenzó à tener tal inquietud, que avia menester su madre mas cuidado para sossegarla, que para atender al suceso. Acabada, pues, la pendencia, truxe yo una luz, que por ser el jardin cerca del río, no fue dificultoso hallarla en un molino. Llegamos al coche con los heridos de nuestra parte, y como para traerlos avia arremadose à mi el uno, y tenia la herida en la cabeza, pudo en sangrontarme alguna parte del rostro. Descubrimos el daño para

ver si era notable; y pareciõnos que no podia ser mucho; mas como Doña Clara cuidaba mas de mí, q̄ de los otros; viendo en mi la agena sangre, advirtió à su madre, de que yo tambien estaba herido. Quiso la noble señora, piadosa, y agradecida satisfacerse. Reparò atentamente, y conociò (aunque en diverso traje) que sin duda era el que avia tenido aquella tarde título de jardinero, y de aqui comenzó à sospechar, que todas aquellas estratagemas, y disfrazes los causaba el amor de su hija. Callò prudentemente estos recelos; y agradeciõme el aver favorecido à los suyos. Doña Clara, satisfecha de que no estaba herido, se sossegò. Yo me despedí, y todos prosiguieron su camino.

Dentro de algunos dias se celebraron las prevenidas fiestas, y dentro de muy pocos se acabaron; dando à todos un claro desengaño; de quan limitadamente llenan el vacio del deseo las alegrías de el mundo; y manifestando, que despues de acabadas no son mas que unos indicios, que nos advierten, en lo poco que son, lo mucho que esperamos. Partieronse luego Doña Clara, y sus padres, para volver à su Patria Segovia. Partí yo tambien en su seguimiento, acabando así de confirmar en su madre las passadas sospechas. En el camino tuve lugar de verla algunas veces, aunque ninguna de hablarla, por su modestia; el cuidado de

Doña Maria, y mi recato. A seis leguas de Madrid encontraron un Cavallero de linda disposicion, el qual se detuvo à hablar con ellos, de suerte, que pude yo llegar (que los seguia à buen trecho) y ver, que Doña Clara le respondia agradable. Comencè à sentir pesar de averle visto; y aunque la hablaba delante de sus padres, donde no podria aver cosa que perjudicasse à mi amor, mi misma imaginacion sacaba de aquella familiaridad mayor daño, quando me proponia, que aquel seria algun galán, que tuviesse tratado con ellos el casamiento de su hija, y que esta era la causa de que todos le recibiesen tan apacibles. Finalmente, yo me hacia el perjuicio à mi mismo; y temiendo los males, de manera los imaginaba, que pudo parecer que los apetecia. O, si un zeloso pudiera apartarse, y à que no de su voluntad, de su imaginacion! que de penas se escasara, y de que tormentos careciera! No fue- ra muy dificultoso hacer que cesara en mi esta passion, si alguna vez llegara à mi memoria, que podia ser su hermano, de quien Doña Clara me avia dado noticia, diciendo, que se avia quedado por guarda de la familia: mas por que no tuviesse este consuelo, si- pre le faltò esta presumpcion à mi amor, y à mi esperanza. Lleguè à una pequeña venta, que al pie del elado Gigante Guadarrama fundò primero la piedad, y

aora conserva el interés. Apeeme para esperarlos, con titulo de dár alguna refaccion à la naturaleza, y brevemente passaron, aunque yà sin la causa de mi pasado desallosiego. Consolème en su ausencia, y advertido tal vez, daba los ojos à mi dueño, y tal divirti- do entre las pequeñas matas, ace- chaba la vida de algun descuida- do pajarillo, para quitarla à ri- gor de una tronadora escopeta. Grangeaba, herido de los acicates; mi veloz cavallo la distancia del camino; que yo por detenerme avia perdido, y hallaba à Doña Clara desdeñosa. Mirabame con eno- jo, y parece, que con la vista me decía: Què te hà hecho, Hipólito; las aves, que tanto daño las pro- curas? Dexa, dexa la vida, que sola yo la quiero ver perdida à tus manos. Otras vezes apartaba de mi los ojos triste, y decía yo: Quan justamente llega su castigo, à quiè no sabe estimar el bien; y quan sa- biamente huye la fortuna de aquel, que entre el bien sabe oca- siones de su mismo mal.

Con estas diversiones mías, y enojos suyos, llegamos à la nobi- lissima Ciudad, que era objeto de nuestro viaje: primer cuna del due- ño de mi alegría. Detuveme al en- trar en ella, y mandè al Secreta- rio de estos amores, y criado mio (que se llamaba Beltrán) que fues- se en su seguimiento, y supiesse la calle, y casa en que vivian. Et lo hizo leal, y cuydadosamente, y

yo le agradecí la diligencia, y pñtualidad; porque quando los señores hallan criados cuerdos, diligentes, y secretos, no solo los deben estimar, y querer, sino agradecer, y premiar, procurando conservarlos, con atencion, à que su puesto, que no es posible passar sin ellos, es gran felicidad hallarlos medidos al gusto, y conforme à la inclinacion. Tomamos una posada, y recogidos, me puse à pensar, si seria posible hablar à Doña Clara aquella noche: mas viendo, que aunque tuviese lugar, no se la avia de dar el cansancio del camino, me determinè à no salir por entonces. Los sucesos que hicieron à este amor prodigioso, proseguirè reconocido el gusto con que me escuchais, si aora ois estos versos, que cansado (de no poder dormir, pidiendo una luz, me puse à hacer aquella misma noche, en memoria de aver visto à mi prenda entre las flores del referido jardin.

*Salió Cloris una tarde
De las del risueño Abril;
Mas quien es flor, como pudo
Menos, que en Abril salir:
Salió à dar con sus favores
Presunciones à un jardin,
Llevando en labios, y frente,
Yà el clavel, yà el aleli.
Dichosa es la flor, que sabe
Reconocerse, y rendir
Su hermosura, pues grangea
Nombre de discreta assi.
Quiso necia la azucena*

*con sus manos competir,
Mas tratòla de grossera
El cortesano jazmin.
Yo vi atravesarse una rosa
A sus labios de carmin,
Mas aunque la vi atrevida,
Tambien vencida la vi.
Iba à nacer otra luego,
Y viendo el caso infeliz
De su hermana, se detuvo;
Y no se atrevió à salir.
Lleguè me junto à un Narciso,
Y casi decirle oí,
Yo muero de aquesta vez,
No amante, afrentado si.
Tal fue de un lirio el temor,
Si yà no fue embidia vil,
Que estando primero alegre,
Cuerdo se dexò morir.
Quiso espaciarse el clavel,
Salió, y yendole à advertir;
Que estaba Cloris presente,
Dò verguenza fue rubi.
Quien basta las flores sabe
Enamorar, y rendir,
No os admirèis, (ò zagales!)
Que me aya rendido à mi.*

Para hacer mas claro este discurso, y los accidentes de mi amor, aveis de suponer al principio, lo que yo despues de varios lances supe; y es, que el Cavallero que hablò à Doña Clara, y à sus padres en el camino, quando yo tuve aquellos necios recelos, era Don Geronimo su hijo, y hermano de mi dueño, el qual llegó en Madrid à la casa de Don Diego su tio, y como la mia estaba tan propinqua à ella; la misma ve-

ciudad, que en mi fue ocasion de los amores de su hermana, lo fue en él para que se enamorasse de la mia. Quando en la verdad de este caso, veo la posibilidad de las fabulosas imaginaciones, q̄ de algunos libros escucho, las alabo; y si tal vez las doy credito, quedo disculpado justamente. Alabolas, porque aun no aviendo sido, son una imagen de lo que pudo ser; un exemplar de los riesgos à que se pone un amor, ò yà honesto, ò yà lascivo; un despertador de nuestra inadverténcia para los peligros; y un disuésno para la imitacion de las virtudes; porque quien ay, que quando se pone à oír las, no prevenga el gusto para saberlas, y la voluntad para elegir imitable, ò aborrecer lo formidable, y indigno: Por esto digo, que las alabo, y por la verdad de estos sucesos míos, tengo disculpa en dar credito à los agenos. No se disculpaba D. Geronymo en solicitar à Doña Ana (este era de mi hermana el nombre) parece que por desquitarse de las diligencias que yo hacia por la suya. Siempre estabamos el uno, y otro ignorantes de nuestras pretensiones, si bien la mia se iba dilatando mas de lo que yo quisiera, à causa de que como su madre, en las passadas ocasiones, se avia satisfecho de amor, guardaba con gran cuidado à Doña Clara. Don Geronymo tenia (como después vereis) en mejor estado su amor; y así ol-

vidado de su patria, el que antes avia ido por solou tres meses, se estuvo quince: mas que me admiro, si me sucedia à mi lo propio, sino con menos causa (pues merecia mi dueño esta fineza) con menos premio à mis desvelos justos? Nada de esto sabia Don Alonso, por estar en la Universidad de Alcalá estudiando, que à saberlo, era tal su condicion, que sin atender mas que à su venganza, la tomara de Doña Ana, de Don Geronymo, y de todos quantos procuraran impedirselo. Al cabo de este tiempo le embió à llamar Don Pedro su padre, para que con su presencia cessassen algunas inquietudes, que en Doña Clara se avian advertido, en orden à responder à mi amor, si bien, ninguno sabia, que yo fuesse quien la galanteaba, y servia, por no me aver dexado ver en la Ciudad de dia, pareciendome, que un forastero galán, que asiste muchos dias en lugares adonde faltan las disculpas de la Corte, es notado de todos. Salia de noche, veia los balcones, y rejas de mi dama, hablaba si avia ocasion, y sino bolvia con el Aurora à mi posada.

Esta prevencion de no ser conocido, me fue despues de no poca importancia; y sucedió, que obediente à su padre entró Don Geronymo en Segovia, tanitha de, que por no alborotar su casa todas las horas, le pareció conveniente apearle en otra de un amigo

fuyo. Aunque segun yo he entendido, esta diligencia debió de ser para que con la noticia de su venida, no se guardasse su hermana, deseoso de averiguar si era verdad lo que avia su padre escrito, y en caso que lo fuesse, con animo de vengarse, de quien le intoraba su deshonra. Digo, que esto es presuncion mia, fundada en lo que entonces hizo, que fue salirse de donde se avia apeado, y irse à reconocer los umbrales de su noble casa. Hallòme cogiendo el fruto de mis desvelos en los favores que mi prenda podia hacerme, desde una pequeña rexa; así porque no la permitia más su recato, como porque ni aun queria mas mi amor, viendo que lo primero que un hombre ha de querer, es lo que à quien estima no le puede estar mal, que en mi opinion, esto es amar, y lo demás es aborrecer. O sino, digáme el mas entendido amante, que es lo que quita à una muger, quando procura tener de ella prendas mayores? Fuerza es que me responda, que el honor, que es la mas preciosa joya de su persona. Pues si esto es así, si la quita el honor, que mas pudiera hacer un enemigo? Digale, pues, que aborrece, no que ama, quien hace obras quando ama, como si aborreciese. Finalmente, viendo Don Geronymo, que un hombre estaba arrimado à una rexa de su casa, y que pues le hablaban desde adentro,

eran ciertas las sospechas de su padre, y su deshonra, sin hacer mas informacion en esta causa, se dexò llevar de su enojo, y metió mano al azero para ofenderme. Què poco se vale de la prudencia quien presto se determina! Què facilmente yerra quien no se vale del discurso en lo que emprehendè! Y què deslumbrado se arroja quien dà todas las acciones al apetito, sin consultar nada con la razon! Quisiera yo preguntar en aquella ocasion à Don Geronymo, ò à otro qualquiera que se hallasse en aprieto semejante; como no se acuerdan de lo que hacen, para disculpar lo que miran? Mas responderánme con la misma pregunta, y dirán, que por que no se acuerdan de sus propios yerros, no hallan para los agenos disculpa, pues à tener memoria de ellos, viendo lo mal que les está la pérdida de su honor, à nadie se atrevieran à quitarle. Venia Don Geronymo de hacer que padeciese el mio en Madrid, y muy escrupuloso lleguè à recuperar el fuyo en Segovia: mas no le sucedió como pensaba, pues apenas vi, que con la espada desnuda se me acercaba un hombre, quando saqué la mia para defenderme. Pusefeme en la imaginacion, que sería algun galan, que embidioso intentaba quitarme la gloria de mi amor, y alentado con esta presuncion, sin que passasse mucho tiempo, se pudo aver arrepentido

de aver intentado mi daño, recibiendo tan grande con dos estocadas, que cayó en el suelo, pidiendo confesion; y ayuda. Al ruido de las armas sentí, que comenzaba à inquietarse la vecindad; y así fue necesario, que me apartasse entonces de la calle, y con el Alva de Segovia.

Aquel mismo dia (aunque tarde) entramos yo, y Beltran en Madrid. Encarguè los cavallos, para que los llevase à una posada, ò porque al tiempo de llegar à mi casa, no se sintiese el ruido, ò porque si despues huviesse indicios, de que era yo quien avia muerto aquel hombre, aviendo oido, que lleguè aquella noche, no se confirmasse el delito. Fuime por esta causa solo, y à pie, hasta la casa de mis padres, donde Doña Ana asistia, y en mi opinion guardaba la suya, y me esperaba. Mas al tiempo de llamar à la puerta, vi, que la abrieron un poco, y me decian: Señor Don Geronymo, reciba esta prenda, y cuidado de ella, que bien tendremos que hacer nostras en el reparo de su madre. Yo, sin saber lo que me sucedia, ni bien satisfecho de lo que me encomendaban, ni bien dudoso de lo que pudiera temer, hasta dár mejor informacion à mi deseo, cogí lo que pensaba entregar à Don Geronymo (aunque no sabia quien fuesse) y esperè à que Beltran llegasse. Dixe lo que passaba, y por su consejo nos fuimos aquella noche à

la posada, donde él dexaba los cavallos. Pidió una sala, traxo una luz, descubrimos lo que me avian entregado; y vimos un hermoso niño, que mal embuelto (culpa de la turbacion de los que asistian à su madre) con el llanto publicaba nuestra miseria, y con la poca limpieza, que era recién nacido. Traia entre las embolturas un papel: leíle curioso, y con lengua muda me manifestó todo el suceso: passele tantas veces, que se me quedò en la memoria, y advertí, que decia.

Todo nos sucede felizmente; pues yá cesarán los temores, con que Doña Ana mi señora vivia en ausencia de Hipolito, y de Don Alonso sus hermanos, recelando, que qualquiera de ellos viesse à tiempo, donde fuera imposible encubrirles sus amos, y la licencia que se tomó el vuestro, si bien debaxo de palabra de su esposo. Recibid este niño, y cuidado, que con toda prevencion se crie; pues quando no fuera vuestro hijo, era deudado ampararle por vuestro semejante. Testigos estos lunares, que en el lado izquierdo proporcionadamente juntos tiene vuestro rostro, y él ha sacado en el suyo. Yà ha sabido mi señora, que os ha embiado à llamar desde Segovia. Don Pedro vuestro padre, para moderar ciertos desafos siegos de vuestra hermana Doña Clara; mas con todo esto os ruega, que la veais antes de hacer esta ausencia; porque

à ella la importará el consuelo, y à vos un avito, que quiere daros, con que cesarán enojos, y se prendrán regocijos.

A admirado quedè de la novedad del caso, y enseñado del yerro que avia hecho en atender mas à mi amor, que al honor, que yà miraba perdido por el descuido, y libertad de mi hermana. Consolábame el aver sido el caso menos culpable, por ordenarse su voluntad à casamiento, y de suerte estaba rendido à Doña Clara, que yà que huviesse de suceder con alguno, me alegraba de que huviesse sido con su hermano el desacierto de la mia; pues en lugar de discordia, serviria de amistad, y de que pidiendosela yo à sus padres, Don Geronymo se viesse obligado à cumplir à Doña Ana la palabra, q̄ le avia dado. Con esto hizo Beltrán aquella noche diligencia, para que un ama cuidasse de mi nuevo sobrino (que por aver tantas en Madrid, no fue dificultoso) y despues de aver mirado atentamente las señas de los lunares, y la hermosura del niño, bolvi en compañía de mi fiel criado à mi casa. Yà Doña Ana estaba à este tiempo en la cama, donde se fingió enferma, y yo llegué apacible. Quejóse de que no la huviesse escrito en tantos dias, ni dado noticia de mi venida, para que el apercebimiento fuesse igual al amor que me tenia. Di satisfacion à su queja, disimulé lo que me avia su-

cedido, y recogime para descansar del viage. Puseme à pensar, quien seria el que en Segovia me avia obligado à dexar las rejas de Doña Clara, y avia tenido à manos de mi rigor, con su muerte el castigo de su atrevimiento? Mas aunq̄ mi discurso procuraba averiguarlo, nunca pude reconocer quien fuesse, por no aver visto que ella dexasse verfe, ni aver advertido, que otro, sino es yo, la galanteasse. Al siguiente dia me levantè muy de mañana, y hice que Beltrán hablasse à Don Geronymo, y le dixesse, que tenia necesidad de verle, para comunicarle ciertas cosas à el, y à mi de muy grave importancia. Esperè la respuesta, y bolviò diciendo, q̄ avria dos dias que se avia partido à su Patria. Aqui comencè à temer, q̄ èl avia sido quien quedò en el postre vale de la vida à mis manos. Para desengañarme de la verdad del suceso, determinè volver à Segovia; antes de partirme, hablé à Doña Ana, y la dixè: Hermana, à mi me importa ver esta noche à Doña Clara (no escusè decirle el nombre, porque yà sabia el principio de mi empleo) cuida de tu salud, y de un ama, que vendrà aqui oy con un niño: la ocasion que me ha obligado à encargarte semejante encomienda; no me dexa el tiempo referir; demàs de no ser facil tratar de tal materia con decoro, donde assiste tu recato; haz por tu vida lo q̄

teruego aora, y piensa, que el niño que trairà en los brazos, si no se engaña mi pensamiento, tiene muy grã parte de mi sangre. Respondiome confusa, que lo haria, y sin esperar à mas, dexando à Beltrán, para que llevasse al ama à casa, me parti à saber, si mi temerosa presuncion era cierta, para que no lo siendo, cumpliesse Don Geronymo gustoso, ò violento, lo que avia prometido enamorado, y libre.

Llegnè à la referida Ciudad tarde, y no obstante que lo era, quise passar por la calle de mi dueño: oi rumor en la familia, y sin poder averiguar la causa, ni detenerme, por estàr à cavallo, me recogí à mi antigua posada, y brevemente rencí la vida al necesario sueño. Todo el siguiente dia estuve escondido para continuar con esta traza mi secreto: mas quando yà las negras sombras comenzaron à poner luto à la tierra, por ausencia del Sol, sali con animo de saber las novedades, que avian tenido origen del pasado suceso. Parecióme, que aun era demasiado temprano, para hacer diligencias de donde podrian nacer recelos de mi culpa, y determinè dár buelta à algunas calles primero. Iba tratando entre mi mismo lo que debia de hacer en caso que se supiesse, que yo avia dado à aquel hombre la muerte. Tal vez juzgando, que seria Don Geronymo, me apasionaba, me

lastimaba, y affligia. Quando me acordaba de averle visto caer tan infelizmente en el suelo, parece que se levantaba contra mi una imaginada sombra, y con voz temerosa me decia: Como buelves, sin recelo del castigo, donde tuviste atrevimiento para quitar la vida à un hombre, siendo tan grande su valor? Como no tiembles de bolverte al lugar, que fue testigo de tu mismo delito? Detete, buelve cuerdo, repara prudente, escucha atento, no te resuelvas necio, y te despeñes atrevido. Quando mas me apretò esta imaginacion; fue despues de aver dado las diez, y llegando al cementerio de una Iglesia Parroquial, que tiene alli el apellido de San Estevan, comencè à detenerme dudoso, y advertir, que podrian ser aquellos (que à mi me parecian temores) superiores avisos para que me escutasse algun daño, que imprudente no prevenia. Por esto quise bolverme à la posada, y de hecho lo puse en execucion. Empecè à dár algunos passos, y detuvome el pensar, que era cobardia, y cortedad de animo retirarme de donde no era manifesto el peligro. Bolví à proseguir el intento, que primero avia tenido; y ultimamente, me resolví en no ser cobardè, aunque pareciesse imprudente.

Avia de passar forzosamente; para ir à la casa de Doña Clara, arrimado à la misma Iglesia, por la parte donde tiene algunas Ca-

pillas, cuyas bobedas son sepulcro, y habitacion perpetua de sus dueños. En una de ellas parecia andar obra, à causa de averse hùdido un pedazo, por donde se le permitia alguna respiracion. Quando lleguè mas cerca, vi, que por el hueco que avia quedado de lo que estaba hundido, se conocia el resplá- dor de una luz. Admirème, de que alli la huviesse à tales horas, y re- vestido de mi sièpre alentado va- lor, me esforcè, y lleguè mas cer- ca. Oí algunos golpes, que se da- ban dentro, al modo que suele tener el sonido de una tumba, y re- surtiendo el eco de cada una en mis entrañas, temió el alma, el òse el rostro, y se me erizaron los ca- bellos: mas parece, que desde en- tonces se movia mi corazon, por disposicion divina, mas que por providencia humana, pues yo mis- mo, despues de averme determi- nado, estoy dudoso de como pude emprehen-der acciones tan atrevi- das, sin aver quien me obligasse à ellas. En medio de los golpes re- feridos, y mis turbaciones, aten- di, à que desde abaxo subia una voz, à mi parecer diferente de las que suele usar el modo humano, y entre los repetidos ecos de la bo- beda, decia: *Bava*. Parecióme, que aquello à mi solamente se me po- dia aver dicho, pues estaba solo en la calle: mas con todo esto, el- do del riesgo, impedido del affom- bro, y atemorizado del peligro, sin responder palabra, esperè un rato

para escuchar, con mas temor, que la misma voz segunda vez repe- tia: *Bien puedes baxar*. Yo os affie- guro, amigos, que en mi vida me ha faltado tanto el discurso, para prevenir los daños, como enton- ces, que por ocupar toda el alma en el conocimiento deste suceso, me faltaban al entendimiento fuerzas, à los sentidos sus accio- nes, y al movimiento calor, para levantar las plantas. Tercera vez oí, que referia con voz, por mas alta, mas temerosa: *Acaba yà, que esperas?* A estas ultimas syla- bas, bolviendo por mi mismo, y desterrando mi cortedad, me re- solvi à obedecer, y respondi: (en- comédandome à Dios) *Espera*. Con esto puse la espada de suerte, que al caer no me estorvasse: asime con las manos de un madero, que en el hueco mismo avia; y al tiem- po de arrojar me, dudè de nuevo si mi atrevimiento tendria tan buena como la entrada, la salida. Con todo esto, sin desistir de mi pasado intento, queriendo dexar- me caer, oí un doloroso suspiro: Imaginad como se hallaria mi co- razon entonces, assí alargue Dios, (ó amigos!) felizmente vuestra vi- da.

Por la vuestra os ruego yo (di- xo Don Carlos) que abrevieis la narracion deste suceso, y nos digais el fin que tuvo, porque me llevais tan llena de suspension el alma, que por instantes espero que os aveis de hallar defengañado de que

que fue poca cordura aventurarnos tan declaradamente, ó en caso, que os ayais de dilatar mas, os pido, que lo dexeis, porque son tales los afectos con que lo pintais, que me ha parecido, que en este punto os sucede, y aun sino me engaño, pienso, que he oído la voz, que tan temerosamente os combidaba con aquel misero hospedage. No os canséis tan facilmente (respondió Hipolito) ó noble Don Carlos, que yo procuraré en lo que falta no dilatarme, sino es en lo que fuere de importancia. Digo, pues, que al tiempo de arrojarme oí un lastimoso suspiro, y tras él un golpe mas crecido que los demás. Yá no era posible detenerme, y así llegué abaxo fuerte, y no obstante el golpe, me levanté ligero. Puse la mano en la espada (acción allí mas natural, que cuerda) y ví, que por una escalera, que la bobeda tenia, iba á toda priessa un hombre, el qual arrojando la luz, que primero daba claridad á aquella obscura habitacion, se procuraba ausentar de mi presencia. Quiso mi buena suerte, que aunque arrojó la luz, no se apagase; y así llegué con facilidad á cogerla, yá mas animoso pude prevenir, que la voz no avia sido tan espantosa, como imaginé, pues avia huido, quien sin duda avia dado principio á ella, y á mi sobrefalto; que si bien no me avia parecido humana la diferencia se

podia atribuir al lugar de donde salia, y el engaño á mis temores. Finalmente, alentado con este discurso, bolví á ver lo que hacia, y hallé, que tenia desclavado un atahud, en que estaba un hombre enterrado, con un rico vestido. Acerquémeme mas, y vi, que le tenia comenzado á quitar. Pásse adelante, descubriale el rostro, reparé atento, y ví las señas, que decia el papel, que avia de tener el padre de aquel niño, que en mi misma casa por yerro me avian entregado. Confieso, que en esta ocasion quedé sin saber á lo que avia de resolverme. Advertia, que aquel era el amante de mi hermano Don Geronimo; y inferia, que el alboroto que en su casa avia la noche antes, era ocasionado de su muerte. Hallabame pesoso de que no pudiesse cumplir la palabra, que le avia dado, y entre estas dilaciones conocia, que él avia sido quien por verme hablar con su hermana avia intentado mi muerte, y el que de mí azero la avia con violencia recibido: confiriendo estaba todas estas cosas en mi confusa idea, quando ví, que Don Geronimo se movia, y con un suspiro semejante al que oí al tiempo de caer, se sentaba en el atahud. Aquí fue donde huve menester mas valor; porque como (según los indicios, y presunciones mias) me hallaba en un sepulcro lleno de cadáveres frios, con un hombre, á quien

avia quita lo la vida, pude temer, que el moverse era para mi daño, y que Dios me embiaba para instrumento del castigo, à quien avia padecido mi crueldad, y ocasionado su ofensa. Mas ausentò à este temor el vèr, que mirando à todas partes estrañaba el lugar en que se veia; y aunque mudo con la novedad, publicaba con la admiracion, lo que callaba la lengua.

Despues de aver estado en esta suspension larga distancia, puestos en mi los ojos, rompiò el silencio; que à entrambos nos tenia confusos, diciendo: Ni yo puedo saber quien sois, ni si es sueño, ò locura de la fantasia, la que me obliga à vèr cosas tan estrañas, y tan nuevas. Por vuestra vida, que pues en el traje parecéis Cavallero, correspondais con las obras à la apariencia del traje, y me digais, què quereis, ò quien os traxo à este lugar, pues de mi yà presumo, que el averme tenido por muerto me tiene en el estado presente. Atento à la cortesia de sus razones, le preguntè su nombre, para acabar de confirmar mis sospechas. Respondiòme, y quedè satisfecho de que no se avia engañado mi primero pensamiento. Referile brevemente lo que me avia sucedido en orden à mi entrada en aquel funebre sitio, y exortèle à que esperasse en Dios, y tuviesse por cierto, que pues avia ordenado, que yo entrasse adonde pudiesse favorecerle, despues de aver per-

mitido, que la codicia de otro le huviesse descubierto: seria tambien servido de darle cumplida salud. Lleguème con esto à èl, y facandole del atahud, con el mayor cuydado que pude, por no hacerle daño en las heridas, de cuyo dolor se quexaba, le puse sobre mis propios ombros. El pagaba en agradecimientos el beneficio que yo le hacia, y yo deseaba esforzarle mas, para què siendo mayor la piedad, fuesen los merecimientos mayores. Tomè la luz, y de esta suerte comencè à subir la escalera, que al que huyò sirviò de instrumento de su ausencia. Sali con algun trabajo à la Iglesia, y sin hallar, ni vèr persona alguna, me fui acercando (siempre con el noble peso, que la piedad me avia hecho tomar) à la puerta de la calle. Temia yo, que avia de estàr cerrada; y que tan salto de regalo, y abrigo, le avia de pasar Don Geronymo muy trabajosamente hasta la mañana; mas sucediò de otra suerte, que pensè, pues llegandome à ella, hallè, que estava abierta. La causa (segun despues se averiguò) fue, que el que estava abriendo el atahud era el Sacristan, y las voces que daba, y à mi tuvieron tan confuso, fueron llamando à un muchacho, que tuviesse la luz mientras èl quitaba à Don Geronymo el vistido, con que como à noble le avian enterrado. Viendo, pues, el ruido, que yo al caer avia hecho, y no sabiendo qual pu-

dicí

die
van
tos
dor
alie
ani
se
ace
alli
à D
avi
lia
que
sali
may
que
pue
de
Sa
te q
ave
var
pon
dad
ron
bre
ma
esta
to,
el i
mi
à u
labr
dos
à D
nafi
lo,
def
reg
tid

diessè ser la causa, pensò que se levantaban contra èl todos los yerros moradores de aquel infausto domicilio, y comenzò à huir sin aliento. Mas como se reparasse de animo en otra Capilla, y no oyessè ruido en la bobeda, bolviò à acercarse à la boca de ella; desde allí me viò al tiempo, que llegaba à Don Geronymo, y creyendo que avia baxado por el hueco que salia à la calle, cò el mismo intento que èl avia entrado por la Iglesia, saliò à dár cuenta à la justicia, y mayor la priesa, ò turbacion, con que iba, se olvido de cerrar las puertas con las llaves, contento de dexarlas juntas.

Salia, pues, (ò amigos!) de la fuer- te que acabo de decir, quando sin aver dado muchos passos, para llevar à Don Geronymo à su casa, y poner en su remedio todo el cuydado, y diligencia possible, llegaron à nosotros gran tropa de hõ- bres, prevenidos de diferentes armas, à uno de los quales oì decir estas razones: Ay tal atrevimiento, ni tan infame delito? Què por el interès de un vestido se determine à llevar tan atrevidamente à un muerto! Viendo, que las palabras de aquel, y los passos de todos se enderezaban à mi, pidièdo à Don Geronymo, que me perdonasse, le puse con piedad en el suelo, y metì mano à la espada para defenderme. Dixerõn me, el Corregidor estava presente; y advertido, de que à la justicia se debe

todo respeto, y veneracion, me reportè, y le dixè: Por las razones que he oido à uno de los que à v. m. acompañan, conozco que viene mal informado; y que mi accion merece nombre de infamia; mas yo le suplico, que antes que de credito à cosa, que sea en mi perjuicio, se informe bien de mi intento, pues para testigo dèl, y de mi abono traygo al señor Don Geronymo, persona en esta Ciudad, bastantemente conocida. Acercòse à èl oyendo mi informe, el noble Juez, y por averse hallado el dia antes en su entierro, quedò admirado de mirarle vivo. Preguntòle lo que sabia en aquel caso, y èl en breves razones le dixo, que despues del Autor de ella, si cobraba su deseada salud, la deberia à mi valor; pues su desfiento, y su soledad, y el lugar adonde se avia visto, bastàran à quitarle de temor, si al tiempo que bolviò de un desmayo no se hallàra en mi compañía: dixo quan bien le avia sabido consolar, quã bien avia cumplido con las obligaciones de noble, y que yo, segun se podia inferir de mi persona, lo era; cuya causa estava tã lexos de merecer castigo, que èl pensaba dár er premio su casa, su hacienda, y si fuesse necesario, su vida. Rogar me que refiriesse la causa de aver entrado tan à deshora en lugar tan extraño, y contè en breve quarto hasta acra, en dilatados periodos, parece que os ha servido de liscu-

ja, dixè, que quando lleguè estaba Don Geronymo medio desnudo; y por este indicio, despues de aver cerrado la Iglesia, y llevado preso al Sacristan parte de los Ministros, otra parte cuydò de que llevassemos à su casa al enfermo. Quise, quando le dexaba cerca, partirme yo à la mia; mas nunca fue posible, que èl lo permitieffe, diciendo, que la fuya era capáz de hospedarne; y mayor que ella mi beneficio, y su agradecimiento. Obedeci por no malograr sus deseos, y pasè adelante en su compañía. Llegò el noble Corregidor, llamò à la puerta, respondió desde el silencio, y tristeza que dentro avia una criada, y conociò quien era: diò cuenta à Don Pedro su señor, y pidió licencia para abrirle parecióle al anciano Cavallero, que le iria à ayudar à sentir la muerte de su hijo, por la amistad que entre los dos avia; y así mandò, que baxassen dos criados con luces à recibirles. Quando el Corregidor las viò, hizo que las apartassen, y subió adonde Don Pedro, Doña Maria, y Doña Antonia (que como dixè era hermana de Doña Clara) estaban entre funebres estrados, y obscuros lutos, celebrando con llanto la mal lograda juventud de su amado Don Geronymo. Quedamos todos afuera mientras ellos hicieron sentar al prudente Juez, que atento à que el subito gozo les podría dár algun accidente, con que tuviesse riesgo su vida, como

se viò en aquella Romana, que refiere Valerio, comenzò à decirles: Mucho me admiro, señor Don Pedro, y señores, de ver estos lutos, en tiempo que yo vengo à daros mil parabienes, aun que à mi mismo me los puedo dár, pues tanta parte me toca de vuestros buenos sucesos. Aseguroos, que nada pudiera llegar à mis oídos, que tan grande regocijo me diese, como saber, que no es muerto el señor Don Geronymo, y que debo estár quexoso; de que no se me aya dado aviso, para que participe de las alegrías, quien recibe como yo vuestras penas. Parte les suspendieron el llanto estas razones; mas como à lo que se desea se dà credito dificultosamente, burlaron sus parabienes, y aun comenzaron à sentir, que entrasse con aquellas burlas, en ocasion donde era tan verdadero su sentimiento. Viendo que con esta prevencion yà no les cogeria impensadamente el regocijo, hizo que metiesfen à Don Geronymo; no avia querido subir sino en mis brazos, y así pude entrar con èl, hasta donde la noble familia se affigia, y le lloraba. Quedaron todos tan absortos, y tan subitamente llenos de alegría, que apenas tuvo por donde salir la passada tristeza. Comenzaron los criados à descolgar los lutos, su madre, y Doña Antonia à prevenir regalos, con que alentar à su hermano. Tocábanle muchas

veces el rostro para defengañarse de si era él, ó alguna imagen fingida con la fuerza de su imaginacion. Todos andaban alegres, y solo yo estaba triste de no ver con su madre, y hermana à la hermosa Doña Clara. Despidióse el Corregidor, mientras cuidaban de desnudar à Don Geronymo, el qual, entre sus dolores, advirtió à sus padres, que no permitiesen que me ausentasse, sino que me hospedassen, y regalassen como à su misma persona, ó como à quien avia sido el medio de su salud, si Dios fuesse servido de darsela. Llamaron al punto à los Cirujanos, que admirados de la novedad, vinieron à oír las reprehensiones de Don Pedro, y à ver con sus mismos ojos su engaño. De aqui lleguè yo à presumir, que sin duda avian afirmado, que estaba muerto, y por esto le avian enterrado, no siendo lo que les obligò à creerlo, sino un desmayo, que de la falta de la sangre, que le salió de las heridas, le avia puesto en aquel punto. Despues de averse las curado, y averse ellos despedido, me rogaron sus padres, que les contasse todo este suceso, y la ocasion de averle hallado. Dispuseme à darles gusto con las mejores razones que supe, teniendoles un grande rato pendientes de novedad tan estraña.

Con esta alegría trataron de recogerse, y de darme à mi lugar para que descansasse, como si le

pudiera tener mi corazón, sin ver à la causa de todos estos accidentes. Al siguiente dia me informè de una criada, la qual me dixo, que temerosos de nuevos daños, la avian sus padres metido en un Convento. Como yo avia presumido mayores penas de tan grave causa, y mas colericos rigores de el enojo de Don Pedro, tuve consuelo, y aun juzguè, que aquello antes seria ocasion de que estuviesse recogida, que medio de dexarla castigada. Dexèlo assi, por atender à la salud de Don Geronymo, viendo lo que le importaba à mi hermana, y puse tal cuidado en ella, que dentro de quarenta dias estuvo de todo punto sano. Aqui fue donde se duplicò el gozo, y se aumentaron los parabienes, no aviendo quien à mí jurramente no me los diese; por el esfuerzo, y determinacion con que avia procurado su remedio. Yà que le vi en este estado, y de su convalecencia fuerte, le llamè à un aposento, y entre lo oculto de su silencio, y mi soledad, le dixè: A los varios agradecimientos que de vuestra boca he oido, por el beneficio que de mi recibistes, nunca he dado la respuesta que merecen, assi porque mi cordadad me detiene, como porque no se me debe tanto como pensais, si se atiende à que cumplí mi obligacion, y juntamente conseguí el interés de que no se viesse mi hermana con tanta pérdida

como ruviera, no pudiendo cumplirle la palabra de esposo, que le disteis, y siendo fuerza que se hallasse vuestro hijo, y mi sobrino sin padre. Confuso me respondió Don Geronymo, queme declarasse. Yo entonces lo hice, y dixequien era; referi quanto me avia acontecido, y lo que avia sabido aquella noche por el papel que la criada le embiaba. A toda esta relacion estuvo atento el noble Cavallero, mas quando llegó à saber, q̄ avian dado su hijo à un hombre, hasta que le dixequien era, ni podia consolarse, ni conociò al fofsiago. Confessòme toda la verdad, y prosiguiò, diciendo, que si yo quedaba satisfecho con que él se casasse con mi hermana, le pedia lo que él deseaba, le rogaba lo que pretendia, le persuadia lo que procuraba, y obligaba à lo mismo que admitia. Comunicò luego estas cosas con sus padres, dixoles quien yo era, la nobleza de mi sangre, la calidad de mi persona, y la prosperidad de mi hacienda. Encareciòles la hermosura de Doña Ana, la bondad de sus costumbres, la apacibilidad de su condicion; y ultimamente las obligaciones con que se veia obligado à efectuar tan dichoso casamiento. Añadiò tambien, que supuesto que no faltaba mas de su gusto para passar, en compañía de su amada esposa, una vida feliz, no le negassen, ni dilatasen lo que el Cielo le avia concedido. D. Pedro le

dixo, que atendiesse à que los casamientos de los nobles se han de hacer mas por razon de estado, que por consejo de el amor; y que así seria bien mirarlo con prudentes ojos, y cuerda determinacion. A esto respondió el apasionado mancebo, que era imposible hallar persona mas igual à sus prendas, ni mas digna del nombre de fuya, lo qual no juzgaba despues de rendido à su belleza, pues antes que le tuviesse avia atendido à emplear su amor en quien se hallassen merecimientos para igualarle; y que demàs desto avia entre los dos, sobre palabras firmes de matrimonio, prendas vivas en un hermoso niño. Quando sus padres oyeron estas razones, no replicaron à su resolucion, antes determinaron, que los dos bolviessemos à Madrid, y en nuestra compañía fua el anciano D. Pedro, para disponer las cosas, y avisar à Doña Maria, y sus hijas, quando estuviesse todo prevenido, pues entonces por averdado un accidente à Doña Clara en el Convèto en que estaba (si bien leve) no podia acompañarnos. Finalmente, sin que yo me atreviesse à ver à mi dueño, ni tratar cosa de las que pertenecian à mi fofsiago, hasta mejor ocasion, nos partimos. Con brevedad llegamos à la Corte, y en ella à mi casa, para que pudiesse corresponder mi liberalidad à su estimaciò, y mi diligècia en su regalo al cuidado que en el mio avian puesto.

Te

Tenia yá Doña Ana noticia de la desgracia de su amante , y por averse hallado la persona que se la diò en su entierro , estaba cubierta de luto, esperádo lo que resultaria de mi enojo; y persuadida à que yo le avria quitado la vida, por lo que del papel avia conocido. Nunca dexaba su hijo de los brazos ; ò yá porque veia en èl un retrato de su padre , ò yá porque temia no gozarle mas tiempo del que yo tardasse en verla , y satisfacerme de su amoroso atrevimiento. Entrè el primero en la sala, donde en la forma referida estaba lastimosamente afligida, y apenas bolviò el rostro para ver quien era , el que se tomaba tanta licencia, quando se levantò, y puesta la mano en los ojos, me dixo : Hipólito mio, yá conozco tu justo enojo, mis yerros, y mi desdicha. Yá veo que despues de aver muerto à mi querido esposo, vienes à executar en mi el mismo castigo, mas querria que advirtieses, que no soy yo la culpada, sino tu , que sabiendo que era mi dueño , le impossibilitaste de que me cumpliesse la promessa, y yo quedasse honrada en su compañía. No tienes para que desnudar el azero para matarme : pues con el gusto que me has quitado , y el amparo que he perdido , presto me faltará el aliento, y la vida: y en caso que no te satisfagas de esta suerte , tenga yo la pena que merezco , no este inocente , que en nada ha tenido

culpa. Perdonale , sino porque es hijo mio, porque tiene sangre tuya, que con esto partirè contenta, que tu quedarás bastantemente vengado. El dolor, el ansia, y pesares con que Doña Ana decia estas lastimosas razones, me tenían desceoso de quitarle la causa de donde procedian. Entrò Don Geronymo à este tiempo en la sala, y como à quien le importaba desvanecer estos pesares , por los que èl participaba, se llegó à ella (que aun se tenia cubiertos con la mano los ojos , esperando la satisfacion de mi afrenta) y la dixo: Dexad, señora mia, el lláto, que vuestro sello se huelga de vivir para pagaros estos afectos en el amor que hasta aora os ha tenido, y tendrá, mientras le durare el conocimiento del vuestro. Quando Doña Ana conociò la voz , y descubriendose, viò à su querido amante, sin poder hospedar en el pecho tan subita alegría, ni tener fuerza en los brazos, cayò desmayada en los de Don Geronymo. Iba por el accidente de su madre , à caerle el delicado , y hermoso niño, mas à este tiempo llegó Don Pedro su abuelo à darle lugar en los suyos , y luego à su tierno rostro en sus mexillas, con tanto gusto , que se olvidaba del desmayo de su madre con el contento del nieto. En este tiempo hizo Don Geronymo , que dos criadas facasen à Doña Ana del tormento, con que suele traer los pechos de las da-

mas su cuidadoso asèo, y juntamente, que le quitassen el luto, que traia por su muerte. Puhieronle un vestido lucidamente costoso, y al cabo de media hora, bolviò en su primero acuerdo; de fuerte, q̄ quando se pensò sin esposo, se hallò en sus brazos; quando herida de mi azero, llongeada de mis razones; quãdo cubierta de luto, adornada de costosas telas; y ultimamente en alegre talamo, quando pensò ocupar sin ebrea tũba. Tal es nuestra ignorancia, aun en las mismas cosas que tratamos! Y tan diversos los pensamientos humanos de las disposiciones divinas! Previno se en breve tiempo todo lo necesario. Hicieron se las diligencias comunes, y embiamos à llamar à Doña Maria, y à sus hermosas hijas, la qual respondió, que Doña Clara estaba apretada de la enfermedad con que la dexamos, y por esta causa no sería posible hallarse à celebrar la boda con su presencia, y alegría. Quando yo oí esta respuesta, mudado el color, perdido con el gusto el silencio, comencè à manifestar mis penas, y mi amor. Admirò se Don Pedro de mis estremos, y para satisfacerle, contè los desvelos que me avia costado, y el intento, que siempre avia tenido de ser, como su amante, su esposo. Don Geronymo daba priessa à sus bodas, y así se efectuaron, con mucha alegría de su parte, y limitada de

la mia, que siempre andaba con la memoria en el peligro de mi dueño. Bolvimos (dexando en este estado las cosas) à Segovia el noble Don Pedro, y yo. El cuidado que llevamos puede imaginarse, no referir se; por cuya causa pasarè à decir, que quando llegamos, nos dixerón, que la enferma estaba en el ultimo aliento de la vida, causado de la melancolia, y desconsuelo, que le avia dado pensar, que yà me avria perdido. O amor, què mal conoces al sufrimiento! què necio te dexas llevar de la impaciencia! què indiscreto te apresuras! què barba te resuelves à dar la muerte al pecho, adonde habitas! Si esto haces con quien te dà hospedage, dime, como te puedes escusar de ingrato? Por presto que quisièmos hablarla, hallamos, que la muerte avia malogrado su juventud, y trocado en insensible cadaver su embidiada hermosura. Llorè su desgracia, ò por mejor decir, la mia, con tantas lagrimas, que de industria parece que salian à manifestar mi amor, ò à anegar mis mexillas. Dixerón me, que me dexaba encargado entre otras cosas, que en su nombre (por averlo prometido así, quando quedò herido su hermano) visitasse el Templo de la Peña de Francia; y despues de averla depositado en el mismo lugar, que Don Geronymo estuvo, bolvi à Madrid, mi amada Patria; allí la inconstancia de

de las cosas, el tiempo, y mi cordura (que cordura es tomar consuelo en los males, quando no se remedian con las penas) me hicieron olvidar parte de tan lastimosa desdicha.

Passado poco menos de un año, me dispuse à cumplir el ruego de Doña Clara, que nunca como en la muerte se logran las demostraciones de amor. Mudè el traje de luto, con que hasta entonces avia celebrado mi tristeza, por el de peregrino, y dexando dos criados, para que dètro de quinze dias me aguardasen en esta Ciudad, cumplì cò el fervor, que puede su obligacion, y la mia. Las cosas que en el viage me sucedierò, parte sabeis, por averme sucedido en vuestra compañía, y parte remito para ocasion en que yo me vea menos cansado de referir sucesos, y vosotros de oirlos. Si han sido los passados prodigiosos, podrá juzgar vuestro juicio, q̄ à mí me falta justamente quantas veces los traygo à la memoria, por ser (si bien en los principios agradables) tan infelizes en los fines.

En la primera ocasion que huvo, contò Hipolito todos los demás sucesos, que dexamos referidos hasta este punto; callando siempre (por estàr presente Alexandro) el amor que à Aminta le debia, y la igualdad de su correspondècia. Quedaron todos con estas novedades satisfechos en su deseo, y despues de aver celebrado unos

sus glorias con aplauso, y otros sus pesares, con tristeza, deseosos de divertirla, rogaron à Don Carlos, que les dixesse algunos versos. El se escusò al principio, y finalmente se reduxo à cantarlos; yà que huviesse de decirlos; animando à su humildad, cò el adorno de la musica. Assegararonle de que seria el gusto doblado, si lo quisiesse lisongear de aquella suerte: Diòles el Alcayde un instrumento, à cuyas consonancias acomodò la voz, y dixo así.

Decidme ojos graves,

De color morena,

Como siendo luces,

Parceis tinieblas?

Como siendo rayos,

Son niñas las vuestras?

Y si fuisteis niñas,

Como sois estrellas?

He visto en vosotros,

Qué cosas tan nuevas?

De oscuros diamantes,

Nacer blancas perlas.

Teneis, siendo alegres,

Color de tristezas;

Mas es, que me traís

Èo que veros cuesta.

Si no es, que tal vez

Se disfraza, y llega

Amor encubierto,

Porque no le vean.

Pastores del valle,

To sè de experiencias;

Que no valen armas;

Contra sus cautelas.

Guardaos de sus tiros;

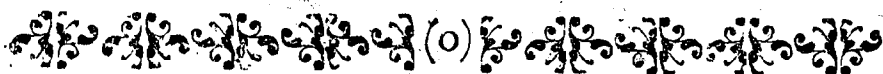
O tener por cierta

*Una muerte dulce,
Una alegre pena.
Pues quando pensais
Hallar su belleza,
Hallareis dos rayos,
Fuego , amor , y flechas.*

Celebróse la voz de Don Carlos, de fuerte , que él comenzó à persuadirse, que era injusta su desconfianza , y que hace mal quien la tiene ; pues si el mismo dueño desacredita sus cosas , ni le queda

que esperar, ni aun merecè oír sus alabanzas en las bocas ajenas.

Otras muchas letras, y epygramas se dixerón , y cantaron à diversos propositos , que yo ocultó; por no gastar en ellas demasiado tiempo, por no ser de nuestro proposito, y porque este discurso tenga fins dandonos para las novedades futuras y à pacifico descanso, ò yà mejorado aliento.



HISTORIA DE HIPOLITO , Y AMINTA.

DISCURSO QUINTO.

Nunca descubre los quilates de su valor la fortaleza de un animo invencible , hasta que llega à tocar la piedra de los trabajos, y acrisolarse en el fuego de los peligros ; porque como esta virtud se ordena à tolerar los males , entonces parece mas , quando ellos son mayores. Por medio de las demás virtudes se hace un hombre digno de alabanza (así lo siente el Filosofo.) Mas por esta se hace digno de alabanza , y de memoria de aquella con los presentes, y de esta con los futuros siglos. De aqui

infero, que la fortaleza es mayor, que otras virtudes adquiridas , si se toma su grandeza , por la parte que se dilata mas su conociamiento. Otras virtudes adquieren inclinacion para el sugeto que las tiene : mas la fortaleza , inclinacion , y respeto , acompañada del amor de la patria , hizo en los antiguos Romanos increíbles acciones ; y imperada de la caridad, ha hecho en los Christianos prodigiosos Martyres. Es la fortaleza en la paz embidiada, en la guerra temida ; es el brazo de la prudencia humana la seguridad de los ami-

amigos, y el asombro de los enemigos. Pocas veces se ha visto ser pobre un ánimo fuerte, porque esta virtud sabe adquirir riquezas; así consta de muchos lugares, que consultando la brevedad, no reflexiono. Ella à hecho Reyes, conservado Ciudades, y defendido Republicas. Finalmente es uno de los adornos del alma, y uno de los instrumentos de la felicidad del cuerpo. No faltaba esta heroyea virtud al noble Hipolito, hasta el presente estado de su fortuna, descubriéndose mas, quanto mas apretados eran los lances de sus desdichas. Estaba ya cerca de reducir à posesion las esperanzas de su libertad, y soltura, y por esta causa muy alegre: mas si bien se reparà, la alegría era injusta; porque quando un hombre se conoce desgraciado, entonces lo llega à ser superiormente, que tiene algun prospero successo, pues este se ordena muchas veces à mayores rigores de su estrella. Esto se verificarà en el presente discurso, puesto, que en medio de las esperanzas de un bien, se iban previniendo los principios del mal, que le avia de suceder. Por instantes mudaba à varias partes el pensamiento; y à le acometian las memorias de Aminta; y à los deseos de verla; y à el desconsuelo de averla perdido; y yà la dificultad de hallarla. Si le dexaban los afectos amorosos, comenzaba à procurarle la ira. Acordabase de Don Enrique,

veia el estado, à que le avia reducido por tantos dias; y entre tantos conceptos, unas veces se hallaba con mas amor à su dueño, y otras con mas odio à su comperidor. Llegòse despues de tantas penas el dia de su libertad, y de la de su amigo Don Carlos: fueronse à celebrarla en casa de Leonardo, con un sazonado conbite, donde Hipolito manifestò, que trataba de bolverse à Madrid, por los cuidados con que su familia le llamaba. Aquella misma tarde se partió, despedido de sus amigos, y à la siguiente llegó à Don Carlos pliego de Italia, en que se le daba cuenta de algunas novedades, en orden à la disposicion de su hacienda. Venian cartas de Doña Victoria para Alexandro, sin hacer memoria de su hermana Doña Marcela. Faltròle carta de su hermano, y como no avia sucedido cosa semejante, desde que se apartò de su presencia, comenzò à temer alguna desdicha. Deste temor nació la resolucion de partirse à saber lo que passaba, y cobrar parte de su hacienda, no obstante, que para esto yà avia embiado poder à Don Gregorio, como diximos, padre de Alexandro. Con parecer de su amigo lo puso en execucion; llegó à Barcelona, y embarcòse, para hacer (si bien à costa de mayor peligro) mas breve su viaje.

Entrò Hipolito en Madrid dentro de tres dias, para ser recibido con

Con el gusto que puede imaginarse en quien tanto deseaba, como Don Geronymo, y Doña Ana. Estuvo con sosiego algunos meses, al cabo de los cuales tuvo nuevas de que en Alcalá se hacian unas grandes fiestas, en memoria de el regocijo con q̄ otro tiempo recibieron los dichosos cuerpos de sus gloriosos Patronos, Justo, y Pastor, niños, que puso Dios en tan superior estado, ó para exemplo de constancia, ó para afrenta de varones crecidos.

Tenia nuestro Heroe (como ya dexamos advertido) en aquella Universidad à Don Alonso su hermano, hombre de grande ingenio, aunque en los estudios poco lucido, porque era de los que se fían de su agudeza, sin atender à que ella sirve para alcanzar las ciencias con mas perfeccion en menos vigilias, no sin algunos desvelos. Trataba del adorno de su persona de dia, y de la braveza de sus armas de noche. Vestia muy de ordinario, sobre un fuerte coleteo, diferencia de galas, que para este efecto tenia, en todo iguales à la calidad de su persona, porque si bien era segundo en su casa, la liberalidad de Hipolito no daba lugar à que se pensasse, que ay leyes, que por conservar el nombre de la familia, disponen, que de dos, ó tres hijos de unos mismos padres, el primero nazca mayorazgo dichoso, los demás infelices; el primero sea rico, los demás

pobres; el primero viva señor, y los demás, sino miseros criados, humildes escuderos. Era finalmente Don Alonso hombre de grande aliento, y de superior destreza: Raras veces se acompañaba mas que de una rodela, haciendose con ella, y su temeridad, lugar en todas partes, de manera, que sus amigos embdiaban su opinion, y sus enemigos su suerte. Ponia de ordinario con sus resoluciones temor, y con su valor escarmiento à quantos intentaban hacer dudo: so su aplauso, y cierto su peligro; siendo por esta causa ya amado de algunos, y ya aborrecido de muchos.

Llegò Hipolito à su casa, que era cerca de la Universidad, esperando que Don Alonso se recogiesse, por ser al principio de la noche; y en el tiempo que se dilatò su venida, comenzo à discurrir por los accidentes de su amor, antes mal logrado en Doña Clara con su muerte, y ya infeliz en Aminta; con tan diversas fortunas, ordenadas à apartarla de sus ojos. Disculpabala (aunque le avia estado tan mal su ausencia) por el peligro que tenia, y porque el amante, que sabe serlo de veras, primero ha de buscar disculpas à los defectos de lo que ama, que defectos à sus disculpas. En estos discursos estaba; ò en este tormento, donde eran cuerdas las memorias de sus dichas, y verdugo su mismo pensamiento, quando llegó D. Alonso

Yo en compañía de otro amigo, y compañero suyo (llamado Don Juan) natural tambien de Madrid, y hijo de ricos, y nobles padres, Dixeronos, que Hipolito esperaba en su quarto, y obligados de alegría de estas nuevas, entraron à darle los brazos, y hacer ostentacion de sus afectos. Cuidò Don Alonso de que se previniesse la cena, y el lugar en que su hermano descansasse, con animo de dexarle acostado, y bolver à cierta diligencia, que D. Juan tenia aplazada para aquella noche. Nunca dexan de manifestarse en las palabras, ò en las acciones los mas ocultos deseos, si no se miden con singular cuidado; y así se viò claramente en las de Don Juan, y Don Alonso su intento, y que trataban de bolver à salir de casa en dexando à Hipolito rendido al comun scsiego. Mas èl, ò porque la juventud le ocasionaba, ò por temor de que su hermano no tuviesse algun peligro, se determinò à decirles, que supuesto que huviesse de salir, les queria acompañar, para lo qual se persuadiessen à que los hombres cuerdos nunca estorvan, y muchas veces ayudan. Quisieron negarlo al principio; mas ultimamente confesaron su opinion, y todos tres salieron juntos. Las luminarias, que por la referida fiesta se pusieron, dexaron à la noche con presuncion de dia. Saliò despues una mascara à cavallo, que con diferentes distra-

ces, à un tiempo provocaban à risa por el donayre, y admiracion con el asêo. Corrian de dos en dos con blancas hachas en las manos; despertando en algunas piedras el fuego, para que aun ellas tuviesse en tanta fiesta luces, sino es que como dixo Hipolito, quisiesse; por ser tal la causa, alumbrar à los cavallos, para que passassen sin riesgo la carrera. Mas, ò instancia humana! O glorias de el siglo! O bienes de la tierra! Què brevemènte os apresurais al fin, y què dificultoso en vuestro principio! Què vilmente se emplea, quien os procura, si atiende à vuestra corta duracion, y à que en comenzando estais mas cerca de morir, que de vuestro mismo nacimiento! Acabaronse las fiestas por aquella noche, substituyò à las voces el silencio, y à la alegría de las luces, la obscuridad de las tinieblas.

Avia en aquella Villa una dama (llamada Constanza) à quien Don Alonso galanteaba, servia, y visitaba muchas veces, contra el gusto de su madre, y el suyo. Fundabase este odio, en que no era hombre D. Alonso, que permitia, que otros hablasen, adonde èl acudia, y en que era tanto el respeto con que le miraban, que aun alcázaba à las personas, en quien èl ponia su voluntad: cosa para Constanza tan penosa, que ningun mal le pareciera grave, como se viera libre de quien le guardaba tan cuidadosamente, y se hallara visitada, y regalada.

dá de muchos. Por esto (como dixen) aborrecia à Don Alonso, y intentaba quitar este embarazo à su gusto, dando titulo de recogimiento à lo que lleva fin de libertad, y comunicacion deshonestas.

Esta imprudente dama tenia dos primos, grandes enemigos de Don Alonso, ò ya por la presente, ò ya por distintas causas. Avialos hecho llamar algunos días antes, cõ animo de poner remedio. Consultóse lo que se podría intentar para conseguirlo; y viendo, que los ruegos no avian bastado, trataron de mas aspero remedio. Uno de ellos tuvo parecer, de que lo matassen; y aunque el otro no se opuso à este consejo, con todo esto haciendo con el silencio grave la dificultad, despues de aver estado un rato pensativo, les dixo: El matar à Don Alonso es cosa, en que tendrè tanta alegria, que no la podrá igualar ningun encarecimiento; mas siendo con nuestras manos, y estando èl de suerte, que se pueda poner en su defensa, ha de ser mas cierto que su muerte nuestro peligro, assí por su valor, como porque aun teniendo feliz suceso, no podrèmos excusar el escandalo de la Villa, el desafloso siego de nuestras casas, la pérdida de la hacienda; y puede ser, que de la vida, por ser el contrario tan poderoso, y tener de su parte tan valientes amigos. Supuestos estos inconvenientes, me parece, que se reduzga à la industria, lo que no puede con-

cluir nuestra violencia. A todos agradò su prevencion, y diciendole, que pues avia admitidos los daños, dièssè tambien la traza de lo que se avia de hacer: prosiguiò en esta forma. Yà es fuerza que sepais, que los balcones que se ponen de madera, con las aguas, y la humedad de la tierra, se pudrè a aquellas partes, que para su seguridad entran en el hieslo, con que se detienen, y afirman. Pues esto elige mi pensamiento, para medio de nuestra determinacion, y venganza. Assí que el uno de los q̄ Constantanza tiene en su casa, se ha de disponer de suerte, que con el peso de una persona se cayga, lo qual serà facil, aserrando los maderos, y dexando solamente lo que bastare à conservarle, hasta que puesto en èl nuestro enemigo (q̄ pues acude à ver tantas veces à Constantanza, no serà dificultoso, que ella lo negocie) se desprenda, y dando con èl en el suelo, le acabe la vida, ò le dexe impossibilitado de defenderse. Estarèmos nosotros prevenidos con otros dos amigos para entonces; cogèremosle, y sacandole con brevedad al campo, èl quedarà en su espaciosa soledad muerto à nuestras manos, Constantanza sin tan molesto estorvo de su virtud, y nosotros vengados, y contentos.

Puso aqui fin à su industria el cobarde primo de la libre Constantanza (que siempre son las trazas alevosas, hijas de animos cobardes) y

re-

reducidos al suyo los demás pareceres, fueron poniendo muchos días antes los medios necesarios, para que se efectuasse su intencion la misma noche de esta alegría, regocijo, y fiesta. Al cabo de ella, por hacer tiempo para el negocio de D. Juan, los llevó à él, y à Hipolito, el descuidado Don Alonso, en casa de Constanza. Subieron al primer quarto, sin que huviesse quié los estorvase, y hallaron, que estaba una de las principales salas llena de huéspedes, q̄ avian ido de Madrid à las fiestas. Entre los demás avia dos damas bizarramente vestidas. Las ropas, y los capotillos eran de telas; los sombreros llevaban muchas plumas, y los rostros iban cubiertos con delgadas tocas de plata; mas por aumentarles la hermosura, que por defenderlos de las injurias del aire. Venia con ellas otra, si bien no tan adornada de galas, no de inferior aséos; y aunque encubierto el rostro, al parecer, de mucho mayor hermosura. Quando Don Alonso vió tan alentada gente, llevado de la novedad, preguntó à Constanza, quien eran. Ella le respondió, que las dos eran parientas suyas, y los que las acompañaban sus ma-

ridos, y hermanos. Pasó su curiosidad à saber quien era la que estaba cō ellas; mas no tuvo noticia de quien fuesse, y así lo dexó, como cosa que no importaba demasiado à su intento, ò à su desseo. A la pasada respuesta añadió la engañosa Constanza, que no se fuesse tan presto, porque tenia que decirle. Esto decia, deseosa de efectuar la disposició de sus primos. El la obedió, y entretanto hizo, que Don Juan, y Hipolito se saliesen à otra quadra, que estaba mas afuera, para tener lugar de saber lo q̄ Constanza le queria, tan fuera de sus ordinarios desprecios. Sentaronse las forasteras damas en un estrado, y los demás ocuparon las sillas, que al rededor avia, à tiempo, que, echando menos à Constanza, la hicieron venir con ellas, y impossibilitaron de conseguir la intencion que tenia. Mientras se prevenia la cena, pusieron à uno de los forasteros un instrumento en las manos, para que cantasse. El puso conformes las cuerdas, y acompañado de sus consonancias, dixo este epigrama à la imprudencia de un Almendro, que se adelantó à tener flores, para experimentar los rigores de Febrero.

Apenas de la dulce Primavera

Tu imprudente ver dor los labios tota,

Quando hecho blanca lengua de su boca

Te vi instrumento de su voz primera,

Pronuncian vanamente lisongera

Conceptos, flores su esperanza loca,

HIPOLITO, Y AMINTA.

*T à risa de otras plantas se provoca
 Tu leve adorno, y presunción grossera,
 Mas quando vès, que del Invierno elado
 El fiero aliento es de tu error testigo,
 Son lagrimas tus ojos engañado.
 La yerva esmaltas, quedas sin abrigo,
 Y mirando tu flor risa del prado,
 Lo que antes era risa, es ya castigo.*

Siguieronle con aplauso, y aceptación de todos estas decimas, probando, que en las penas de amor, la mayor de todas es, no poder gozar los favores de la cosa amada, quando de entrambas partes es igual el deseo.

*Ninguna pena, ò rigor
 En mi opinion ha igualado
 Al corresponder amado,
 Si es imposible el favor:
 Ser olvidado, es menor,
 Pues de no tener victoria,
 Es causa agena memoria;
 Mas aqui es mal tan grave,
 Que aunque en la gloria no cabe,
 Es pena de amor su gloria.*

*El aborrecido tiene
 También piadoso consuelo;
 Pues entre pena, y desvelo,
 Su dicha, y su amor previene:
 Presume, que se detiene
 Su bien, porque no ha perdido
 Ser su amor correspondido:
 Que tal vez en caso igual
 Trac consigo el mismo mal;
 Disculpa de averlo sido.*

*Menos mal en el zeloso
 Es la envidia que le aflige;
 Pues sus afectos corrige
 Un desengaño forzoso:*

*Aqui, el estar temeroso;
 Tanto el amor atormenta,
 Que con los zelos se aumenta:
 Pero à quien se ve estimar
 El bien, que no ha de gozar;
 Su amor, y su pena aumenta.
 Tal fin, ni el que està olvidado,
 Aborrecido, ò zeloso,
 Tiene rigor tan penoso,
 Ni tan infeliz estado:
 Solo el querido, el amado,
 Que à costa de sus desvelos,
 No puede ver sus dos cielos.
 Digno de lastima ha sido,
 Entre quien padece olvido,
 Aborrecimiento, y zelos.*

Alabaron todos el assumpto; y algunos debieron de ser los aficionados al Poeta (ò los que desearon parecer discretos) celebraron los versos; con esto dieron de nuevo licencia al musico, y el profugio despues en otras diferencias de tonos, y versos, hasta que una de las recién venidas damas, dando licencia el silencio, dixo: Aunque la musica es lisonja de los oidos, y pudieramos quedar satisfechos con la dulzura de tan suave voz; con todo esto; porque las ciencias son adutaciones del entendimien-

to, y acorde harmonia del alma, querriamos tener en la discrecion de la señora Aminta algo, que nos colmase el deseo, para que vean los presentes, que no se limita la sabiduria solo al discurso de los hombres, y que se apropian injustamente los estudios, por no se ver excedidos de nosotras. Ya Hipolito estaba donde pudo oir estas razones, por averse acercado à la sala para escuchar la musica, y llevado de la novedad, y del nombre de su prenda, paso en ella los ojos, y comenzò à confirmar sus dichas. La discreta dama daba à entender, que era mejor escusarse con humildad, que no atreverse con soberbia: mas unos, y otros la porfiaron tanto, que ella se dexò vencer cortesmente. Poco antes avia querido descubrirse Hipolito, y entonces se detuvo, por no interrumpir el silencio en los circunstantes, y perder un rato, en que tal gusto esperaba, oyendo por medio de la voz de Aminta la excelencia de su entendimiento. Atento, pues, en esta accion, y cuerdo en su alegría, diò toda el alma à la bellissima dama, que con aplauso comun, aunque con verguenza propria, ponìa à su discurso este principio.

Muchas veces parecen mas las cosas por estrañas, que por grandes, quitando la novedad el credito à la grandeza. Esto es lo que San Agustin dice del milagro de Christo en el desierto, sustentan-

do tan excesivo número de hombres, y mugeres, como si no fuesse mayor alimantar à todo el mundo cada dia de nada, que à aquella gente uno solo, aunque con tan limitado alimento. Digo, pues, que si bien lo que con mis estudios he adquirido merece alguna alabanza; cò todo esso, por ser muger, y estraña esta novedad en nosotras, parece en mi mucho mayor, y mas dignos de aplauso mis desvelos. Bien quisiera poder escusarlo, mas porque no parezca cobardía, lo que fuera justo encogimiento, cuidadosa de satisfacer à vuestro deseo, aunque sea descubriendo mi ignorancia, tratarè alguna materia, que bien disuelta, no serà desagradable; porque los que enseñan, sino se valen de la claridad, siempre proceden con enfado, y se deslucen con la afectacion. Es la ciencia manjar sabrosissimo, mas depende del gusto con que se sazona; de donde nace, que muchos no la aprecen, teniendo culpa, no la corta capacidad suya, sino la oscura obscuridad de sus maestros. Jamàs he pensado yo, que puedo serlo; mas valgame de palabras comunes, para hacer mas universal la doctrina; y para que esteis ciertos, que procurarè claridad en lo que agora dixere. Tanto ha de ser mi cuidado en esta parte, que no quiero que falte, aun en el mismo sugeto; y assi, pues esta noche nos han dado ocasion tantas

luminarias, serà mi assumpto tratar de la luz, y de su naturaleza. Què indigna cosa es en algunos, que siendo lo primero que ven, sea lo postrero que saben, y aun no sè si lo que nunca entienden.

Aqui comèzò un dilatado, docto, y gustoso discurso, que yo por no unir tan diversas materias de xò, y por evitar molestias de prolixo, pondrè entre las demàs cosas, que por la misma causa he encomendado al silencio en otras ocasiones. Y despues de aver suspendido los animos de los circunstantes, prosiguiò, diciendo:

De esta tan excelente criatura, refiere treinta propiedades S. Dionisio. Es milagrosamente fecunda, como se advierte en la liberalidad con que à todos se ofrece, sin exceptuar à nadie, sin excusarse al pobre, ni anticiparse al rico, sin lisonjearse en lo precioso, ni alquear lo mas inundo: de dõde algunos tomaron ocasion para decir, que no avia sido criada en peso, y medida, como las demàs cosas, si bien esto se ha de entender con la limitacion que dice Santo Thomàs, no absolutamente, porque esto fuera darle titulo de infinita, sino respectivamente, y en comparacion de otras cosas materiales, à quien excede su virtud superiormente. Es la luz el instrumento, con que se comunica la influencia de los Astros. Añade fuerza à los cuerpos, y tal dixo, que es causa de la vida, fundado, en que de la luz se causa

el calor, y que este, no solo alienta los espiritus vitales en el hombre, sino que los produce, y cria, de dõde nace. hallarse mejor los enfermos con la claridad del dia, que con las tinieblas de la noche. Es increíble su celeridad, pues no se mueve poco à poco; antes ilumina en un instante toda la distancia, à que puede estenderse. Con esto se manifiesta tambien no ser cuerpo, pues à serlo, se moviera despacio. Tenemos por la luz la diferencia, con que se distinguen los dias, y las noches, dando al tiempo, segun està por ella repartido, el lugar de nuestras acciones, y à trabajando en su presencia, y yà descansando quando sentimos su ausencia. Es la mas agradable cosa, que tienen los sentidos, supuesto que lo viste todo con un resplandor, y color de oro. Què puede aver mas hermoso que la luz, pues no teniendo color, parece que se le dà à todo lo visible: Estàn las demàs cosas sin ella, en un pielago de fealdad, y confusion, y con ella en un abismo de distincion, y hermosura.

Ay dificultad, acerca de si son todas las luces de una misma especie, particularmente la nuestra, y la que tienen los Bienaventurados, en cuya controversia es mas probable la afirmativa, por ser sentencia del Doctor Angelico, y porque así se entienden con mas propiedad algunos lugares de la Divina Escritura. Si esta claridad

ha

ha d
ña, n
do di
yor e
breve
asun
dexa
no es
que n
que l
que l
hallar
de lo
con al
esta m
curios
aver h
bastar
obliga
mi con
tros ru
Adi
entenc
locuci
ritud
cion d
los qu
que la
prohij
decier
dos de
à una
que po
la glor
abforte
que co
fue Hi
pues lo
entenc
decia;

ha de ser en ellos propria, ò estrañna, no disputo, por no ir eslabonando dificultades, donde sea la mayor el verme libre. Esto es lo que brevemente he podido decir del assumpto que tomè, si bien me ha dexado muchas cosas, ò porque no es facil su inteligencia, ò porque no os sirviessè de molestia lo que procurasteis para lisonja. El que lo mirare à buen resplandor, hallarà, que yo he mostrado algo de lo que en mayores materias, con algunas vigiliass he adquirido, esta me pareció escoger por mas curiosa, si me huviere declarado aver hecho officio de luz; y si no, bastaràme aver cumplido con la obligacion en que me pusieron mi cortesia, mi obediencia, y vuestros ruegos.

Admirados quedaron quantos entendieron la propiedad de las locuciones de Aminta, la promptitud de los lugares, y la leccion de Autores, y mucho mas los que no lo entendieron, porque la admiracion algunos se la prohijan à la ignorancia. Enmudecieron todos, no sè si ocupados de la verguenza de oír hablar à una muger desta suerte, ò si por que pocas veces es eloquente en la gloria de una cosa, quien està absorto en la grandeza de ella. El que con mayor atencion escuchò fue Hipolito; ni esto es mucho, pues los demàs solo ocupaban el entendimiento en lo que Aminta decia; mas el con el entendimien-

to entendia sus razones, y con la voluntad amaba sus prendas, y su hermosura.

Gustàra Don Alonso, que su hermano hiciera alguna demonstracion de sus gracias; y assi, levantandose del lugar en que estava, pidió el instrumento à quien le tenia, y se le puso en las manos. Hipolito deseaba la ocasion, que su hermano le ofrecia, y recibiendo con singular regocijo, descubriendo un poco el rottro, y pidiendo, que bolviessen la luz, de suerte que no fuesse conocido; recorrió lostrastes, tocò las cuerdas, y cantò dos tonos graves, con tanta suavidad, y dulzura, que ninguno de los circunstantes quisiera perder tan apacible rato. Pidiòle Don Alonso, que dexando las veras en que tan diestramente avia procedido, pudiesse alegre fin con algunas burlass à la fiesta. Hipolito lo puso en execucion, y descubriendo la calle Mayor de Madrid en el dia de su Feria de San Miguel, cantò estos versos.

En el golfo de Madrid,

Que la Calle Mayor es,

Navega todo Piloto

El dia de San Miguel.

Andan en cohes cosarios

Pyratas de seis en seis,

Que tambien en estos dias

Ay para el bellon Argel.

Quando abordan dos navios,

Es cosa notable ver

Los conceptos que se gastan,

Si ya no ay mas, que han de hacer?

*Son las lisonjas las armas,
 Quien las tira el interés,
 Mal huviesse el Cavallero,
 Que allí espera , si es nobel.
 Navega con tal donayre
 Todo ligero baxel,
 Que entre las ondas de enaguas
 Tomon naufragio los pies.
 Cabo de buena esperanza
 Parece qualquier muger;
 Mas si es tal la possession,
 Como puede estarnos bien.
 Vi bolarse los escudos.
 De un preciaçõ Bachiller,
 De suerte , que pareció
 Desesperacion de Ingles.
 Y no es mucho , que huviessem
 Fin tan extraño , y cruel,
 Si al calor de cierta niña
 Polvora una anciana es.
 Por barros de Portugal
 Suelen comenzar tal vez,
 De amores con tal princio,
 Que fragil serà la fe el.
 Quien pesta con menos trapo,
 Busca mas humilde pez;
 Porque como es mar Madrid,
 Para todo pez ay red.
 Yo vi seguir à un galàn,
 Y le vi dar al iravès,
 Porque quiso recogerse
 Al puerto de un mercadera
 Es cada tienda un baxio,
 Un peligro que temer
 Cada joya , y un escollo
 Cada hermoso parecer.
 Este riesgo ay en Madrid,
 Quien ha de guardarse del,
 No navegue en tales dias,
 Ni se desconfie despues.*

Descuidada estaba Aminta de lo que le avia de suceder, y deseosa de ver al que cantaba, no porque ella huviesse imaginado quierera, pues nunca avia oido cantar à Hipolito, sino porque avia tratado de enubrírse, que para que una muger desee una cosa, no es menester mas de que se la oculten, ò que no le parezca facil. Llamaron à los huespedes, para que se sentassen à la mesa; levantóse con ellos Aminta, y pareciendole buena ocasion de conocer la persona del encubierto musico, se llegó cerca. El, que no quitaba de su beldad los ojos, atendiendo à que tenia lugar à proposito para darse à conocer, dexò caer el rebobo del ferreruelo. Apenas Aminta reparò en el con cuidado, quando sin hablarle palabra, ni darle tiempo, para que pudiesse lisonjearla con sus razones, le echò afectuosamente los brazos. Què poco eloquente es amor! Què de yerros hace inadvertido! Y à que de cosas se atreve animoso! Poco antes discurría la discreta dama, y hablaba con embidia de quantos la oian, y aora calla con verguenza de quien la adora. Poco antes dudaba que la viessem el rostro, y le cubria con un delgado velo, y aora estiendo los brazos, para celebrar el alegria de su pecho. O amor, por què te pintan con venda en los ojos, y no en los labios, si tambien enmudeces, como ciegas? Mas respon-
 de:

deráisme, que fue cordura pintarte de essa suerte, porque en los amantes siempre son las mas discretas razones las que dicen los ojos. Estuvieron en esta conforme union de los deseos, dandose mil parabienes de su dicha, hasta que llamaron de nuevo à Aminta, y consultando à su recato, fue forzoso ausentarse.

En el tiempo que sucedian estas cosas à los dos alegres amantes, advirtió Constanza, que entonces no se podria executar su intento, y así hizo avisar à sus primos de que no avia podido aquella noche, mas que à la siguiente acudiesen puntuales, para que cessasse yà de una vez su enfado, y su cansancio. Dixo tambien à Don Alonso, que lo que le queria decir era, que no dexasse de venir à otro dia, en ausentándose la luz del Sol, por si acaso le avia menester en algo. El noble Cavallero se lo prometió, y llegando à Hipolito, le dixo, que yà era tiempo de recogerse. Todos lo hicieron despues de averse despedido de Aminta, y de aver concertado verse en los toros, que à otro dia se avian de correr para mayor alegría de aquella comun fiesta. Passaronse de camino por la calle adonde D. Juan avia de hablar à su dama, y viendo que por ser tarde no podria tener efecto, llegaron à su casa, Hipolito celebrando interiormente su dicha; Don Alonso alentado con los favores de su engañosa Constanza;

Don Juan contento de ver el que tenian sus amigos.

Ocuparon con brevedad en diferentes salas blandos lechos, y nuestro Cavallero gran distancia de tiempo en celebrar con la memoria de su dueño el dichoso hallazgo de sus prendas. Decia (hablando consigo mismo:) O como se descubren en su condicion, que la fortuna es muger! O que mal hace quien la busca, pues siempre se esconde! Y que bien quien la dexa, pues siempre se le ofrece! O quan vil es en la mudanza, y quan breve en la permanencia! Dichoso llega à ser el hombre, que no conoce sus bienes; y dichosísimo el que padece sus males. Fundò esta paradoxa en que su rueda està en un comun movimiento, y así es fuerza, que para subir à los que están en el grado infimo, baxe à los que están en la cumbre. De aqui se sigue, que el prospero debe temer su caída, y el misero esperar que llegue su prosperidad; pues como es mejor tener esperanza, que temor, consiguiente tengo por mejor estado el que tiene algunos males, supuesto, que espera alegres bienes, que el que tiene prosperos bienes, supuesto que teme llegar à padecer terribles males.

Hacia contra la fortuna todos estos discursos, no obstante que se alegraba con la que avia tenido entonces. Admitió con esto el sueño, hasta q̄ la luz del siguiente

día le despertò, sin que bastassen los desvelos de la passada noche à ocasionar su quietud por la mañana. Vistiòse, y adornado de sus galas, salió à disponer las cosas, y prevenir lugares en las fiestas. Informòse de el que avia de tener Aminta, y tomò el balcon mas propinquo, para que la vecindad le hiciesse facil el verla, y comunicarla. No se engañò en esto su imaginacion, pues llegada la tarde, se puso de suerte la discreta dama, que solos unos yerros la dividian de su amante. Bien perdonàran los dos la fiesta de los toros, por ocupar el tiempo en tratar de su amor. Mas siendo fuerza en ella aver de asistir al cumplimiento de sus obligaciones, fue voluntaria en èl la asistencia con que siempre estava à sus ojos, contentandose con el lugar que les diò lo que tardaron en soltar la primera fiera. Allí supo Hipolito la causa que la avia obligado à salir de Salamanca, y advirtiò, que el no averle escrito desde Madrid, avia sido temor de que no llegasse alguna carta à su hermano (que yà avia sabido que estava bueno de la herida) con que se pudiesse en peor termino su seguridad, y en mas infelice riesgo su temor. Conociò tambien la calidad de las personas, à quien acompañaba, y que avia tenido su amistad por medio de su agrado, su donayre, y entendimiento. Allí quedò de todo punto cierto del amor que

Aminta le tenia, viendo q̄ la causa de aver oïdo aquellas fiestas en ocasion que significaba aver estado tan triste, q̄ aun hasta en el vestido lo mostraba, era parecerle q̄ seria (por ser la fiesta comun) posible verle en ella. Mirabala muchas veces, y siempre le parecia mas hermosa. Si la escuchaba, parecia mayor que todo lo demás su elocuencia; y finalmente, su belleza, su eloquencia, y su aseo, le dexaban mas enamorado, mas rendido, y mas ategre.

Comenzaronse à este tiempo los toros: fiesta, que si bien parece tener su origen en la antiguedad Romana, la continuacion se debe à la nacion Española; pienso yo, que debe de ser la causa de que en sola ella se conserve el ser los Españoles de animos tan superiores, y de alientos tan crecidos, que no se saben holgar, ni les parece que puede aver fiesta, donde no se exercita el valor, y faltan los peligros. Entraron en la plaza algunos Hijosdalgo forasteros, mas tan poco experimentados, que la valentia de los toros, les hacia tal vez risa del pueblo, y tal, lastima de sus amigos, y deudos; yà esmaltando con la sangre de los cavallos la rubia guedexa de los feroces animales; y yà midiendo con el cuerpo la arena. Vistas, pues, estas desgracias por Hipolito, parece deseoso de vengarlas, y parte cuidadoso de grangear con el aplauso comun mas fuerte amor en su dama,

ma,

ma
 se
 nes
 pro
 me
 esta
 rec
 hab
 dri
 pue
 con
 tici
 Sol
 ver
 ave
 te,
 del
 del
 su p
 ver
 cia
 su l
 am
 sino
 la p
 tar
 pro
 te)
 le,
 vesti
 dia
 assi
 oca
 ten
 Hi
 rab
 de
 cho
 ra

ma, hizo à un criado que ensillase su cavallo, y prevenido de rejonnes, que algunos amigos le avian prometido, se le traxesse. Brevemente le avisaron de que en todo estaba obedecido, y quando le pareció, que Aminta por bolver à hablar à una de sus amigas, no podría verle, se quitò del balcon, y puesto à cavallo entrò en la plaza con gusto de quantos tenian noticia de su resolucion, y destreza. Solo à su cuerda dama la pesò de verle en ella, por el riesgo à que se aventuraba tan imprudentemente, y comenzò en lo descolorido del rostro à dár algunas muestras del disgusto con que la inquietaba su pena. Todos estos efectos advertia Don Alonso, que por ausencia de su hermano avia ocupado su lugar; y conociendo por ellos el amor que Aminta le tenia, quiso, sino reducirle à que se saliese de la plaza (porque esso no podia estar bien à su reputacion, sin aver probado algunas veces la suerte) hallarse cerca para ampararle, si acaso se ofreciese. Estaba vestido de color, para lucir aquel día entre los demás forasteros, y assi pudo baxarse, y esperar à pie ocasion, en que manifestar sus intentos.

Sucedia tan dichosamente à Hipolito, quantas veces se aventuraba, que negando à todos lugar de tenerle lastima, se le daba à muchos de embidia, y à Aminta, para que perdiese los temores de

alguna inexcusable desdicha. Quebraba tan airoso los rejonnes, y tantos en un mismo lugar, que tal vez se impedian unos à otros, y los hierros de los passados defendian la cerviz del fiero animal, de los futuros. Corrido avrian seis à tiempo, que soltaron un toro tan valiente, que solo el temor de su fiereza bastò à desembarazar la plaza de toda la gente mas comun, quedando solamente algunos de los que mas atrevidos, y mas diestros, ò se fiaron en su valor, ò los alentò su destreza. Buscòle nuestro gallardo Cavallero, y esperò soslegado, que le acometiesse furioso; no se descuidò el bruto en procurar su ofensa, pues le embistió enojado. Pufole Hipolito el rejon en el principio de aquel nervio, donde està su mayor fuerza, y fue la fuerte tan dichosa, que sin que el alentado toro diese adelante un passo, quedó postrada su soberbia à los pies del cavallo, que glorioso de verle rendido, hiriendo con las manos la arena, parece que llamaba con los golpes à la celebridad, y aplauso de ran deseada fortuna. Eran los parabienes comunes, el gusto universal, el regocijo grande, el amor de Aminta increíble, la embidia de algunos necia, y el odio de uno solo imprudente. Este era Don Enrique, aquel Cavallero, que como dexamos referido, tuvo con Alexandro la reñida pendencia, de donde à manos de nuestro Hi-

polito salió herido en Salamanca despues de averle Aminta dexado, como tambien queda advertido. No sabia Don Enrique, que ella estuviessse en aquellas fiestas, pues solamente le avia llevado lo que à los demás, que era el deseo de entretenerse, y divertirse de los pesáres, con que le tenia su ausencia. Pues como por todas estas causas aborreciessse con estremo à Hipolito, y le huviessse en otras ocasiones buscado para vengarse, y entonces le conociessse, determinò no bolver à Madrid, sin tomar satisfacion de tantos daños, como del avia recibido. Esta digressión ha importado hacer aquí para inteligencia de los sucesos prodigiolamente estraños de aquella noche.

Bolviendo, pues, à la continuació de los presentes, digo: Que aconsejaron à Hipolito sus amigos, que se saliesse de la plaza, y no aventurasse la gloria adquirida, con alguna suerte adversa, ò que embiasse con un criado el cavallo, y se quedasse con ellos. Escogió este medio ultimo, y dándole lugar subió à ver lo que faltaba en su compañía. Lo mismo hizo tambien Don Alonso, esperando así los demás sucesos, que hicieron el regocijo mayor, sino mas gustoso.

Acabadas de esta suerte las fiestas, se despidió Hipolito de sus amigos, y en compañía de Don Alonso se fue à esperar, que Aminta, y las demás señoras bolviessen

à su posada. Procurò no perderlos de vista Don Enrique, para saber su casa, y reducir à efecto la intencion, que aconsejado de su enojo avia concebido. Fueles siguiendo desviado, y encubierto, hasta que los viò entrar en casa de Constanza. Parecióle, que aquella era sin duda su posada, pues aunque aguardò un rato, no salian, y dando buelta à la suya, previno algunos de sus amigos, para que le acompañassen.

Pocas veces ay en los mozos prudencia para preguntar si es justo lo que el amigo intenta, y siempre ay temeridad para acompañarlos, aunque las acciones sean feas. Por esto, sin que ninguno preguntasse adonde los llevaba; todos se dispusieron à seguirle, y esperar la ocasion que le pareciesse a proposito. En el tiempo que se determinaba esta imprudente quadrilla, llegaron à su casa Constanza, y sus nobles huéspedes. Apartaronse para no ser conocidos Hipolito, y Don Alonso, y dieronlos lugar para tratar solos de las suertes de aquel dia, y otras materias à que la conversacion se estendió en à quel breve rato. Pusieronse luego las mesas, y cenaron con alegria comun. Puesto fin à la curiosá, limpia, y bienazonada cena, con el cuydado que Aminta tenia de ver, y hablar à su amante, se apartò de los demás, y entrò à una sala, en que estaba solo Hipolito, por aver venido

nido Don Juan, y llevadole consigo à Don Alonso. Comenzò la noble dama à reñirle el peligro en que se avia puesto, diciendo: Señor Hipolito, con semejante accion se merece, ò desmerece, y assi se debe consultar el tiempo en que se hace. Al principio del amor, yo confieso que obliga, porque el atrevimiento agrada, el valor grangea, la fuerte dà gusto, y la resolucion enamora; mas en amor, que està yà tan crecido, aunque el atrevimiento agrada, la duda del sucesso atormenta, y asusta à la que ama; aunque el valor grangea, el peligro dà terribles penas; aunque la fuerte dà gusto, el temor le quita; y aunque la resolucion enamora, el aventurarse ofende. Por esto quisiera rogarle, que no tratasse de obligarme, agradarme, ni enamorarme de essa fuerte, pues si lo advierte bien, no està tan en los principios mi amor, q̄ esso no sea atormentarme, quitarme el gusto, y darme temor. El diò su disculpa, y la desenojó, prometiendo serla en todo obediente, y ella la admitiò, porque facilmente se admite lo que se desea. Continuaron entonces estas dichas, si bien le durarò poco, teniendo en ellas la misma duracion q̄ las flores, que nace cò el Alva, viven con el dia, y mueren con las tinieblas de la noche. Como ayia prevenido à sus primos Constanza para que su traycion se efectua se enonces, acudieron acompañados de otros dos

amigos à la calle. Dilatabase la diligencia que le tocaba à ella por averse ausentado Don Alonso, con cuya tardanza tuvieron ellos ocasiòn de cansarse de esperar, y aun de disponerse à matarle de la fuerte que pudiesen. Fingieron con este animo unas cuchilladas, las quales oyò Hipolito apenas, quando por desengañarse de si eran con Don Juan, y su hermano (que poco antes avia salido) abrió una ventana, que à la misma calle salia, y quiso asomarse por ella; era la misma en que estava el engañoso balcon prevenido para la desdicha de Don Alonso, y por esta causa, al punto que Hipolito puso en el los pies, desprendiendose con el peso de su persona, dexò el facil asiento que tenia, y diò con èl, y su maquina en el suelo. Al ruido que para caer hizo, dexaron la pendencia los que antes parecia tenerla, y se llegaron, pensando hallar à su enemigo muerto, ò impossibilitado de ponerse en defensa. Con la obscuridad que havia, no atendieron à mas de que se estava vivo, y que seria bien llevarle de allí antes que la gente de la familia saliese, para poder acabar de quitarle la vida en la muda soledad del campo, y darle sepulcro entre las ondas del cristalino rio. Vista la infeliz caída de su amante, sin aguardar à nadie huyó Aminta con toda prisa, mas quando salió à la calle, no hallò mas que las ruinas del deshecho balcon.

Admiróse de esta novedad, y descuidada, de que venía gente, no atendió à mas, que mirar una, y muchas veces, si veía à Hipolito, deseosa de saber, si era mucho el daño que se avia hecho. Los que acertaron à passar en este tiempo, fueron Don Enrique, y sus amigos, con animo de tomar satisfacion de sus passados enojos. Viendo à una muger de aquella fuerte se llegaron curiosos à saber lo que passaba. Conocióla al punto Don Enrique, y puso se à dudar brevemente lo que haria, ò ya para tomar venganza de sus desprecios, ò ya para perdonar sus desaciertos, por el amor que la tenia. Resolvióse à no castigarla por entonces, sino à cogerla, ayudado de sus compañeros, y llevarla violentamente à parte, en que la ocasión, y la fuerza la hiciesen conceder en una hora, lo que en tantos años le avia negado amante, regalada, y libre. Dió aviso à los demás desta determinacion, y cogiendola entre los dos, la vendaron los ojos, y la boca, y todos juntos la llevaron à la posada, donde Don Enrique acudia. Baxaron quantos se hallaron en la casa de Constanza al ruido del golpe que el balcon avia hecho en su caída, y viendo, que nadie parecía aver recibido daño, se volvieron adentro, sin echar menos por entonces à la infeliz Aminta.

Estaban en otra calle, no muy lejos, Don Alonso, y Don Juan,

quando todo esto sucedia; y vieron, que unos hombres llevaban à otro, que segun se pudo inferir, iba mal herido, ò muerto; mas no previniendo, que à ellos podría importarles, los dexaron passar, y se quedaron, para efectuar su intento. Habló Don Juan à su dama, esperóle aparte D. Alonso, y junto se volvieron en casa de Constanza, para irse con Hipolito à la suya. No se hallaron por la passada desdicha en ella, y así fue forzoso, que preguntassen, si se avia ido, ò donde estaba. Constanza les respondió, que saliendo de allí le avian herido, y que los agresores (segun avia oido decir) le llevaban al campo, para deslumbrar con la distancia del lugar en que fuese hallado, à la justicia, quando quisiese averiguar su delito. Decia esto la impia muger, por disculparse en su engaño, ò pesadrosa, de que se huviese trocado la suerte; ò finalmente deseosa, de que yendo à buscar à su hermano, encontrassen sus primos à Don Alonso, y acabassen ya con su muerte sus deseos.

Quando oyó esta nueva el noble Cavallero, y advirtió, q̄ aquel à quien llevaban en los brazos, y à quien él avia tenido tanta lastimia, sin conocerle, era su hermano: comenzaron à temblarle las manos de enojo, y rompiósele las entrañas de dolor. No pudo detener con el sentimiento las lagrimas, cosa que admiró mucho à

Const

Constanza; por el cruel natural, que conocia en él; y aun casi lastimada de verle, culpaba en su malicia el consejo, con que se avia ocasionado tanto daño: los demás que se hallaron presentes, no tuvieron admiracion de lo q veian, porque en cosas grandes debe ser grande el dolor, y como es el dolor, el sentimiento. En mi opinion, el llorar un hombre, antes es argumento de valor, que indicio de cobardia; porque pienso, que en semejante ocasion le sucede lo que à un pedernal herido del aze-ro. Es aqui la lumbre que sale, credito de la hidalguia de la piedra; y alli las lagrimas, centellas del corazon, que herido de las penas, muestra la piedad con que se acredita de noble. El llanto es de naturaleza blanda, liquida, y suave; y así se debe temer mas à un corazon que arroja lagrimas, que à una lengua; que multiplica amenazas; porque esta avisa con las injurias, y aquel con la piedad asegura, y engaña. Demàs, de que si lo advertimos cuerdamente, corazon que desecha lo que pudie-ra ablaudarle, unas veces lo hace lastimado, y otras para quedar endutecido. Así le sucedió à Don Alonso, pues sin hablar palabra, y sin hacer escrupulo de que le vies-sen, regó lastimosamente las mejillas con el agua de sus ojos. Sacó despues un lienzo para enju-gárlos, de donde presumo yo, que el llanto fue acaso, antes hacien-

do papel del blanco lino, y viendo que faltaba la tinta, quiso firmar con el llanto de los ojos la ven-ganza que proponia tomar en co-nociendo los autores de su injuria: Pierdese muchas veces el tiempo neciamente con el sentimiento de los males, quando, ò no son de todo punto ciertos, no se puede prevenir algun remedio en ellos: de lo qual advertido el animoso Cavallero, se salió en compañía de Don Juan, que como en lo de-mas se le hacia, tambien en el dolor, y la pena, y siguiendo las calles por donde avian visto llevar à Hipólito, llegaron à un portillo, que en la cerca avia hecho su noble antigüedad, por donde era fuerza aver salido al campo, en consecuencia de lo que Constanza avia dicho. Comenzaron à hacer varias diligencias para hallarlos, y à andando à todas partes presurosos, y yà poniendo en la tierra los oidos: traza con que avian persuadidosè, à que se oia mejor de noche en el campo; mas ni unas, ni otras bastaban à dexar-les con satisfacion el deseo. Llegaron con estas cuidadosas ansias à Henares, y el sacro Rio, entre su dudoso rumor, y el ruido de sus confusas voces, parece que murmuraba el suceso de que avia sido aquella misma noche testigo.

Divide la industria humana con una pressa sus corrientes, para que con menos abundancia de agua sea mayor el provecho de un

un molino, que posee en aquel distrito el Colegio Mayor de la Universidad, cuya fundacion se debe à aquel gran Principe, para cuya memoria seràn instantes los siglos: aquel que supo juntar à la Religion el Gobierno, la Razon de Estados, el Capelo, la Santidad, y la Milicia; Don Fray Francisco Ximenez de Cisneros, à quien ninguno nombra sin respeto, y toda Europa està reconocida. De suerte, que entrè la mayor del rio, y este brazo, que como digo, para el beneficio comun se dividì, quedà una Isleta, aunque pequeña, tan cubierta de blancos alamos, y otras diferencias de arboles incultos, que facilmente se perderà por ella quien no tuviere noticia de las sendas, por donde concediendo passò el molino, se suele andar todo el distrito. Llegaron, pues, à la margen deste brazo del rio los dos nobles mancebos con el cuidado, y la pena que dexo referida. Daba muchas veces Don Alonso, para aliviar el pecho, algunos suspiros, y entre ellos repetìa, lastimado de perderle, el nombre de su hermano. Una de las veces que le sucediò en aquel lugar esto mismo, oyò una voz, que si bien parecia estàr lexos, le respòdia. Acercaronse mas por la margen abaxo del rio, y tornando à llamarle, oyeron, que el misero Hipolito respondìa; y que por aver conocido en la voz à Don Alonso, formaba estas razones: Hermano, y

amigo mio, este est tiempo de acudir con todo cuidado à favorecerme, ò yà por el estado en que me veo, ò por el peligro, que en mayor tardanza puede tener mi vida. Viendo el piadoso, y alentado mancebo, que su hermano estaba de la otra parte de el brazo del cristalino rio, y que si reparaba en la profundidad, y acudia à pasar por el molino, podria ser, por lo que de su hermano sabia, que no llegasse su favor à ocasion, que pudiesse serle de provecho, determinò arrojarle al agua, y librarle del q̄ le amenazaba, à costa de su propio peligro. Puso la espada en la boca, la rodela sobre los ombros, y de esta suerte, sin esperar à mas, se echò atrevidamente en el rio. Viendo Don Juan las obligaciones que à Don Alonso tenia, y juntando à ellas la de su valor, y su sangre, se determinò à lo mismo; aunque con menos riesgo, por aver oido à su amigo, que no estaba tan hondo, como avian presumido, y que solamente le llegaba el agua à los pechos. Con esta confianza se arrojò, sin levantar sus armas: cosa, que le pudo reducir à demasiado aprieto, pues haciendo el agua fuerza en un broquel que llevaba, por dos veces le tuvo en estado, que huvò menester toda la pujanza del cuerpo para resistirle. Finalmente, vencido este riesgo, salieron de la otra parte, y procuraron aliviarse de el peso, apretando los vestidos. Llegaron

luc:

Juego adonde Hipolito estaba , y hallaronle entre unas ramas descompuestamente tendido. Cogióle por los brazos Don Alonso, para que incorporado les contasse , quien le avia puesto en tan infelice fortuna , y halló , que tambien sus vestidos estaban mojados. Esto dió mayor confusión á su pensamiento , y obligó á rogarle , que les dixesse si estaba herido , y que le avia movido á pedirles con tantas muestras de temor amparo , supuesto , que no veian á quien entonces pudiesse hacerle ofensa alguna. Hipolito les rogó , que le sacassen de entre aquellas ramas , y le pusiesen sobre la blanda yerva , que á trechos hace al espacio mas vistoso , y apacible. Ellos lo pusieron en execucion al punto , y él prosiguió diciendo.

Querido hermano Don Alonso, y noble Don Juan , amigo desde oy estaré mas reconocido á vuestro valor , y desde oy me hallareis mas prompto á la obediencia de vuestro gusto , que hasta agora lo he estado ; al uno por amistad , y al otro por parentesco. Ni esto será mucho , despues de tan superior beneficio , como es escusarme la muerte , que esperaba por instantes. No son heridas las que me amenazan con ella , si bien no puedo levantarme del daño que en este lado izquierdo , la pierna , y corazon han padecido con el rigor de un golpe. Lo que me ame-

nazaba con su crueldad , era una traycion que oireis agora , y que ya no temo , supuesto que el Cielo os ha traído en mi ayuda.

Despues que los dos salisteis de aquella casa , en que hallé con la presencia de Aminea el mayor bien , que pude desear (no he querido encubrir os mi amor , pues ya teneis noticia de quanto justamente me pierdo) oí un ruido de armas en la calle : como avia poco que os aviades apartado de mí , quise salir á ver si era la pesadumbre con vosotros (quien duda , que deseó de acudir á pagaros adelantadamente lo mi mo que agora haceis conmigo). Puseme en un balcon , que en la misma casa avia , y sentí , que sin poderme remediar baxaba violentamente al suelo ; del golpe quedé sin poder menearme , y estuve gran rato esperando , que saliese alguién de la familia á ayudarme. Llegaron en esta ocasion quatro hombres , y el uno de ellos , que se puso mas cerca , bolvió á los demás , y les dixo , que estaba vivo : Temí de estas razones alguna novedad , y por acabar de satisfacerme , dexé que prosiguiesen su intento. No me dexaron averiguar lo que procuraban en las palabras que decian. Antes me cogieron entre todos , y despues de aver dado buelta á algunas calles , me sacaron á la soledad , á quien en estos campos acompaña mucha voz al rio. Ca

principio, porque comencè à oírles decir. Caerdamente lo di(puso Constanza , noble fue la traza del balcon , pues por su medio pagará aora este infame los disgustos , y pesares con que nos tiene ofendidos. Bien sabia yo, que no podian decirse por mí aquellas razones, y que si hablara , conocieran que no era quien ellos pensaban; mas si al principio callaba curioso para oírles , despues disimulaba temeroso de que me darian la muerte, porque no descubriese estos secretos. Persuadime à que me sacaban al campo , para solo dexarme en èl ; y así antes ayudè à mi silencio con un desmayo fingido. Traxeronme à esta espaciosa margen, y al ponerme en el suelo , repararon en su engaño, y en que no era yo à quien buscaban. Dexáranme sin duda libre , sino advirtieran à que podría averles oído algunas cosas , que manifestadas à la justicia , ò puestas en las bocas del vulgo , les darian notas de infamia. Atentos à este riesgo de su honor , consultaron lo que se avia de hacer de mi vida. Huvo entre quatro hombres quatro mil pareceres : tal es la ignorancia , y la fragilidad humana! Yo, hermano, y amigo , esperando la sentencia de mi muerte , haciendo à Dios testigo de mi inocencia , y pidiendole con singular fervor me librasse de tan notable aprieto , ponía la esperanza en su misericordia, y por intercessora à su glorioso

la Madre, con que fue (como luego vereis) dichoso el suceso : mas quien se llegó à su piedad, que no hallasse consuelo ? Y quien se fió de su amparo , que no viesse desmentido el peligro , prevenidos los daños , y deshechos los riesgos? Aunque entonces quisiera tratar de defenderme , no pudiera aunque quisiera; así porque me faltaban las fuerzas , y no tenia armas (por avermelas quitado) como por ser tan desigual el numero de los enemigos. O amigos míos, quan sea , y quan horrible es la muerte! pues aun sin verla me obligaba à tan fuerte dolor esperarla. Finalmente , olvidando todo lo demás que me avia sucedido hasta el presente instante ; puse la atención en sus razones, y oí , que el uno decia , que yo sin duda estaba muerto, y que era escusado el temor que tenían. A este parecer en mi favor , daba yo mil alabanzas , y rendia varios agradecimientos , à fazon , que otro se le opuso, diciendo, que seria muy posible estar vivo; y así seria cordura para quitar estas dudas , darme algunas heridas , y enterrarme en medio de aquella espaciosa campaña. Con el voto deste cruel contrario mio , se me cubrió de elado sudor el rostro, y tornè à hacer de nuevo consideraciones de mi pasada vida , y à tener pesares de no aver procedido cuerda , y atentamente en el discurso della. El tercero se conformò , en que se me diese

die
terr
pue
cio
agu
yo r
taba
esta
conf
mue
esta
bia l
echa
pues
yado
cuyo
y por
das
se ah
te à r
cia. C
ultim
cirla
termi
fuerz
nadar
el ag
qued
su cru
y ent
fo de
nas, q
un pe
gram
pase
Quan
buena
dió as
con a
do, les

diessen las heridas, mas que el enterrarme era pensamiento necio, pues podria (con menos cansancio fuyo) darme sepulcro entre sus aguas el caudaloso rio. Antes que yo me pusiese à ponderar, que estaba mi negocio en infelicissimo estado, pues avia yà dos pareceres conformes en que se me diese la muerte, oì que decia el quarto de esta vil consulta, que lo que se debia hacer en semejante caso, era echarme sin heridas en el rio, pues supuesto que estaba desmayado, yo mismo me ahogaria, cuyo medio cessaban sus temores, y por otra parte no llevando heridas, quando despues pareciese ahogado, se atribuiria mi muerte à mi desgracia, y no à su malicia. Conformaronse todos en esta ultima traza, y trataron de reducir-la à efecto. Quando oì su determinacion, cobré un poco de esfuerzo, y previne, que sabiendo yo nadar, podria en echandome en el agua passar de estotra parte, y quedàr libre de aquel aprieto, y su crueldad. A este tiempo llegaron, y entre todos me arrojaron al curso de las aguas. Vine en ellas apenas, quando como si despertàra de un pesado sueño, comencè à alegrarme con la libertad deseada, y pasè nadando à esta margen. Quando la india esquadra viò mi buena dicha, y su yerro, reprehendiò asperamente à su amigo. El con animo de remediar lo pasado, les aconsejó que fuesen, pues

yo no podia huir, y passassen à este lugar por un molino, que significaron estar algo mas arriba; con que aviendo escapado de uno, empecè à temer otro nuevo, y mayor riesgo. Lo mas presto que pude, si bien arrastrando por el suelo, me procurè meter entre estas ramas, para que no me hallando; dexassen de executar los pesares, que tenian por su yà referida piedad. Esto esperaba, quando oì la voz de D. Alonso, con cuyos ecos animado, y mejorado de aliento, esforcè la mia para llamarle, y pedir el favor que de sus manos tengo. Instrumento sin duda de las divinas, que en la mayor necesidad socorren al misero, al necesitado, y afligido. Lo que de estos trabajos he sacado, aunque tan à mi costa, con singular alegria, es aver hecho experiencia del amor, que como hermano me tiene, y de quan nobles, y honrados amigos se acompaña: pues por èl, por mi, y por su honor tan alentadamente se aventuran; à cuyo amparo, y à cuya accion, hecha en defensa mia, como oy me veo obligado, toda mi vida estare reconocido.

Viendo Don Juan que Hipolito avia callado, y que decia por estas razones ultimas, le pagò en otras discretas cortesias, y advertidas, los ofrecimientos que le hacia. Mientras ellos estaban correspondiendose de esta suerte, se puso Don Alonso à discurrir por lo

lo que su hermano avia dicho, quien serian los que aviado lugar à tan àlevoso intento; mas à los unos su cõrtesia, y al otro sus discursos, atajò el ruido de alguna gente, que se les acercaba, diciendo : Què rebeldes han estado en abrirnos en el molino! Otro respondiò : yo lo confieso, mas debe traernos muy alegres el ver, que no han conocido à ninguno. Por esta conversacion se advirtiò, que los que venian eran los que primero avian intentado la muerte de Hipolito crueles, y yà llegaban à darfela atrevidos. Pusieronse en pie Don Juan, y Don Alonso, previnieron sus armas, y esperaron que se acercassen. Ellos lo hicieron cuidadosos, mas saliendo por un lado los dos valientes amigos, empezaron à tirarlos tan fuertes heridas, que los dos de ellos quedaron luego en la campaña muertos, y los otros dos se arrojaron al río, haciendo aora la fuerza, lo que para matar à Hipolito les avia querido hacer emprender la malicia. No se echaron trás ellos, por bolver à coger en los brazos à su noble hermano, y amigo, al qual traxeron à la Villa con no poco trabajo; y por si acaso les buscaban en su casa, le llevaron en casa de otro amigo suyo. Cuidaron aquella noche del remedio de Hipolito, y luego de su descanso, esperando, que algunas de estas novedades se descubriesen con el dia,

Desde este punto, no pudo ocultarse à Don Alonso, que era el mismo à quien buscaban, para hacerle tanto daño, por aver conocido, que uno de los que quedaron muertos en el campo, era su competidor en los amores de Constantza. Atendia à que ella tambien avia ayudado à la traza, segun lo que Hipolito avia referido, y confirmaba este pensamiento el enfado, con que siempre le avia tratado; pues tal vez le avia dicho, que era estorvo de su gusto. Veia que avia querido quitarfela à su libertad con medio tan aspero, como su muerte, y en lugar del pasado amor que la tenia, granjeaba nuevo aborrecimiento, con que proponia la venganza.

Estabase Don Juan, y Don Alonso en casa todo el dia, y à la noche salian à informarse de lo que passaba, y à buscar à los otros dos sus contrarios, para hacer su suerte conforme à la de sus yà muertos amigos; mas es tan cuidadoso el temor, y sabe guardar tambien à los que le tienen, que no bastaron diligencias para hallarlos. La segunda, que los buscaron despues de los referidos, successos, bolvieronse descuidados à su casa, oyeron junto à la puerta de una posada grande alboroto de gente. Llegaron à saber la causa, y hallaron miserablemente muerto à uno de sus mismos enemigos. Estaba à su lado una muger bañada en su misma sangre, y casi en

los últimos términos de la vida. Acercóse Don Alonso para reconocerla, y vió que era Constanza: mas le admiró este, que los passados sucesos; y si bien él la avia buscado, para executar semejante rigor en ella, con todo esto, ó la piedad, ó la nobleza, que hace á un hombre, que facilmente perdona las injurias, le obligó á que se lastimasse de verla en tan miserable estado, y á que mientras se ponía remedio en la salud corporal, le procurasse algunos medios de la eterna, llamando á quien la confesasse, que essa, en todos los casos en que se vé á riesgo la vida, ha de ser la primera diligencia. Acudió á esto con Christiano fervor un Sacerdote, y mientras él se ocupaba en tan piadoso, y tan fanto exercicio, quiso saber D. Alonso quien avia sido el que se avia adelantado á lo mismo q̄ su enojo procuraba. Entró con este intento en la posada; donde apenas fue conocido de la huespeda, quando, llena de turbacion, y miedo, le dixo: Señor Don Alonso, por el amor que siempre he tenido á vuestras buenas prendas, debeis ampararme en la ocasion presente. El cuerdo Cavallero la respondió, que mirasse lo que deseaba que hiciese por ella. A estas razones dixo la afligida muger, que por entonces no queria mas de que la sacasse de allí, y la pudiesse en salvo, antes que la Justicia viese. Parte por saber despacio el

origen de tan impensada novedad; y parte, porque á qualquier muger (por serlo) debe un hombre bien nacido, amparo, y veneracion, la llevó consigo, dexando á Don Juan, para que bolviesse con el Sacerdote hasta su casa; pues quando no fuera deuda precisa, era obligacion cortés acompañarle, y dexarle seguro en ella. Poco despues, que la referida muger avia salido amparada de Don Alonso, y yá que Don Juan avia cumplido con lo que su amigo le dexó encargado, llegó el Corregidor, á quien se avia dado noticia deste caso, hizo que llevassen á Constanza á los ojos de su madre; que la recibió llorosa, y afligida. Vió, que el otro estaba de todo punto muerto, y comenzó á hacer inquisicion de quien eran los homicidas. Entró para esto en la posada, y halló al dueño della, que acababa de venir del campo, por cuya causa no podia saber cosa de lo que le preguntaban. Llamaron á las criadas, para que dixessen lo q̄ sabian; mas ellas se disculparon, diciendo, que solamente su señora podia saber lo que passaba, por que atendiendo ellas al cuidado de su obligacion, no se avian divertido á ver lo que no les importaba. La huespeda estaba, como diximos, ausente, y así lo que entonces se averiguó, fue de poca, ó ninguna importancia.

A la casa donde Hipolito, para mayor seguridad, estaba oculto,

llevò D. Alonso à la affigida muger. Bolviò tambien brevemente Don Juan, y puesto cuidado en que nadie abriessè la puerta de la calle, sin conocer à quien llamaba; ella se soslegò, y cobrò parte del color perdido: rogòla Hipolito, que entrasse adonde èl estava, y no temiesse, que le avia de faltar amparo; ella le obedeciò, y entrò en su sala, para que viesse una muger de razonable traza, y ayroso despejo. Serian las nueve à este tiempo, y así tratò Don Juan de que la cena se previniessè. Traxose tan puntual, como sazoadamente, porfiaron à Justa (asì se llamaba la desconsolada muger) que cenasse, y perdiò cortès, y vencida de tantas porfias el recato, que le aconsejaba, ò su afficcion, ò su verguenza. Despues de aver levantado la mèsa, manifestò Don Alonso, como el que estava muerto era uno de los principales agresores de el daño que su hermano padecia: añadió, que era un primo de Constanza, y que à ella tambien la avia hallado casi en el estado mismo. Esto obligò mas à la curiosidad de Hipolito, para que deseasse saber esta novedad de la boca de Justa, como quien tenia mas cierta noticia de ella. La yà cuidadosa muger, viendo la cortesia de tan nobles mancebos, y el deseo de el piadoso enfermo, por desengañarle, de que no era èl solo à quien sucedian cosas estrañas, y por divertirle sus penas,

(aunque en lenguaje mas humilde) empezò à decir lo que contienen estas razones.

Al principio de las passadas fiestas, à quien la ocasion ha hecho dos veces grandes, y el concurso de la gente, sino mayores, mas comunes, llegò à mi casa un Cavallero, acompañado de otros quatro, entre criados, y amigos. Eran en el traje personas ilustres, aunque las obras desdecian de el traje, que no estoda una cosa misma ser, y parecer, ni juzga bié, quien de la apariencia infiere la nobleza, ò la virtud, pues vemos cada día, que blandas sedas cubren à muchos hombres viles, y que asperos sayales ocultan costumbres imitables, y generosas. Digo esto, porque la misma noche de los toros salì este (à quien yo oia llamar Don Enrique) en compaña de los demás, y brevemente bolvieron con una muger en los brazos. Prevenidos, de que ninguno de mi casa los viesse, la metieron en obscuro, y retirado aposento baxo, que mi marido, obligado de el interès, les ofreciò, tan a proposito de su intento, que aunque diera voces, por ninguna parte pudiera ser la misera dama, ni remediada, ni oida. Desta suerte la dexaron, y salieron segunda vez de casa; presumo yo, que à saber si se sentia la falta de ella en el lugar de donde la avian sacado. Viendo, pues, que parecia venir violèta, y entendiendo por la fuer-

zã
tra
cui
cess
de
con
det
tras
en
llev
to,
hab
subi
ocu
rue
cañ
desc
tè c
no à
reca
mug
mos
curi
do su
cifra
que
à la
algu
dola
brab
naci
baf
dã,
xas,
fion
grim
suele
sulca
toso
fo, y

za con que arrojaba el aliento, que traia rapada la boca, comencè à cuidar con mas atencion del sucesso. Vereis en mí lo que puede en las mugeres la curiosidad con que nacemos, si ois, que me determinè à saber quien era, mientras ellos estaban ausentes. Puselo en execucion, y como por aver llevado la llave de otro aposento, que avia antes, no pudiesse hablarla, como deseaba. Tratè de subir à otra sala, que estaba desocupada, para mayor secreto, à ruego de Don Enrique, la qual caia sobre la que aquella pobre, y desconsolada dama acogia. Quitè con facilidad una tabla que yino à ser de su techo, y con todo recato para no ser sentida; vi una muger de linda presencia, hermoso rostro, grave compostura, y curioso asèo. Si bien profetizando sus desdichas, todo su adorno se cifraba en un vestido negro, en que mas parecia averse atèndido à la tristeza, que à la costa. Torcia algunas vezes sus manos, y regandolas con parte del llanto, que sobrava à las mexillas, hacia que naciesen perlas en ellas. Quexabase lastimada, lastimabase afligida, afligia se confusa, y entre quexas, lastimas, afficciones, y confusiones, ni dexaba de derramar lagrimas, ni parecia tener su mal cò suelo. El tocado, à quien las consultas del espejo avian hecho vistoso, el adorno de las cintas curioso, y el rubio color de los cabellos

rico, estaba con el pasado sobre salto descompuesto. Empezò luego à deshacerle desesperadamente, y quando soltaba sobre el cuello los rizos, asiendole de ellos el oro de las fortijas, efforvaba, que no se apartassen del, ò por que de avergonzado quisiera esconderse, ò porque viendolos de su misma color, y mas hermosos, los detenia para quedàr mas honrado. Lastimabame yo de ver sus ansias; porque à quien no lastimara ver à una muger tan hermosa, tan infelizmente afligida; Veiamos llena de compasion, y aunque entonces me admitaba de mí misma, aora me espanto, que os veo tan lastimados de oirlo.

Yà por las señas avia conocido Hipolito à su dueño, y por el nombre, à quien la avia llevado à la posada, donde Justa la avia visto de esta suerte, y con el dolor de imaginarla en tanto aprieto, solia mostrar en las acciones exteriores el sentimiento del pecho. Veia, que Justa estrañaba el mirarle algunas veces, con tan varios afectos; y así la dixo: No os diviertan mis pasiones, porque la blandura de mi natural, y la fuerza de la imaginacion me suelen arrebatat de manera, que me olvido de lo que soy, y me transformo en lo que pienso.

Ella entonces, sin atender mas lo que Hipolito sentia, prosiguiò; diciendo: Despues de averse deshecho el tocado, y maltratado el

cabello , empezó la hermosa dama à decir con voz baxa , triste , y llorosa . O quanto mejor fuera , à quien nace con tantas desdichas , tener el sepulcro en la cuna , y que limitàra una mortaja el termino de una vida larga , penosa , y infelice ! Apenas gozò del bien mi afligido pecho un instante , quando tuvo mil siglos de tormèto ? O cruel estrella mia , tan opuesta à mis bienes , y tan proxima à mis males ! Como es posible , que no te canfas de perseguirme , no aviendome yo cansado de ver executados en mi tan varios sucesos , y tan graves pesares , como desde que salí de mi patria he padecido ? Mas què mucho que no te canfes , si soy yo quien los tiene , y tu insensible . De los brazos de mi alegría me hallè en un punto en los de mi muerte , pues aquella me daba Hipolito , que yà sin duda esterà impossibilitado de valerme , y esta me dà un traydor , cuyo nombre no repito , porque aun no toque mis labios al salir del alma entre el aliento . Mas si en todo esto es causa mi hermosura , y yà Hipolito no ha de verla , si yà solo ha de dàr à mi enemigo alegría , para què la guardo ? Para què la quiero ? ò por què razon la estimo ? Sobstituya , pues , su lugar la fealdad , y sean el instrumento mis manos . Quede yo de manera , que en lugar de amor , grangee aborrecimiento ; y en lugar de desèo , provoque à hor-

ror , à admiracion , y espanto . Sean los que primero pierdan su belleza estos viles cabellos . Carezcan del alma con que viven , aunque nunca tienen sentimiento ; y pues que yo me abraço , no sea en ellos diferente la pena . Levantòse ; cogiò la luz , que en el aposento avia . Y què hizo ? (dixo con levantada voz Hipolito) Quemòlos ? Fundiò el oro de su color ? Perdieronse los quilates de su belleza ? Decid presto mis pesares , para que comience à sentir tan grave pèrdida , pues menos mal es saber los males para sentirlos , que dudarlos , para padecerlos . Vos mismo (respondiò Justa) os dilatais lo mismo que apeteceis , pues cortando el curso à mis razones , me divertis , y no dexais que profiga . Digo , que tomò la luz para llevarla à los cabellos : mas yo entonces , viendo tan apretada accion , determinacion tan fuerte , y resolucion tan estraña , no pude detener mas el silencio , y llevada de un afecto natural , la dixè : Señora , esperad un instante , oídme , que aunque soy muger , con todo esto podrà ser , que se remedien tantos daños , à menos costa vuestra . Bolviò la dama los ojos adonde yo estaba , y suspensa , estrañò la novedad de que huviesse quien la hablasse piadosamente , quando todo lo que veia eran asombros , y rigores de su infelice estrella . Quitè de todo punto la tabla , quedè mas descubierta , y añadi

Si estas razones. No ay estado de desdicha, en que à la esperanza no quede alguna puerta, y al deseo alguna, si bien leve, esperanza. Tanto es esto verdad, que porque sea sin excepcion esta regla, aora que os parecia estar destituida de todo, os ha venido, sino la libertad, el consuelo que puede daros quien se dispone à defenderos, ò yà con la industria, ò si esta no bastare, con la violencia. Lo que os importa aora, estener esfuerzo para executar, que à mi no me faltarán trazas que emprehen der. Decidme brevemente el daño que os amenaza, para que no erremos el remedio, pues aunque yo le he imaginado, por las razones que aveis dicho, y yo os he oido, quiero hacer cierto con vuestra informacion, lo que mi presuncion ha dexado dudoso. No es posible encarecer la mudanza, que en la hermosa Aminta (así me dixo que se llamaba) hizo mi consuelo, y no es mucho que la hiciese, que à grandes males, es de grande importancia qualquier remedio, y mas quando dificultamente se espera. Respondiòme: O como el Cielo à nadie desampara! O como de ninguno se olvidal! Callò con estas admiraciones, y apartando de el rostro los cabellos (por libres) los prendiò con una cinta. Desembarazado el rostro de aquel hermoso estorvo, boviò à mi unos ojos, tales, que luego disculpè à quien se perdía por

ellos. Y no os admireis de esto, que siempre trae la belleza consigo, agrado, para quien la mira; fuego, para quien la desea, y disculpa, para quien la procura. Dixome: Amiga, yà que tengo de referirte mis desdichas, no escuses el decirme quien eres. Yo la satisface, y ella profiguiò de esta suerte: Soy una infelice, aunque noble muger (que no basta dár buena fortuna la nobleza) amo à un Cavallero, que me corresponde, aborrezco à otro que me cansa. Aquel pienso que està yà en las manos de la muerte, por una desgracia suya, y mia; y este baxando de la casa en que estava aposentada mi persona, para defengañarme de si era su daño cierto (como si un desdichado no tuviera la seguridad de sus males en su misma estrella, que le inclina à ellos) me traxo à este lugar, donde temo alguna violencia. Estas son brevemente las causas de mi llanto, ved si es justo, y ponderad, quan grandes son, aunque se limitan à tan cortas razones.

Poco avrà merecido mi deseo (la dixè) sino adquiris con la ayuda que os propongo esperanzas de mejor suceso, que hasta este punto el temor os proponià. Mas por que no se pierda el tiempo, yà que no sabemos el que se dilatarà la buelta de esse vuestro aborrecible amante, lo que aveis de hacer por esta noche, supuesto que yà es tarde, y q̄ yo por obedecer à mi ma-

rido, á quien él debe aver cerrado la boca con algunos dineros, no me atreveré á dár cuenta á la Justicia, es tomar esa llave, (diciendo esto le arrojé una de las que traía conmigo, que me pareció á propósito) que si bien no es de esa puerta, con todo esto, dando un poco la buelta, después de averla merido en la cerradura, servirá de estorvar, que entre la otra que él traxere, y consiguientemente quedará impossibilitado de veros esta noche, y vos de su violencia. Segura, que quando nazca el dia, con otro remedio harémos contradicion á las trazas que él imaginare en vuestro perjuicio. Efectuó lo que le dispuse; dióme las gracias por el referido consejo, y aceptó la promesa, que para adelante le hacía. Despedime con esto, y volviendo á poner la tabla, que cortesmente daba lugar á nuestra conversacion, baxé á esperar el suceso, que mi industria tendria. Puseme á hablar con mi marido, el qual con secreto, y recato me encargó que disimulasse aquel negoció, porque D. Enrique era buen Cavallero, y nosotros aventuramos mucho en callar, disimular, y servirle. Mas hice en no le descubrir nuestro secreto, que avia hecho en favorecer á Amintas pero como á mi misma me importaba, por aver emprehendido su defensa, calle temerosa lo que puede ser que no callara cuerda.

Finalmente, después de un lar-

go rato, vino con sus amigos Don Enrique. Ellos se recogieron á otra sala, y él viédo que estaba en quieto silencio toda la demás gente de la posada, se fue adonde avia dexado á Aminta. Bien diferente intento llevaba, que fue después suceso; pues por diligencias que previno, jamás pudo hacer que la llave entrasse, para abrir la puerta, ni dár lugar á su deseo. Llegóse adonde nosotros estabamos con esta novedad, aunque para mi no lo era; mas respondióle mi marido, que no era hora de alborotar la familia, ni dár golpes para descerrajar la puerta, por cuya causa podría acomodarse con alguno de sus amigos, hasta que con el dia esta dificultad se venciesse, y todo lo demás se remediasse. O como nunca faltaron compañeros para el mal, y quan pocas veces se hallan para la virtud! Que inclinados, que dispuestos vió Don Enrique á unos para que le ayudassen, y á otros para que le ocultassen el rapto de aquella miserable dama! que afligida, y sola, por falta de su querido amante (á quien, ó ya por ausente, ó ya por muerto lloraba) se veía sin amparo, y con penas, sin favor, y con pesares, y ultimamente, con temor, y sin alegría. Huvo de conformarse el necio Cavallero con este parecer, y aunque enojado, tuvo en la de sus amigos diversa compañía que tuviera, á no ser mi industria estorvo de sus intentos. Pásò (segun después me di-

dis
con
lo
ce
qu
po
ci
So
lev
de
pu
ve
co
A
ab
ob
af
la
av
ni
ro
im
ar
y
qu
ha
el
de
de
ha
qu
le
le
ab
vi
er
to
sa
p
q

dixo Aminta) toda la noche en un continuo desvelo, ò por no saber lo que al siguiente dia avia de sucederle, ò por pensar en los casos, que en tan poca distancia de tiempo le avian ocontecido. Amaneciò el Alva, para dár nuevas del Sol à otro dia, y Don Enrique se levantò, para disponer los medios de conseguir su deseo. Llegò à la puerta, y bolviendo à tentar la llave, unas veces con ella, y otras con las razones, procurabà que Aminta le diese lugar para que abriese. Ella estaba tan lexos de obedecerle, como de amarle, y assi no le respondia mas, de que la dexasse, y se fuesse, porque no avia de mirarle jamàs el rostro, ni era digno de ser visto de nadie rostro de hombre tan atrevido, y imprudente. El porfiaba neciò, y amante, y ella respondia cuerda, y libre, diciendo: Mucho yerra, quien iatenta hacer fuerza, lo que ha de ser por voluntad; porque el modo de adquirir correspondencia, y grangear à la persona de quien se procura el amor, no ha de ser por medios asperos; pues quien padece algun agravio, tan lexos està de querer à quien se le ha hecho, que si antes le tenia alguna inclinacion, roda se convierte en odio; y si algun amor, en fiero, y terrible abortecimiento. Esto os tengo yo con justa causa, por las razones dichas; y assi parece imposible (ò Don Enrique!) que podais reducir vuestra

intencion à efecto. Dexadme, como encarecidamente os ruego, porque querer passar adelante, publicarè mi injuria à los hombres; y al Cielo; y quando todos dilaten vuestro castigo, antes que llegueis à mis brazos, me avrè quitado la vida, para que de esta suerte os halleis arrepentido, ignorante, y burlado, y yo quede, aunque barbaramente muerta, honrada, firme, y libre de vuestras manos; vuestro poder, y deseos.

Si esta es vuestra resolucion por trera (respondiò Don Enrique) yo la tengo tambien de llevar hasta este punto mi intento, aunque se aventure mi vida. Oia yo las razones deste hòbre, llena de verguenza, y ponderaba, no que huviesse quien à tal maldad diese principio, sino que se hallasse lengua, q̄ tan libremente la dixesse. Y la razon de esto es, porque la q̄ se haze en oculto, solamente la sabe quien es complice, mas la q̄ se dice à voces, llega à los oídos de quien no tiene parte en ella. Allí la participacion del delito, à unos con otros los disculpa; mas aquí la inocencia de los q̄ escuchan, hace mas fea la libertad del q̄ habla sin recato, ni verguenza. Ultimamente, el reduxo à obras, las q̄ entonces parecieron palabras, poniendo tantos medios, q̄ aun para referidos son dificultosos. Todos se comunicaban conmigo, y assi tenian en su mismo nacimiento su fin, pues ò los re- mediaba, ò los divertia. Por donde

hablé à Aminta la primera vez; nos comunicamos quantas veces fue necesario, llevandole con puntualidad la comida. Pafsòse en estas cosas aquel dia, y la futura noche. Acabaronse las fiestas, bolvieronse los que avian venido à verlas à sus casas, desembarazòse la posada de los que avia forasteros; y viendo Don Enrique, que nosotros, que éramos dueños de la familia, y que à su parecer deseabamos su negocio, juntamente con sus amigos, quedando solos, determinò romper una gruesa pared, que del lugar en que estaba Aminta salia à otro aposento. Aquí yà faltaron las fuerzas al ingenio, para prevenir remedio; mas porque no la hallasse descuidada, fui à darla cuenta de este nuevo aprieto. Quedòse la noble señora confusa, y dando con los ojos buelta à aquel espacio, como para buscar alguna cosa, bolviò à suspenderse de nuevo. Largo tiempo estuvo sin responderme, mas rompiendo con el dolor la suspension, y con un suspiro el silencio, me dixo. Amiga Justa, yà es esse el ultimo lance à que me puede reducir la fortuna; si èl ha de entrar de essa fuerte, mejor serà que evitèmos el escandalo, y que entre por la puerta. Tendrème andada esta permission, para que me la pague en cortesia.

Pesabame de verla tan blanda, mas por obedecerla, y porque como ella afirmaba, no tenia otro

remedio, me fui à Don Enrique, y diciendo, que la avia hablado por el resquicio de la puerta, se allegarè, de que se mostraba mas apacible, y q̄ estaba reducida à abrir voluntariamente. Alegrosè el porfiado amante, y dexando que viniesse la noche, y por ser la obscuridad mas a proposito, entrò, y cerrò luego por de dètro la puerta. Subime yo al lugar que otras veces, apartè (para no ser sentida) menos q̄ solia la tabla: pero lo que bastò para ver, y oir, que Aminta le decia, q̄ se sentasse un poco para sossegar el pecho del enojo que traia. El la obedeciò por entonces, y ella pagò con mil agradecimientos su obediencia. Viendo mudada en apacible rostro su primera aspereza, comenzò à dudar, si era una misma la q̄ avia oido dos noches antes, y la q̄ estaba oyendo D. Enrique algo mas consolado, limitaba su determinacion con la nueva afabilidad de su dama, que no ay en el mundo hóbren tan barbaro à quien una razon cuerda no detenga. Apacible, pues, Aminta: O quã apacible la pintas, dixo, dando un doloroso suspiro Hipolito! Acaba yà de decirme lo que resultò de essa apacibilidad, pues nos parece, fino que en esto te detienes, paràirme dando los pesares poco à poco, como si no fuera mas penosa una bebida amarga, quanto mas despacio la recibe el enfermo.

Nunca he pensado yo, dixo Justa, que à vosos daba cuidado la

afa:

afabilidad de Aminta ; mas pues por las señales que veo , conozco , que vos sois el enfermo de esta bebida , y de su amor , y à quié ella ha llorado tantas veces muero ; oíd con brevedad lo que falta , seguro de que ha saber lo que aora me sucede , huviera puesto diferéte cuidado en favorecerla , y mejor sin à su peligro , dádola nuevas de vuestra vida , y de que podía llegar con facilidad à vuestra presencia . Digo , pues , que en esto estaba Aminta , quando Don Enrique la dixo : No pienses , que la cortesía que hasta aora me has debido , me has de deber de aqui adelante ; que si hasta el punto que llegué contigo à Salamanca la mereciste , desde entonces has sido digna de estos , y aun de mas injustos terminos . Yà ves , què en esta casa , nadie ha de favorecerte , nadie ha de ampararte , y nadie es posible que te escuche . Mira sin dilatar mas plazos , lo que determinas . Ella entonces atenta al resuelto animo de aquel hombre vil en las palabras , y infame en las obras , que deseaba reducir à èxecucion , llena de valor , y ofladia , le respondió : Què importa , que nadie me oyga , si el Cielo à todos escucha ? Así que yo me determino , ò tray dor Don Enrique (diciendo esto , sacò un cuchillo de la manga , que era el que yo le avia echado , para que partiese la comida ; el qual buscaba sin duda , quando miraba , como queda dicho , cuidadosa el aposen-

to) à castigarle , y defenderme . Como èl estaba tan cerca de Aminta , y sin prevención , de que intentaria tal temeridad , antes que se pudiesse valer , se hallò con una herida en los pechos . Asegundò con otro la valerosa dama , tan presto , que el que se pensò ver en regalada cama , se viò en castigo de su mala intencion , sobre su sangre en la tierra . En el tiempo que avia estado sola , se avia puesto debaxo del habito de muger un vestido , que el primer dia de las fiestas vi à uno de los amigos de Don Enrique , el qual , muy preciado de galàn , aunque pequeño , le avia dexado por vestirse otro mas rico , con cuya prevención pudo quitarse brevemente la basquiña , y quedar en habito de hombre . Abrió la puerta , y falliòse presurosamente .

Yo , que avia estado mirando todo èste suceso , aunque no me pesaba del castigo de aquel hombre , à quien con estremo aborrecia , por su desvergüenza , temerosa , de que à mi marido , y à mi , nos corriese de sus heridas algun riesgo , baxè de adonde estaba , dando voces , y diciendo , que mataban à Don Enrique . Con ellas se alborotaron sus amigos , y cogiendo las armas à que les pudo dar lugar el tiempo , acudieron al lugar donde estaba . Levantaronle , bañado en su lasciva sangre del suelo , y atendiendo , à que solamente Hipolito , como galàn de Aminta , ò alguno

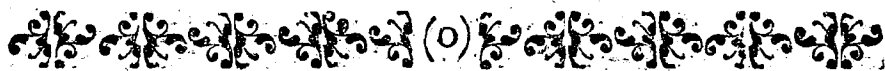
por él podía aver ocurido à sacar-
la de aquel apriero , para lo qual
no era muy difícil, que ella le hu-
vielle avisado , y juntamente con-
siderando, que no podrian ir muy
lexos , dexandola los dos el cargo
de llevarle adonde le curassen, los
demàs salieron en su seguimien-
to. Acertò à passar enronces,
acompañada de un primo suyo
cierta dama, bien celebrada en es-
te lugar (como sabe el señor Don
Alonso) cuyo nombre es Con-
stanza. Iba de manera presurosa,
que pudieron los amigos de Don
Enrique pensar que era Aminta,
y el que iba con ella , quien le de-
xaba tan peligrosamente herido.
Engañados con la fuerza de esta
presumpcion, sin atender à infor-
marle para hacer la venganza
cierta , metieron mano à las espa-
das , y escusando con la brevedad,
que el otro se pudiesse en defensa,
le dieron dos estocadas , de que
luego cayò muerto. Tampoco dex-
aron sin castigo à la misera Con-
stanza , pues dandoie otra herida
cayò à su lado, pidiendo à los hom-
bres favor , y à Dios clemencia.
Yà avian sacado los demàs à Don
Enrique, con que sin bolver aden-
tro , unos , y otros se ausentaron.
Yo no supe mas de que llegò en
esta ocasion el señor Don Alonso,
persona à quien por su valor , y su
nobleza, respetan quantos no son,
ò mal intencionados , ò embidio-
sos. Pareciòme, que si se averigua-
ba la verdad, que pocas , ò ningun-

na vez dexa de hacerse patente,
yo avia de padecer en la carcel,
como quien tan buena parte tie-
ne en esta desdicha ; y fiada en su
cortesía, quise valerme de su per-
sona , y de ella. Roguèle que me
facasse de entre tantas confusio-
nes; pusolo en execucion, y ausen-
tème , hasta que me pueda mani-
festar con menos riesgo. Esta es la
causa que me tiene triste , la que
me traxo à vuestra presencia , la
que le obligò à mi amparo , y la
que me ocasionò à mi temor, para
que determinada me atrevièsse, ò
atrevida me determinasse à de-
xar la quietud de mi familia. Mas
puesto que he tenido la dicha de
averos servido en favorecer à la
hermosa Aminta , quisiera que
aquellos beneficios , si entoces
sirvieron de guardarla , oy sirvan
de obligaros à que continueis los
que de vuestra afabilidad recibo.
Serviránme juntamente de ave-
riguar con la certidumbre que sue-
le tener la experiencia, que nunca
se dexa de lograr el bien que se
hace , como ni se queda sin casti-
go el mal que se procura , ò se in-
tenta.

Aqui acabò de contar Justa el
sucesso, en que Hipolito tenia tan-
ta parte. Quedò el piadoso Cava-
llero alegre de saber el valor de
Aminta , la firmeza de su amor, y
la seguridad de su corresponden-
cia , si bien à esta alegría ponía li-
mite el pesar de que se huviesse
ausentado, pues así era forzoso el

no verla, principalmente aviendo ido en habito de hombre, y no teniendo noticia del Lugar adonde avia encaminado su viage, para hacer esta ausencia. Passaron algunos dias en que Hipolito estuvo bueno; averiguóse todo el caso, conforme à la relacion de Justa, con que bolvió sin peligro à su casa. Constanza mejorò de su herida, sin que se supiesse de Don Enrique mas de que à otro dia le llevaron à Madrid los que se encargaron de socorrerle. Prendieron al otro primo, que fue complice en el daño de Hipolito, el qual declaró à Don Alonso, y à Don Juan por agresores de los homicidios de aquellos infelices, que cerca de el rio amanecieron muertos. Ausentaronse juntos por esta causa con parecer de Hipolito, y el tratò de bolverse à la Corte su patria, ponderando, que los casos adversos, quando parece que su-

ceden, sin aver dado causa à ellos; no es porque no la ayamos dado bastante, sino porque nosotros la renemos olvidada, como si solo se castigassen los delitos presentes à nuestros ojos, en el Tribunal adonde todo està presente. Con esto quedará sabida la causa; por que fue infeliz el primo de Constanza, y porque hallò, quando me nos le esperaba, el castigo de la trayción, con que se dispuso à quitar la vida à Don Alonso, por el antojo de una muger liviana. Llegò con estos discursos Hipolito à Madrid, y en èl à la presencià de Doña Ana, y de los demás de su familia, que alegres celebraron su venida; al passò que avian temido su tardanza. El agradeciò el desseo, refirió sus peligros, y passò de esta suerte, hasta que su fortuna le inquietò para que le aconteciesen los futuros sucesos.



HISTORIA.

DE HIPOLITO, Y AMINTA.

DISCURSO SEXTO.

A Viendo visto en el passado discurso las acciones viles de Don Enrique, y sus determina-

ciones, siempre agenas de la obligacion de un noble, me ha parecido en la introduccion de el pre-

sen.

fente decir algo con brevedad de la nobleza. Muchos años despues de la formacion del primer hombre, no hubo en el mundo mas, ni menos nobleza, porque todo era una misma sangre. Apartandose por tan diversos ramos las descendencias, fue forzoso q̄ huviese superiores, y inferiores: estos para que obedeciesen, y aquellos para que mandassen, haciendo la milagrosa harmonia, y concertado cuerpo de la Republica. Entonces comenzaron à distinguirse nobles, y plebeyos: mas la diferencia que los hizo distinto, fue la virtud, y grandeza de animo que resplandeció en los unos, y la miseria, y cortedad de los otros. De donde se debe inferir, que el fundamento de la Nobleza es la virtud, pues por medio de ella tuvo origen, y que ninguno ay virtuoso, que no sea noble. La nobleza heredada, digna es de estimacion, porque la misma sangre inclina à los animos, para que emprendan cosas heroicas; mas nadie me podrá negar, que si no se continua en los sucesores por medio de su valor, vienen à tenerla con la ociosidad desconocida; de donde nace, que à pocos siglos no ay memoria de ella. Por esta causa se han perdido muchas Familias ilustres. De suerte, que la nobleza, q̄ por sucesión se passa, tiene este peligro de acabarse facilmente, si el que la tiene no cuida de conservar la; si bien, (como digo) es estimable, mucho

mas lo debe ser la adquirida con los hechos famosos, y con las demostraciones de esfuerzo, quanto es mas estimable la virtud propia, que la agena, aunque aya sido de los padres, y de los deudos. Prueba esto singularmente aquel de Don Alonso, Rey de Aragon, que oyendose alabar de que era Rey, hijo, nieto, y hermano de Reyes, respondió, que no avia cosa que menos estimasse, que esta, porque aquella alabanza, mas era de sus antecesores, que suya, pues ellos avian adquirido los Reynos con su esfuerzo; los quales no dan gloria al successor, sino toma posesion en ellos, mas por medio de la virtud, que de su testamento. Muchas cosas dexo à este proposito, por no divertirme demasiado de el principal intento, por no peccar en lo que han delinquido algunos, y por decir, que segun esta doctrina, Don Enrique por vicioso, y ignorante, aunque era noble por sus padres, degeneraba tanto de aquel heredado ser, que ocultaba su nobleza, y parecia baxamente nacido.

No era desta suerte el gallardo Hipolito, pues à las demas prendas que le hacian ilustre, juntaba el deseo de servir à su natural Principe en la guerra, con el mismo fervor que en sus tiernos años lo avia procurado. Determinóse à ponerlo en execucion; y para esto llamando à Don Geronimo, le encargó el cuidado de su casa, el

gobi
bran
galo
lidac
à D
man
guer
no p
cesso
nobl
dño
deci
ros l
y lo
cos
que
cam
ranc
na d
mo
hac
en l
la l
ener
Bar
de l
favo
hast
de e
tro
llev
do,
de
Tu
fion
y c
cos
zas
ro
qu

gobierno de su hacienda, la cobranza de sus mayorazgos, el regalo de Doña Ana, y la puntualidad de acudir con lo necesario à Don Alonso. Procurò su hermana reducirle, diciendo, que la guerra se hizo para los segundos, no para los primogenitos, y sucesores de las casas, y familias nobles. A cuyas persuasiones no diò mas respuesta Hipolito, que decir: Los segundos, y los primeros hijos todos tienen una sangre; y los primeros, como mas ricos, mas obligaciones. Tomò lo que le pareció necesario para el camino, y sin aver sabido en distancia de cinco meses cosa alguna de Aminta, se partiò con animo de tomar puerto en Malta, y hacer demonstracion de su valor en las galeras que trae en la mar la Religion, para terror de los enemigos de la Fè. Embarcòse en Barcelona en un navio que avia de llegar à Sicilia, y con viento favorable navegaron algunos dias, hasta que la mañana de el ultimo de esta dicha, descubrieron quatro galeras de Biserta, las quales llevaban à Constantinopla el feudo, que ella, y las demás Ciudades de aquella costa tributan al Gran Turco. Llegaronse à tiro de cañon al baxèl, en que Hipolito iba, y conociendo, que era de Catolicos, sin que por ser cortas sus fuerzas pudiesse el alentado Cavallero hacer que se defendiesse los que le acompañaban, los rindie-

ron miserablemente, sino vergonzosamente. De todos los que iban en el referido navio, à ninguno pasaron à sus galeras, sino es à Hipolito, pareciendoles, que à los demás llevarian seguros, si les quitassen el que avia mostrado tan cuydadoso valor: con esto, sin hacer mudanza en las mercaderias que el navio llevaba, por no cargar mas las galeras, llevandole consigo, proseguieron su viage, y su intento. Al siguiente dia (que pocas veces presta por mas tiempo sus bienes la fortuna) descubrieron las galeras de Napoles à razonable trecho. Viendo, pues, los Turcos, que por ir estas menos cargadas que las suyas, se les acercaban demasiado, que su fin no avia sido salir para pelear, y que el baxèl no podia navegar con la ligereza, que ellos quisieran, por no ser propicio el viento, se determinaron à dexarle, por no ponerse, y poner lo que llevaban à peligro de perderse. O los caminos que se descubren, quando se han de apartar los dichosos de los que nacieron con estrella infelice! Ayer navegaba Hipolito, acompañado de diversas personas, y oy llegan ellos al puerto deseado, y èl se mira entre barbaros cautivo. Llegò de esta manera à Constantinopla, Ciudad antigua, populosa, è insigne; Corte de quantos, ò por sucesion, ò por tyrania, tienen indignamente el titulo de Gran Señor. Cosas grandes, siempre piden grandes

admiraciones ; así nuestro Cavallo , aunque primero afligido , se hallaba después mas consolado con las novedades que veía . Parecía que el dinero negociaría con brevedad su rescate , y que á costa de ser poco menos poderoso , avría visto aquellas Provincias , y de sus habitantes las costumbres , y los ritos . Como si las cuentas que los hombres hacen con su limitada providencia , no tuviesen menos caminos de efectuarse , que de impedirse .

Entre otros cautivos que presentaron á un Turco poderoso , y noble , y aunque criado entre barbaros , bien entendido , fue Hipolito el que mas encarecieron en orden al rescate , y de quíe mayor estimacion se hizo . Aquí comenzó á manifestarle parte de su rostro la felicidad , pues á quatro veces que habló con él , conoció que le agradaba su modo . Sabía el Turco nuestra lengua vulgar , cosa á que sino le obligó la necesidad , pudo persuadirle la curiosidad , ó la malicia . Con esto , aunque Hipolito ignoraba á los principios la fuya , no sentía falta en atender lo que le ordenaba , ni la hacía en quanto se ordenasse á servirle . Solía llamarle algunas veces , para comunicar lo que pertenecía al gobierno de su casa : y en las respuestas que el noble cautivo le daba , advertía claramente el talento con que la naturaleza le avia enriquecido . Pasaban desde este go-

vierno Monastico al Politico , y desde el que ellos tienen al que nosotros tenemos en España . Alababa á este Hipolito , y aunque tal vez se le contradecía , se alegraba el Turco de verle enojarse sobre la defensa de su patria , diciendo : En nada me agrada , como en defender tu Ley , tu Rey , tu tierra , y tu gobierno ; y de ahí infiero , que eres bien nacido , porque los que lo son , como defienden á su patria con las armas , saben honrarla con la lengua . Prosigue , defendela , que quien hace lo contrario , nada dexa para mí , que soy vuestro enemigo . A pocos dias que Hipolito estuvo en aquella tierra , supó su lengua con toda propiedad , procurando (aunque barbara) enriquecerla con algunas exornaciones , grangeando con ellas mayor apacibilidad , y benevolencia con su dueño ; mas seguro amor con los de su familia ; y mas crecido aplauso con los que tenían conocimiento de sus prendas . Acudía á visitar á Rezuan (así se llamaba el Moro , en cuyo servicio estaba nuestro cautivo) muy ordinariamente un Alfaqí , ó Sacerdote , á quien todos miraban con grande veneracion . Las ceremonias que al entrar hacían , y el cuidado con que era servido comunmente de todos , pasará en silencio , por ir abreviando en cosas menores , y no sé si por excusar la verguenza que deben tener algunas Naciones , viendo que aunque

son

Ion
de a
es ju
de e
aun
los d
prec
los r
Chr
com
afir
que
no l
que
quie
yo ,
en la
dive
most
lo á
cio ,
Llan
Rey
de P
Juec
del S
Sant
Pad
Ciud
nem
tes
Perr
de v
pres
don
vez
leng

el of
amil

son los Sacerdotes tan diferentes de aquellos, ni se veneran como es justo, ni se hace mas estimacion de ellos, que de la gente comun, y aun esto se pudiera disimular, si los descuidos no se pasàran à desprecios, olvidandose de que quien los menosprecia, menosprecia à Christo, y quien à èl, à su Padre, como èl mismo en cierta ocasion afirma. O como se olvida de lo que se debe à esta Dignidad, quien no los respeta! Y como ignora lo que Dios estima este ministerio, quien los deshonra! Ciertos estoy, de que si todos supieran que en la Divina Escritura tienen tan diversos nombres, parece que mostrando, que no bastaba uno solo à explicar tan superior exercicio, se les diera debida estimaci6n. Llamalos en diversas partes, y à Reyes, y à Ministros, y à Angeles de Paz, y à Doctores, y à Medicos, Jueces, Estrellas, Cielos, Heredad del Señor, Guardas, Mediadores, Santos, Consagrados, Ungidos, Padres de las gentes, Luces, y Ciudades, puestas en lugar eminente. Todo esto son los Sacerdotes en la boca de el mismo Dios. Permítase, pues, que me lastime de ver, que parezcan nada en la presencia de los hombres, y perdonefeme la digresion, que talvez rige el sentimiento, como à la lengua la pluma.

A este Alfaqú, venerado por el oficio, y estimado por sabio, la amistad, que con Rezuán profes-

saba, diò lugar à que le visitasse un dia, que Hipolito estaba tratando con èl varias cosas de las que pertenecian à la familia. Quiso dexarlos solos el noble esclavo, mas su dueño le advirtiò, que no se fuesse. Obedeciò Hipolito, y oyò, que el Alfaqú comenzaba à tratar de la Astrologia, à quien era muy inclinado, y por quien avia grangeado entre aquella gente credito injusto de docto.

Tenia Rezuán una hija de edad de quinze años, tan guardada, que desde el dia de su nacimiento, apenas avia quien huviesse visto su hermosura. Esto avia tenido fundamento en un juicio, que el Alfaqú avia hecho, diciendo, que un Moro avia de enamorarse de ella, y que por no querer la noble Mora assentir à su voluntad, avia de quitarla la vida. Vino esta supersticion à noticia de Hipolito, y avia andado con deseo de sacar à su dueño de este engaño. Pareciòle buena ocasion la presente, y quando estaban en lo fino de la conversacion, empezó à torcer el rostro, y regar con las acciones, quanto el ignorante Astrologo encarecia de la fuerza de las Estrellas. Viendo Rezuán, que no assentia à aquel parecer, le rogò que les dixesse el suyo. Entonces el cuerdo esclavo, comperriendo el rostro, y limitando la voz, dixò: Siempre he deseado satisfacer à quantos dan credito à tales cosas, del engaño en que viven, y
pues

pues tu (ò señor!) gustas de lo mismo que yo procuro, escucha atentamente, y verás, que cumpliendo con lo que me mandas, te deixo à un mismo tiempo gustoso, y advertido.

A los que tratan desta ciencia llaman en España, la gente comun, Adivinos, y la mas entendida, Astrologos, Judicarios, ò Contellias; esto es, Juez de nacimientos. Todos los quales, fuera de que ellos, y quien los cree son dignos de castigo, por la mayor parte son ignorantes, y gente, que llevada del aplauso del vulgo, desde uno se despeña à infinitos errores, teniendo despues el escarmiento de su mismo engaño. Bolvió à mirar à Rezuán, y viendo por las señales del rostro, que no le pesaria de que prosiguiese, añadió: Y si quieres ver como esto es verdad, escuchame atentamente, que por no verte cansado, yo procuraré ser breve.

Lo primero, faltará nuestra libertad, pues reducidas mis acciones à lo que disponen las Estrellas, no pudiera obrar, ni executar lo contrario: cosa, que à mí se contradice, y à la razon natural, que muestra en todos eleccion para escoger, y indiferencia para seguir. Puesta esta verdad à una parte, atended os ruego à este discurso. Juzgar las acciones por los nacimientos, ò tienen su firmeza en las Estrellas, ò en algun pacto oculto, ò manifesto con el demo-

nio. Si es esto ultimo, bien ves quan peligroso es comunicar con quien desea engañarnos. Demás de que asentada cosa es, que el no puede saber los futuros con certidumbre, sino por presuncion, y conjeturas. Pues como quieresta que se tenga por cierto lo que el mayor enemigo nuestro afirma, si despues de procurar engañarnos, no puede conocerlo? Si eliges el segundo medio, y dices, que por las Estrellas se conocen los futuros, porque de las calidades que tienen, se infiere ajustadamente las que tendrán los que nacen debaxo de su influxo; por qué (dime) juzgarás mas de las que influyen al nacimiento, que de las que dominan al tiempo de la animacion del hombre? Y si por estas, como fabrás quando fue, si ay en este caso tanta variedad de sentencias? Quiero, pues, darte lo que tu desees, y confesar, que se ha de atender à solo el nacimiento. Dime, (te ruego yo) como se puede saber precisamente la Estrella en que cada uno nace? Dirásme, que es facil, sabiendo el dia, y la hora en que vé la primera luz, para començar à sentir sus mayores miserias, y si es la que yo he referido tu respuesta, convencido quedarás de tu engaño, si atiendes que el Cielo, adonde están las Estrellas, que es el octavo, sigue rapidamente al movimiento del primer movil, y à que segun es asentada doctrina de los Astronomos, en la centésima

Una parte de una hora, se mueve trecientas mil millas. De suerte, que si tu juzgases de uno, como si naciesse al principio de una hora, y huviesse sido al fin de ella su nacimiento, juzgarías sus inclinaciones por Estrella, que del punto de su nacimiento dista táto numero de leguas, que casi faltan á la memoria terminos para explicarlo, y numeros para contarlas á la Aritmetica. Mas apretadamente quedará patente la verdad, si advirtiereis, que aun sabiendo el instante en que un hombre nace, no es posible conocer su inclinacion, pues no se gasta uno solo en nacer, antes muchos, y muy dilatado tiempo. Siendo esto así, como sabrás qual de ellos has de escoger para hacer el juicio? Y como al principio dixes, aunque esto fuera posible, quien me quitará á mi, que sabido el instante, la Estrella, la inclinacion, y el influxo, no lo venza todo, y obre mi voluntad libremente?

Quedò Rezuan muy alegre de ver confuso al docto Alfaqú, y para mayor seguridad, le dixo: Pues si estos no lo saben, como dicen muchas veces lo mismo que despues sucede? Facil es la respuesta, añadió Hipolito, si atiendes á que quando acontece lo que previnieron, es acafo; y si alguna vez lo saben por pacto que con el demonio tienen, no es porque él pue la asegurarlelo, ni conocerlo, sino porque gustofo de que se le atribuya

la gloria, que solo se debe á Dios, por grangear con una verdad á mil mentiras credito, procura que tenga execucion lo que predixo, y hace diligencias para que acontezca, y los ignorantes crean, que en lo demás no les engaña.

Acabò aqui Hipolito su discurso, dexandò algunas autoridades, que pudiera traerles, ó por que para ellos no la tendrian los Autores, ó por no gastarles más el tiempo. Confuso el Alfaqú, le dixo, que era grande la fuerza de sus razones, pues sin hallar que responder á ellas, se avia obligado á confesar, que avia gastado inutilmente los ratos que se avia dado á la contemplacion de las Estrellas, y que solo valen para pronosticar la mudanza de los temporales, la venida de los ayres, la abundancia de las lluvias, y lo demás que á ellas pertenece. Quedò con esto acreditado Hipolito, su dueño servido, y el Alfaqú á un mismo punto corrido, y desengañado. Comenzaron á tratarle desde entonces con mayor respeto, por que no se que excelencia trae consigo la ciencia, que aun los Barbaros veneran al que la tiene. Hallò tambien particular gracia en los ojos de un hijo de Rezuan, llamado Ali, con cuyo amor iban sus dichas creciendo: mas duraronle poco, para que comenzasse desde luego lo rigoroso de su fortuna, y lo prodigioso de sus accidentes.

El caso fue, que aunque pareció, que el Alfaqui avia llevado bien su desengaño, mas fue por hallarse falto de respuesta, que por sentirse gustoso de verse convencido, y su opinion perdida. Persuadido deste aborrecimiento, comenzó à poner los ojos en las acciones de Hipolito, para calumniarlas, y destruirle. Como el piadoso cautivo tenia tanta familiaridad con Ali, pudo, entre las demás cosas de que trataban, proponerle algunas de nuestra Sagrada Religion, con animo de que se inclinasse à ellas, y de grangearle à Dios un alma, por quien se dió à sí mismo en precio. Era Ali mozo de lindas gracias, de blando natural, cortés, bien quisto, de hermosa disposicion, y sobre veinte y un años de edad, de grandes fuerzas. A todas estas prendas juntaba una singular aficion à libros, para cuyo efecto tenia de ordinario dos Moros, que le trasladassen varias cosas, porque alli su ignorancia les hace carecer del curioso ingenio, è importante Arté de la Imprenta, à quien se debe, como à instrumento, la memoria de las cosas passadas, y el aver en todas facultades tan eminentes Maestros; lo qual si nos faltara, totalmente faltara, con la comodidad, el descanso, y la abundancia que se tiene. No se apartaba Ali un punto de la compañía de su esclavo, y amigo, ò ya porque llegasse à noticia del Alfaqui (que tiene

muy largos los oídos la envidia ò ya porque presumiese su desseo; dixo à Rezuán un dia lo que avia entendido, y el peligro que su hijo tenia en la comunicacion de su esclavo. Quiso certificarse el cuerdo Moro, y como la verdad no desdecia de lo que el Alfaqui le afirmaba, ayrado, colerico, y pesaroso de averle consentido tal amistad à su hijo, comenzó à convertir en odio el amor, que hasta alli avia mostrado al noble cautivo.

Tenia Rezuán una casa de placer, rica, vistosa, y fuerte, fuera de la Ciudad, y en ella à Lidora su hija, por las supersticiones, y parecer de aquel vil Astrologo. Guardabala con vigilante cuidado una tia suya, hermana de su madre, aspera de condicion, observante en su Ley, y anciana en edad. La disposicion que esta casa tenia, sería fuerza conocer para mayor claridad de los futuros accidentes de Hipolito, y el de credito de tan estraños sucesos. En su fabrica, y asiento era maravillosa, porque demás de tener grande capacidad, hermosas salas, y otras piezas necesarias, ò à la comodidad de su dueño, ò à la abundancia de la familia. Estaba fundada sobre el aspero brazo de una peña: por la parte principal deleytaba el arte à la vista con diferencia de labores; por la que miraba à Occidente, tenia una cerca, cuyas paredes, por estar mas hondo el es-

pacio de un pequeño bosque, se igualaban un repecho que hacia el camino, por donde iba à la Ciudad. Esta cerca tenia una puerta, de la qual guardaba Rezuán la llave, porque Ali no matasse la caza, que en ella se criaba. Algunas ventanas de la espaciosa habitación salian à este inculto distrito, para ver los animales que en él se alimentabán. Al otro lado opuesto avia una puerta pequeña, por dōde se entraba à cierta mazmorra, ò calabozo, en que dormían los cautivos, quando habitaba Rezuán en aquella espaciosa morada, que eran tres meses de los mas rigorosos del Verano.

A esto hizo llevar à Hipolito; metieronle en un espacio corto, que al principio avia con una pequeña ventana, donde pensò limitar su desconuelo; mas viendo que abrian una puerta, que avia en él, advirtió, que no era tan piadosa su fortuna, principalmente, quando le hicieron que entrasse, y cerrando por defuera, se viò acompañar de sola la obscuridad de aquella mazmorra, y sus desdichas. Pusose à considerar su estado, y dando buelta con la memoria à los prodigios de su vida, unas veces se alegraba, y otras se entristecía, vistiendo el animo de los afectos, que la imaginacion le dictaba. Si llegaba à considerarse en el tiempo que fue correspondido de Aminta, se olvidaba de los males presentes; y advirtiendo, que

la avia perdido, doblaba con las penas que avia tenido por su causa, las que entonces padecia. Ali llevaba pesadamente su ausencia, con que crecia en su padre el dolor de imaginarle perdido, y aborrecimiento del que le avia causado (à su parecer) tanto daño. Daban al infeliz Hipolito la comida, que precisamente era necesaria para vivir, y muchas veces se la quitaban todo un dia, para si la obscuridad, la soledad, la hãbre, la dureza de la tierra, el desconuelo, los malos tratamientos, y la miseria, le acabassen la vida. Dos meses estuvo desta suerte, donde la ociosidad traia à su pensamiento variamente affigido, si bien consolado, en que todos aquellos pesares que recibia eran por causa piadosa; de los quales, aunque dudaba el remedio, esperaba premio copiosissimo. Al cabo de esta distancia, que sin ver la luz del Sol, con tal crueldad le hacian passar la vida (por la misma parte que otras veces) le dieron para sustentarse un panecillo. La novedad provocò à su admiraciõ, y la hãbre hizo que le partiese luego, y hallasse por el tacto un papel, que venia dentro. No supo lo que contenia, por no tener luz con que leerle, si bien la novedad le ponía agudas espuelas al deseo. Advirtió, que supuesto que le embiaban aquel papel, para que le leyese, y que sin luz no era posible, sin duda avia alguna parte

por donde entrasse el dia , la qual à él por su ignorancia, avia estado hasta entonces oculta. Llevado de este discurso, comenzó à tentar las paredes, y al cabo de largo rato llegó à una pequeña puerta: hizo fuerza para abrirla, y advirtió, que daba passo à otro mas profundo aposento, al qual entraba alguna luz, si bien escasa, por una pequeña, y áspera reja, que tenia. Llegóse cerca, y abierto el papel, en lengua Arabiga tenia unas razones, que reducidas à nuestro idioma, decían:

Mi padre está deseoso de quitarte la vida, por el beneficio que me hacías, enseñandome el verdadero camino de mi salud; y oy ultimamente viendo, que la dicha en que estás no te acaba; ha determinado hacer con violencia lo que ella no ha podido. Tèn por cierto, que me acuerdo por instantes de que eres mi Maestro, y que de mi parte hago diligencias para excusarte la muerte; tu de la tuya procura, yà que no es posible, paciencia para sufrir tantos males, que este es el remedio que usan los prudentes, quando carecen de mejor esperanza.

No sé yo, como podrá la lengua, con todos los colores que la Retorica enseña pintar, ni la imaginacion advertir el desconsuelo que recibió el noble Hipolito con este aviso; los sobresaltos que le costó, y los temores que tuvo. Quantas veces oia su movimien-

to mismo, juzgaba, que era el de algun fiero verdugo, que venia à privarle del, y de la amada vida: la hambre que padecia era estrañia, y con todo esso se holgaba de que le dexassen, y no le tra xessen la comida, por el sobresalto con que le atormentaban las dudas, de pensar quando abrian la primera puerta, que llegaban para sacarle al suplicio.

Quatro dias padeciò desta suerte, y al cabo de ellos, con la misma traza, tuvo otro papel, que le decia: Viendo la indignacion de mi padre, y que era mayor, quanto mas te procuraba defender, y pedia tu libertad, he tratado cautelosamente de ponerme de su parte, con que se ha moderado en sus pasiones. Así que yà podrán cesar tus temores, y comenzar de nuevo las esperanzas de felice fin en tan grave riesgo como tienes por mi causa; mas yo espero sacarte del, sino me falta la vida, para que tengas justo premio à tan injusto trabajo.

Resucitó al desalentado espiritu del noble esclavo, este mensajero de su dicha, y quedó qual fuele el misero Marinero, que despues de fluctuar entre las olas, donde es una amenaza de la muerte cada una, llega à pisar con seguridad la tierra, que esperaba. Escribió Así este papel delante de su hermana Lidora, porque à él no se le negaba licencia de verla; mas ella, que atendió à que la persona

tona à quien su hermano le avia de embiar , estaba dentro de aquella misma casa (como muger, en quien la curiosidad es tan antigua) concibió un deseo de saber quien fuese. Y á dexamos prevenido , que à nadie era permitido hablarla , sino es à su tia , ò à su hermano. Viendo , pues , que solamente de su boca lo sabría , le rogó la hermosa Mora , con grande encarecimiento , que le manifestase la causa , que le obligaba à escribir con tanto secreto , y juntamente quien era la persona à quié escribía. Allí entonces , ò por condescender à los ruegos de su hermana , ò por tener con su ayuda mas comodidad para avisarle de lo que passaba , la manifestó las desdichas de Hipólito , y las obligaciones que le reconocia , por Maestro , y por amigo. Despertó esta piedad de Ali otra , no menos piadosa compassion en Lidora. O misericordiosísimo Dios! como dispones , como trazas el bien de los hombres , y como atiendes cuidadosamente à sus aumentos , y como à nadie faltas en el mas fuerte peligro! En este estado estaban las cosas : Allí cuidaba de su remedio: Lidora se disponia entre si misma à darle su favor , y Hipólito passaba una vida penosa , miserable , y triste. Habiansele eternidades las noches , aunque partian las horas el sueño , y el discurso. Solia ponerse de dia à ver un pequeño espacio de la cerca , que por aquella cortá ven-

tana se alcanzaba , y tal vez (no obstante , que le alegraba la luz) deseaba que se ausentasse el Sol , pareciendole , que así tendria un dia menos de tan cansado genero de vida.

Estando à la misma ventana à las primeras sombras de una noche , excesivamente obscura , oyò un ruido , que avia hecho no muy lexos , al cabo de èl unos dolorosos suspiros , y que entre ellos , de una delicada voz salian estas quejas. O si yá estuviesses , estrella adversa mia , contenta de mis males , aviendome traído à tantas fatigas! O si el averme puesto en tan misero estado fuesse para dexar de perseguirme! Mas quien la tiene tan contraria , para què procura llegar al descanso , sino es con la muerte , que es el termino de las desdichas? Tenga , pues , fin lastimoso , en medio de mi mas lucida juventud , la vida , si con esto han de tener limite mis tormentos , que menos mal serà el acabarse de una vez conmigo , que padecerlos de nuevo cada instante. Bien advertia Hipólito , que las quejas serian de algun cautivo ; mas como no sabia la disposicion de la casa , y que aquel espacio estaba cercado con una cerca de piedra muy fuerte , menos la parte , que (como diximos) igualaba con lo alto del camino , le pareció , que la afliccion de aquel miserable , le avia hecho salir à quejarse à la soledad de aquel campo , manifestandole

dola sus males, que es lo que de ordinario hace quien carece de remedio. Deseoso , pues, no se si de consolar sus daños con la noticia de los agenos , ò si de consolar los agenos con la noticia de sus propios daños , comenzó à llamarle con altas voces, diciendo: *Ámigo, qualquiera que aora hacias testigos à estas soledades del sentimiento de tu pecho, llega à esta pequeña rexa, para que con la noticia de mayor desdicha, des gracias al piadoso Cielo, que ha andado tan liberal contigo, que no te ha querido dár toda la que pudo. Al sonido de la voz se fue llegando el cautivo à la rexa , donde Hipolito estaba ; y despues de averle saludado cortesmente, le dixo: Si no me engaño , tu eres à quien Rezuan mi señor guarda con tanto cuidado, y à quien yo traygo cada dia de comer tan limitadamente. Con quanto encarecimiento es posible te ruego , q me digas que delito has cometido , ò que causa puede aver sido bastante à prision tan rigorosa: Holgóse Hipolito de saber quien era quien cuidaba de llevarle el alimento, para que conpadecido de su miseria, se le auméntasse adelante. Quiso moverle mas , y para esto le dió cuenta de lo que passaba , del amor que Ali le tenia, y de que el procurar que fuese Christiano, le avia traído à tan estrecho encerramiento.*

Aunque en esta relacion cuidaba de la propiedad de la lengua,

con todo esto, la natural le hacia, que muchas veces dixesse en nuestro idioma lo que queria significar, y no podia, por el poco uso que tenia del ageno. Quando el cautivo advirtió por esta causa, que era Español el preso, hablando en su natural lengua , le preguntò su patria , y tierra. Dixole Hipolito , que avia nacido en la Corte de España , y antes de referir su nombre , sintió que el cautivo avia hecho mudanza en rostro , y cuerpo. Reparò mas en lo que hacia , y vió que derramaba algunas lagrimas, recogiendo parte dellas, à falta de lienzo, en el cabo de una tunicela, con que andaban sus ombros adornados , y cubiertos. Dexò el llanto , por preguntarle como se llamaba, y Hipolito le respondia tan à medida del deseo, que le hizo convertir las piadosas lagrimas en dichosa alegría. O inconstante naturaleza la nuestra , pues casi à un mismo tiempo lloras, y ries, padeces, y descansas , te atormentas , y te alegras! Despues de la breve suspension , que bastò à manifestar sus afectos, arrancando un suspiro del pecho , le dixo : *Ay Hipolito, quantos pesares , y quantas penas me debeis! mas ignorante soy, pues llamo penas à las que han sido medios de mi dicha, y causa de los bienes que con veros poseo. Admirado el noble preso de estas razones, esperaba la solució de sus dudas; mas à este tiempo oyó, que del*

desde una ventana de el quarto de Lidora, llamaban à la persona, que avia llegado à dár principio à la novedad pasada, y le decian: Amigo, espera, no te ausentes, hasta que yo te avise.

Si las razones que avia oido tenian admirado à Hipolito, no lo quedò menos el esclavo, viendo, que à tales horas le hablaban, desde el lugar, que se guardaba con tanto recato, y aun tuvo pesar de que le huviesse visto de aquella suerte: mas como si le avia hecho llegar la piedad, yà le detenia el amor, por responder à Hipolito, que por instantes le preguntaba quien era; obedeciò à quien le avia rogado que esperasse, y con cautela le preguntò, si se acordaba de un amor, que avia tenido en Salamanca, y avia nacido entre el peligro de un arroyo, y la vecindad de una Aldèa. No tenia el lastimado preso en la memoria cosa, que tan dichosamente divirtiesse su pensamiento; y así con facilidad conociò, que era Aminta el que con tal disfráz habia entonces avia desconocido. Dexòse llevar de los encarecimientos por esta causa, de manera, que satisfecha, de que se podria declarar, prosiguiò gustosa lo que avia comenzado, obligada de la fuerza de su afecto. El uno, y otro ignoraban el modo de celebrar esta fortuna, y llenos de alegría, quitò su oficio el corazón à la lengua. Nadie en el aprieto mas fuerte pier-

da de todo punto la esperanza de consuelo; pues en la ocasion presente, quando le parecia imposible à Hipolito, de que huviesse cosa, que le diese contento, hallò el mayor, que le pudieran dar humanos bienes. Al fin de esta conforme suspension de entrambos, rompiendo Aminta el silencio, le dixo: yà que he visto claramente vuestro amor, razon serà daros cuenta del mio, y de mi correspondencia, para que en ella, y los demás accidentes, que me han traído à este lugar, conozcais, que hicisteis buen empleo de vuestra voluntad, quando tratò de corresponder à la mia, y veais, que es una misma nuestra suerte. Quiso comenzar sus sucesos, mas bolviéron à abrir la ventana, y echando por ella un blanco lienzo, la dixerón, que se le diese à Hipolito, y se fuesse, pues sabia el peligro en que estaba, y la pena que tenia quien llegaba à aquel lugar, demás de que Ali queria yà partirse. Quando el alegre preso oyò, que allí podia tener grave peligro, la rogò, que se ausentasse, y que buscasse ocasion en que pudiesse comunicarse mas de espacio. Ella le prometió haer lo uno, y lo otro, esto por el interés que grangeaba, y aquello, porque aunque no tuviera riesgo, era forzoso acudir al servicio de Ali con puntualidad. De aquí coligiò Hipolito, que era aquel noble Moro su dueño, y dandola uno de los papeles, que él le

avia embiado, la rogò, que se le diese, y juntamente le afirmasse, que en qualquier negocio se podría fiar de su secreto. Esto hizo el cuerdo Cavallero, así porque tuviese mas ocasion de hablarle, dando lugar Ali, como porque tratasse mas apaciblemente à Aminta, à quien ellos conocian por Otavio. No se engañò en esta traza, como verà despues quien atendiere aora à que en aviendole dado el lienzo, y despedidose, salió la piadosa dama, aunque no con poco trabajo, por la parte que le pareció en la cerca, mas facil à sus débiles fuerzas, y mas a proposito de su penoso canfancio.

Quedò Hipolito à este tiempo lleno de temor, por el peligro en que se hallaba; de amor, por la correspondencia de Aminta; de alegría, por averla visto; de deseo, por saber quien la avia traído à tan estraña parte; de esperanza, por el cuidado que Ali tenia; y de curiosidad, por saber lo que aquel lienzo llevaba. Cerrò la pequeña ventana, que avia sido instrumento de su paslada felidad; porque si Rezuan visitasse aquella casa por defuera, no la viesse abierta, y le quitasse aquel breve consuelo. Entròse en el otro aposento, que como diximos, era el primero en que estuvo. Sentòse sobre su pobre cama, que era de un poco de seca yerva, y empezó à desembolver el lienzo: hallò en él una pequeña caja, un blanco papesi-

llo, y dos trozos de madera, no muy gruesos. En todo iba reparando atentamente, sin saber el fin para que le avian embiado cosas tan diferentes. No sabia quien se compadecia de él, y así tambien poco sabia à qué parte acudir con su discurso, para poner en efecto la intencion de quien avia avisado à Aminta tan piadosamente, que se guardasse, si bien colegia de este aviso, que lo que le avia echado, se ordenaba à su provecho. Vinole al pensamiento la industria de Filomena, quando con la verdad, y dibujo de sus mudos matices, publicó lo que se le negaba: à la lengua, y parecióle, que si era Lidora, supuestamente la guarda, y el recato que tenia, no avria podido escribirle, y por esto le embiaba con enigmáticas labores dibujado en el lienzo algun remedio de su desdichia. Mas como la obscuridad era tan grande, se hallaba impossibilitado de ver, si eran sus presunciones ciertas. Abrió la caja, para saber lo que venia dentro, y lo primero con que encontró, fue con el pedazo de una vela. Llegò mas abajo; y averiguò con el tacto, que avia algunos fragmentos de yerba blanda, y seca: hizose capaz de todo lo que avia, y sin demasiada dificultad advirtió, que eran de laurel los dos pequeños trozos de madera, y que lo demás era para que encendida luz viesse lo que se contenia en el lien-

zo. Púfolo en execucion junto el debido laurèl, y llegando en debida proporción la yerva, comenzó à flotarlos, de fuerte, que con brevedad la hallò encendida. Falsabale el metal, con que nosotros hacemos levantar la llama à las centèllas, que el pedernal arroja entre la yelca; y mientras mirò dentro de la caja, si venia esta prevencion, sin la qual eran inútiles los demás instrumentos, comenzó à arder entre si la misma yerva; porque como despues reparò, venia por sus mismos remates prevenida de este medio; encendió la vela, con que quedó el alegre, y todo aquel espacio manifesto. Llevòle luego la curiosidad à ver el lienzo, diòle algunas bueltas, y hallò, que se avia engañado en la passada imaginacion. No se desconsolò por esto, antes le pareció, que no avian querido mas de darle luz; y aquel pan, con que se alentasse, sirviendole de sustento. Al tiempo de partirle, le hallò con el alma, que otras veces; esto es, con un papel. Abrióle, y desconociendo la letra de Ali, quedó de nuevo confuso. Palsò de esta confusion à leerle, y viò, que decia de esta forma.

En las ocasiones que hemos tratado de vos, me ha dicho mi hermano Ali tantos bienes de vuestra persona, que estoy desconfiada de veros, y de comunicar con vos, que camino es este seguro, en

que comenzastes à ponerle, y que él procura conseguir con tantas veras. Si por ser vos Christiano, es esse el que le enseñabais, y el que oculta temeroso, decidle, si alguna vez le veis, que no se guarde de de mi; porque desde que lleguè à tener alguna luz en la razon, uno con el mismo intento, que yo no me atrevo à manifestarsele, temerosa de que no sea engaño para saber mi inclinacion, y para que quede mas impossibilitado mi deseo.

Aquí acabò de leer Hipolito, y se puso à discurrir en la providente misericordia de Dios, y à pensar, quan inescrutables son sus secretos; pues hijos de padres barbaros, criados con tanto regalo; con esperanza de tantas riquezas, con dominio de tantas posesiones, y estimacion de tantas personas, posponian todo esto al ser Christianos, contà manifesto peligro de perderlo; y juntamente lo que mas se suele estimar, que es la vida. Daba à la Divina Magestad muchas gracias, por averle querido hacer à él instrumento de la reducion de dos almas, y con este pensamiento quedaba tan glorioso, que tenia por desconfiadas las prisiones; por seguro, y hermoso palacio aquel calabozo, y por regalada, y blanda cama aquella seca yerva. Para darle de comer, sin que se abriese la segunda puerta, de dos, que como dixè, hacian aquel tenebroso lugar mas fuerte,

tenian esta traza. Abrian un postigo de la primera, y entraban al corto espacio, que antes de la otra prevenimos, que avia junto à ella: avia en la pared un hueco quadrado, que se llenaba con una fuerte, y ancha caja de madera; por defuera tenia su llave, y por dedentro un hierro largo, cuyo cabo se dividia en dos partes, haciendo unos anillos en forma de tixera: este instrumento era para dár la comida à los esclavos, quando Rezuan se retiraba à aquella espaciosa habitacion, el qual por ser muchos los que de ordinario tenia era muy capáz. El hierro servia de que aunque le tirassen por defuera, quando echaban el alimento, no pudiesse salir de todo punto, dexando el hueco donde estaba sin defensa. Los anillos eran, para que ellos tirassen por dedentro, y tomassen lo que se les daba, y para que bolviendo à igualarle con la pared de afuera, pudiesse cerrar el que cuydaba de su guarda, dexandolos como primero seguros.

No sin causa, como despues veremos, se ha hecho memoria de tan menudas circunstancias, como tenia este artificio, à quien muchas veces en España ha dado ocasion el recato, y allí avia imaginado el temor, que siempre fue gran arbitrista. En este, pues, daban à Hipolito la comida con tantas prevenciones de cuydado, que venia un Moro en compañía de

Aminta, para abrir la principal puerta, y en entrando cerraba por defuera. Ella se llegaba al referido instrumento, abria con la llave que llevaba, y dando en él golpes para llamarle, venia el noble preso, cogia el sustento que le daban, y bolviendo à cerrar Aminta, se fallia, para que el Moro hiciesse otro tanto con la puerta que tenia à su cargo.

Prevenido esto, será bien, que prosigamos adelante, uniendo con los passados accidentes de este discurso. Dió Aminta à Ali el papel que Hipolito la avia dado, y dixole, que era de su tierra, y su mayor amigo; cosa con que grangeó en él tanta benevolencia, que desde aquel día, y punto mandó, que se le escusassen todas las cosas en que el demasiado trabajo pudiese hacer insufrible el cautiverio. Quando desde la passada noche iba à llevarle la comida, mientras se descuydaba la molesta guarda, le decia lo que Ali avia mandado que le dixesse, y comunicaban algo de su amor. El la decia, que tuviessse en tantos trabajos paciencia, y ella estaba tan alegre, que decia, que no trocará la libertad mas amada, por aquella dichosa esclavitud. Solia abrir en medio de esta correspondencia el cuydado: lo portero, y dividiendo su amor, se quedaban à medio proferir las cuerdas razones. Trocaban las causas celosamente en otras diferentes, y grangeaban con estos sobresaltos, sino

fino más gusto , mas copioso deseo de buscar modo de continuarlas.

Era tan grande el peligro que Aminta tenia hablando à Hipolito , por donde la primera vez se vieron , que con desearlo la rogaba, que lo escufasse, y era tan grande el amor que ella le tenia , que sin atender à sus temores, se aventuraba algunas veces, baxando la cerca por un lugar tan escabroso; que el ruido que oyò el piadoso sautivo , quando la llamó sin conocerla aquella noche de su dicha , fue por aver dado una terrible caída , ó yà obligada de la escuridad, ó yà de la ignorancia del camino. Llegaba tal vez maltratada de aquel riesgo , y con todo esto no dexaba de acudir à verle, fineza , que à èl dexaba mas satisfecho de su amor; principalmente despues que le confirmó con la sangre de una herida, que al baxar se hizo en la cabeza. Rogabala Hipolito , que yà que perdía la sangre , grangeasse escarmientos para no bolver, y respondiale: Yo lo hiciera con gusto , si sintiera , que se ausentaba el amor, quando se vertia la sangre.

Hagamos aquí un descanso à este discurso , servirá de cobrar aliento para passar adelante, y advertir lo que puede un grande afecto, aunque el pecho donde está sea flaco, débil, y cobarde. Juzguemos lo que podía en el de Aminta , y pensèmos la variedad

de confusiones , en que Hipolito se hallaba. Yà rezelaba , que no cogiesse à su querida prenda en aquel lance : yà dudaba , si se fabrica que le escrivia Lidora , pues casi todas las veces que Aminta le comunicaba , tenia papeles suyos; yà cuydaba , si se conoceria el intento de Ali : yà temia , si llegaria à execucion el rigor de su padre; y imagine qualquiera , como se hallaria su corazon à tiempo , que sin ver la salida estaba entre tales cuydades , tan pesados temores, tantos desvelos, y importunas dudas.

Una de las noches que Aminta le habló por aquella rexa, llegó diciendo, que no era yà tan grande como hasta allí su peligro, por que à Rezuán le avia dado una enfermedad , de que estaba rigorosamente apretado , cosa , que à ella la hacia estar segura de que por entonces no la veria. Oyendo Hipolito estas nuevas , y viendo que se ofrecia la ocasion que tanto deseaba , la rogò , que no ocultasse el modo por donde avia venido à aquella tierra , disponiendole así para el bien de entrambos su fortuna. Ella por darle gusto, y satisfacer à su ruego, discreta, y brevemente le dixe:

Despues que para desconfueso , y pena mia os apartò aquella desgracia de mis ojos , y yo visto en mi vida, pues aunque me he hallado algunas à peligro de perderla , nunca con tan manifesto ries-

go del honor, en cuya comparacion, sino es la del alma, son todas inferiores pérdidas. Aquí contó todo el suceso que dexamos referido en el discurso pasado, hasta dexar por muerto à Don Enrique, y luego prosiguió, diciendo: En habito de varon bien digno, en quien avia tenido tan alentado esfuerzo, me parti de aquella insignie Villa. Estuve, por si acaso me buscaban, retirada en una Aldéa algunos dias, donde daba todo el sentimiento al llanto de vuestra muerte, la qual tuve por tan cierta, que no me dexò lugar la duda para que tuviesse consuelo con la esperanza de que seria lo contrario possible. Veíame sola, sin alivio en mis pesares, sin aliento en mis temores, y sin fuerza para estar en España, donde avia perdido con vuestro valor el amparo; con vuestra cortesía la seguridad, con vuestro amor mi alegría, y con vuestra persona el gusto, el amparo, la seguridad, y el consuelo. Por esto tomé resolución de volver à mi patria, echarme à los pies de mi querido padre, ablandarle con lagrimas el pecho, y reducirle à que se mostrasse piadoso, y acogindome en su compañía, perdonasse mis pesados delitos. Puse en execucion aqueste pensamiento, y partíme de aquella Aldéa, en que por tan conocido aprieto me avia recogido. Embarquème en Barcelona, y sin que tuviésemos dos dias sin peli-

gro, yà del alterado mar, y yà de furiosos enemigos, nos hallamos una tarde presos de dos galeras de Turcos. Traxeronnos à esta costa, y por pequeño precio nos vendieron à diferentes dueños: el primero que yo tuve, queria un mozo de fuerza, y como por mi debil naturaleza fuesen cortas las mias, me sacò à la plaza, para que un pregonero publicasse el contrato de mi venta, ayudando à mis passadas desdichas con nuevos instrumentos de afrentas, injurias, y golpes, como si la dilacion de su desseo, ò su necesidad, tuviera culpa mi inocencia.

Llegò acaso Rezuán à este tiempo, para que no fuesse en todo avería mi suerte; y como por averos puesto en prision, necesitaba su casa de un esclavo, que acudiesse à vuestro mismo exercicio; parciéndole mi persona apropiato, porque aún oculta con la discrencia del trage, no se que aplauso grangea la hermosura. Dió por mi todo el precio que le pedian, que pocas veces se desconcierta el interés, adonde interviene el agrado, y se ha pagado el gusto. Acudia con puntualidad à su servicio, y descuidabame de daros la comida, con que tanto ocasionaba vuestro sentimiento. No fue culpable en mi este descuido, si se atiende al pesar que tengo de no averos conocido antes, para moderar con vuestra vista el daño de mi cautiverio, y para limitar con

la

lamia la soledad , y dura prision con que se ha hecho mas pesado el vuestro. Finalmente , viniendo con Ali una noche , me previno de que le esperasse, sin llegar à esta espaciosa habitacion. Yo le obedeci, y inadvertida (que siempre vienen las dichas à quien las espera menos) poniendo mal los pies por la obscuridad que hacia, me hallè con increíble sobresalto en lo profundo desta cerca, en cuya caída causò el estruendo , que obligò à vuestra piedad para que me llamasedes. Lleguè aunque sabia la pena que estava puesta à quien os comunicasse (que no es menos que de perder la vida) quèdada, que incitada de mas que humano impulso , pues sin atender à lo que hacia tan facilmente , me aventurè à lo que tan poco , à mi parecer, me importaba. Hallè con vuestra presencia mi alegria , y en mi relacion mis bienes. Quien imaginàra tal suceso? Y quien no mira la mudanza de las cosas? Pues quando os lloraba muerto en España, os veo en esta tierra, si bien en tan graves penas , vivo. Esperèmos , pues que el Cielo quiso traerme à vuestros ojos, que nos ha de dár tiempo, en que gozando vos la libertad dicha, yo tenga feliz vida , y dilatado consuelo con vuestra siempre amable compania.

Acabò Aminta à tiempo , que sin que pudiesse Hipolito responderla con el correspondiente re-

gocijo que sentia su pecho, causado del interior gusto con que se veia estimar , y la piadosa dama por su causa padecias; viò que por la puerta de la cerca (de quien solo Rezuan tenia la llave) entraba una persona , y se le acercaba à toda priessa. Temerosa de que sin duda era su daño, le vino al pensamiento, que la enfermedad era fugida; para satisfacerse de la fidelidad con que sus criados le servian. No se engañò la disfrazada dama de todo punto, pues aunque la indisposicion era verdadera , viendo Rezuan , que Ali acudia à ver à su hermana mas amenudo que solia, quedandose con este titulo algunas noches fuera de la Ciudad. Concibiò en su imaginacion , que la causa era Hipolito , y que por acudir à hablarle, decia , que se quedaba en compania de Lidora. Llevado de este pensamiento , no obstante la enfermedad, quèdò averiguar por si mismo, y ver con sus propios ojos , si era cierto el temor que le oprimia. Llegò al lugar por donde Aminta baxaba, reparò en su negro bulto , y persuadido à que era Ali su hijo, acudiò à la puerta lleno de colera , y enojo , metiendo mano al azero, para quitarle sus bien nacidos dientes, darle la muerte , y acreditar con su vertida sangre el zelo que de su falsa ley le debia. Estaba Hipolito à este tiempo , como no podrá pintar la imaginacion mas vivo , viendo à toda la causa de su

su consuelo en tan apretado peligro : temblaronle de temor los miembros, élósele la voz, quitósele la vista, la humedad de la boca se le atravesò en la garganta, y solo le quedò el oido, que por instantes esperaba en Aminta el mas triste suceso, y el ultimo suspiro. Mas la discreta dama, alentada con la imaginacion, de que quanto son mayores los riesgos, que un amante padece, es mayor la deuda con que el consorte se obliga, se puso animosa delante de su alçado dueño, y le dixo: Señor, si por hablar à este esclavo, de quien (segun por su relacion he sabido) tengo no poca sangre, quieres deramar con tal violencia la mia, negaràs el amor con que siempre me has tratado, y injustaméte castigaràs con pena tan grave, tan facil, tan leve, y tan pequeña culpa. Reportado Rezuan con el desengaño, de que no era el mal tã fuerte, como avia presumido, detuvo el movimiento del brazo al tiempo de executar el golpe. Pusose à consideraria à sus pies, y que humilde esperaba, ò la misericordia, ò el castigo. Parecióle, que no era accion honrosa matar à un esclavo, que no se defendia, un hõbre, que en la tierra era entonces estimado, y en la mar avia sido siempre temido, y por esta causa la dixo: Levanta te, que en tan vil sangre, no se ha de manchar mi noble azero; mas no avrá amanecido mañana, quando à uno, y otro os

aya quitado un verdugo las vidas: à ti, porque te atreviste à dexar de ser obediente, y à esse traydor, à quien veniste à ver, porq̃ es causa de tanto desafosiego mio. Hizo le siguiesse, diciendole la diferencia de injurias, y quedò Hipolito temeroso de la execucion de tan cruel sentencia. O quantos sobrefaltos le atormentan! O quantos tormentos le afligen! O quantas afficciones le inquietaban! Y quantas inquietudes le oprimian! Quando el dolor daba lugar al discurso, y no se le negaba à la lengua, lastimosa, y tristemente decia: O esperanza siempre penosa, y siempre infeliz! Si del bien porque se tarda, y mal porque llegan presuroso. No sè como algunas veces consuelas, si ru en todas ocasiones no sirves mas que de afirmar, que falta lo que se desea. A breve rato que estuvo desta fuerte, sintió que abrian la puerta de la prision en que estaba, y que arrojaban cõ violencia à una persona dentro de ella. Tornaron à cerrar, para que los dos quedassen solos, y nuestro Cavallero conociesse en la voz à su estimada prenda. Sacò luz de las entrañas del laurèl, y viendo su rostro alegre, se hallò absorto su discurso, y su semblante dudoso, viendo cosa tan agena de lo que le hacia à èl tener tan justo sentimiento. Preguntòla: Què novedad podia obligarla à tal consuelo, y aun la rogò, que le diese parte en èl, si

acaso avia ocasion de tenerle. Ella se puso atenta à mirarle ; y le respondió : Antes estoy quexosa , ò Hipólito, de que no le tengais, porque supuesto que yo le he adquirido solo , con verme en vuestra presencia , el estar sin èl me dice, que no me teneis amor. Y claro es el fundamento que me mueve à sentir esta verdad , aunque sea en mi perjuicio , si considero, que fueran en vuestro pecho los afectos semejantes , si vuestro amor igualàra al que yo os tengo. Antes, le respondió Hipólito, en temer mis penas , y insensibles estas alegrías ; porque si yo tengo pesares, son por el temor de perderos, daño para mí tan grande, que con desear tanto vuestra vista, aun no puedo limitar el dolor de esta pérdida. Animosamente le replicò Aminta : Mal haceis (ò querido Hipólito!) en temer con tanta fuerza; no os desalenteis tanto, ni para la posesion de un bien os acordéis del futuro mal , porque aun en las mayores dichas, no será posible tener, sino es tristeza. Bien sé yo, que mañana, quando el Sol (ay de mí!) aya corrido la mitad de su curso, han de estar estos miembros elados, esta lengua sin movimientos, estas manos sin fuerza, estos brazos sin acciones, estos labios cardenos, este rostro descolorido , y este cuerpo insensible, y faltar de el alma, que alienta. (A este tiempo se le caia à pedazos el corazon por los ojos deshe-

cho en cristalinās lágrimas.) Mas para que tengo de sentir desde ahora esta desdicha? Basta que despues no pueda ver lo que deseo, sin que este corto espacio, que llevo à gozar de su vista, le ocupe tambien en llantos, de manera, que mañana pierda por su causa la vida, y yo por mi culpa la alegría, el contento que mi pecho adquiere en su presencia.

De hombre, que en tan tierna, tan precisa, y tan lastimosa ocasion no lloràra, hiciera yo juicio, que, ò no tenia amor, ò que à natural desabridè; juntaba una condicion barbara, y necia. No fue así en Hipólito, pues llegandose mas cerca, y juzgandola perdida, procuraba anegarse en sus lágrimas, para que se anticipassen à hacer ellas lo que à otro dia avia de hacer en entrambos el cordel, ò el cuchillo. Eran los suspiros que daban tristes ecos, pues Aminta imitaba el acento de los que oia, y èl seguia por instantes el dolor de los agenos. Unian tal vez los brazos aquellos nobles pechos, à quien embidiosa avia de dividir tan brevemente la fortuna, siendo para sus almas tan cruel verdugo la imaginacion, que no les dexaba tener el consuelo que pudieran adquirir con la vista. Apartabanse otro rato para disponer sus conciencias, y prevenirse al suplicio, y ofrecer à Dios aquèlla muerte; porque es cuerda traza de prudentes discursos, hacer voluntario lo que

que ha de ser forzoso, y dár libres lo mismo que hemos de dexar violentos.

No encarezco la tristeza, el pesar , y el dolor que los míseros amantes tenían à este punto, porque adonde sobran los afectos, y estan conocido el daño, es escusada la eloquencia, y inutiles los encarecimientos. Quedese, pues, al silencio, que sin lengua èl solo ha sabido explicar cosas grandes, y passemos à decir, que brevemente oyeron, que abrian la principal, y primera puerta. Creyeron que no avia querido Rezuan esperar à la mañana (como avia dicho) para que se executassen sus rigores; y advertidos desta presuncion, tornaron à despedirse, y à dár, entre los últimos abrazos, principio à mas fuerte sentimiento. Quedóse, ò yá por la fuerza de èl, ò yá por la flaqueza de su animo, desmayada Aminta: quien duda, que para no ver llegar à la muerte, cuyo palido aspecto à un mismo tiempo temia, y esperaba? Mas como à Dios no ay pensamiento que se oculte, ni pesar que se escónda, ni afficcion que no esté patente, y manifesta, viendo en ellos por una parte la intencion piadosa, y que el deseo de Hipolito no le ofendia, por ser siempre tan honesto, y que la principal causa de aquellos temores le avia venido por procurar servirle con la enseñanza de Ali, y traerle à la Catholica Religion, quisó en ocasion

de tan fuerte aprieto socorrerlos; y atender mas à su infinita bondad, que à la miseria de sus defectos, pues en lugar del temido enemigo de sus vidas, oyó el triste prelo, que llegaba el mas fuerte medio de su salud, el qual en voces baxas decia: Hipolito amigo, acercate un poco, y escucha: Ali soy, que acompañado de Celin, que es quien ha tenido el cuidado de guardar esta primera puerta, vengo à procurar que sea vano el intento de mi padre, aunque ha jurado de quitarte à la primera luz del Sol la vida, juntamente con Octavio, à quié para este efecto èl mismo dexó en la prision contigo. Yá està vencido el uno de dos estorvos, que podrá tu libertad, pues tenemos de nuestra parte, à persuasion, y ruegos míos, à Celin: à estotra puerta la vencerà, ò la fuerza, ò la industria. Ten esperanza, cobra esfuerço, y puesta me has dicho que eres noble; no desmaye corazon que se alimenta de tan illustre sangre, ni des ocasion al alma, para que la pese de habitar en cuerpo tan débil, que pierde el brio, y aventurá negocio tan importante. Oyendo semejantes razones, se llegó Hipolito mas cerca; dióle las gracias, que debia à su cuidado, y prosiguió despues, diciendo: Señor mio, sabe el Cielo como estimo tu animo, mas no querria mi libertad con tu riesgo. Mira que será forzoso el tenerle tu persona, si despues

pues

pues de aver salido yo de aqui, se sabe q tu has dado à nuestro atrevimiento principio. Que se aya de descubrir es necesario, sino ay donde podamos estar escondidos yo, y Octavio, por cuya causa te encargo, que atiendas à lo que haces, y prevengas esto ultimo, porque de no hacerlo, ni se podrá remediar nuestro daño, ni se si se logrará tu intento, ni te aseguro el enojo de tu padre, pues olvidado de que eres su hijo, tomarà tambien de ti la venganza que procuraba en nosotros. Necio estás (le respondió Ali) tan imprudente me juzgas, que no avré visto inconvenientes, que en este caso tan facilmente ocurren? No tratemos mas que de tu libertad, y de la de tu amigo, que en saliendo desta prision, yo tengo adóde ocultaros, de suerte, que todos nos comuniquemos, y vivamos seguros. Sin que se replicasse mas de una, ni de otra parte, se llegó Hipolito à la puerta con la luz que tenia, y comenzò à mirar atentamente, si ella podría dàr cò su flaqueza ocasion à la salida. Hallóla tan fuerte, que desesperò de hacer por ella ausencia, y apretada la imaginacion con el peligro, pensò lo que sin èl fuera difícil. O, que discretos suelen ser los que se ven en tan apretados lances! Y quan distinto es el ingenio en la necesidad, que fuera de ella! Allí que cuidadoso trabaja, y aqui, que perezoso discurre. Passò desde la

invencible puerta al lugar por don de le daban la comida, y viendole tan capáz, advirtió, que metiendose en èl, y ajustandose quãto pudiesse, si tirassen Ali, y Celin desde fuera, podrian facarle facilmente. Dióles cuenta desta traza, y parecióle apropósito; mas al tiempo de llegar Ali al referido lugar, viò que estaba con llave el instrumento de su dicha, y que así era fuerza intentar otra traza. Dixo le à Hipolito un inconveniente que avia, cosa, que le entristeciò pesadamente, por ver que no era posible un medio, donde ni eran necesarios golpes, ni escandalizar la familia de Lidora; y que siendo al contrario, era fuerza que lo supiese su anciana tia, con q se ponía en peor estado su negocio. En el tiempo que se tardaron en buscar otra industria, le vino à Celin à la memoria, que si no le avia quitado la llave à Aminta (à quien èl llamaba Octavio) la avia de tener; como persona, à cuyo cargo estaba el darle à Hipolito el alimento: Advirtiendole de esta novedad, el noble esclavo se puso à esperar, que la insensible dama bolviesse del desmayo. Estuvo así buen espacio, mas viendo que el tiempo se pasaba, y la ocasion se perdía, puso por medio de su felicidad à su diligencia, y hallò en la llave la de su importante deseo. Dióselà à Ali por el estrecho lugar que permitía la puerta. Abrió el piadoso Moro, y tirando Hipolito de el

espacioso hueco , comenzó à lograr el fruto de su industria.

Reparò el alegre preso , en que si entraba primero para hacer la experiencia en si mismo , no avria despues quien acomodasse à Aminta , ni aun sabia si ella querria aventurarse à tan estraño medio de libertad , por el peligro que avia de detenerse el instrumento , à tiempo que embebido en la pared , faltando lugar à la respiracion , quedasse ahogado , siendo su atand el que se ordenaba à su remedio. Por esto se determinò à cogerla antes que bolviesse del desmayo , y no poner su resolucion en duda. Meriòla dentro de el capaz espacio , y sin mucha dificultad , por ser mas delicado sus miembros , tirando Celin , y Ali , la sacaron à la parte donde estaba. Grande fue el gozo , que el piadoso esclavo sintiò en su corazon , viendo que yà por lo menos Aminta se libraria , aunque el quedasse à pagar la pena de quantas culpas le impusiesse : mas Dios nunca dà tan limitados los beneficios , que no llenen colmadamente el vacio de la necesidad , pues aviendo avisado à Ali , porque no pensasse que estaba muerta , que era un desmayo que la avia dado , y aviendola puesto Celin con piedad en el suelo , sintiò que bolvian à darle lugar , para que hiciesse otro tanto. Pidiò à Dios felicidad en este suceso , y hecha la señal de nuestra redempcion sobre

el rostro , y pechos , entrò ; previno algunos inconvenientes ; se acomodò lo mas ajustadamente que pudo , para no impedir con su vestido el movimiento ; rogò à sus bienhechores , que tirassen velozmente ; mas como la fuerza de Ali , que tiraba de una parte , era mayor que la de Celin , que estaba de la otra , se torciò la espaciosa , y fuerte caja , y quando yà estaba dentro de la pared , se detuvo , sin que bastasse su fuerza à acabar de proseguir con su intento. Ali se affigia de que estuviessse su amigo de aquella fuerte , y el temiò mil veces , que el querer remediarse avia sido anticiparse la muerte. No advertian en lo que estaba el daño , y assi trabajaban vanamente , hasta que trocando Celin , y Ali los puestos , este tirò con tanto aliento , q̄ igualandole de entrambas partes , sacaron al noble esclavo de la prision , y del riesgo.

Echòse à sus pies , para pagarle con agradecimientos tal beneficio , yà que no podia corresponder con las obras. Levantaronle apaciblemente , y abrazandole Ali , rogò à Celin , que cerrasse ; y lo dexasse todò como estaba primero. Cogiò Hipolito à Aminta en los brazos , y alentado con tan dulce peso , lo mismo que avia de cansar le le aliviaba , para que caminasse mas velòz. Adelantòse Ali , para prevenir el lugar donde tenia pensado tenerlos , dexando à Celin el

cargo de comunicarle à la puerta principal de aquella misma habitación. Llegaron à ella apenas, quando el piadoso Mero le dixo, que èl no podia entrar dentro, pues si bien por servir à Ali se avia aventurado à lo que queda dicho, con todo esso en cosa que no era necesaria su persona, no queria empeñarse tan declaradamente. De aquí instrió Hipolito el cuidado con que se guardaba à Lidora, pues aun à Celin, de quien en cierto modo fiaba Rezuán la guarda de su persona, y como èl decia, la importancia de su hijo, aun no daba licencia para que pasasse aquellas puerttas. Nuestro Cavallero no podia tener mayor riesgo, que el que le amenazaba, si le cogiesse; y así no reparaba en estos escrúpulos, antes disponia entrar animoso. Propuso esto en tan dichoso tiempo, y en tan feliz ocasion, que Ali salia à decirle, que subiesse, porque yá estaban todos recogidos. No supo mas por entonces, de que siguiendo sus passos, entrò en unas salas llenas de curiosas labores. Viò en la ultima una cama ricamente adornada. Puso en ella à Aminta, y por obedecer à Ali, que le dixo, que aguardasse, se previnò à esperar lo que disponia.

Al cabo de largo rato salió el piadoso mancebo, y sacò à su hermana en su compañía. Era Lidora de quinze años en la edad, de apacible bondad en la condicion,

y el rostro de singular hermosura. Hizola Hipolito una grande cortesía, y ella, ò por quitarle el temor, ò por mostrar su contento, llegó à darle los brazos. Encarecióla Hipolito en su mismo idioma lo que la debía, el agradecimiento que pensaba tener siempre, y la correspondencia que era justa à tanto beneficio. Con esto, despues de aver rogado à Ali, que traxesse un poco de agua, para que Aminta bebiesse, y averlo èl puesto en execucion, ocupò una almohada del estrado, que en la sala avia. Sentòse Lidora junto à èl, y dixole de esta suerte: Amigo, no pagues tan adelantadamente lo que he deseado hacer por tí, porque serà dexarme con tu paga deudora, sino es que yá pretendas con las gracias que me dàs por lo que yo no he hecho enseñarme, para que sepa lo que debo hacer de aquí adelante. Si alguno mereçe estos agradecimientos, es Ali, à cuyo amor se debe el cuidado de tu libertad. El me ha dicho quien eres, y me ha rogado que te escuche algunos ratos. Yo, si he de manifestar mi sentimiento, deseaba verte, para lo qual, desde luego confieso lo que tu sabes por aquel papel, que te escrivi, que es la inclinacion que tengo à los Christianos, y el deseo de saber la Ley que professan, para recibirla. Por esto me determinè à juntar à su diligècia de sacarte de la prision, ei peligro de guardarte en mi quarto;

ta que se dispongan las cosas de otra suerte. Esto he podido esperar de su valor, y de tu industria, porque te aseguro, que la molesta clausura con que vivo me tiene llena de cansancio, y determinada à qualquier atrevimiento; si bien, limitandole siempre con la prudencia, y obligaciones, que à hija de tan noble padre corren, y atendiendo à lo que la razon me dispone, que es no ponerme en ocasion de perder el honor. Esperò Hipolito à que Lidora acabasse, y entonces la dixo: Señora mia, responder à todo quanto me aveis propuesto, serà gastar el tiempo en cansaros; y assi, mas facil serà aseguraros, de que estoy determinado à obedecer quanto por vos, ò por Ali se me ordenare. Yo espero, que pues Dios se sirve de mi para accion tan de su gusto, como es vuestra enseñanza, y en vosotros ha dado principio al deseo de conocerle por mi medio, os le premiarà, disponiendo las cosas de manera, que llegueis à ser muy sus amigos.

En el espacio que ellos se correspondian con estas razones, bolvió Ali con el agua, y Aminta del desmayo con un suspiro, diciendo: Ay amado Hipolito, que de pesares me cuestras, y que infeliz ha sido mi fortuna! Apenas me vi en tus brazos, quando à ti dellos, y à mi el alma deste desdichado pecho me dividen. Abrió luego los ojos, bolvió à mirar à todas par-

tes, y tocando à las pestañas con los dedos, deshacia el credito de lo que esperaban sus ojos de la novedad de lo que veia. Hallabase en una sala, cuyo techo estaba por una parte matizado de flores, y por otra de estrellas, uniendose tan agradablemente, que parecia averse baxado el firmamento à un prado, ò averse subido un prado al firmamento. Atendia à la cama en que estaba, y veiala cubierta de encarnada, y rica tela. Si bolvia à otras partes la vista, miraba en espacioso estrado de diversos rayos vestido. Reparaba, en que se pensò ver en un obscuro calabozo, donde el techo estaba cubierto de funebres reliquias del humo, q̄ para expeler el frio solian encender los esclavos, donde avia una cana de yerva, y unas colgaduras, que fueron en su principio veneno. Contemplaba la distancia del lugar en que se hallaba al que poco antes avia visto, y la misma diferencia engendraba en su fantasia dudas, de si era verdad lo que por ella pasaba, ò si era sueño, que la engañaba con los pareceres fingidos. Bolvió los ojos, adonde los tres estabã, y llevada del afecto, repitiò dos veces: Ay Hipolito, si durasse este engaño de mi imaginacion muchos dias. Oyendo estas razones, y las q̄ poco antes avia dicho confirmò Ali algunas sospechas que tenia, à las quales avia dado fundamento la hermosura, y delicado cuerpo de Aminta. Rogòles, que le manifestas-

tasen la verdad de su presuncion, pues yá la hallaba mas cierta, y Hipolito lo hizo para obligarlos, y lastimarlos, juntamente con el discursio de su vida. Compadecidos de tan penosos trabajos, Ali le cõsoló, y Lidora abrazò con grande amor à Aminta. Quiso que desde entonces bolvielle à su primero habito, para que estuvielle mas de cente en su compaña, y desde luego, porque ellos pudiesen descansar, la llevó à la sala, que para dormir Lidora tenían prevenida.

Descansaron un rato Hipolito, y Ali, y dexaron luego la quietud, por trazar el modo q̄ se avia de tener para continuar aquella vida. No fue esto muy dificultoso, porque como no entraban à ver à Lidora, sino era su hermano, su padre, ò su tia, guardados dellos, estaban de todos los demàs seguros. Al siguiente dia, que era en el que avia de mostrar sus rigores Rezuã (porque no les faltasse sobresalto en ocasion ninguna) entrò Ali presuroso à esconderlos, diciendo, que avia embiado su padre con orden de que en el mismo calabozo les cortassen los cuellos, y q̄ por averle avisado de que no estaban en él, venia lleno de furor, y enojo à buscarlos, y à saber por donde avian salido, y à castigar à Celin, si huviesse tenido algun descuido; para lo qual, no obstante su enfermedad, le avia dado aliento su rigor, y su furia. Escondiòlos Lidora en el espacio de un retrete, solo à

su persona reservado, y con fingido descuido se salió à la sala, para esperar lo que sucedia. Llegò Rezuã à las prisiones, donde el mismo avia dexado à los cautivos; y como se avia llevado la llave de una puerta, y viò que por ninguna parte avia indicios de averse salido, quedò confuso, sin atreverse à culpar à nadie en cosa que el mismo avia guardado, y bolviò disculpado con su confusion del delicto que en Celin estava oculto. Despues de aver imaginado varias cosas, subió al quarto, en que Lidora estava. Comenzaron los temerosos amantes à dular si serian descubiertos, y llenos de sobresalto oyeron, que enojado decia: Este traydor de tu hermano me tiene en el estado que me veo, pues por querer otra ley me hace vivir con tantas penas; y me ha hecho emprehender mil cosas en que no ha tenido efecto. Mas pues los esclavos se han ido sin castigo, yo mostrarè con él el rigor que pensaba executar en ellos, haciendole que muera en el mismo lugar de donde se han salido. Lidora le ablandò con razones, y deseosa de que no passasse adelante, le persuadiò à que pensasse, que Ali no tenia culpa de q̄ los esclavos huviessen hecho ausencia: añadió, que si su sentimiento avia sido procurar que le faltasse la comunicacion del uno dellos, aviendo huido, conseguia lo mismo que si le huviera muerto, y

que antes era su parecer , que no los buscasen , para que así el quedasse libre de sus temores , y su hermano , sin la ocasion de executar su intento , demás de que buscarlos era en vano , supuesto que como ella avia oído decir de la ciencia q̄ el esclavo tenia , le avría sido muy facil hacer alguna traza con que burlar las prisiones , y sus esperanzas . Poco ha menester que le rueguen , quien desea desenojarse , pues tan facilmente se persuadió Rezuán à lo que su hija le decia . Bolvió luego en blandos consejos los que Ali teniò crueles castigos . Exortòle à q̄ no hiciesse mudanza de la ley que avian profesado sus padres , y se despidió , para volver à la Ciudad mas alegre , si bien de la enfermedad apretado , y por la passada novedad confuso .

Quedaron con su ausencia Lidora segura , Ali animoso , Aminta alegre , Hipolito contento , y todos dichosos . Gastaba el piadoso esclavo algunos ratos en explicarles los Mysterios de nuestra Sagrada Religion , con que ellos quedaban tan satisfechos , y tan gozosos , que se manifestaba claramente quan superior era la vocacion , quan cierto el fervor , quan vivo el deseo , y quan verdadero el impulso con que Dios los avia tocado , para hacerlos de su Gremio . Enseñaba Aminta à su nueva amiga tantas cosas , y tan à medida de la disposicion que hallaba en ella , que juntamente se advertia en Li-

dora se adelantaba su buena inclinacion , la del ingenio de su maestra , y que para enseñar se requiere la prudencia que la naturaleza procura en el alimento , que es acomodarle , y ajustarla à la edad , calor , capacidad del que le recibe .

Vida era esta , que los tenia à todos alegres ; mas durò poco tiempo , accidente tan natural , como antiguo , en las alegrías , y prosperidad humana . O quanto se ciega , quien no ve quan limitados son estos caducos bienes ! Y quan poco atiende à su inestabilidad , quien los sigue ! No huviera , si nosotros abrièsemos los ojos , quien mas eficazmente nos predicasse , que el mundo ; pues en lo mismo que nos dà , nos niega lo que recibimos , nos avisa de lo poco que puede , y nos defengaña de lo poco que dura . Quien no ha visto caerse un edificio , primero admiracion de la vista , y luego fundamento de un illustre mayorazgo ? Este , pues , que fue apacible à su dueño , y agradable al mas noble sentido , llegando à destruirle el tiempo , que hace sino publicar nuestra ignorancia , en pensar , que ha de durar el bien ; aunque sea mas fuerte el fundamento ? Qué es cada persona anciana , que vemos , sino un defengañio , que nos dice : Passóse la mocedad , acabóse la hermosura , elaronse las fuerzas , y perdióse el brio , que como todas estas eran prendas nacidas para acabarse , tuvieron su fin , casi al mismo punto que

que nacieron? Esto le sucedia à Hipolito por instantes, de donde infero, que si reparamos en su vista atentamente, serà de importancia, para tener un exemplar de la mudanza de las cosas, y de la inestabilidad à que se pone, quien quando tiene muchos bienes, no los desestima, para que si los perdiera, no los sienta. Como en los accidentes passados tuvo el successo en este, pues un dia de los q̄ todos quatro estaban tratando de los aumentos, y enseñanza de Ali, y Lidora, entrò su anciana tia, atendiò à lo que se comunicaba entre ellos; y viendo, que era lo que su hermano temia, acudiò à darle aviso, por medio de un papel de todo lo q̄ passaba. Avia visto Lidora, que al entrar se avia detenido, para oir lo que hablaban, y que luego se avia retirado, para que no la viesse, y de este recato nació en ella una sospecha de lo mismo q̄ trazaba su imprudente tia. Fuese à la sala, donde estaba escribiendo; acercòse con lentos passos, y viendo, que no sería posible acabar con ruegos, que dexasse de avisar à su padre, cogiò la puerta, traxola àzia sí, torciò la llave, y dexandola encerrada, bolviò à dár cuenta à todos del passado successo. Fuerte era este peligro, y como èl fuerte, la salida dificultosa: mas hallando Hipolito, en medio de su rigor, ocasion para descubrirles su intento, les dixo, q̄ convenia ausentarse; pues de otra suerte era impossi-

ble escapar con las vidas. Prometiòles en España comodidad, regalo, y buen acogimiento; y como siempre es amada la patria, dudaron al principio confusos, sin saber si se determinarià. Exortòles Aminta, acreditando lo que Hipolito prometia. Propusoles el riesgo, y vistas por ellos las razones de conveniencia que avia, se ofrecieron à obedecer todo quanto Hipolito dispusiese. Yà que nuestro cuerdo Cavallero tenia su beneplacito en esto, advirtiò à Ali, de que solo lo que les podía faltar era un baxel en hacer segura su fuga. Facilitòle el cumplimiento deste deseo el alentado mozo, de manera, que yà le pareciò, que se veia sobre la espalda del mar, ausente de aquella tierra, y entre la amada libertad de la fuya. No fue el efecto contrario à este parecer; pues aquella misma noche se fueron los dos solos al puerto, y hallaron uno de los vasos, que Rezuana traia por la mar robando; que esta aun en los mas poderolos Turcos suele ser la grangeria, y el officio. Entraron en èl, y Ali hablò al Arraez, diciendo, que su padre avia perdido entre el rigor de una enfermedad la vida, por cuya causa le convenia tomar possession de las heredades que tenia cerca de la costa, antes que el que las administraba supiese su muerte, y se apoderasse tyranicamente de lo que por justo titulo era suyo. El Arraez avia sabido el aprieto en q̄

Rezuan estaba y así le dió crédito facilmente. Allí le encargó, que apercibiese la gente para que allí à dos horas, y Hipolito habló à los esclavos que avia al remo, diciendoles lo que passaba, y lo que importaria, que juntasen al valor que mostraban, cuerdo secreto en esperar su dichosa libertad. Bolvieron con esto adonde Aminta, y Lidora los esperaban confusas, así por la ignorancia que tenían de la dicha que se les prevenia, como por el desasosiego con que las inquietaba su encerrada vida, yà dando voces, para que la abriesen las criadas, y yà procurando con golpes abrir la puerta. Cogieron ellas todas las joyas que pudieron, y ellos todos los esclavos, que à aquellas horas hallaron, de los por particulares intereses de sus dueños, aun no estaban recogidos. Dieronles armas de las que en una sala de la misma casa avia (que no eran de baxa estimacion) y hicieron que se disfrazasen lo mejor que pudiesen en orden à parecer Turcos en el vestido. De esta suerte se acercaron, adonde el baxel esperaba. Entró en él Ali, diciendo, que toda aquella gente llevaba para mas certidumbre de su designio, y para que si alguno quisiese defenderse, le ayudasen à quitarle la posesion injusta de la que à él le pertenecia. El Arraez le alabó sus prevenciones, y le dió luego el baston, ó insignia de dueño de quan-

to el baxel tenia. Recibiòle, y despues de aver entrado todos los que le acompañaban, viendo que sus fuerzas estaban superiores à las del Arraez, y los demás Turcos, les dixo, que él avia sabido, que algunos de los que estaban presentes, tenían inclinacion al que administraba aquella hacienda, y que por esta razon convenia que saltasen en tierra. El Arraez los escusaba; mas viendo la resignacion de Ali, y que decia, que pues él los disculpaba, debía de ser de los comprendidos, por cuya causa avia de ser el primero que saliese; quiso grangearle obediente, y no indignarle porfiado, dexando la satisfaccion para quando bolviese. Fueron saliendo todos los que estaban antes en el baxel, menos los cautivos que estaban al remo, y los Turcos que evitaban del marinage. Tendieron las velas, y haciendose à la mar, se hallaron al amanecer tanta distancia de Constantinopla, que pareciera imposible à quien no atendiera, que en casos tan importantes suele prestar ligeras alas la diligencia. Llegaron à los Dardanelos, castillos que disiden la boca del canal, descubriòse Ali, manifestó la causa, que le obligaba à hacer aquel viage; y así no hubo quien le estorvase la salida. Passó luego por junto adòde tenia sus posesiones, lo qual le decia muchas veces uno de los Marineros; mas él le divertia, respondiendole, q

avia

avia de efectuar primero otro negocio, y que à la buelta pensaba conseguir el intento con que avia salido de su tierra. Como el Marinero viò, que antes iban todos presurosos por llegar, y despues cuidadosos de pasar adelante, concibiò algunas sospechas, y fiado en la necesidad que tenian de su persona, se resolviò à no querer proseguir, sino es diciendole el termino de su viage. Llevaban todos pesadamente este parecer, y aun temieron alguna desdicha, que sin duda les sucediera en estos lances, si uno de los esclavos, de los que avian dado libertad, no supiera las obligaciones de aquel oficio. Comenzò à exercerse con gusto de quantos veian, que les importaba la vida el ausentarse à toda priessa, para que no los alcanzassen, aunque fuesen seguidos. Iba entre los demàs cautivos un mozo de valeroso aliento, el qual le avia mostrado, assi en animar à los demàs cautivos, como en querer que el Moro cuidasse, como antes hacia, del marínage, aunque fuesse con violencia. Por su traza, y su cortesía se le aficionaron Hipolito, y Ali, desearon saber su nombre, y buscando ocasion para ello, supieron que se llamaba Fulgencio, que era natural de Barcelona, hermano de Feliciano, y homicida de Don Luis, como en el primer discurso queda referido. Por satisfacer à los ruegos de Hipolito, no se escusò

de repetir todo el suceso, gratificando con la verdad, la eloquencia, y los afectos de su sentimiento, en Ali admiraciones, en Aminta, y Lidora aplauso, en Jacinto, (un marcebe de quien despues se hará mas expresa memoria) apacible diversión, en los demàs credito de su valor, temor de su temeridad, gusto de su discurso, y en todos admiraciones, aplauso, y gusto. Finalméte, como ninguno avia que no estuviese gustoso, y el alegría tiene tantos caminos de manifestarse, cada uno declaraba la suya diferentemente.

Solo el Moro, que poco antes hacia contradiccion al intento de pasar adelante, venia tan melancolico, y pensativo, que no comunicaba con nadie. Algunos daban à Dios muchas gracias por el beneficio de su libertad, mientras Hipolito, y Aminta trataban de la salud espiritual de Ali, y Lidora. Esperabase solamente comodidad, para darles el sagrado Bautismo, con el aplauso, que tales personas merecian, por estår ya bastante instruidos en las cosas que pertenecen à nuestra santa Fè. Al cabo de quatro dias que huvieron navegado, se descubriò la causa, que traia al Moro confuso, aunque con harta costa de Ali, pues se llegò à èl irritado de un furor diabolico, à que le obligò el parecerle, que èl avia sido engañado, mas que todos los que hizo desembarcar en el puerto, y le diò con un cu-

chi-

chillo que llevaba dos heridas. Acudieron Hipolito, y Fulgencio, antes que acabasse de matarle, con figuieronlo en ocasion, que metiendo Fulgencio mano á un alfangue, que el mismo Ali llevaba, dió al desdichado Moro una tan cruel herida en la cabeza, que cayó en el suelo sin aliento, y sin alma. Allí le asegundó con tantas heridas, que á aver muchas muertes para una vida, muriera muchas veces aquel traydor, y desdichado barbaro.

Cuidadosas del daño de Ali, acudieron á ver si era notable, y hallaron, que eran penetrantes las heridas. El pedía fervorosamente el Bautismo, sin acordarse de las medicinas humanas. Loraban Lidora, y Aminta lastimosamente. Todos andaban pesafosos, sino es Fulgencio, que en cierto modo estaba consolado de aver sido quíe tomasse tan junto al delito de la venganza. Por la necesidad trataron de anticipar el Bautismo de Ali, siendo Ministro un Sacerdote, llamado Ignacio (que tambien avia estado cautivo) á quien como á persona mas digna, no solo fue razon, sino obligacion anteponerle á los circunstantes para tan santo, y piadoso officio. Recibiòle con grande afecto el noble mancebo, y con particular gusto suyo fue el nombre que le pusieron Antonio. Notable era el desconuelo de Lidora en esta ocasion, viendo tan peligroso á su hermano; y hallan-

dose á su parecer sin amparo fuera de su tierra, y entre gente, de cuya fidelidad, hasta entonces no tenia hecha experiencia. Aminta la consolaba, y prometia no apartarla de su compania, como ella quisiese seguirla en quanto viviesse. Hipolito la animaba, diciédo, que su sangre, y su nobleza, no le dexarian desistir de su amparo, y su regalo, quando èl quisiesse hacerlo, y que dexasse el llanto, y la affliction con que lastimaba los animos de quantos la oian. Estas promessas hacia el piadoso Cavallero: mas quien no sabe no puede prevenir lo futuro, tal vez yerra en prometer, y tal se halla engañado en lo que promete. Sucedió, pues, que el Patron, que substituyò al Moro, que antes gobernaba el baxel, se enamorò de Lidora, y teniendo por cierto, que mientras tuviesse el amparo de Hipolito, no avia de poder conseguir su deseo, llegó á una pequeña Isla con animo de hacer agua. Entre los demás, no se escusò nuestro cuerdo mancebo de salir á remediar aquel defecto, que en las necesidades, usar de la autoridad, es insufrible genero de ignorancia. No desembarcò Fulgencio, ni Ignacio, este por la veneracion que se debia á su persona, y aquel por no dexar de todo punto á las dos hermosas damas. Quando el vil Patron advirtió que era tiempo a proposito, y vió que todos sus amigos estaban dentro del baxel,

ater
Jac
que
cuic
dad
rod
esto
las,
la I
voc
rog
culp
gen
que
suas
fe.
de
fue
ten
set
tan
avi
y su
qu
á se
al p
ne
un
che
me
co
ror
Isl
los
ñi
he
es
lo
ci

atendiendo à que solos Hipolito, y Jacinto eran los que faltaban, y à que Don Antonio, si bien por el cuidado de Fulgencio, y la piedad de Ignacio estaba mejor, con todo esso se hallaba impedido de estorvar su deseo: tendió las velas, y con toda priesa se desvió de la Isla, en que los dos à grandes voces los llamaban. Fulgencio le rogaba que bolviessse, mas èl se disculpaba, diciendo, que hacia diligencias, y que no podia, por mas que lo procuraba. Aminta le persuadia afligida, que no se alexasse. Lidora juntaba à las lagrimas de su herido hermano, el desconfuelo de esta pérdida; y Ignacio intentaba reducirle à que no pagasse tan mal, ni dexasse en un lugar tan inhabitable, y tan solo à quien avia sido la ocasion de su libertad, y su dicha. A todo esto el esclavo, que de tanta miseria avia venido à ser Patron de aquel baxel, daba al principio disculpas, y despues necias respuestas, hijas todas de un animo mal nacido. Baxó la noche, y cubierto de la obscuridad, se merió grande distancia adentro, con que al siguiente dia se hallaron donde no se alcanzaba à ver la Isla. Culpaban su poco cuidado los que sentian perder la compañía de Hipolito, y los que se avian hecho sus parciales, y amigos, le escusaban, atribuyendo à rigor de los vientos, lo que avia sido maliciosa industria suya.

Llevaba Fulgencio persuadida

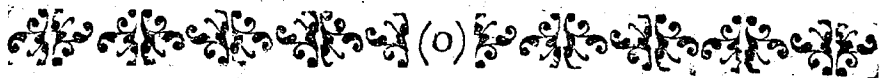
su colera à matar al impio Patron, y de hecho lo executàra, si no temiera, que los demás se bolvieran contra èl, como à quien avia estorvado el feliz fin de su viage, quitandoles quien governaba el instrumento de su libertad. Viendo, pues, el vil marinero la necesidad que tenian de su persona, y que la mayor parte de los que iban en el baxel eran sus amigos, se resolvió à manifestar el amor que tenia à Lidora, con tanta dissolucion, que le pareció facil llegar luego à sus brazos. Todo esto era justificar mas las razones de enojo, que iban encendiendo à Fulgencio, para que hiciesse uno mismo el castigo de tan diferentes culpas. Lidora se recató honesta, y se guardò virtuosa, atendiendo à los nuevos deseos de aquel infame esclavo. Mas ni su honestidad; ni su cuidado bastò para que una noche no intentasse llegar à coger con violencia el fruto de su recogimiento. Aqui yà no pudo dilatar su indignacion Fulgencio; antes llegandose à èl le dió dos puñaladas, con que le privò de su lascivo amor, y de su vida. Quien no advierte quanta mas fuerza tiene la razon, que la inclinacion; aunque sea depravada, y cruel? Pues este, que de su natural mismo era sangriento, y vengativo; quando dudaba la malicia del Patron, se detuvo; y quando vió el atrevimiento, sin reparar el inconveniente, se arrojò à procurar el

da.

daño ageno ; aunque fuesse con peligro propio. Quisieron algunos vengar à su amigo , à titulo de que les avia quitado el remedio de su passada desgracia ; mas el esforzado mozo se puso à un lado, y con determinacion fuerte les dixo, que el que se le acercasse avia de imitar à su parca en la muerte. Y à le avian cobrado temor por las passadas acciones, y se detuvieron, así por èl, como por aver visto, q̄ avia tenido ocasion bastante para quitar la vida à un hombre, à quiẽ tan barbaramente le avia faltado la verguenza. Representòles Ignacio la infamia de averse atrevido à persona que todos debian estimar, y à por su illustre nacimiento, y à por aver dexado à sus padres, y à por su hermosura, y yà por aver abrazado tan cuerda, y tan fervorosamente nuestra Sagrada Fè, y Catholica Religion. Con esto se aplacaron, y haciendo lo que era fuerza con gusto, esperaron que continuasse su comenzada piedad el Cielo. Quien espera en su auxilio, y se acoge à pedirle favor, nunca se ve defraudado en sus esperanzas, ni en sus ruegos desconsuelo. Desta verdad hicieron experiencia el nuevo D. Antonio, y antiguo Ali, pues del rigoroso peligro, en qué tuvo tantas amenazas de la muerte, salió al siempre amable terosino de la farsud ; y entre los demás Fulgencio, pues à este tiempo passò tan cerca de ellos un navio, que pudieron

informarse de que eran Mercaderes Venecianos, y manifestarles su necesidad, para que la socorriesen. Suplió la liberalidad destes, la falta que tenian aquellos, y por estar muy lexos de la Isla en que avia quedado Hipolito, y no querer sus bienhechores andar tan grande distancia, huvieron de conformarse con su parecer. Dentro de pocos dias llegaron al puerto de Sicilia, desde donde cada uno tomò el viage que le pareció conveniente. Don Antonio convaleció de sus passadas heridas, y en compañía de su carissima prenda, y querida hermana, y de la hermosa Aminta, partiò à Bolonia en cumplimiento de su deseo. Fulgencio hizo lo mismo siguiendolos, si bien con animo de volver à Barcelona su patria, persuadido à que yà se avrian acabado los antiguos vandos, y passadas enemistades, como si el odio que nace en la voluntad, no viviesse en la memoria, y tuviesse tanta vida, como el corazon, donde apasionado permanece, provocado habita, y ocasionado se alimenta.





HISTORIA DE HIPOLITO, Y AMINTA.

DISCURSO SEPTIMO.

LOS daños, que suelen nacer de la demasiada riqueza, quando el uso de ella no es prudente, quedaran bastantemente conocidos, si dixéramos algunas alabanzas de la pobreza, pues en opinion del Filosofo, de los contrarios, siempre es la razon una misma. La primera grandeza que hace à la pobreza illustre, es la seguridad con que vive quien la tiene; por esto la llamò Secundo Filosofo, prosperidad sin riesgo; y Seneca descanso del animo. Llamòla tambien remedio del temor, quando refiere aver hallado el fin de los deseos, y la medicina de los tumores en la miseria, porque quien ni tiene, ni ha esperado tener, no puede aver tenido. O quan feliz es la pobreza, que entre enemigos và segura! O quan dichosa cosa es no anhelar por bienes, y quan grande estar rico de pobreza, pues sola ella no ha menester lisonjear, ni està pendiente de la fortuna! O quan desembarazado anda de criados, quan libre de recelos, y quan sola de obligaciones, que tal vez hacen à un hombre peregrinar Provincias, peligrar en los mares, y exponerse à varias desdichas! La segunda gloria que tiene la pobreza, es el desengaño que adquiere para el pobre. Por esto dice el mismo Seneca, que lo que no se consigue con el mismo beneficio, se adquiere con el misero estado; pues con aquel todos parecen amigos, y con este, solos quedan los verdaderos. Pues por que no amarèmos la pobreza, supuesto que por ella sabemos de quien somos amados? El tercer lustre, con que es (este bien aborrecido) estimable, es, porque jamà ha conocido à la lisonja, por lo qual prosigue el mismo Filosofo, diciendo: O mil veces dichofo estado, que has conocido el bien, que nadie mienta para honrarte! Tiene el pobre muy de ordinario el rostro alegre; y como dice Quintiliano el animo siempre libre. Es gran compañero de la agudeza. Con las riquezas se ablandan de fuerre las fuerzas corporales, que despues traen inutilidad para los peligros; mas con la

pobreza se sustentan, para que nada nos parezca dificultoso. Con ella es menos formidable el rostro de la muerte, pues tal vez porque es descanso de los trabajos, se desfeay tal, porque no ay regalos, que dexar, no se teme.

Antes bien pudieran las riquezas hacer que nuestro Hipolito sintiese qualquier desdicha, mas ya estaba tan acostumbraado à ellas, que para toda tenia aliento, y en ninguna le faltaba su antiguo valor. En esta ultima, que le dexamos, por culpa del Patron, cuyo lascivo amor atajò Fulgencio con su muerte, mostrò particular esfuerzo, dandole tambien à Jacinto (así, como dixè, se llamaba el otro mancebo, que quedò en su compañía.) No avia cosa que igualasse à la pérdida de Aminta, de suerte, que el quedar sin mantenimiento, y en lugar donde no avia poblacion, todo le parecia menos. Durmieron aquella noche sobre los duros ombros de una peña; que siendo freno del mar, les diò espaciosa cama. Al dia siguiente miraron à todas partes, y no hallaron por unas mas que levantados montes de salada espuma, y por otras dilatados llanos de diferentes yervas. Comenzò à molestarles la hambre, y temieron el mayor daño, que es nuestra propria miseria, y con causa justa, porque de los demás se puede un hombre apartar, mas este à todas partes nos sigue. Por esta causa

son siempre mas fuertes los enemigos familiares, y por estas razones es la hambre de los mas prolixos. Fueronle entrando la Isla adentro, para ver si avia algun modo de remediar su necesidad. Iban notando las circunstancias del inhabitado sitio, y llegaron à la falda de una levantada peña; dieron buelta à toda ella, y vieron que naturalmente tenia huecas las entrañas, y que juntandose por la parte superior las pesadas cabezas de dos piedras, dexaban formada una cueva con dos distintas bocas. La distancia que estaba cubierta era tan grande, que tenia mas de sesenta pies de fondo, y tan alta, que passaban de nueve. Entraron dentro, y hallaron que tenia algunos senos, con que se hacia mas proposito para habitarla por razon del abrigo. A la entrada avia por la una, y otra puerta un apacible espacio, donde de virtuosas yervas, y deleytosas flores avia hecho la naturaleza un apacible, y porfiado alarde. Lo tajado de las peñas parecia industria del arte, pues hasta la mas aspera cumbre se vestia de casta salvia, de oloroso tomillo, de fresca hircina, de humeda endivia, y venereo corlandro. Avia algunas aves tan grandes, y tan espantosas, que mas daban temor, que provocaban à deseo de poner medios de cogellas para sustentarse. No les faltò de todo punto el consuelo en esta soledad, porque Hi-

politico avia guardado el instrumento, con que en el cautiverio, y la obscuridad de aquel calabozo encendia luz. Sacole, y aviendo prevenido algunas de las que envejeció con calor el Verano, encendió lumbre. Jacinto cortaba ramas de algunos arboles incultivos, que la naturaleza nunca ociosa criaba en aquel distrito, con que sin dexarle acabar, procuraba continuar el fuego. En el marisco, que la creciente dexaba, quando se recogia la mar, buscaban algunos pescados, que por negligentes, ó por inútiles se quedaban en la tierra, los quales preparados con el fuego, y tostando algunas raíces de yervas saludables, que Hipolito conocia, engañaban la hambre, y si no se satisfacian, por lo menos se conservaban. Salian algunas veces à ver si podian descubrir algun baxel, ó navio, donde ser recogidos, para huir de tan infelice estado, y quanto mas lo deseaban, menos lo conseguian. Entrabanse al venir las sombras de la noche en la referida cueva, salían con la leña que avian recogido de día el encubierta fuego, y recostados sobre la tierra, olvidaban el trabajo, y cuidado que les oprimia, porque el sueño es desdicha de los poderosos, pues les impide el gozar sus riquezas, y dicha del pobre, pues le hace que olvide su miseria.

Quince veces avia dado calor el Sol à los Antipodas, y quince

iluminado nuestro Emisferio, despues que los dos mancebos quedaron expuestos à tan enfadosa soledad, quando siguiendo el orden que tenian, se recogieron à las entrañas de aquella peña, de donde de cada Aurora nacia para buscar su alimento. Acompañaronse, como solian, de las llamas, para que el frio hiciesse apacible el rigor de aquel elemento, y pusieronse à tratar de las cosas que en tan breve tiempo avian hallado en la Isla, y de las novedades, que en distancia de un año avian sucedido à Hipolito. Admirabase Jacinto de oirlas, y tal vez dudara su entendimiento el credito de las cosas que oia, si no temiera ser descortès, ponderando la persona que las contaba, y que las referia de si mismo.

Dando el uno cuerdas lisonjas à la atencion del otro, y pagando este con el credito la eloquencia de aquel, estaban, à tiempo que oyeron un presuroso ruido por la boca, que à la parte del mar tenia la antes inhabitada cueva. Llenaronse de sobresalto, y la novedad del caso les hizo poner en pie, para hallarse mas prevenidos, si fuese necesario defenderse. Espació de presto Hipolito la lumata, para que cessassen las llamas, y para que con la obscuridad se hiciesse mas seguro su remedio. Metieron mano à las armas, con que avian quedado en la passada desdicha, que

(co.

(como diximos) tenía aquel rustico alvergue , y oyeron , que el ruido , que antes avia salteado à su folsiego , era de una muger , que entre desalentados ecos , causados de su cansancio , decia : Detente , espera , no me quites la vida , y como dexes libre mi honor , haz de mi lo que quisieres . A estas lastimadas razones , sintieron que respondia un hombre en Castellana lengua : No vengo à darte la muerte , y así has hecho mal en huir de mis manos , metiendote entre estas peñas , adonde à mi me traes tan cansado de seguirte , como admirado de que à una muger la aya durado tanto el aliento . El temor , respondió ella , hace diversos efectos , segun en los sugetos q̄ se halla ; en los que acometen , es cobarde , y en los que hayen tan fuerte , que primero faltan las fuerzas corporales , que se consiella rendido el animo . Con esto quedo disculpada en aver procurado huir , y tu admiracion satisfecha . Aunque quede satisfecha mi admiracion , no lo quedará mi trabajo (respondió el hombre en lengua Arabiga) pues me pagarás el cansancio , de manera , que te pese de aver nacido , y nunca acabes de llorar tu suerte . Estas palabras entendieron Hipolito , y Jacinto , por saber la lengua , y quedaron mas confusos , sin discurrir en lo que podia causar cosa tan nueva . El hombre la decia que se levantase , y ella , que aviendo delcansado

un poco , diò lugar à las lagrimas ; parecia que se anegaba en ellas . Tantos eran los suspiros , y sollozos que la triste muger daba , que parecia salirse tràs cada uno el alma , y tanta era en el que la avia seguido la dureza , que se mostraba mas rigoroso , quanto mayor era el llanto : que ay corazones , à quien averguenzan las penas . Crecia en èl la colera , en ella la afficcion , en èl el enojo , en ella la pena , en èl la crueldad , en ella la miseria , en èl el enfado , en ella el pesar ; y finalmente , en èl las injurias , y malos tratamiètos , y en ella las ansias , las escusas , los encarecimientos , y los ruegos . Hipolito estaba lastimado del temor ; que la muger tenia , y cansado del rigor que con ella se usaba , por lo qual determinò defenderla , aun que fuesse poniendo à riesgo su persona . Comunicò este intento con su amigo Jacinto , y convenidos en un mismo parecer , trataron de poner remedio . Concertaron el modo que avian de tener para cogerle , sin que pudiesse ponerse en defensa , ni dár aviso à otros , si acaso traia compaña . Saliò Jacinto por la otra boca que tenia la cueva , y Hipolito se quedó cuidando de acudir quando sintiesse que su amigo entraba por la parte donde el barbaro , porfiada , y cruelmente maltrataba à aquella muger affigida . Presto llegó el alentado mancebo , y entrò diciendole , que procedia
bara

barbaramente en tratar con tal aspereza à una muger, pues quando està sin defensa, entonces debe estàr mas defendida, si es animo noble, y piadoso el que la escucha. Apenas oyò estas razones el desconocido hombre, quando (advirtiendo por el modo con que llegaba Jacinto, que no era de los suyos) metiò mano à un alfanje que traia, para ofenderle. Llegò Hipolito à este tiempo, y cogiendole por los brazos, y impidiò su movimiento. Ayudòle Jacinto, y entre los dos le ataron las manos con una liga, que Hipolito avia prevenido. Por el trage, y las razones que le avia oido en su lengua, conocieron que era infiel en la profesion, y barbaro en la ley. Assegararonle de nuevo los brazos con una vanda, que el mismo Moro traia ceñida, y dexaronle atados los pies con el tahalli, de que el alfanje venia pendiendo. Hipolito acudiò à consolar à la muger, que yá con el nuevo socorro alentada, dexando el llanto, agradecia à sus bienhechores tan piadoso beneficio. Jacinto tratò de encender algunas ramas, tan deseoso de ver la traza que el Moro tenia, como de saber, que desdicha avia obligado à aquella miserable muger à tan peligroso estado, como era aver venido huyendo de un barbaro à aquella soledad. Consiguiòlo facilmente, y quedò la obscura habitacion llena de alegría, con que la luz aun

tiempo consueta, recrea, y alimenta à la vista.

Repararon en el Moro con atencion, y conociò Hipolito, que era el dueño que avia tenido en Constantinopla, y padre de Ali, y Lidora. Con su natural cortesia se llegó à el, y le comenzò à quitar las ligaduras con que le tenían atado, diciendo: No permita el Cielo (ò noble Rezuani!) que yo pague con injurias, porque de más de que mi Religion no permite, que se de mal por mal, aun en la nobleza de un animo piadoso, no debe perseverar la venganza, principalmente, quando de parte del contrario no puede aver defensa. Tu juntaste à mi cautiverio el rigor de una prision cruelissima, y à ella el deseo de quitarme la vida, y yo opuesto en todo à tus intentos, te quiero dár por el cautiverio, libertad; por la obscura prision, dilatado lugar, para que consigas tu gusto; y por el deseo de privarme de la vida, no solo la que tienes, y que tan seguramente te pudiera quitar, sino la que tengo, y tan cuidadosamente procuraste destruir. Mira quan poderoso es Dios, y como sabe bolver por los que obedecen su Ley, y Preceptos, pues demás de averme librado à mi de tus crueles manos, te ha puesto à ti, quando me nos lo pensaste, en las mias, para que adviertas, que à las fuerzas mas robustas, al valormas acreditado, y al poder mas excelente, le sabe dexar

vencido con la flaqueza mas debíl el tener mas inútil , y la mas baxa miseria. Yá en este tiempo estaba Rezuán libre , y así pudo echar los brazos à Hipolito , y decirle: Bien se conoce en tus acciones , que es ilustre tu sangre. Claramente se muestra en lo que me sucede , que es causa superior la que te ampára ; pues como tu dices , unas veces te libra de mi rigor , y otras me sujeta à tu voluntad ; mas puedote afirmar , que no sé qual es mas en mí , ò la envidia que tengo à la hidalga resolución de tu animo , ò el pesar que me aflige de no aver conócido lo que tenia en tí , para estimarte , y ofrecerte , con el gusto que tu ahora , la misma libertad que me ofreces. Cuerdo es (ò Hipolito!) quien sabe hacer libres los cuerpos , para dexar en perpetua esclavitud los animos , donde son fuertes hierros las obligaciones. Tener dominio en las voluntades , es el mas dichoso Imperio ; dichoso , pues , mil veces , quien sabe adquirirle , ò yá si es superior en los vasallos , y esclavos , ò yá si es igual en los amigos. La mayor dificultad que yo he conócido jamás en cosa , que haya procurado , es en saber hacer de los contrarios parciales ; y de los enemigos , amigos ; y como es la cosa mas difícil , debe ser la mas estimada. Estima , pues (ò Hipolito!) la piedad con que te enriqueció el Cielo , pues à tí es fácil lo que à muchos difícil

tofo. Estima la cordura con que sabes obligar à perpetua servidumbre los animos , y prevente gloriosos parabienes por la dicha de tener imperio en mi voluntad , y consiguiéteme en todas las demás , que como tu has advertido , dependen de la mia. Haz cuenta , que eres dueño de todas , dispon en mí del modo que quisieres. Hipolito le preguntò la causa , que le avia traído à tan remoto lugar , y èl le respondió , que averse ausentado sus hijos , y en opinion de algunos en su compañía , le avia sacado de su patria (no obstante su enfermedad , de que yá estaba mejor) para alcanzarlos ; mas que yá estaba satisfecho de que avia sido engaño , supuesto que le hallaba sin ellos. No quiso por entonces defengañarle Hipolito de la verdad , sino dexarle proseguir , y que dixesse. Llegando en uno de mis baxeles à la vista de esta pequeña isla , vimos otro vaso , que parecia aver llegado derrotado , y que atento à que se acercaba el nuestro , se procuraba hacer à la mar. Estaba aquella muger en la orilla , y otra , que se llegaba en un esquife à su navio , dando voces , que esperassen ; mas ellos cerraban con el temor los oídos. Bolvieron à este tiempo Hipolito , y Jacinto los ojos à la parte donde la muger estaba , y admiraronse de ver su trage , y hermosura , prendas , en que conocieron no ser baxo su nacimiento , ò su fortuna , que

no

no es lo mismo que ser infelice. Rogóla nuestro Cavallero , que no se estrañasse , ni tuviesse temor , porque todos los que veia se preciaban de ser muy cortesés. A estas razones respondió la hermosa dama: Tan lexos estoy de tener temor , que si sois el que yo presumo , no solo no me prometo mal suceso , sino dichoso amparo. Hizo la animosa muger algunas preguntas , en que conoció ser el mismo que avia imaginado; y en el fin de la ultima tuvieron principio con notable demonstracion de alegría las razones siguientes.

La mayor fineza que puede hacer la estrella de qualquier hombre dichoso , es ofrecerle la felicidad , quando estaba mas declarada la desdicha. Y esto mismo me sucede à mí aora , que aviendome tenido cautiva , triste , y sola , me hallo libre , alegre , y acompañada , de quien oyendo mi nombre , espero ser acogida , guardada , y mirada con respeto , y veneracion. Atentos estaban todos à estas palabras , y en particular Hipolito , por no acordarse de averla jamás visto. Quitólos la suspencion con que escuchaban la misma dama , que prosiguiendo dixo: Yo soy (ò noble Hipolito!) Marcela , aquella dama de Don Carlos , cuyos accidentes os contó Alexandro en Salamanca , por ser necesario para explicar sus sucesos. Yo soy hermana de la infeli-

ce Vitoria , à quien llamo infelice , porque como despues sabreis , ella era la que en el esquite se acercaba al navio , quando yo comencé à entrarme por esta tierra adentro , para ser seguida de Rezuan , y amparada de vuestra piedad , y cortesía. El modo de venir à la mia vuestro nombre , y el medio por donde supe , que aviades tenido relacion de todo , oireis aora , si atendeis à lo que despues de averse los dos ausentado , pasó en Bolognia , patria suya , y mia.

Yà llegó à vuestra noticia , que por la traicion de aquella vil criada tuvo nueva su padre de Valerio , de que estaban en nuestra casa los homicidas de su hijo. Ausentes ellos , cesó nuestro temor , y manifestamos toda la espaciosa habitacion à la Justicia , y à un hermano , que el muerto tenia , llamado Horacio , hombre tan parecido al otro en las costumbres , como en la sangre. Cobró este vil mancebo tal odio à nuestras personas , y à toda la familia , pareciendole , que por nuestra causa se aviã librado sus enemigos , que comenzó con todas las diligencias posibles à manifestar el deseo de su venganza , y nuestro daño. Eusebio , que como sabéis , fue el criado que nos dió aviso para que Alexandro , y Don Carlos se guardassen , andaba siempre cuidadoso de ampararnos : siempre nos acompañaba , y con su presencia impedia , que Horacio exe-

cutalle la intencion , à que le avia dado lugar su infame natural, y el injusto aborrecimiento , con que nos perseguia. Mi madre con la edad, con su recogimiento , y con sus devociones, llegó à no cuidar de nosotras, como si no huviesse de ser primero el atender à las obligaciones , que el recogerse, de suerte, que ellas no se cumplan, y corra riesgo el recato de sus hijas , y la familia. Con esto teniamos lugar de salir quando queriamos; y las que antes no eran conocidas de persona alguna en la Ciudad , no avia fiesta donde no nos hallassemos, adornadas de galas, y celebradas (no se si justamente) por nuestra hermosura. Nunca dimos lugar à otro amor , que al de nuestros esposos; así los llamo , porque quando se partieron, nos dieron palabra de serlo , con que quedará dicho , que el salir tantas veces, mas era vanidad de ser vistas, que deseo de ser amadas. Continuabase nuestra correspondencia por cartas, las quales venian en el pliego de su padre de Alexandro, para que nos las remitiese. El lo hizo así muchas veces, hasta que la curiosidad le obligò à que las abriesse. Conociò el amor, que su hijo tenia à mi hermana , y el que Don Carlos me tenia , y juntamente se admirò de que huviesse quien permaneciese tanto en el proposito de corresponder à nuestro amor, y su primer intento, No le pesò de

saberlo , ò yà porque veia , que en nada le eramos inferiores , ò yà porque despues que supo la fineza que hicimos por su hijo , nos tenia agradecida inclinacion, que en los que saben ser nobles, casi es lo mismo ser noble, y agradecido. Diómè à este tiempo una enfermedad tan grave, que no pude responder al pliego de Don Carlos, ni mi hermana, por escusarle la pena que recibiria , quiso hacer memoria de mi en el suyo. Vista esta novedad por el cuidadoso amante, se partiò à saber la causa desde Salamanca, como si fuera el camino de un dia. Yo mejorè de mi accidente, y le escrivi, si bien à tiempo, que no le hallò el pliego en España; cosa, que nos estuvo tan bien, como vereis aora.

Yà quedareis advertido de la barbara inclinacion de Horacio; de sus viles costumbres , y de el odio que nos tenia; pues prevenido desto no os admireis de lo que hizo por satisfacerse en nosotras de sus mayores enemigos. Avia cerca de la Ciudad una recreacion , adonde acudian diferentes veces los Ciudadanos , para descansar de las fatigas del Verano, y divertir los cuidados , à que el comun afan de adquirir hacienda obliga. Para llegar à este apacible sitio , se avia de passar forzosamente à la vista de una casa, que su padre de Horacio tenia media milla de la Ciudad. Aviedo advertido todas estas cosas, no será yà

dificil la inteligencia deste prodigioso suceso.

Pedimos una tarde licéncia à mi madre, para que nos dexasse ir à gozar de aquella fiesta, con una señora anciana amiga suya. Los ruegos q̄ llevan circunstancias honestas, siempre consiguen lo q̄ intentan; y así nosotras, viendo que nos acompañabamos de persona de tanta satisfacion, alcanzamos que se permitiéssse la execucion de nuestro intento. No se apartaba Eusebio de nosotras en aviendo de salir fuera, así porque era gusto de D. Carlos, y para mi su voluntad ley precisa, como porque despues nos dixo, que sabia èl, que su asistencia nos avia importado otras veces. Estuvimos en el ameno espacio de aquel hermoso sitio con regocijo increíble, porq̄ Eusebio cantaba excelenteméte, y yo le avia dado algunos versos, que D. Carlos me avia embiado; los quales, por no ser de importancia, dexaré de referirlos. Antes, dixo Hipolito, por ser suyos, recibiré particular gusto, demàs de que yo fio, q̄ serán tales, q̄ no les pese à Jacinto, y à Rezuan de escucharlos. Si vos le haceis esse favor en profecia (dixo Doña Marcela) nõ será justo q̄ yo paffe adelante sin pagarosle, con decirlos, y al principio esta Silva, en alabanza de la vida de la Corte.

Vanamente se ocupa

Quien de la soledad glorias previene,

Si injurias apercive

À las delicias que la Corte tiene,

Aquí se descupa

Del exercicio el que contento vive,

El cuerdo Cortesano

Busca nobles amigos,

A quien hacer testigos,

Ya de sus dichas, ya de sus contentos,

T mostrando su rostro mas humano,

Disculpa el ocio vano

Con algun pensamiento,

O algun concepto q̄ explicò su intento,

El donayre, y ocafo,

Provocando el placer, mueve la risa;

Son los gustos mayores

Cessando del cansancio los rigores,

T con esto es forzoso,

Que corra mas aprisa

El tiempo, que cansado,

A qualquiera en su estado

Le tiene descontento, y desabrido;

Son las horas mas breves,

Los cuidados mas leves,

Pues estando el ingenio divertido;

Porque las penas, y pesares pierda;

Aun de si no se acuerda,

La vida se le passa divertido;

T es dicha, porque el mundo està de

suerte,

Que ha de venir à ser dicha, muer

Comunica à discretos,

Riese de ignorantes,

Junta à los perfectos,

T atendiendo à negocios importantes;

Su parecer propone,

Quando no ay cosa, que à lo opuesta

obligue:

Vè, que el suyo se sigue,

La dama se compara,

Sin que nadie se arreva

A murmurar, si lleva

Galas, q̄ excedan à su humilde estado.

El Plebeyo, el Soldado,
 El Oficial, el Noble, el Cavallero,
 El Propio, el Eſtrangero,
 Si bien ſon deſiguales,
 En tanta confuſion ſe deſconocen;
 Solo al que tiene mas, mas le conocen;
 El ſer Patria comun los hace iguales:
 Dichoso, pues con juſta cauſa llamo
 A quien por tantos modos,
 Siendo inferior, puede igualarſe à
 todos.

Murmura el atrevido,
 Satyras torpes hace,
 A nadie ſatisface,
 Y aunque de todos hace tal deſprecio,
 No le tienen por necio,
 Antes por hombre grave,
 Que tal vez el temor liſonjas ſabe.

Aquí eſtá la riqueza,
 Aquí la cortesia,
 Aquí tiene ſu aſſiento la belleza,
 Aquí la variedad cauſa alegría,
 Aquí la Religion, aquí la ciencia,
 Compiten à porfia,
 La politica tiene
 Aquí lugar lucido,
 Las injurias ſe acuerdan del olvi-
 do;

Aquí una novedad otra previene,
 Y al fin, quien ſu quietud aquí codi-
 cia,

Ni ley quiere el poder, ni la malicia.

Permitid, que ſe ligan eſtas de-
 titimas: el ſugeto fue, averme viſto
 en el pecho una Fenix, coronada
 de diamantes.

Marcela, à tu pecho unida,
 Aunque de metal firmada,
 Parece que eſtá animada,
 Y tiene eſſa Fenix vida.

Que eſ inſenſible ſe olvida,
 Y yá con raxon ſoſpecho,
 Que juzgando ardor eſtrecho
 Quanto ſin ri puede aver,
 Se ha venido à renacer
 En el fuego de tu pecho.

Dichosamente ſe emplea,
 Quando en tal rigor ſe abraſa,
 pues de un elemento paſſa
 A un Cielo, que amor deſſea,
 Feliz ſerá, quando vea,
 Que mejorando ſu ſuerte,
 Es yá ſu mal menos fuerte;
 Si entre funebres deſmayos,
 De tu claro Sol los rayos
 Son las urnas de ſu muerte:

Bien merece la corona,
 Que en tu pecho ſe previene,
 Que Reyno goza, quien tiene
 Tal lugar en tu perſona,
 Yà mi aſſecto ſe ocasiona
 A embidias, que fueran zelos,
 Si mirando tus dos cielos,
 No me dixeran aquí:
 Tu ſolo reynas en mi,
 Pierde, Carlos, los deſvelos.

Deſta ſuerte cantò, dexandome
 à mi guſtoſa, y à los demàs entre-
 tenidos. Llegòſe la noche, y co-
 mo la licencia no era limitada, ni
 ſabiamos lo que nos eſtaba eſpe-
 rando, procuramos uſar deſta to-
 do quanto pudimos. Fueſſe bol-
 viendo la gente, que avia ſalido
 aquel dia, y quedamonos ſolos, di-
 vertidos en el paſſado regocijo.
 Advirtiènos Eusebio, que era tar-
 de, y tomando el coche en que
 aviamos ido, tratamos de bolver
 à la Ciudad. Al tiempo de llegar
 cer-

cerca de la casa , que el padre de Horacio tenia en el camino , fallieron à nosotros ocho hombres , los quatro acudieron à detener el coche , y sacarnos del , y los demás à matar à Eusebio , que venia à buena distancia en un cavallo , si bien apresurandose para llegar à defendernos. Apeòse , y puesta mano à su espada , comenzò à cumplir con su obligacion animosamente ; mas como eran tantos sus contrarios , y los que avian llegado al coche , no tenian resistencia , nos llevaron , despues de aver dado al misero cochero muchas heridas , (para que no dixesse quien avia hecho tal traycion) à aquella casa , que avia de ser funebre teatro de tan miserable tragedia , y infausto sepulcro de nuestras inocentes vidas. Metieronnos en una sala. Aqui me detendrè à pintarosla brevemente , para que veais de què suerte persevera en algunos animos el rencor , y deseo de venganza , para que las circunstancias de su prevencion hagan mas notable aquel peligro. Estaba toda colgada de negros lutos. Encima dellas avia algunos quadros , donde el pincel representaba à todas horas con su muda eloquencia los passados sucesos. Uno contenia la muerte de Valerio , en cuyas cruzadas manos juraba su hermano , y padre tomar cumplida satisfacion. En otro el modo que tuvieron de librarfe sus còtrarios , y nuestros esposos , segùn la vil cria-

dà les avia referido ; en el opuesto lado tenia otro lienzo , dibujada la traycion que avian pensado hacer aquella noche ; estaba muerto Eusebio , y nosotros à punto de perder tambien à sus manos las vidas. En el ultimo se mostraban retratados Alexandro , y Don Carlos , tan perfectamente , que lleguè à hablarlos , y hicieron mas encallar , que hicieran en responderme. Tenian sus nobles cuerpos con mil generos de martyrios , hijos de la fiera inclinacion de Horacio , y engendrados del odio con que los aborrecia. O Hipolito ! nunca pensàra , que fuera el amor tan poderoso , y nunca pensè , que le tenia tan grande à Don Carlos ; pues entre el riesgo que me amenazaba , y el dolor de verle de aquella suerte (que tal vez la imaginacion atormenta) casi me helaba del suceso , porque avia sido causa de averle visto. En medio de la espaciosa morada avia un tumulo , cubierto con un paño de brocado , y à las esquinas quatro hachas , que alabraban el referido espacio. Todo lo avia de estar desta suerte , hasta aver tomado cumplida satisfacion , para que no se passasse de la memoria el agravio ; como si quien tiene el corazon vengativo , no tuviera bastante despertador en la crueldad de su inclinacion , ò en la fiereza de su crueldad.

Quanta lastima tenga yo à quiè no sabe perdonar injurias , no

me atreverè à explicar , sin temor de q̄ me falten razones , porque dexando à una parte lo que mas se debe ponderar , que es no cumplir un hombre con las obligaciones de Christiano , aun en las cosas de que el mundo se precia, viene à quedar desacreditado, y deslucido , puesto que se desvía de lo que le puedè acreditar de humano, que es la razon , y se llega à lo que le pone entre el numero de las fieras , que es usar tanto de la ira. Ay en el mundo cosa tan agradable como la liberalidad? Entonces , pues, serà un hombre mas liberal, que sea mayor la dadiva , y entonces està mayor, que un hombre dà la cosa que mas estima ; de donde infiero, que el que perdona à su enemigo , viene à tener con superior excelencia esta virtud, pues viene à dàr lo que mas estimaba , que es la satisfacion de su injuria. A este modo le vendrémos à hallar , casi con todas las virtudes que un hombre puede adquirir. Tiene la Templanza , pues se reporta ; la Caridad , pues dexa el notable daño de su proximo ; la Fortaleza , pues vence sus mismas pasiones ; la Prudencia , pues sin ella todas las mas no son posibles ; y finalmente muchas de las que se contienen debaxo de estas. De suerte, que de accion tan Christiana , tan piadosa, tan virtuosa , y tan noble , se priva , quien atento al consejo de su passion , no perdona; y al contrario grangea tantos

bienes, quien remitiendo la ofensa se hace superior à si mismo en las fuerzas, y aun se venga loablemente , si atendemos al parecer de Don Carlos, à quien oia decir muchas veces , que es bastante venganza averla podido tener. No era de esta suerte Horacio, pues en lugar de prevenir diversiones, que le traxessen olvido, tenia prevenidas tantas cosas que le sollicitassen la memoria de nuestro daño.

Meticieronnos , como dixè , en aquella sala, y dexaronnos solos el tiempo que bastò para reparar en todas estas circunstancias. Al cabo del entraron presurosos , el vil Horacio , y otro primo suyo , diciendo : He dilatado vuestra muerte (ò viles mugeres !) hasta que en la presencia de Octavio mi padre (à quien embiè à llamar para este efecto) sea nuestra venganza mas comun ; mas supuesto, que el llega à nuestra presencia, juzgad que ha llegado el termino de vuestra vida. Comenzamos à rogarlos encarecidamente, que no usassen tal crueldad , con quien no les avia intentado daño alguno, y ellos à tratarnos mas asperamente , quanto eran mayores las lastimas , y los ruegos con que los obligabamos. Ataronnos las manos , para hacer mas facil , y mas segura nuestra desdicha. Pusose cada uno à un lado de la puerta de la sala con una de nosotras , para executar en vièndo entrar à su

pac
tab
dol
mi
cie
nes
con
em
esp
Od
cha
la
ron
me
mo
nu
en
tet
que
ela
el
cad
pro
des
tim
diò
do p
me
dar
pañ
her
par
gov
bre
and
sus
cha
bue
mu
avia

padré el prevenido rigor. Yo estaba à los pies de Horacio, pidiéndole, que no me quitasse la vida; mi hermana à los de su primo, haciendo lenguas los ojos, y razones de piedad, las lagrimas para conseguir lo mismo. Ellos tenían empuñadas las dagas, y nosotros esperabamos con la presencia de Octavio el fin de tantas desdichas (así han llamado muchos à la muerte.) A este tiempo llegaron dos hombres embozados, y metieron mano à las espadas. Como solo se esperaba la venida de nuestro enemigo, y vi que el que entraba avia desnudado su azero, temí, que sin dár lugar à su hijo, queria anticiparse à derramar mi elada sangre; mas fue contrario el suceso; pues dando una estocada à Horacio, que llevado del proprio pensamiento, no se puso en defensa, le derribò casi con el último aliento à sus plantas. Allí le diò otras heridas escusadas, aviendo procedido la primera. Dexòme de esta fuerte, y acudiò à ayudar al que avia llegado en su compañía, que yà traía tambien mal herido al primo de Horacio. No parece, sino que superior fuerza gobernaba el brazo de aquel hombre, segun la resolución con que andaba, y la poca defensa que para sus armas avia en aquellos desdichados mozos, pues quedaron embueltos en su tiraria sangre, y muertos al mismo tiempo que lo aviamos de quedar nosotros à sus

manos, que no se dilata à mas el castigo de Dios, embia à una venganza barbara, alevosa, y injusta. Lleguè à querer agradecer à nuestro bienhechor tanto beneficio, y conocí, ò Hipolito, que pocas veces es qualquiera persona dichosa de una sola manera; pues como los males se acompañan, también las dichas unas à otras se siguen. Conocí à D. Carlos, mi querido esposo, y torpe la lengua con el contento, hablé menos con ella, que con la vista. Decíame despues mi esposo, q̄ nunca le avia agradado discreta, como entonces ignorante; porque las ignorancias que proceden de un grande amor, y de una subita alegría, siempre son mas agradables, que las razones atentas, y advertidas. Qual se hallò mi hermana entonces, dexarè à vuestra imaginacion, y à mi silencio, q̄ es el modo de encarecer mas alto, y mas sin riesgo, quando se teme; que han de ser los encarecimientos cortos, y difícil la salida. Con esto, y el cuidado que Don Carlos tenia, de q̄ nos ausentásemos de allí, no reparamos en quien era el que le avia ayudado, hasta que llegando con aquella anciana señora, que iba en nuestra compañía, y avia estado en otra sala; mientras nos sucedía todo esto, conocimos à Eusebio; agradecimosle la diligencia que avia hecho, y remitiendo para ocasion de me nos sobrefaltos el modo de aver encontrado à mi dueño, y aver

entrado à defendernos, salimos de aquella espaciosa habitacion, aunque na sin violencia ; porque los dos, que avian ido con Horacio, y su primo, quando nos sacaron del coche , quisieron conocer quien eramos, y por què causa nos dexaban salir libres. Tanto apretaron en esto, que obligaron à Don Carlos, y à Eusebio, à que metiendo mano à sus espadas, los encerrasen en una sala , para que no huviesse estorvo en nuestra ausencia. Cogimos el coche, en que aviamos comenzado à temer el infame termino de Horacio, y puesto en los cavallos Eusebio, porque (como dixè) el cochero estaba impossibilitado de exercer su officio, nos acercamos à la Ciudad. Encontramos en el camino à Octavio, y un criado suyo, que iban adonde Horacio antes esperaba su venganza en nuestras muertes, y yà avia visto anticipadamente la suya. Quiso Don Carlos apearse, para que tuviesse el mismo castigo que su hijo , pues tenia la misma culpa; mas yo piadosa le roguè que desistiesse de aquel parecer , porque matar un hombre à otro, quando la colera le ciega, y el discurso no puede obrar impedido del enojo, tiene cierto genero de disculpa, mas hacerle tan notable daño, quando el tiempo ha dado lugar à la prudencia, y libertad à la razon; no solo no tiene disculpa, pero hace su culpa notablemente grave. Detuyose Don Carlos, en que aca-

bè de averiguar que me tenia amor, que era discreto, y valientes; porque he visto à muchos cobardes enfurecerse mas , quanto mas los reportan, y à muchos ignorantes , que piensan que con las temeridades enamoran ; y assi las emprenden de ordinario delante de mugeres, ò contra ellas, siendo la accion mas vil, que ha podido enseñar la cobardia , atreverseles, en confianza de que lo son, y de que no han de poder defenderse. Por todas estas razones grangeè mi esposo conmigo mayor amor, y mayor credito. Dexè de estimarle, y encarecerle el gusto que me avia dado en admitir mi ruego, por tratar del modo que aviamos de tener en guardarnos, para no ser hallados de la justicia, à quien luego avia de dár cuenta Octavio, viendo muertos à su hijo, y sobrino. Fue comun parecer, que nos recogiessemos en casa de su padre de Alexandro : hicimoslo assi, y aunque era tarde, fuimos con el mayor secreto posible recibidos, dexando quatro calles antes de llegar el coche, para que el ruido, y señas del, no nos descubriesse. Estuvimos alli aquella noche ; dimos cuenta à nuestro piadoso huésped de lo que passaba, y despues de averles dado noticia de todo lo que aveis oido, llevados del mismo deseo, que en vuestros pechos conozco, que es de saber la causa que entrasse en tan dichosa ocasion Don Carlos, rogamos

mos à Eusebio , que refiriese lo que sabia. El entonces ; por aver adquirido con sus buenas obras nuestro amor , y con la novedad de lo que se le preguntaba aplauso , oimos con doblado gusto estas razones.

Despues de aver acudido à defender à mis nobles dueños , assi por lo que yo debo estimar sus personas , como por cumplir con las obligaciones de buen criado , y despues de hallarme impedido de quatro hombres , que salieron à estorvarme el passo , y quitarme su defensa , y mi vida , me apeè del cavallo en que iba , y meti mano à este azero , para que su violencia , y mi ligereza diesse passo à mi intento. No lo conseguì como pensaba , pues antes le huve menester para auentarme de su rigor , y procurar por otro camino el remedio de tan apretado riesgo. Aqui acabè de averiguar lo que muchas veces pensè , y es , que debe ser tenido por ignorante , quien gasta el tiempo en procurar cosa , que conocidamente es superior à sus fuerzas. Determinè dár cuenta à la Justicia , y para esto me aueté con tanta velocidad , que à pocos passos dexaron de seguirme. Cogiò uno de ellos el cavallo , que yo avia dexado ; mas en el tiempo que se ocupò en cogerle , y prevenirle , ganè tanta ventaja , que con mucha dificultad me alcanzàra , à no sucederme mejor que imaginè mi pensamiento. Lleguè al ca-

mino Real , que se enderezaba à la Ciudad , con la priesa que dexo referida , desnudo el azero , y con tan apresurado aliento , que una respiracion se alcanzaba à otra : encontrè un caminante , que viendome con estas circunstancias , preguntò , què causa me obligaba à tan descompuesto , y diligente cansancio. Yo , ò porque el Cielo quiso librarnos desta suerte , ò porque me pareciò , que si se resolviese à darme ayuda , bastaria para conseguir mi intento , le contè lo que passaba ; le exagerè la traycion de Horacio ; le previne de el peligro de Doña Vitoria , y de la inocencia de Doña Marcela su hermana. Apenas oyò esto el piadoso caminante (que tambien tiene algunas veces el amor titulo de piedad) quando bolviò las riendas al cavallo , y me dixo , que le siguiese. Reparò à poca distancia de que avia de llegar cansado , y sin fuerzas para ayudar à su intento , y apeandose , me rogò que subiese al lugar donde dexaba à mis dueños con tanto peligro. Yo me escusaba , à tiempo que llegò alentado el que me seguia codicioso ; conocile , y llegandome à el , le di una estocada , con que desbaracè la silla de aquel tyrano estorvo , y quitè à mi cavallo el avevoso peso. Subimos con brevedad cada uno en el suyo , para que pagassen con las heridas de los acicates , la libertad del freno , y desmintiendo à su misma naturaleza ; se

se acreditassen de pajaros ligeros. Llegamos con increíble celeridad à la casa donde avia de tener execucion tal delito, sin que viessemos à ninguno de los que me acometieron, despues de averme aquel desdichado seguido. Dexamos los cavallos à una parte, y llegamos à la puerta principal de la referida habitacion. Llamè à ella, y respondieronme de adentro, si era Felix; yo les dixè, que si, de donde infero, que este Felix avia ido à llamar à Octavio, asi por lo que Doña Marcela mi señora dexa advertido, como por averle despues encontrado en el camino. Abriónos el deslumbrado portero, aunque esta inadvertencia, mas se debe atribuir à permission Divina, que dispuso el remedio de aquella inocencia en mis señoras, y el castigo de Horacio, y su malicia. Entramos, bolviò à cerrar la puerta, y avisò de que Octavio avia llegado. Sabiòse tràs el nuestro desconocido bienhechor, y yo en su seguimiento, hasta que llegamos à la sala, en que la crueldad de tan viles animos avia de ser el verdugo de su injusta venganza; mas ellos tuvieron castigo al mismo punto que pensaban me recerle, substituyèdo la misma desdicha, con que su rigor à tales vidas amenazaba. Conocimos alli, que el caminante era Don Carlos, para que el contento, y la alegria de verle, excediesse primero à nuestra diligencia, y luego al

pesar grave, al dolor justo, y temò fuerte, que à todos atormentaba.

Aquí acabò de referir Eusebio, y comenzò Don Carlos la causa de su camino (que como dixè, fue no aver tenido pliego mio) y todos à darnos mil parabienes de la pasada dicha. Recogimonos lo que faltaba de la noche, y à otro dia tratamos de que Don Carlos se bolviesse à España, y que nos llevassen à nosotras à un Monasterio, donde estàr ocultas, y defendidas. Antes de ausentarse dexò poder al padre de Alexandro, para que cobrasse su hacienda, y la llevasse con la suya, que yà estaba en estado de poder embarcarla, para bolverse à su patria, ver à su hijo (à quien tenia en Salamanca) y buscar à Aminta, de quien tambien avia tenido noticia, con intento de que cessassen con su recogimiento los passados disgustos. No obstante que estaban en este punto las cosas, y que pudiera partirse, estuvo mi esposo algunos dias oculto en la Ciudad, y acudiendo una vez à verme para despedirse, me refirió parte de vuestros sucessos (ò piadoso Hipolito!) me dixo vuestro nombre, y la apacible nobleza de vuestra condicion, y su amistad. Quien pensàra, que para mi me fuera de tanta importancia el averlos sabido? Dixome juntamente, que de la pesadumbre que mi madre avia tenido con estas novedades, avia caido en una enfer-

medad peligrosa, que siempre lo son las del cuerpo, quando se causan del dolor que ha padecido el alma. Despidióse de mi parte con el sentimiento que pudiera tener un corazon, q̄ se dividiera para no matar à su dueño, y de la suya con la alegría que debía de tener, quiẽ avia hecho tan grande diligencia, como era librar de la muerte al objeto de su honesto, y firme amor, y à la prenda de su mayor amigo. Partióse finalmente de Bolonia, y dentro de quince dias mi noble madre de esta vida. Averiguóse la verdad del caso, que siempre trae ciertas luces para que la conozca la razon. Visto el dicho del cochero, y la confesion de aquel à quien dexò herido Eusebio, cuya vida se dilatò à tres dias, à Don Carlos le dieron por libre, y nosotros lo quedamos de todas maneras para poder irnos à España en compañía del padre de Alexandro. Hicimos dinero las possessiones, cogimos las joyas que avia, y dandole noticia de nuestro pensamiento, se alegrò por lo mucho que nos estimaba, y por que sabia, que ni le pesaria, ni le estaria mal à su hijo. Embarcamonos dentro de un mes, y despues de aver navegado quatro dias, se levantò una bonafasca, que mil veces nos tuvo à punto de perdernos. Derrotados llegamos ya à la vista de esta Isla, donde el Patron determinò llegar para esperar mejor tiempo. Cansadas de padecer tan prolixo nau-

fragio, quisimos mi hermana, y yo besar la deseada tierra en ella. Pusimoslo en execucion, saltamos en un esquife, y con èl llegamos à asegurarnos un rato de los temores con que nos traian la fragilidad de una tabla, y la soberbia de los Elementos. Estuvimos assi hasta el principio de la noche, y hasta que avisandonos de que avia mejorado el tiempo, quisimos entrar en el referido esquife. A tan infelice ocasion tuvimos este intento, que descubrimos un vergantin de Turcos. Yo me bolví à tierra, no sè si por la turbacion, ò pareciendome, que no me seguirian por ser sola. Mi hermana prosiguiò, pensando tener amparo en nuestro baxel; mas aun que algunos lo deseaban, no fue posible que el Patron esperasse; antes comenzò à huír à toda prisa. Esto miraba yo desde la orilla; quando advertí, que esse Moro se arrojò en el valo donde estava mi hermana, y que aviendola llevado à su vergantin, se acercaba à mi persona con animo de cogerme, mientras los demás seguián à los nuestros. Metime entre la aspereza de estas peñas, y à corto espacio me ví seguida, y alcanzada en el distrito, que tenia en su principio esta cueva. Allí temi mi muerte, ò mi cautiverio; allí comencè à llorar mi desdicha, y allí ví mejorarse mi suerte con vuestro favor, para que Don Carlos deba mas à vuestra amistad, y

para que yo quede alegre, amparada, y agradecida.

Puso fin à su relacion doña Marcela, quedando Hipolito contento de averla conocido en tiempo que ella se confesasse servida, y èlla la havielle hecho tan grande beneficio; porque para un hombre piadoso, no ay cosa tan feliz, como averse empleado en hacer algun bien, à quien lo merece, ò aver saeado de algun peligro, à quien necesitaba de su amparo. Jacinto estaba gozoso de ver à Hipolito tan satisfecho de su valor, y Rezuán pesoso de no poder pagarle con buenas obras la libertad que cõ el avia mostrado. Passaron lo mas comodamente que pudieron la noche, y al dia siguiente salieron à buscar doblado alimento, mientras Rezuán esperaba que bolviessen sus amigos. Ausentõse el Sol primero que el viesse cumplidas sus esperanzas, y así le fue necesario bolver al referido alvergue. Hallò à los demás tan alegres, como si no fuera desdicha el aver de tener aquella vida; que es cordura hacer buen rostro à los males, quando por affigirse, no han de tener remedio. Sentaronse entre las yervas, que adornaban la entrada de la cueva, y comenzaron à tratar de varias cosas. Unas veces se comunicaba lo que pertenecia à su estado. Otras de amor, y otras levantando mas el discurso, se trataba de la hermosura del Cielo, de la claridad res-

plandeciente de las estrellas, de la harmonia de los elementos, de el adorno, y lustre de la tierra, tan diversamente vestida de yervas, arboles, y flores. De aquí passaban à la grandeza de su Criador (que siempre la soledad es contemplativa.) No se disgustando Rezuán de oir à Hipolito, el qual era quien mas agudamente discurría. Dilatadamente se avia estendido el prudente mancebo, así en el numero, compostura, y movimiento de los Orbes superiores, como en la naturaleza, y propiedad de algunas yervas (que yo dexo por no divertirme tantas veces de el assumpto, dando ocasion à que se piense, que es fluxo de erudicion hablar con alguna noticia en tan diversas ciencias) quando vieron que de la parte del mar se levantaban unas ahumadas; puso se en pie Rezuán, y por el numero advertiò, que era su vergantín, y que le llamaban los suyos. Manifestòles esto à Hipolito, y Jacinto, y profugió de esta suerte: Amigos, à lo que aveis hecho por mi estõy tan reconocido, que procurarè descubrir en la paga quan bueno soy para deudor. Bien quisiera yo, que mi viage pudiera ser à parte, donde vosotros quedarades contentos, y seguros; mas supuesto que no es posible, para quien tiene tanta prudencia, la misma dificultad es disculpa; lo que yo os prometo, es, procurar, que os saquen de esta soledad, sin vuestro ries-

rie
re
ron
do
pro
de
zua
los
ten
ha
ato
per
asle
ave
les
con
den
que
sibl
car
pud
fuer
dañ
los c
zua
que
ferà
bo,
acon
moz
ba, se
iba,
mo f
liber
quie
quis
fada
teme
zuan
cela

riesgo, la primera vez que huvie-
re ocasion a proposito. Agradecie-
ronle el ofrecimiento, y abrazan-
dolos, se despidió, y apartò de su
presencia. Aunque las muestras
de amor, y benevolencia que Re-
zuan avia dado, pudieran dexar-
los satisfechos, con todo esto el
temor siempre propone lo que nos
ha de estar mas mal. Comenzò à
atormentarlos la imaginacion de
pensar, que el Moro avia querido
assegurarlos, y casi les pesaba de
averle rogado al despedirse, que
les diese à Doña Vitoria (por el
consuelo de su hermana) pues los
demàs avian de saber la causa de
quererla dexar, donde seria pos-
sible, que quisiesen desembar-
car para llevarlos à todos, sin que
pudiesen defenderse. Quien mas
fuertemente imaginaba tantos
daños era Jacinto, y mas quando
los confirmò viendo bolver à Re-
zuan, y que les decia: Supuesto
que ha de venir Doña Vitoria,
serà bien que venga este mance-
bo, para que desde el puerto la
acompañe. No sabia el temeroso
mozo què responder; si se escusa-
ba, se desacreditaba de animoso; si
iba, temia el cautiverio; mas co-
mo siempre es menos estimable la
libertad, que la honra (esto vale en
quien es bien nacido solamente):
quiso ponerse al riesgo de su pas-
sada esclavitud por no mostrar su
temerosa flaqueza. Siguiò à Re-
zuan, y quedaron Hipolito, y Mar-
cela cuidadosos del fin de aquel

suceso, y dudosos de la promessa
del infiel, que no es mucho que à
quien le falta la observancia de la
Ley de Dios, le falte el cumpli-
miento de la palabra, y la execu-
cion de la promessa. Quanto ma-
yor era el deseo de que bolviesse
Jacinto, tanto mayor les parecia
la tardanza, que à quien espera,
nunca le parece breve, y siempre
le parecen siglos los instàtes. Oian
ruido de armas (porque nunca el
fuego sabe salir secreto, quando
tiene por vecino al plomo, y se mi-
ra injuriado de la cpression del
hierro) y no sabian què novedad
era causa de lo que los tenia sus-
pensos. Tal vez presumian, que
avrian tirado para matar à Jacin-
to, y tal, que avria sido aquel ins-
trumento de la muerte de Doña
Vitoria. O imaginacion! què de
cosas diversas engendras entre ti!
y el temor, quando se juntan las
dudas, la razon se ciega.

De esta suerte estaban à tiempo,
que sintieron que se les acercaba
un buen numero de gente, que la
noche, y la pasion de un animo
afligido, siempre hacen las cosas
mayores. Escondiòse Doña Mar-
cela presurosa en la cueva, y Hi-
polito metiendo mano à su azero;
se dispuso à perder la vida, antes,
que entregarse, ni rendirse. En-
tròse tambien adonde la temerosa
dama estaba, para manifestarla
su determinacion, y consolarla,
como si tales desdichas pudiesen
admitir consuelo. Bolviòse luego à

la boca de la cueva para defender la entrada, y fue à tiempo, que finió, que tambien por la otra parte avia gente. Hasta aqui pudiera la esperanza de buen suceso desmentir à la imaginacion que los atormentaba; mas desde aora tuvierò disculpa en imaginarse presos, ò muertos, y en culpar à Rezuan, de que así los huviesse vendido, y engañado, pues para que no huyessen, los avia hecho coger las salidas, como quien las sabia, por aver estado con ellos. Raras veces conoce el valor à la dificultad del peligro, ni la determinacion oye los consejos del miedo; y así no obstante el que pudiera tener Hipolito con tan ciertas circunstancias de su daño, y tan claros indicios de su muerte, salió atrevido, y resuelto à bañar su limpio azero en la barbara sangre de Rezuan, y de sus amigos, diciendo: Bien se, que se ha de mezclar la mia (ò infieles!) entre los matices de estas yervas: bien se, que han de crecer con su roxo humor, y que lo que aora es causa de mi vida, brevemente les ha de servir de alimento. Bien se, que ellas me han de servir de tumulto oloroso, y esta obscura habitacion de funebre sepulcro; mas lo que os puedo asegurar, lo que tambien se, es, que os ha de salir cara mi muerte, y que muchas vuestras han de ser el precio de la mia. Estas razones acabò de proferir à tiempo, que le pudo responder Ja-

cinto las siguientes. Diverfo es, ò Hipolito amigo, el suceso, que debéis esperar de la imaginacion que teneis; y à veo, que os presumis muerto, y no rendido, y advierto; que os juzgais cercado de enemigos, mas ni lo uno, ni lo otro es cierto, antes bien contraria la fortuna, pues desde aora podreis comenzar à vivir alegre, y seguro de que todos son vuestros amigos, quantos han llegado à causaros tan grande desafosiego. Yo fuy quien tracè, que por la otra boca de la cueva acudiesen algunos, porque el peligro no os obligasse à ausentaros por ella, con que se hiciese el trabajo de buscaros mayor, y la desdicha de dexaros solo, mas fuerte. Sossiegò en parte su alterado animo Hipolito conocida la voz de su amigo; salió à certificarse de la verdad del suceso, y hallò buen numero de soldados, con bizarras galas, y Español traje. Estaba entre ellos Don Juan; aquel Cavallero, que en Alcalà fue compañero de Don Alonso, hermano de Hipolito. Llegò el noble mancebo à darle los brazos, aviendole conocido por las señas que Jacinto le avia dado en la distancia que avia desde el puerto, hasta la cueva. Hipolito se informó de quien era, y comenzó à corresponder à su afecto con tantas demonstraciones de alegria, que pudieron igualar à la grandeza del beneficio que avia de recibir. Llamò à Doña Marcela, para

que

que fúvielle parte en esta dicha, como la avia tenido con los pasados temores; y por decirles Don Juan, que convenia bolver à la mar, todos juntos se apartaron de aquel natural, aspero, y solo edificio. Llegaron con brevedad al puerto, que nunca conociò la diligencia à la tardanza, y poco à poco se fueron embarcando en una fragata de la Religion de Malta, la qual venia à cargo del mismo Don Juan, por ser persona que en todas las ocasiones avia mostrado su heredado valor, y noble sangre.

Con esta felicidad comenzaron à navegar, hasta que la luz de el Alva los hizo à todos conòcerse mas distintamente. Aumentáronse las dichas de Doña Marcela, viendo à su hermana Doña Victoria, quando menos lo esperaba. Creció con esto el regocijo de Hipolito, al passo que antes avia sentido su cautiverio. No fue inferior el que todos recibieron, quando Don Juan, mostrándole el alegría de su pecho en todas las acciones que hacia, manifestó que la causa era aver hallado à Don Jacinto, con quien no tenia menos parentesco, que ser hijos de un mismo padre. Admiròle Hipolito de nuevo, y si bien siempre avia hecho del justa estimacion, por el valor que avia tenido en tanta desdicha, comenzó à mostrarle, y comunicarle mas familiarmente. Desaba Doña Marcela (nunca

olvidan el ser curiosas las mugeres) saber el modo que avia tenido su hermana de llegar à quel lugar, à tiempo que ella la lloraba cautiva; rogò à Don Juan que se le refiriese, y sin desistirse del cuidado de la navegacion, el noble Cavallero se dispuso à cumplir su obligacion, y obedecer à sus ruegos. Pusieronse Hipolito, y todos los demás en parte adonde pudiesen oírle ellos, sin escusar que Rezuan estuviese presente, el qual tambien se avia embarcado en la fragata. Vista por el noble Don Juan su prevencion, empezó à satisfacer su deseo, diciendo de esta manera:

Despues que me apartè de Hipolito, por los sucesos que en Alcalá hicieron prodigiosa su fortuna, lleguè, en compañía de Don Alonso su hermano, y mi amigo, à Barcelona. Estuvimos en aquella Ciudad algunos días, donde Don Alonso comenzó ciertas correspondencias. Determinè yo no dexar passar el tiempo de mi juventud, sin algun exercicio, porque es muy vil la pereza de un hombre bièn nacido, quando le detiene para que no intente cosas grandes, y procure llegar à ser tan bueno con sus obras, como lo ha sido por su sangre. Escriviame Don Jacinto mi hermano desde Segovia, y con gusto suyo, y de mis padres, que desde Madrid me ayudaban con cartas à que prosiguiese este intento, me parti à Malta,

deseoso de hallarme en ocasiones en que emplear mi aliento , y fuerzas , y merecer con las armas el blanco adorno de una Cruz , que me ilustrasse los pechos. He estado en ella desde entonces , bien sé que con gran vigilancia , y cuidado de mi parte , aunque no sabré decir si con satisfacion de mis mayores , y superiores , porque à un Soldado , ò le han de alabar los enemigos , ò sus mismas hazañas , si procura que no sea la alabanza sospechosa. Ultimamente , por venir con brevedad à lo que mas importa , digo : Que avrà catorce dias que la Religion me hizo llamar , y con el secreto que acostumbra , me encomendò el empeño de un grave peligro , y el efecto de un importante negocio. Como quien viene à merecer no tiene otro gusto , que ocuparse en emprehender grandes dificultades , ò yà porque sea mayor la gloria , ò yà por llevar , quando el suceso es contrario , en la misma dificultad la disculpa , admiti la empresa con alegria , y agradecia , que entre tantos como lo deseaban , se huviesse tenido memoria de mi persona. Cogi luego esta fragata , y en ella los amigos que veis , en cuya compañía lleguè con felicidad à una poblaciõ , llamada Potu , que està en la Provincia Benica , que es una parte de la Grecia. Si el secreto me diera licencia para que os contara los peligros en que nos vimos , el cui-

dado que nos costò , y los sucesos que tuvimos , hasta conseguir lo que deseabamos , no dudo que os dexara mi relacion alegres , y que yo os llevara largo rato divertidos ; mas supuesto que no se me permite , lo encomendarè al silencio , por decir , que despues de aver cumplido con lo que se me avia encargado , nos bolvimos à embarcar para bolver à Malta. Dexamos à la mano izquierda à Constantinopla , y à la vista de los Dardanelos (fuertes que guardan todo el canal) passamos junto à Lembro , Isla despoblada. De alli por el mar Egeo venimos à Metelin. Luego por el Archipiélago , à Cabeblanco , y Samo. Alegres con la felicidad del suceso , llegamos ayer al fin del dia à la vista de Maqueria , ò Nicaria , que es la Isla en que tuve la dicha de hallaros. Descubrimos junto à ella un vergantin , que luego se conociò ser de enemigos. Esperamos à que cayesse un poco mas la noche , para passar sintemer con el encuentro , y apartarnos àzia Andri , que es la otra Isla que està enfrente. No escusabamos este lance , porque temiessemos llegar con los contrarios à las manos , sino por no poner à peligro la importancia de nuestra presa. Diò el vergantin algunas ahumadas con animo (à nuestro parecer) de que entendiessemos que no estava solo , y con esta presuncion nos desviamos mas trecho.

Pien-

Piensen algunos que es cobardía lo que suele ser prudencia, y siempre juzga así quien es vil en el animo. Digo esto, porque cobraron los del vergantín esfuerzo, viendo que nos apartabamos, y se llegaron à nosotros con animo de prendernos. Fue el suceso bien contrario de lo que ellos pensaron, y bien parecido al que tienen quantos juzgan ignorantes; mente del valor de sus contrarios, pues defengañados de que no nos avia desviado el temor, sino la cordura, à rigor de nuestras armas, se vieron ir irremediabilmente apique.

Entre las voces que su desdicha les hacia dár (que pocas veces los trabajos son mudos) oimos las de una muger, que por serlo, y pedir favor à Dios en lengua conocida, nos movió à piedad, y à deseo de darla algun socorro. Llegamos cerca de donde los demás andaban entre las manos de la muerte, y ella lastimosamente la esperaba por puntos. Echamosla una cuerda, y prevenimosla de que se asiese de ella. O temor à lo que obligas! O muerte lo que puedes! O qué infufrible desdicha es esperarte! Y quan feo es el aspecto con que llegas! Digo lo, por que apretó la cuerda tan fuertemente, que despues de averla recogido arriba, y aver perdido el miedo q̄ antes le amenazaba, aún no la podian abrir las manos, para que dexasse el instrumento

de su remedio. En este punto estábamos, quando oimos, que desde de la Isla nos decian, que llegassemos cerca. Admirònos esta novedad, así por estrañar la lengua, como por oir qué estaba, gente en lugar que siempre avia sido tenido por inhabitable. Bolvieron à continuar las voces, y aunque en lengua Arabiga, atendimos à que eran estas las palabras: Rezuan, vuestro señor soy, amigo, qué dudais? Llegad, que pues estoy solo; sin peligro podreis venir à recogerme. Viendo, que aquel Moro decia que estaba solo, me determiné à cogerle, y informarme, si andaban por allí otros, de quien importasse guardarme, llamé à algunos de los que tambien lo deseaban, y dexando à los demás prevenidos de que si huviesse alguna novedad avisassen, saltamos en la Isla contentos. Rezuan pensando que eran los suyos, se nos entregó sin defensa. Pensó lo mismo Don Jacinto, hasta que por el modo de comunicarnos, reconoció que no era tan grande su desdicha, como avia imaginado. Preguntèle su patria, su estado, y nombre, por los quales vine en conocimiento de que tenia el premio de mi pasada piedad, en aver sido el medio de la liberrad de mi querido hermano. Manifestèle luego quien avia llegado à favorecerle (que defrauda muchos gustos, quien dilata las nuevas del bien) y pagandome en

abrazos la deuda , que yo cobraba en la fuya, y mi alegría, me refirió que os dexaba en la passada soledad. Por las señas conocí vuestra persona, ò amigo Hipolito, y le roguè que nos guiasse al lugar en q̄ pudiesse veros. El contento con que D. Jacinto cumplió mi ruego, lo demàs que despues sucedió, no se os oculta , por aver estado à todo presente hasta este punto , en que se ha acrecentado mi regocijo , sabiendo que la noble dama que libramos de las furiosas olas, es hermana de la que traéis en vuestra compañía, y cosa en que todos aveis confesado tener tanto consuelo.

Aquí acabò Don Juan su relación, para que las dos hermosas das mas continuassen los abrazos que la atencion avia dividido en los passados sucesos. Doña Vitoria dixo, como despues de averla cogido en el vergantín trataron los Turcos que iban en él de seguir al navio donde ellas, y Don Gregorio avian padecido aquel penoso naufragio , mas que no le avian podido alcanzar , por cuya causa se avian buuelto donde Rezuán su señor les esperaba , para que sucediesse lo demàs que Don Juan avia referido.

Yà avian passado las Islas de Nixia, Fermenta, y Zicerigo, y dexando à mano derecha à Sapiencia, y Prodeno, entraron en el mar Africano , quando pidió Don Juan à su hermano, que contasse la causa

que le avia traído à lugar tan extraño , pues solos sus accidentes avian quedado ocultos. Previnieronse del deseo de oirle, y ocupando Doña Marcela , y Vitoria los mas cercanos asientos , el noble mozo, prometièdo verdad, y brevedad (partes que suelen hacer à las narraciones gustosas) diò principio à su discurso, diciendo.

Yà tiene Hipolito noticia de mi patria, y padres; así por averse la dado yo en el tiempo que la soledad de aquellas Islas nos diò tan prolixa ocasion, como por aver conocido que soy hermano de Don Juan, cuya nobleza le hizo amigo, y compañero del fuyo , que la igualdad siempre ha sido tercera de la amistad. Atento à esto, dexaré de decir algunos encarecimientos (que con toda satisfacion pudiera) de mi sangre , y passaré los de mi fortuna. Siempre à los pocos años se junta la imprudencia, como à la vejez la cordura, de donde nacen tan diversos deseos como se experimentan cada dia , no solo en distintos sujetos , sino en uno mismo en tan distintas edades. He dicho esto, porque mi noble padre (cuyo nombre es Laurencio) en su juventud fue de los desfraydos de su patria , y en mayor edad, de los virtuosos de la Corte. Quería, desengañado de los peligros, à q̄ anda expuesta una mocedad imprudente , que nos otros comenzassemos por donde él acababa , sin acordarse de sus prin-

ci-
br-
nil-
ve-
br-
mo-
fie-
mo-
me-
mi-
mi-
ve-
ma-
cio-
que-
cho-
me-
aun-
hijo-
los-
mal-
gan-
bran-
y el-
dan-
rece-
cien-
bres-
por-
las p-
te ti-
com-
za m-
habl-
cent-
gran-
vesti-
mis-
otros-
que

cipios, y de que aviendo un hombre de tener las dos edades, juvenil, y decrepita, es menos inconveniente ser mozo en las costumbres, quando mozo en la edad, que no que se truequen los tiempos; y siendo viejo en la mocedad, sea mozo en la senectud. Apretabame tanto, por aver conocido en mi mal natural, que pareci mas mi enemigo, que mi padre; y la verdad es, que a quien el queria mal era a mis perversas inclinaciones; no digo a mis viles, porque en esta parte me importò mucho el ser bien nacido. Castigabame aspera, y continuamente, y aunque el castigo suele ser a los hijos importante, quando excede los limites de la prudencia, es tan malo como el descuido; pues llegando los muchachos a acostumbbrarse a el, pierden la verguenza, y el temor, con que ni se enmiendan, ni les sirve mas que de endurcerse, o ausentarse. Iba yo creciendo con mis passadas costumbres, y con disgusto de mi padre, porq̄ veia doblarsele con mi edad las penãs, y los cuidados. Ya en este tiempo cessaron los castigos, y comenzò otro genero de aspereza mas cruel, que era no querer hablarme, negarme el adorno decente a hijo suyo; y lo que en esto grangeaba era, que viendome mal vestido, y que no podia andar con mis iguales, me acompañaba de otros muchos peores que yo, con que se iban poniendo en peor es-

tado su desconsuelo, y mis vicios. Viendo, pues, este rigor para conmigo, y cõsiderando, que de aquella suerte me perdia, bolvi, aunque muchacho, a considerar mis daños, y determinè mudar de tierra; cansado de ver siempre el rostro de mi padre tan desapacible; cogi algunos dineros para el camino; vestime razonablemente, y sin dâr a nadie quenta, tomè el viaje de Segovia, aunque en tan menudas circunstancias os aya gastado el tiempo, me pareciò no callarlas; assi porque veais la moderacion con que se deben castigar los hijos, y lo poco que se remedia, quando el rigor es desigual a lo culpa; pues antes sirve de irritarlos a cosas peores, como porque tengan disculpa mis yerros en la temeridad de su condicion. Mostraron todos los presentes gusto de aver oïdo los passados consejos; y el, prometiendo en lo demàs brevedad, prosiguiò. Passè la nevada cumbre, que divide las dos Castillas, lleguè a la antigua Ciudad, a quien entre otras grandezas ha hecho cèlebre el edificio de su puente, y dentro de quatro dias tratè de servir, por no divertirme mas, y por ocupar el tiempo. Acomodeme en casa de un Cavallero principal (llamado Don Pedro) que segun Hipolito despues me refiriò, y yo adverti, por parecerme, que le avia conocido alli, es el padre de Doña Clara, su primer malogrado amor, y de D. Ge-

romano, à quien despues de averle llorado muerto restituyò à su casa. Contò aqui Hipolito este suceso, como en el quarto discurso queda referido, y causando la misma admiracion que entonces, bolviò à dár lugar para que continuasse sus accidentes. Don Jacinto.

A otro dia se sintiò mi ausencia, y dentro de pocos adonde estaba acomodado, ò ya por las diligencias, que para buscarme se hicieron, ò ya porque alguno me conociò, y diò à mi padre noticia. Holgòle de esto en extremo, pareciendole, que así estimaria el regalo que tenia en Madrid, y reconoceria la verdad de sus consejos. Escriviò de secreto à Don Pedro, diciendole quien era, y la causa que le obligaba à dexarme en el numero de su familia, confiado en que cuidaria de mi desde entonces con mayor atencion. Hizolo así el noble Don Pedro; y sin que yo supiesse por donde me avia venido el credito, comencè à ser tratado con tan piadoso termino, y à ser estimado de los demás criados, de suerte, que quanto yo disponia, se executaba sin dilacion alguna. Llegò à saber mi illustre nacimiento Doña Antonia, que como queda referido, era hermana del gallardo Don Geronymo; y despues de ayerse puetto sin allanto, y lutos de la mal lograda hermosura de Doña Clara, comencò à mostrarse inclinada à

mis prendas. Yo, en quien con el cuerpo, y con los años avia crecido el aliento, leyendo en sus ojos mi dicha, q̄ en la escuela de amor el mirar apacible son las primeras letras de su ciencia, me dispuse à corresponderia. A el amor que crece demasiado sin tiempo, le sucede lo mismo que à los niños, à quien se anticipa en tierna edad la razon; y es, que teniendo la vejez en la puericia, raras veces llegan à la juventud. Digo esto por otros muchos, à quien por aver comenzado desde luego à ser grandes, he visto acabar muy presto, y por el mio, (que al contrario) como comencò poco à poco, ha permanecido firme, y estará fuerte mientras me durare la vida. En el tiempo que Don Juan mi hermano estaba en Alcalá, y despues se partiò à Barcelona, le escrivia yo muchas cartas, parte encareciendo mi alegria, y parte deseando saber de la salud de mis padres, à quien porque no me estorvasen el gusto de ver, y comunicar à Doña Antonia, no daba noticia de mi persona. Durò nuestra correspondencia algunos dias, mas como las desdichas están azechando à la felicidad para destruirla, y esto con tanta mas puntualidad, quanto el estado es mas gustoso brevemente hicimos experiencia de su rigor, y su malicia. El caso fue, que otro Cavallero amigo de Don Geronymo (que esto adquiere un hombre, que no mira de los amigos

gos que se acompañan por aver entrado con él en su casa muchas veces, se enamorò de su hermana. Ella se avia escusado de corresponderle primero, por ser hombre desigual à sus prendas, y despues por aver empleado su voluntad en las mias. Viendo este vil hidalgo la dureza de Doña Antonia, tomó el mas extraño, y mas necio camino de enamorarla, que jamás ha llegado à mi noticia, y fue amenazarla unas veces, y otras injuriarla cõ palabras. Quando llego à pensar esta ignorancia, ò locura, pierdo juntamente el juicio, y la paciencia; porque què connexion tienen las injurias con la voluntad? O què afinidad las amenazas con el amor? No paraban en esto solo los desatinos de este hombre, sino que contaba, que Doña Antonia le admítia, y se alababa de cosas, que no solo no eran verdaderas, pero aun de las que yo sabia ser falsas. O lengua barbaramente vil! O condicion, en qualquiera que te halles, infame! Si lo que no haces publicas, como ocultaràs lo que consigues? Como honraràs à quien tal vez olvida su honor por tu gusto, y empeña su honestidad por cumplir tu lascivo deseo? Andaba este hombre con estas cosas insufrible, y la misera dama deshonorada. Passando, pues, adelante en su desvergüenza, un dia, en que yo la iba acompañando, y ella à su madre, llegó à decir tales razones, que à

las nobles señoras cubrió el rostro de vergüenza; y à mi, y à otro criado que se hallò presente, nos obligò à responderle en el mismo lenguaje, y con sus mismos terminos. No traía yo entonces espada, porque se lo avia encargado mi padre à Don Pedro mi dueño, deseoso de que de todas maneras estuviese con quietud, como si el demasiado encogimiento no huviese engendrado mil veces à la cobardía, y como si esta no debiese estar tan agena de un animo noble, como la temeridad de un pecho religioso. Yendo, por estas prevenciones de mi padre, sin espada, puede temer la del contrario, que desnuda nos venia amenazando. Poco importara su resolucion, porque mi amigo tambien la llevaba, si con brevedad no llegaran otros suyos, que desde lejos le venian siguiendo; mas como de nuestra parte estaba la razon, y de la mia el amor de Doña Antonia, viendo herido al que estaba à mi lado, le quité la espada para que se fuesse, y peleè tan valientemente con ellos, que de tres que eran, el principal agresor quedò muerto, y los demás se sustentaron heridos, y yo à una Iglesia temeroso.

Estuve allí oculto quatro dias, adonde Doña Antonia me escribió declaradamente lo que me estimaba, y que tuviese por cierto, que aunque me huviese de ausentar, por la muerte que aquel necio

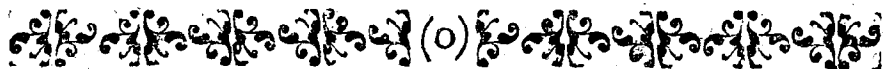
tenia tan bien merecida , siempre estaria presente en su memoria. Responsable con mil agradecimientos , y una noche me sali de la Ciudad , con animo de llegar à Barcelona , donde Don Juan estaba. Busquèle en ella , y dixeronme que se avia partido à Malta. Quise seguir su fortuna , y embarquème en un navio , que hacia su viage à Sicilia. Desde allí parti en una fragata , para llegar à aquella inexpugnable Isla. Mas en medio del camino fue impedido nuestro viage , ò por mejor decir , dilatado contra nuestro gusto , pues à mí , y los demás que se hallaron conmigo , nos llevaron à Constantinopla. Allí estuve largo tiempo (nunca en la esclavitud parece breve) hasta que una noche impensadamente (siempre suele llegar de esta suerte la fortuna , ò porque parezcan mayores sus bienes , ò porque la brevedad de su mudanza nos acredite la liviandad de su condicion) encontrè à Hipolito , que sin conocerme , informado de que era esclavo , me combidò con la libertad. Quien ay , que no la desea , siendo tan natural , y tan conforme à nuestra naturaleza ? Seguile , y llegamos despues de varios lances à aquella Isla , donde la malicia del Patron (segun yo puedo inferir por algunas cosas que vi) nos dexò en tan grave peligro , Estos son los medios de aver llegado à este punto , para que yo que

de Hipolito deudor , y à mi hermano agradecido ; y para que à la alegria de mi buen suceso junte , si el Cielo me dexa llegar à España , el contento de ver à Doña Antonia , y saber si ha cumplido lo que me prometió , pagando igualmente el afecto , que en mí ha permanecido constante .

Acabò de esta suerte su discurso Don Jacinto , y comenzaron los demás à agradecerle el castigo que avia dado à aquel deslumbrado necio , que en favor de las mugeres , y de su honor , qualquier hombre bien nacido se apasiona justamente. Y à en esto avian dexado à mano derecha à Sicilia , y escusando el passar por el Faro de Mecina , por no parecerles tan proposito , llegaron à vista del cabo de Passera , y luego con brevedad à Malta. Don Juan fue recibido de los superiores con mucho gusto ; y aunque no se supo lo que avia hecho , por convenir el secreto , se presumió , que fue accion heroica , pues en premio de ella le diò luego la Religion el Havito. Fue necesario , que se detuviesse allí por esta causa algunos dias , si bien como à Hipolito le llevaba cuydoso del suceso de Aminta , y à los demás sus particulares intereses , lo mas presto que fue posible , dexando à Don Juan tan noblemente premiado , se partieron à España. En los ratos que avian tenido de conversacion , viendo Hipolito à Rezuan mas
in

inclinado à nuestra Religion , comenzó à exortarle en ella. El discreto Moro , convencido de Hipolito , se determinò de dexar su buena Ley , y bolver à Constantinopla , y traer su hacienda à España , ó por tener que repartir en obras de piedad. Diòle Hipolito señas del lugar donde en Madrid podría hallarle ; y quando tuvieron comodidad , el reducido Moro se partiò à efectuar su intento , y Don Juacinto , Doña Vitoria , y

su hermana , en compañía de nuestro Heroe , con animo de llegar à Barcelona. Tuvieron en esta navegación una tormenta , que les obligò à echar en la mar la ropa ; de que Don Juan les avia prevenido. Y finalmente , llegaron al puerto de la referida Ciudad con miseria , por la passada desdicha , y con esperanza de que en el fin de tantos males tendria principio su felicidad , y fin sus desdichas.



HISTORIA DE HIPOLITO , Y AMINTA

DISCURSO OCTAVO.

TErrible monstruo es un avariento. Yo à lo menos mas fiara de las entrañas de una fiera , que del corazón de un avaro ; porque aquellas la necesidad de alimento , les obliga à ser crueles , y satisfechas descansan ; mas en este no se aplaca la hambre de riquezas ; y así nunca llega el dia en que se sosiegue su deseo. Seneca dice estas palabras : Ninguno de nosotros es el mismo oy , que fue ayer (esto se debe entender de la edad.) Todo quanto vemos cor-

re con el tiempo ; solo no sucede esto al avaro , cuya sed es tan permanente , como si los bienes temporales huvieran de durar siempre , ó su posesion huviera de ser eterna. Tulio siente mucho , y se lastima , no solo de los avarientos , pero aun de sus mismas riquezas ; quando despues de aver venido à poder de un avaro , dice : Quan odiosa , quan aborrecible cosa es ver à una casa , y oir à los que pasan. O infeliz habitacion , quan diferente dueño te posee ! Quan diverso el animo del pasado , y quan

miseria la cortedad del presente? Desdichado de ti, dixe en las Paradoxas, que no solamente eres atormentado del cuydado de adquirir, sino del miedo de perder. Aunque ya no sè como puede perder un avaro, si en sentencia de Quintiliano tanto le falta lo que tiene, como lo que no tiene. Didi- mo escribiendo à Alexandro, dice de esta manera. Tanto poseemos, quanto no deseamos, porque es una tan fiera enfermedad la avaricia, que à los que enferman della los hace necesitados, nunca halla el fin de adquirir. Quando mas poderosa, es mendiga, y à los que la pobreza hace libres, pone ella en el infeliz estado de esclavos. Epicuro, Filósofo antiguo, referido de Vincencio, dice à este proposito con singular agudeza. Si à alguno no le parece bastante la riqueza que tiene, aun siendo señor del mundo, ha de ser miserable, porque siendo señor de èl, aun no estará contento. Si quieres, pues, vivir alegre, conforme à la naturaleza tuya, ò à la necesidad de tu estado, no à la opinion agena, y advierte, que allegar muchas riquezas, no es tener fin en la miseria, sin mudarla: esto es, mudar la miseria de pobre, en la necesidad de avariento.

He referido esta variedad de sentencias, ò ya para afear este vicio, ò ya para prevenir lo que en Barcelona sucedió à Hipolito, y Jacinto, su nuevo amigo, y compa-

ñero. Dexamos dicho, que llegaron al puerto, si bien con necesidad, con esperanza de hallar en la Ciudad algunos que se la socorriesen, ò por el credito de sus personas, ò por el conocimiento de los padres de Don Jacinto. Tomaron una posada, donde Doña Victoria, y Marcela descansassen, y se reformassen del cansancio de la navegacion. Dexaronlas en ella, por salir cada uno de su parte à buscar quien les diese algun dinero con que llegar decentemente à Madrid: Llegò Don Jacinto en casa de un Mercader, amigo de su padre; mas como muchos de estos no tienen mas amistad que con el oro, ni mas correspondencia que con el interès (vil costumbre de avarientos) negò juntamente el conocimiento, y las obligaciones que tenia de favorecerle. Hipolito à este tiempo andaba haciendo las mismas diligencias, pero como el trage desacreditaba à su persona, por averse deslucido en tan largo cautiverio, y tan dilatado viage, ni el llegar le servia mas que de avergonzarse, ni la verguenza mas de hacer que se le doblassen las penas. A un mismo punto salieron entrambos, à un mismo tiempo una misma pena padecian, y à una misma hora bolvieron con igual afrenta, y desigual esperanza que avian salido. No se preguntaron el uno al otro la causa de la tristeza con que venian, porque cada uno coñocia por los efectos de su sen-

sen-

sentimiento los agenos, y de unos, y otros la causa. Consolaron los Doña Marcela, y Vitoria, viendo que por la falta que ellas ayian de tener de regalo, eran en ellos las penas mayores; finalmente, quando menos le esperaban, y quando menos diligencias hacian, hallaron dentro de su misma posada remedio à su necesidad, que entonces suele estar mas seguro, que ella es mayor, y nosotros la esperamos menos.

Fue, pues, el caso, que el huésped tenia costumbre de visitar por las mañanas à los forasteros, que estaban aposentados en su casa, para saber si querian prevenirse de alguna cosa, en orden al sustento de aquel dia. Entrò para esto en la sala donde Hipolito estaba, à quien conociò apenas, quando llegó à abrazarle, manifestando lá alegría que le avia dado su presencia. Advirtió Hipolito, por las razones que el huésped le dijo, que era Leandro, aquel preso, à quien favoreció en Salamanca, y de quien dexamos hecha particular memoria, al tiempo que él refirió los sucesos de su vida, desde que salió de Jaen su patria. A lá alegría que uno, y otro tuvieron, se juntò larga conversacion, que no se permite breve, entre los que se ven despues de muchos dias. Leandro contó varios accidentes suyos, si bien mas honrosos que los que le avian sucedido en Madrid, fingiendose mendigo. Al ca-

bo dellos añadió, que caminando por diversas tierras avia llegado à aquella Ciudad, donde avia regalado, y servido à una viuda, que era señora, y dueño de aquella casa, y otra mucha cantidad de hacienda, y que con estos regalos avia conseguido, que se pagasse de su proceder, y luego de su persona, con tanta satisfaccion, que avia tenido efecto en ella el gusto de que él fuese su marido, y en él el cumplimiento de su deseo, pues siendolo, avia tomado posesion de su hacienda, y avian tenido fin sus peregrinaciones. Contóle Hipolito parte de su viage, y dióle le noticia de su necesidad, para que Leandro, sin esperar à que profiguiesse, se ausentasse; y brevemente bolviesse con no poca cantidad de plata, y oro, diciendo: Hasta saber la necesidad de los amigos, tienen disculpa los que se precian de serlo, aunque no se la remedien; más de aquí adelante, ni yo la tuviera, ni mereciera nombre de agradecido, sino es correspondiendo al beneficio, que de vos recibí en tan apretado tiempo. O quan cierta verdad es (respondió Hipolito) que no ay mayor tesoro que los amigos! Porque demás de ser una riqueza viva, que acompaña en los peligros, es una prosperidad cuerda, que confuela en los trabajos. Cierta podéis estar, amigo Leandro, de que esta liberalidad que usais, tendrá tan fiel correspondencia, si Dios

me diere vida; que no aya sido pagar el beneficio que confesais, sino adeudarme para que nunca pueda acabar de satisfacer la merced que me aveis hecho. Por dos caminos suelen ser los prestamos estimables, ò por el tiempo à que vienen, ò por el poco trabajo que cuestan, y por uno, y otro me dexais obligado; por la ocasion, pues nunca pudiera ser mas apretada, y por la poca costa que me ha tenido este socorro, pues aun no aguardasteis à que me costasse la verguenza de pedirle. En esto advierto yo vuestra cordura, pues bastantemente pide, quien cuenta su necesidad à quien puede remediarla. Leandro respondió correfamente à los agradecimientos de Hipolito, y los dos juntos salieron à prevenir todo lo necesario para reparar su deslucido traje. Delcubrió Jacinto con el nuevo adorno, la bizarra disposicion que traia encubierta con el vestido de esclavo; y finalmente, unos, y otros quedaron con la decencia que era justa à sus personas.

Trataron con esto de llegar à Madrid, cuidadosos de mejorar de estado, y con esperanza de mayor alegría, principalmente Doña Marcela, y Vitoria (que esperaban ver allí à Don Carlos, y à Alexandro sus esposos) y Jacinto, que estaria cerca de su querida Doña Antonia; solo en Hipolito toda la alegría era bastarda, y natural la gristeza, de no saber que avria su-

cedido à Aminta, ni donde avria tomado puerto.

Previnose el viage; despidieronse de Leandro; prometieronle cumplida paga de el recibido beneficio; comenzaron à caminar, y llegaron à medio dia à una venta; apearonse para comer en ella, y entraron para que Hipolito viesse à su hermano Don Alonso, cerca de Lidora, al nuevo Don Antonio; y ultimamente à Aminta, que aun aqui llegó la postrera à sus ojos; tanto como esto parece que andaba escusando su misma estrella, los bienes, el contento que en su presencia recibia. No es posible que se pueda encarecer el que todos tuvieron con tan dichosa fortuna. Abrazaronse, celebrando cada uno el hallazgo de los demás; y despues de largo rato, que ocuparon en la comida, refirió Don Alonso el suceso con que avia llegado à Aminta, para acompañarla, y favorecerla. Dixo como por ausencia que de Alcalá avia hecho él, y Don Juan, este se avia querido ir à Malta, y él se avia quedado en Barcelona, donde la liberalidad le avia hecho tener muchos amigos, y la ociosidad amor à una dama de no pequeño porte, y hermosura. Prosiguió diciendo, que en su competencia andaba otro Cavallero natural de la Ciudad, con quien avia salido desafiado una tarde, para desengañarse de la vil condicion de algunas mugeres, que à quan-

ros las festejan corresponden , y à quantos las hablan admiten. Parecióle, que le escuchaban cõ gusto, y así comenzò à dilatarle mas de lo que el lugar permitia , diciendo de esta suerte.

Salimos à la campaña mi contrario Don Gaspar (así se llamaba este Cavallero) y yo. Aviendole provocado à salir, tuvo ocasion de decirme: Señor Don Alonso, yo no escuso llegar à medir mi espada con ninguno , como yà aveis oido decir en otras ocasiones; mas siempre procuro saber la causa, porque llegamos à semejante punto , culpando la condicion de muchos , que sin saber por què, facilmente se aventuran. Yo, que reparè en las razones de mi contrario, y vi en ellas su cordura, y la grandeza de su animo, pues estando con un hombre de mi opinion en el campo, hablaba tan ageno de sobrefaltarle, ni hacer mudanza en el rostro, me detuve un poco, me sosseguè, y le dixè: Lo que me ha obligado à facaros à este pueſto, es querer tratar sin testigos de un negocio, en que no sè si hemos de tener conveniencia. Y à sabeis, que yo he servido por distancia de un año à Doña Eugenia (heme atrevido à decir que este era el nombre de mi dama , porque aquí no ay quien la conozca, y porque ella no merece mas) los favores que en todo este tiempo he recibido, contàra si tuviera yo menos obli-

gaciones : mas un hombre bien nacido, no ha de sacar en publico lo que el amor le ha grangeado en secreto. Antes (respondiò Don Gaspar) decis mas de esta suerte; porque quien habla con razones dudosas , dice quanto el que las oye puede, ò quiere imaginar. Yo os confieso, que es justo ocultar los favores que un hombre recibe; mas en llegando à tan apretado lance , referirlos à quien los ha de saber callar, no es descubrirlos, sino traer testigos per su parte, de la razon que ha tenido para intentar venir à este pueſto. Por esta causa yo quiero manifestaros los que he recibido de la misma que decis, que os los hace, y quan justificada tengo mi determinacion. Sacò entonces algunos papeles, y entre ellos los mismos que yo la embiaba, leyòmelos, y quedè lleno de admiracion, viendo que Don Gaspar tenia razon de proseguir. No fue menor la confusion que èl tuvo, quando yo le enseñè otros, que ella me avia embiado , y conociò ser los mismos, que èl la escrivia. De fuerte , que no hacia mas de recibir del uno, y otro requiebros, y luego trocarlos, embiandome à mi los que Don Gaspar la daba, y dandole à èl los que yo la remitia. Celebramos con mucha risa la traza, y en lugar de reñir, quedamos grandes amigos, y trazamos de vernos en aquella soledad muchas veces, para conferir los sucesos, que

que al uno, y otro nos acontecian con ella, que por averse convertido nuestro amor en este desengaño en gusto de burlar de su conciencia, fueron algunos ridiculos. Una de las tardes que teniamos este entretenimiento, vimos entrar en la Ciudad dos hombres, q̄ acompañaban à la señora Aminta, y Lidora. Reparò en el uno de ellos Don Gaspar, y dixome: Amigo, cuidad de corresponder à quié sois, mientras yo trato de dár la muerte à Fulgencio mi enemigo. Entendierades mejor el caso, si yo tuviera lugar para referiros, que este Fulgencio por la muerte de una hermana suya, avia quitado la vida à cierto Don Luis, que era primo de Don Gaspar. Hipolito le dixo, que prosiguiesse, satisfecho de que à ninguno de los que estaban alli era oculto el suceso, por averseles el referido del modo que nosotros hicimos memoria del en el primer discurso. Hologòse Don Alonso de que tuviesen esta noticia, por no detenerse, y proseguir, diciendo: Metiò mano Don Gaspar à su azero, y viendole venir àzia si, hizo Fulgencio lo mismo: yo os aseguro, que tan valiente resolución como los dos tuvieron, me pudiera dexar embidioso à no aver menester el cuidado para librarme de Don Antonio, que en defensa de su amigo, y mi ofensa, ligero, y prevenido se dispuso. Llegò la Justicia, y como no tenia noticia del

lugar para guardarse, quedò solo expuesto à su rigor, y preso en la carcel publica. Fulgencio, y Don Gaspar, renovado el pasado aborrecimiento, se salieron à la campaña con sus parientes, y amigos. Y yo, à quien una pequeña herida, que de Don Antonio recibí tuve algunos dias en la cama, me levantè con animo de tomar satisfacion. Dixerome donde estaba, y llegò mi resolución à tan fuerte termino, que entrè en la misma carcel à executar la venganza. Hallèle defendido de la hermosura de su hermana, y donayre de Aminta: quien se avia de atrever à el con tal defensa? Conocila al instante, y viendo que era à quien mi hermano avia llorado tantas veces muerta, ò por lo menos ausente, no se puede imaginar el gozo que bañò mis entrañas. Dixe la quien era; negociè la libertad de Don Antonio, y todos se dispusieron à estàr en mi compañía, diciendo, que yà no tenian que temer, pues en ausencia vuestra (ò Hipolito!) me tenian à mi por amparo. Bien echaba yo de ver, que faltas en el amante no las puede nadie suplir, respecto del que de veras ama, pues muchas veces hallaba à Aminta triste, y llorosa. Consultè su parecer acerca del lugar donde queria que la llevasè; y despues de algunos dias se resolviò en ir à Madrid, porque alli, como patria comun, podriamos tener mas faciles nuevas de

vuest-

vuest
efect
caci
sear
cimo
para
serv
de a
mio
hall
tro j
B
bien
ria, y
mos
deci
en J
mab
por
amo
man
Po
velo
sient
tenia
cia t
del S
fible
de p
pues
taña
y de
amig
chos
junta
qual
car l
labra
passa
causa

vuestra persona. Pusimoslo en efecto, y por no dexar su comunicacion Lidora, y D. Antonio, desearon lo mismo. Todos juntos hicimos hasta aqui nuestro viage, para que à las dichas de averlos servido en esto, junte el contento de averos visto (ò noble hermano mio!) y el que vos tenéis, aviendo hallado el cumplimiento de nuestro justo deseo.

Bolvieron à continuar los parabienes; hablaronse Aminta, Vitoria, y Marcela; celebraron à la hermosa Lidora, y ella pagò en agradecimiento sus favores. Tal era en Jacinto el afecto con que estimaba à Don Alonso, que el se diò por bien correspondido de su amor, y del que se debía por hermano de su amigo Don Juan.

Pocas veces siente la alegría à la velocidad del tiempo, hasta que siente su falta; y así la que todos tenían no advirtió, que se les hacia tarde, hasta que en la ausencia del Sol vieron, que ya no era posible passar adelante, sin muy grande peligro, principalmente despues que se avian salido à la montaña, de la una parte Don Gaspar, y de la otra Fulgencio, con los amigos que avian podido, y muchos facinerosos, que cadia se juntaban à sus parcialidades; los quales, siendo necesario el buscar la comida, ò la quitaban à los labradores de la comarca, ò à los pasajeros del camino. Por esta causa determinaron quedarse en

la misma Venta; mas como siempre suceden pesares grandes à grandes alegrías, à la que hasta entonces avian tenido, no fue inferior el presente peligro, y el futuro desconsuelo.

En el quinto discurso dexamos advertido, que Don Enrique mejorò de las heridas, que en castigo de su infame resolucion avia recibido à las manos, antes piadosas, y entonces justas de Aminta; pues la movió à tan apretado empeño el temor de perder violentamente su honor. Esto prevenido, no será dificultoso saber, que despues de aver estado el mismo Don Enrique algunos meses en la Corte, con las propiedades que suele engendrar el ocio en la juventud poderosa, regalada, y libre, que muy ordinariamente son, ò distracciones por la parte que el apetito se inclina à las ocupaciones venereas; ò por la que malos amigos, cuidando mas de su proprio interés, que de los aumentos ajenos, hacen perder sangrientamente el tiempo, tratando de obedecer mejor las leyes del duelo, que los Mandamientos del Cielo, se partió à Barcelona, ò yà con intento de bolver à su Patria, ò yà con cuidado de salir de Lugar, adonde dexaba hechas tantas cosas injustas.

Notablemente se debe considerar una cosa, que por comun raras veces se advierte, y es ver quan facilmente se hallan, se juntan, y

unen con lazo de amistad estrecha, los que tienen una misma inclinacion; de donde infero, que para averiguar las costumbres de algunos, ni ay mas segura, ni mas cierta informacion, que saber las que tiene quien professa su amistad. Què presto se conforman los maldicières para murmurar! Què presto se hallan los tahures para el juego! Què dispuestos los crueles para la venganza! Y què faciles unos, y otros, para seguir los vicios à que su inclinacion les solicita! De todo esto haremos en Don Enrique experiencia; si atendieremos, à que pocos dias que entrò en Barcelona, travò familiar correspondencia con Don Gaspar, que como diximos era el enemigo de Fulgencio. Viendo, que por la causa referida se avia salido à formar aquella vil esquadra, con animo de ofender à su contrario, determinò salir en su compañía, para que no dividiesen los vandos à los que avia unido la paz, si es que la puede tener, quien entre los vicios se hace enemigo de si mismo. Todos los demás que siguieron à Don Gaspar, obedecian en su ausencia al injusto Don Enrique, con que sus maldades se ausentaban, y èl se mostraba mas poderoso, que al que es tan declaradamente malo, las fuerzas le sirven de que no llegue maldad à la imaginacion, que no la executen las manos.

No obstante que la amistad,

que Don Alonso tenia con Don Gaspar, avia hecho que Don Enrique le conociesse, y algunas veces se comunicassen, nunca avia sido familiarmente, antes tenian una aversion, tan natural, que en quantas cosas se ofrecian, se mostraban opuestos, y aun tal vez avian llegado à reducir à las obras el conocimiento de sus contrarias voluntades. Previne, que esta enemistad entre ellos era natural, porque nunca avia sabido Don Alonso, que este avia causado los desdichas de Hipolito, con que se pudiera ver obligado à desear con justo titulo sus daños, ni Don Enrique avia sabido, que Don Alonso tenia tan cercano parentesco con su mayor enemigo.

No ay mas segura lisonja para los que tienen mala intencion, que avisarlos de el modo que podrán executar su deseo, y así uno de los que andaban en la parcialidad de Don Gaspar, se llegó aquella tarde à Don Enrique, y le dixo como avia encontrado à Don Alonso, en compañía de dos mugeres de estremada hermosura, à los quales no avia llegado, por venir à darle nueva del caso, y de que si se queria vengar seria facil, por averse recogido en aquella Venta.

Agradeciòle Don Enrique el aviso; pagòsele con algunos escudos, y suspendiòse un rato para determinar lo que le pareciesse mas

apred

aproposito. Impedia à su resolucion el pensar , que Don Gaspar avia de sentir mal de esta accion por ser Don Alonso su amigo; mas como en los malos tiene tanta fuerza la malicia , oyendo la hermosura que las mugeres tenían en boca de aquel hombre , à quien sin artificio de razones sobrabra infame eloquencia para persuadirle , se resolvió à quitarselas con tan vivo deseo , que le pesaba de averlo dudado hasta entonces. Habló à algunos de sus parciales amigos. Repartióles el dinero que consigo traía , y reducidos à que le acompañassen , se acercó con ellos, con la prevencion de armas, que de ordinario trae la gente de su exercicio à la Venta , en que Hipolito , y los demás imaginaron passar aquella noche seguros. Encubrióse Don Enrique con animo de ver què personas eran las que aquel soldado le avia encarecido tanto. Faltaba poco mas de dos horas , para que el Sol se ausentasse al tiempo que entrò , y conoció à Hipolito , y à Don Alonso en compañía de Aminta , (causa de tantos desvelos suyos) y de las demás damas , à quien con dulce conversacion entretenia Don Jacinto. Admiróse de esta novedad , y mas quando advirtió , que era Doña Vitoria , y Marcela , naturales de su misma Patria , y personas con quien tenia cercano parentesco. Si antes se hallaba dudoso , por el disgusto q

podia tener Don Gaspar, aora eran penosas , y mas fuertes sus dudas; pues por una parte quisiera la muerte de Hipolito , y Aminta , y por otra no quisiera el sobresalto con que avia de inquietar à Doña Vitoria , y Marcela. Lo que por esta parte le apretaba mas era pensar, que si sus amigos le ayudabán à conseguir su intento, avian de querer usar alguna violencia con ellas; la qual él no pudiesse remediar , si le pudiesse en demasiado riesgo. Tanto pelo hizo esto en su consideracion , que se bolvió à salir, sin saber que medio tomar para la libertad de los unos , y la desdichada muerte de los otros.

Apenas se ausentò , quando el Ventero, hombre en aquel exercicio piadoso. Entrò adonde los nobles huéspedes estaban, y les rogò que por ningun caso saliesen aquella noche , porque uno de los mas civiles hombres , que avian salido en muchos años à la montaña avia llegado, y cautelosamente los avia reconocido ; bolviendo luego las espaldas , para prevenir à sus amigos , y esperarlos como à otros muchos avia sucedido en varias ocasiones , que por no creerle, avian amanecido à otro dia muertos. Hipolito le dixo , que antes desto estaban de su parecer, y que le estimaban el aviso. Previnieron todos sus pistolas, por si fuesen necesarias, y olvidando este peligro, bolvieron à proseguir en su pasada comunicacion; solo Aminta,

por aver conocido à Don Enrique, que, no obstante, que entrò encubierto, callaba triste, y no podia dexar la suspension, ni divertir sus temores.

En el tiempo que el Ventero diò à nuestros Cavalleros este aviso, estaba Don Enrique buscando traza con que conseguir su venganza, y la libertad de Doña Vitoria, y Marcela; y mas à quien descò hacer algun mal, quando le faltaron medios. El que pensò, despues de dilatados discursos, fue tratar de acometer por la puerta principal, para que viendo ocasion Hipolito, y los demàs, se ausentasen por otra pequeña, que la Venta tenia. Puso à buen trecho parte de sus amigos, prevenidos, de que si alguno salia, le esperasen, y cogiesen. El animo con que Don Enrique disponia todo esto, era patente en su deseo, pues le parecia, que al tiempo de huir por aquella puerta, podria cogerles en el campo, dexar libres à Doña Marcela, y Vitoria, y fingir para con sus amigos, que ellas avian huido mientras se ocupò en tomar satisfaccion de los demàs sus contrarios. Los que mandò esconder entre la espesura de unas matas, serian en numero seis hombres, y los que dexò consigo passarian de diez. Temerosos de algun daño, cerraron Don Alonso, y Don Jacinto todas las puertas, y no se enganaron; pues apenas cayeron las duras sombras de la noche, quan-

do llegaron Don Enrique; y su vil compañia, haciendo demonstraciones de que procuraban entrar con violencia. Viendo Hipolito tan desigual numero de hombres, cuyo exercicio les hace pelear, como quien ni teme la formidable muerte, ni estima la amada vida, cogiò su pistola, y llegando-se à la puerta, viò por el hueco que entre dos tablas avia, que podria tener un enemigo menos. No era tiempo este tan pcco apretado, que se pudiesse perder ocasion ninguna; y así metiendo la boca de la escopeta por entre la puerta, puesta la mira en uno de ellos, y en que convenia defenderse, apretando la llave, diò lugar à que el fuego hiciese su officio, y escupiendo dos balas de plomo, quitasen una vida. Este que cayò muerto, era quien llevó la nueva à Don Enrique, y le aconsejó que viniese con el intento q̄ queda referido, cuya circunstancia me pareció no escusar, para que se advierta, que nunca al culpado le ha faltado castigo, y entonces mayor, y mas breve, que la culpa es mas grave.

Puesto este desdichado entre los que figuen el miserable triunfo de la muerte, comenzaron los demàs compañeros à irritarse, y hacer en venganza de su amigo lo que avian emprendido à ruego de Don Enrique. O quan diferente-mente se pelea, quando hacen los soldados suya propria la causa que de-

defienden, ò con la esperanza del premio, ò con el amor de Príncipe, ò con el odio del enemigo, que quando pelean sin esperanza de interès, y con violencia? Pues aqui, aunque en accion diversamente honrosa, primero llegaron estos hombres perezosos, y despues procedieron tan barbaramente atrevidos, que muchas veces temieron Hipolito, y sus amigos perder las vidas à sus manos, y algunas à rigor de las llamas, que por un lado de la ventana comenzaron à poner para que todos quedassen convertidos en ceniza. Viendo el Ventero que su hacienda se quemaba, que su familia perecia, y que el fuego le amenazaba con tan estraña violencia, se llegó à Hipolito, y le dixo: la crueldad de las llamas nos cerca, el rigor destos hombres nos amenaza, el temor nos aflige, y todo nos atorméta: aver de morir aqui, es cosa desdichada, y aun parece que forzosa, si la industria no suple lo que falta à las fuerzas. Atendieron todos à lo que el Ventero decia, y el prosiguiò desta suerte: Yo no hallo modo de escusar tantos daños, sino es dando quenta à la justicia de un Lugar, que està de aqui media legua: para esto yo tengo un cavallo, cuya velocidad, unas veces imita al viento, y otras al mas ligero cometa; si la resolucion que aveis mostrado en matar à aquel hombre no os falta para hacer esta diligencia, cessará

nuestro daño, y todos os deberèmos el remedio.

Quisieran los demás escusarle este peligro, mas como Hipolito jamàs los escusaba, antes bien muchas veces los buscaba, y emprehendia, no quiso permitirle à nadie, sino disponer su persona, y valor à este empeño. Si quando Aminta conociò à Don Enrique recibìo desconfuelo, aora que veia ausentar à Hipolito, aumentaba su pena. Pareciòla, que ningun riesgo podia ser tan fuerte en su compañía, como en su ausencia; y justo que yendo con él podria librar se de los temores que allí la servian de insufrible tormento. Propuso este parecer, y aunque à los principios Hipolito se escusaba, pareciendole que seria estorvo de su diligencia, al fin viendo su desconfuelo, atendiendo à las razones de conveniencia que proponia para afirmar que acertaba en llevarla consigo, y oyendo que decia aver conocido al vil Don Enrique; y ultimamente considerando, que sin duda buscaba à los dos solos, y que ausentes ellos, aunque entrasse la infame compañía, à ninguno de los que quedaban harian daño, fuera de ser tan preciso el que tenían con la violencia del fuego: quisieron fiar mas de la velocidad de un animal, que de la crueldad de una fiera con discurso: tal nombre merece un hombre agraviado, y imprudente, quando se resuelve à tomar

satisfacion de una injuria. Con esto no dudò Hipolito la salida, ni los demás quisieron estorvarse-la. Avia se pasado buena parte de la noche , y la Luna hermosamente comunicaba sus rayos , haciendo largas las sombras de los arboles , y claro el espacio del camino. Todas estas circunstancias ayudaron con nuestra fuerza à la determinacion de los dos infelices amantes, à quien por tan varios modos les perseguian , yà las trayciones de Don Enrique , yà la crueldad de los elementos , yà el rigor de la ausencia , que es el mas fuerte enemigo del amor , y el mas poderoso contrario que tiene la voluntad. Puso à la animosa Aminta en la silla , subió Hipolito à las ancas , y tomando en la mano el freno , que tal vez sujeta , y tal guia à semejante especie de brutos , hizo que el Ventero abriese la pequeña puerta , y despedidos de las nobles damas , y de los demás , salieron animosamente. Don Enrique , y sus amigos estaban à la parte por donde avia comenzado el fuego , para que dando lugar à que saliesen sus contrarios , le tuviese su deseo lo qual (como dixè) hizo mas facil en los dos amantes la salida. Comenzaron su viage , ò su fuga à toda priessa , mas brevemente vieron lograda la industria de su enemigo , y pagaron su passada resolution con el presente arrepentimiento , pues salieron à ellos

los seis hombres que Don Enrique avia prevenido. Sintió Hipolito el movimiento que hacian en las ramas para salir , y advertido se detuvo. Importòle tanto esta prevencion , que fuera muy posible no escapar de alli con la vida , sino reparara , y receloso se detuviera , para bolver al Lugar de donde avia salido. Tenian estos amigos de Don Enrique una señal , para que èl , y los demás acudiesen en aviendole cogido ; mas como le vieron bolver donde los otros estaban ; hicieron la misma señal , para que unos por una , y otros por otra parte le acometiesen , y el infelice Cavallero , viendose cercado rindièse las armas , y entregasse el dueño de su voluntad en Aminta. Al punto que oyeron la passada señal , acudieron Don Enrique , y sus parciales alegres de la pressa , y prometiendo cumplida venganza. El estruendo con que iban era tal , que à buen trecho le oyò el noble Hipolito , y viendo declaradamente su desdicha , comenzó à lastimarse de tan infelice pérdida. Consideraba , aunque brevemente , à la misera Aminta en manos de su mayor enemigo : yà le parecia que la veìa injuriar à sus ojos , quando èl no avia de poder remediarla : yà la consideraba muerta , despues de aver perdido tiradamente el honor. El se imaginaba atado à un tronco , para que fuesse testigo de su ultima , y desdicha.

dhada fortuna. Pareciale ; que se
 apartaban , y midiendo la distan-
 cia necesaria , exercitaban su
 destreza , haciendo blanco de sus
 pistolas en el triste pecho , donde
 estaba Aminta affligida , que un
 hombre desgraciado de nada pue-
 de estar alegre , todo debe vivir
 con el mismo desconsuelo que él
 vive. La infeliz dama lloraba,
 si bien por no desmayar à Hipolito
 con su flaqueza , reprimia el
 llanto , y descuydadamente per-
 dia algunas perlas , que adonde
 se aventura la vida , son de corta
 estimacion las riquezas. Final-
 mente los dos infelices amantes
 se lastimaban tristes , y sus enemi-
 gos se acercaban presurosos. Bien
 quisiera Hipolito tomar à uno , ò
 à otro lado el camino , para des-
 viarse del mal que se amenazaba ;
 mas por el lado diestro avia una
 aspera cuesta , por donde se subia
 à mayor , y mas impenstrable es-
 pesura , y por el izquierdo estaba
 un valle , que con la profundidad
 atemorizaba. En concurso de
 muchos males , siempre la elec-
 cion atiende al menor para se-
 guirle ; así Hipolito tuvo por me-
 nos inconveniente subir à la aspe-
 reza de el monte , que esperar el
 rigor de sus enemigos. A este pa-
 recer ayudò el ver una pequeña
 senda , que parecia dar passo à la
 montaña por entre dos grandes
 peñas. Guiò por ella los passos de
 su alentado cavallo , y con ligere-
 za increíble , à dos saltos se entrò

en lo mas espeso del peligroso sa-
 grado de su desdicha. Comen-
 zò à seguir la senda , sin saber
 adonde se enderezaba , aunque
 temeroso en aquel peligro , se con-
 solaba de el passado , por parecer-
 le mas fuerte. No se les concediò
 mucha distancia de este consue-
 lo , pues brevemente perdieron el
 camino , y se fueron entrando
 en mas prolixa espesura : fueles
 forzoso apearse de el cavallo , pa-
 ra proseguir adelante : dexaronle
 atado à un duro tronco , y metie-
 ronse en un lugar tan penoso , que
 fuera imposible dar por él un pas-
 so à no acompañarse de esfuerza
 zo , y à no asegurarles su pruden-
 cia , que ningun mal es tan fiero
 como la muerte. Acabòse antes
 que su paciencia este espacio , y sa-
 lieron à mas piadoso trecho , pues
 aunque conservaba algunos tron-
 cos , ni era tanta la aspereza de las
 peñas , ni tan copiosa la abundan-
 cia de silvestres arboles. Cobra-
 ron un rato aliento para bolver à
 continuar su incierto viage ; y
 Aminta , acompañando à su voz
 con su eloquencia , consolò al no-
 ble Hipolito , y assegurò con sus
 razones la excelencia de su alen-
 tado valor. El se animò con esto ;
 y viendo , que su sentimiento avia
 sido hasta entonces tan grande ,
 como la pena que Aminta pade-
 cia , y que ella estaba invencible en
 tanto numero de desdichas , ocu-
 pò todo el discurso en procurar
 alguna traza , que se ordenasse à su

remedio. Unas veces se determinaba à esperar en aquel lugar el día, pareciendole, que con la luz del Sol se descubria, ò el camino que avian dexado, ò alguno, que los sacasse de tanto desconsuelo. Otras veces advertia, que la misma luz les podría descubrir à sus enemigos, con que sería cierta su muerte. Esto último les ponía tanto temor, que sin saber por donde caminaban, sin esperanza de escaparse, huían, sin atender à que fin se apresuraban, y con ignorancia, cansancio, y desfaliento se afligian. Deteniase algunos ratos Aminta para respirar, y luego con la congoja, y sobrefalto proseguia. Con qualquier cosa que tropezaba medía la dura tierra, porque faltaban yá à los delicados pies sus débiles fuerzas. Tal vez se holgaba de tropezar, y caer por descansar con buen título el rato que tardaba en levantarse. Hipolito iba con mayor cansancio, porque al corporal de caminar à pié, se juntaba el ver padecer à Aminta por su causa. Tormento era este, que le bastara à matar, si la prudencia natural suya, no moderara al dolor, para que no se spoderasse totalmente del corazon, principal asiento de la vida. Ayudabala quanto à sus fuerzas era posible, y ella le permitia; mas todo esto era limitado alivio à tan dilatado trabajo.

Imposibilitada la noble dama de proseguir, se sentò en el espa-

cio que formaba una peña; mas apenas hubo comenzado à descansar, quando se le empezó tambien à doblar el tormento. O estrella infeliz! Qué intentas en estos dos amantes? Por qué los previenes tantas? Por qué no los excusas tantos daños? Si esto haces siendo fuya, qué pensarás hacer à ser agena? Sintió Hipolito, que à razonable distancia venia alguna gente. Manifestò à Aminta este caso, y uno, y otro ocuparon la atencion en oír lo que venian diciendo. Quando estuvieron mas cerca, oyeron, que el uno de ellos decia: Si Don Enrique acudiera con brevedad, no se hubiera malogrado su deseo, ni nosotros hubieramos dado tantos pasos sin esperanza de coger à quien (segun dice) le tiene tan ofendido. A estas razones respondió otro de ellos: El trabajo yo os confieso, que será mayor, mas dexarlos de encontrar imposible, así porque esta montaña à ellos será dificultoso, y à nosotros facil; como porque aviendo dexado atrás el cavallo, no puede ser otro, sino este el lugar adonde han venido. Cosa es para mí tan cierta, añadió el tercero, que no será mucho averlos yá encontrado Don Enrique, y los demás nuestros amigos, que fueren por la senda de arriba. Aquí se doblò en Hipolito la congoxa; aquí creció increíbles aumentos el sobrefalto; aquí perdió las leves esparanzas, que de su

remedio tenia; y aqui comenzo à dudar lo que avia de hacer, y que el aver de morir era tan cierto. Despediase de Aminta con el dolor à que semejante desdicha le obligaba, y con las razones que el sentimiento le permitia. Aminta, para responder mas eficaz, y ocultamente, hacia de los ojos lenguas, y de las lagrimas razones, que explicassen la pena que avia enmudecido su boca, y impedido la voz en su garganta. Dieronse los ultimos abrazos, à tiempo que el traydor Don Enrique llegò cerca, y reconocido lo que buscaba, hizo seña à los demàs para que llegassen. Brevemente se juntaron quinze, ò diez y seis hombres, que para no dexar de hallarlos se avian repartido. Quando Hipolito viò tantos enemigos, se resolviò à morir, sin que le viesse rendido, y tratò de que no les saliese de valde su vida. Bolviò la pistola que llevaba adonde Don Enrique parecia estàr, segun que por el afecto, y las razones que hablaba, claramente se conocia. Apretò la llave, y escusando el pedernal la lumbre, le faltò à este tiempo, para que fuesse mayor su pena, viendo que quedaba libre, con vida, y con superiores fuerzas su enemigo. Quando sintieron el golpe de la llave, y que à ninguno avia hecho daño, por la causa referida se arrojaron todos à cogerle, sin querer usar de los instrumentos de fuego que traian.

Muchas veces la cotta providencia nuestra desea las cosas que nos han de estàr mal, muchas nos quejamos de que nos falte lo mismo que no nos ha de estàr bien. Esto dixo, porque Hipolito se quejaba de que en tal ocasion huviesse faltado à su pistola lumbre, siendo esto lo que le escusò muerte, pues era fuerza que se la diesse con el mismo genero de dolor los que acobañaban à Don Enrique, si le vieran morir tan brevemente à sus ojos, con que no pudiera esperar à los plazos, que despues le fueron de tanta importancia.

Ataronle con un cordel las manos, y comenzaron à tratarle con impio rigor, y barbara crueldad, si bolvia à mirar la infeliz Aminta, que en otra parte era despojo del infame Don Enrique, le cubrian la vista, para que aun sus mismos daños no mirasse. La misera dama daba algunas lastimosas voces, cuyos ecos repetidos de los montes, doblaban el pesar de Hipolito, pues assi los oia dos veces, si bien algunas se quedaban à medio proferir, de donde inferia, que un lienzo se las impedia. Arrancabansele à nuestro Cavallero las entrañas de pena, y aunque mas fuerza hacia por desatarse, y acudir al remedio de la infeliz Aminta, su cansancio era en vano, y su pesar recibia mayores aumentos.

En tan apretada necesidad, no se viò totalmente destituido de socorro, que nunca falta el Cielo;

quando es tal el peligro con el remedio , à quien padece ; y con el castigo , à quien tan injustamente prosigue ; pues à las voces q̄ Aminta daba , baxaron de entre los corazones de las mas altas peñas una esquadra de mas de treinta hombres , à quien hacia fuertes la presencia de su Capitã , y traia con forme la seña , que para juntarles hizo . Apenas la oyeron los que tenian al miserable Hipolito de aquella suerte , quando por averla conocido , le dexaron atado al tronco , donde estaba arrimado , y acudieron à sus armas , se apercebieron para defenderse . Lo mismo hizo Don Enrique , dexando à Aminta , sino atada (porque no tuvo lugar) gozosa de averse valerosamente defendido . Los que de nuevo vinieron , comenzaron à ofender à los infames amigos de Don Enrique , con bizarro aliento . El los recogió detrás de unos troncos , que le servian de amparo , y defensa , y desta suerte estuvieron grande rato tirandose , con animo de que unos , y otros tuviesen en el lugar de su delito , el termino de su injusto exercicio . Acudió Aminta en este tiempo , y desatando à Hipolito de donde estaba , le rogó , que ayudasse à sus bienhechores , para que el suceso fuesse mas seguramente dichoso . El lo hizo con doblado aliento , por ser tantas las razones que le movian , y con riesgo de la salud , que poco antes vió perdida à las

manos de sus contrarios , se entraba tan furioso à ofenderlos , que trataron de confessar las ventajas que les tenian , y bolviendo las espaldas * , quisieron remitir à la velocidad , lo que no avia podido conseguir el valor . Antes que Don Enrique les imitasse en esta temerosa , y vil determinación , embidioso de que Hipolito bolviesse à las glorias que el avia pensado quitarle , se dispuso à impedirselas por el medio mas cruel que pudo imaginar , que fue quitar la vida à Aminta . Como los q̄ de una , y otra parte peleaban eran muchos en numero , y la campaña espaciosa , tuvo lugar de apartarse à un lado , y dexando à los bienhechores de Hipolito que fuesen en seguimiento de los suyos , se llegó adonde Aminta avia quedado , y llevado de su fiereza , su impiedad , y su embidia , la dió con un puñal dos heridas ; cayó la infeliz dama en el suelo , casi en el ultimo termino de su vida ; con tales ansias , y tal inquietud estaba ; que por aver sucedido junto à la orilla de un repecho que la montaña tenia , se sintió brevemente caer , y llegar à la profundidad de un llano , que aquella aspereza tenia , ó su asiento fertil .

Sintió Hipolito algunas quejas de las que dió à este tiempo Aminta , si bien ignorante de que era ella quien las daba . Persuadióse à que seria alguno de los suyos ; y bolvió con gallarda resolución à

venegarle. El barbaro, y vil Don Enrique, creyendo que venia mas de Hipolito, comenzó à huir tan aprisa, que à no ser en nuestro Heroe la ligereza excelente, se viera vano su deseo. Alcanzòle al fin, y aviendole conocido, por no dudar en su muerte, disparò una pistola que llevaba, y avia quitado à uno de sus contrarios, y le hirió ran dichosamente, que ni le diò lugar à quejarse, ni à defenderse. Este infeliz fin tuvo el vicioso D. Enrique, y no me admiro que fuesse tan lastimoso fin de vida tan declaradamente perdida. Llegò despues de un largo espacio el Capitan que avia focorrido à Hipolito, para que viesse mejorada su fortuna con el conocimiento de Fulgencio, que como diximos, era el que tenia los referidos vándos con Don Gaspar. La alegría de los dos fue grande, y mayor quando Hipolito refirió la desdicha que huviera tenido, si Dios no le huviera embiado tan sopioso remedio, para que cessasse la alevosa violencia con que Don Enrique en la passada ocasion les apretaba. Buscaron luego à Aminta, con la atencion que se debe presumir del cuidado de Hipolito; mas ni sus voces negociaban respuesta à su deseo, ni su deseo veia el efecto de sus diligencias. Por esto se resolvieron à esperar que bolviesse la gente de Fulgencio, y à qdiesse su clara luz el dia, pues assi verian manifesta la causa que les

tenia, yà affigidos; yà tristes, y yà con la presente novedad dudosos.

Amaneciò entre càndidos resplandores la deseada Aurora; bolvieron los amigos de Fulgencio pesarosos de no aver podido alcanzar à sus contrarios, y con los despojos de un hombre à quien avian robado en el camino. Conociò Hipolito que eran los vestidos de Don Antonio, y dando cuenta à Fulgencio, hizo que le traxessen. Llegò el noble mandebo temeroso, y consolòse cuerdo, quando aviendo conocido à los dos, viò que tenia amparo en quien avia tenido mas cruel, barbaro, y injusto termino. Refirió como la causa de averle encontrado allí, avia sido el salir Don Alonso, Don Jacinto, y el à socorrerle, por aver oido, quando falliò el ruido de algunas escoperas; y que se avia perdido por la corta noticia del camino. Alegraronse de verle, y todos juntos comenzaron à discurrir por aquel espacio de distrito en busca de Aminta. Con el movimiento que al caer herida hizo la hermosa dama, se dexò un delgado lienzo. Conociòle luego el infeliz amante, y viendo que cerca del avia alguna sangre, confirmò los temores que primero le avian saltado el sosiego. Mirò mas atentamente, y hallò señales de todo el suceso en los despegos que à trechos se avia ido dexando por la parte que cayò. Llegaron al lugar donde
era

ora fuerza aver parado el maltratado cuerpo, y causóles mayor admiracion, y mayor pena, no ver mas de los indicios de que avia estado alli largo espacio por la sangre que avia entre las yervas. El sentimiento, y dolor de Hipolito, fue excesivo à quantos encarecimientos son posibles. La pena de Fulgencio fue tal, que sola la de Hipolito pudo parecer mayor. Los demás seguian el mismo desconsuelo, parte lastimados de ver los extremos que nuestro piadoso Cavallero hacia, y parte compadecidos de ver quan infeliz termino avia tenido aquella hermosa dama, cuyo ingenio, amor, y belleza avian oido tantas veces de la boca de Fulgencio.

Viendo que las diligencias que hacian para buscarla, no servian mas que de engañar al deseo, dilatando la certidumbre de esta desdicha, determinaron de volver à la Venta, para ver si hallaban à Don Alonso; y Don Jacinto, y para que todos con la compañía de Fulgencio, fuesen con seguridad de los peligros de aquella tierra; y del rigor con que los trataria Don Gaspar, y sus amigos; si acaso los fuesen al camino. Pusieronlo en execucion, con el pesar que se debe creer, que llevaria Hipolito, viendo, que quanto mas se alejaba del lugar donde avia perdido à Aminta; mas confirmaba su pérdida; y más acreditaba la certidumbre de tan

lastimosa desgracia. Llegaron à la Venta, mas como Don Alonso, y Don Jacinto estaban ausentes, fue forzoso esperarlos, y que las nobles damas supiesen la pérdida, y todos los passados sucesos. El llanto que hicieron mostrò claramente el pesar que de su desdicha recibian, en particular Lidora, que ni avia quien se le diese, ni admitiera su dolor consuelo, que el amor nunca le admite sin la presencia del bien que pierde. Viendo Hipolito que su hermano, y Don Jacinto no bolvian; y que Aminta no avia parecido; presumió, que ellos sin duda eran los que por averla encontrado la avrian llevado, para prevenir su remedio en el primer lugar que les pareciesse a proposito. Tuvo mas apariencia de verdad esta imaginacion, atendiendo à que no se avia tenido noticia de ellos, aun que los esperaron algunos dias. Manifestòse este parecer de Hipolito, y conformes todos en el empezaron à cobrar algunas esperanzas de mejor suceso. Partieronse de alli por la incomodidad que tenian, dexando prevenido al Ventero, de que si bolviesen Don Alonso, y Don Jacinto, los avisase del cuidado con que se avian partido, y que hasta Madrid no cesaria su viage, donde los esperarían, deseosos de saber el fin de tan importante nueva.

Fulgencio, y los que le seguian, no quisieron apartarse un pun-

to de Hipólito, y de las demás que iban en su compañía; mas en llegando à los Lugares, se apartaban de ellos, y se iban por defuera de la poblacion, por el peligro en que las podria poner la Justicia. Solos dos avian passado de esta suerte, quando entrando los cuydadosos caminantes por la plaza de un Lugar pequeño, oyeron algunos instrumentos, con que se procuraba la piedad de los fieles, para hacer bien por los injusticiados. Preguntaron, quien eran, y la culpa que avian cometido, para que se executasse tan exemplar, y tan justo castigo? (pregunta, que fuele hacer muchas veces la curiosidad) y el que estaba mas cerca respondió: Que castigaban quitandoles la vida à dos hombres de los que traian inquietos, y peligrosos aquellos caminos, con robos, y muertes que hacian, ò yà por la parcialidad de ciertos vandes, ò yà por quitar lo que llevaban à los pasajeros. Pareciòles justo castigo, y passando adelante vieron un mancebo bizarramente vestido, pusieron los ojos en èl por la desigualdad con que à los demás excedia, assi en el traje, como en el modo, y gallardia de la persona. No escusò èl tambien la vista, antes viendo damas forasteras, y no baxamente adornadas, se llegó con atencion à ellas, obligado de la novedad. Llevaban cubiertos los rostros, y assi no pudo conocer à ninguna; mas Do-

ña Vitoria depuesto su natural recato, (ò amor, que facilmente te atreves!) se arrojò de la cavalgadura en que iba; y llegó llena de alegría à abrazarle. Estrañò al principio la novedad Hipólito; mas disculpò su afecto, quando por averse llegado mas cerca, conociò, que era su grande amigo Alexandro, à quien avia dexado en Salamanca, al tiempo que se partiò de ella, para padecer tan estraños accidentes. Descubriòse Doña Vitoria, apeòse Doña Marcela, y una, y otra tuvieron lugar en los brazos del gallardo mozo, si bien con la diterencia que su esposa merecia. Llegò luego Hipólito, y en su correspondencia viò pagado el beneficio de acompañar à Doña Vitoria; conociò, que la amistad verdadera no se permite deshacer del tiempo, ni borrar de la ausencia. Quiso Alexandro, que descansassen allí aquel dia, para determinar tambien su partida, y por esta causa salió Hipólito à avisar à Fulgencio, que se detenia, ò para que estuyesse sin cuydado, ò porque si le parecia largo plazo, se ausentasse con sus parciales, escusando assi, que no tuviesse alguno de ellos el castigo que se executaba en aquellos dos miserables. Fulgencio se lo agradeciò, y le dixo: que para quando huviesse de proseguirle, estaria cerca del camino, procurando en todo su seguridad. Bolvió adonde Alexandro esperaba, que despues

de aver acomodado à las hermosas damas en su misma posada se salió con Hipolito, para ver à los que avian de padecer la pena de su delito, y para tener lugar de referirle la causa, de que se huviesen hallado en aquella aldèa, que era aver venido con un Juez muy su amigo, à quien le avian dado comission para buscar, y castigar semejante genero de gente en toda aquella Provincia. En estos, y en la alegría con que celebraban el averse hallado tan impensadamente (si bien Hipolito siempre la limitaba con la memoria de la pérdida de Aminta) pasaron grande rato. Pusieronse à esperar à que passasen los delinquentes, y como el cuydado de bolver adonde Doña Vitoria, y las demás señoras quedaban, les hacia parecer mas dilatado el tiempo, determinaron verlos en la carcel, por si Hipolito conocia à alguno de los que aquella noche los tuvieron tan hipretados, ò por si acaso era Don Gaspar, pareciéndole, que tal exercicio como el suyo, ni suele merecer, ni aun tener mas dilatado, ni mas honroso fin; permitiendo Dios, que la justicia sea el instrumento de el castigo de sus injusticias, y que sea breve la vida de quien la quita à otros, teniendo la impiedad por oficio.

En la distancia que hasta la carcel avia fueron tratando de la gravedad del delito, que comete quien tiene tan vil, tan infame, y

tan fiero genero de crueldad, que por el vano interès del oro, sale à quitar à los pasajeros en un camino las vidas. Alexandro discurre con la agudeza de su ingenio, mas conocióse excedido de las razones de Hipolito, oyendo, que decia.

Con toda verdad puedo afirmar, (ò noble amigo!) que no ay castigo mas justo, que el que se dà à tan crueles hombres; y así vereis, que en los demás la piedad Christiana, hace que el pecho se lastime; mas viendo à estos, està tan lexos de compadecerse, que todos se alegran de ver administrada la justicia. Quando yo considero, que la Republica es un cuerpo, que còsta de varios miembros, que son los Ciudadanos, que se compone de un Rey; ò superior, que tiene titulo de Cabeza, de los soldados, que son las manos, de los labradores, que son los pies, pues la sustentan, y de los Ministros, que por algunas propiedades merecen el nombre de corazones; suele pensar, que para que este cuerpo tenga vida, son necessarias tres almas, ò una, que tenga el oficio de tres: la vengativa, para su aumento; esta consiste en el premio de los dignos: la sensitiva para su conservacion, que es la Justicia; y la racional, que es Religion. De aquí se deben inferir tres cosas. La primera es, que la Republica, sin la verdadera Religion, es barbara, es fiera, es irracio-

cional, y sus costumbres en todo à esta propiedad correspondientes. La segunda, que adonde falta el premio, parece imposible el aumento, como es imposible que un cuerpo crezca sin alma vengativa. La tercera es, que sin la justicia no siente, pues no remedialos daños, viviendo despues con la insensibilidad la perdicion. Vereis (ó Alexandro!) que adonde ay Jueces atentos, à quien yo suelo llamar Medicos de Republica, todo anda bien regido, y bien dispuesto; y porque no salgamos de la Metafora, considerad, que en el cuerpo humano, no son los miembros los que hacen el daño, sino los humores, que destemplados deshacen la harmonia que entre si tenian; y assi causan la enfermedad, que pone al enfermo en tan apretado peligro. El prudente Medico, entonces purga el humor que hacia daño, para que los demàs no se inficionen. Con esto el enfermo mejora, y queda libre del mal que le amenazaba. De esta misma prudencia usan los Jueces, pues viendo que por la maldad de sus costumbres, algunos hombres, no solo son dañosos à sí mismos, sino à todos los demàs, los castigan, para que con su muerte quede evacuada la Republica, y cobre de todo punto salud. De manera, que es tan necesario el castigo de los malos, que debe tener justissimamente su muerte, qualquiera co-

munidad donde ay descuido en aplicar esta medicina. Con el fin de este discurso llegaron à la prision, de donde los dos miseros hombres esperaban salir, para el lugar del suplicio. No los conoció Hipolito, si bien en la misma carcel halló à Don Alonso su hermano, y à Don Jacinto, y llevado de su afecto, antes que ellos le huviesen visto, llegó piadoso à abrazarlos. Repararon los dos nobles mancebós en la persona que hacia tales demonstraciones de amistad, en lugar donde se suelen negar ella, el parentesco, y limitacion el consuelo que tenian con su presencia. Todos los circunstantes se admiraron, y mas que todos Alexandro, oyendo las razones de su amigo, y que trataba de hermano à uno de los que él tenia por delinquentes. Pesábale de que huviesen llegado cosas suyas à tan misera prision, y lo que mas cuidado le daba era, que Hipolito huviese declarado quien era Don Alonso, y tratado le de hermano; no porque entonces huviese perdido nada, sino porque conocia de la integridad del Juez, que si estuviese culpado; no bastaria su nobleza para que le escusasse el castigo, adorado en esta parte à la justicia vindicativa, con la propiedad de la distributiva.

Sin que diese lugar à otra cosa su diligencia, se fueron en casa del Juez Alexandro, y Hipolito:

Re-

Recibió à aquel con el amor que su amistad permitia, y à este con la cortesía à que su persona obligaba. Trataron de la verdad del caso, y de la inocencia de los presos; y como la verdad no tiene mas que un camino, eran en sustancia unas mismas las razones, que Don Alonso, y Don Jacinto avian dicho en sus confesiones, y las que Hipolito referia. El Juez lo dificultaba por los indicios que le avian movido à traerlos presos, que era el averlos hallado solos à pie, entre la aspereza del monte, tan fuera de camino, con escopetas al ombro, y pistolas en la cintura, instrumentos del vil oficio, porque avian de ser castigados; mas à todo daba Hipolito tan eficazes respuestas en la verdad de aver salido à defenderle à él la noche, que para tantas desgracias salió de aquella Venta, que el Juez quedaba satisfecho en sus dudas, y cierto, de que su primer juicio, sin esta información, pudiera ser errado, è injusto; porque la corta providencia de los hombres, no tiene obligacion à juzgar por lo que es verdad precisamente, si la ignora, sino segun lo que por escrito consta, aunque no lo sea; si bien quando tiene ciencia particular de lo contrario, puede limitar con varios medios el rigor que persuade la noticia, que de lo escrito concibe.

No obstante, que el discreto Juez veía la verdad, para mayor justifi-

cacion de la causa, quiso que se hiciesse el descargo, advirtiendo, que quien està en su lugar, aunque desee el buen suceso de alguno, no ha de usar deste deseo en las cosas de justicia, sino en aquellas à que dà lugar la gracia. Pareció à Hipolito tan bien la resolucion del Juez, que no pudiera ser tan gustosa respuesta el darle à su hermano, y à Don Jacinto libres, como el mandar constasse por el dicho de muchos su inocencia; asì si porque fuesse jurídica su libertad, como por quitar la sospecha de algun maldiciente, que à no ser de esta suerte, pudiera presumir, que avia sido verdad el delito, y la soltura solicitada mas de la amistad, que de la inocencia. Hizose el descargo, en que juraron Don Antonio, Doña Vitoria, y su hermana. Para mayor abundancia recibieron los dichos del Ventero, y un criado suyo, y hecha tan copiosa información, confesó de todo punto, quan inculpa-blemente estaban presos, y que todas las sospechas que avia dado su hanito en la passada ocasion, eran vanas. Soltaronlos al fin de treinta dias de prision, en cuyo tiempo Hipolito no podia admitir sosiego, defengañado, de que avia sido falsa la presumpcion con que avia pensado, que Don Alonso, y Jacinto tendrian consigo à Aminta. Despues de aver hecho varias diligencias para hallarla; determinò no ponerse en camino, bolver

adon-

adonde Fulgencio avia de esperar, y proseguir su viage con Alexandro, que quiso no apartarse de su compañía, y de la presencia de Doña Vitoria su esposa. Andaba nuestro Cavallero tan lleno de melancolla, que dió motivo à Alexandro para que deseasse saber la causa de ella. Despidieronse del Juez, partieronse, y obligado de sus ruegos (adelantandose los dos un poco) le dió Hipolito noticia de algunos sucesos suyos, menos el ser ocasion dellos Arinta su hermana, ò porque ignoraba como sería recibido su deseo, ò porque el honor en los nobles, siempre suele ser demasiado escrupuloso.

Poco mas de una légua avrian caminado, quando descubrieron à Fulgencio, y à su gente, que presurosa iba en busca de Don Gaspar su enemigo. Viendo que no se detenia à hablarlos, alargaron los dos nobles Cavalleros el passo: y atendieron à que se apartaban del real camino, y que brevemente encontraron lo que tan cuidadosos buscaban. Don Gaspar (conocido su contrario) apercibió su gente para ofenderle, y unos, y otros se dispusieron à tomar sangrienta venganza. Mientras Hipolito, y su amigo atendían à todo esto, llegaron cerca de ellos un Cavallero, y una muy bizarra dama, seguidos de algunos criados. Conocieron que era Leonardo, y Feliciano su esposa, de quien

Hipolito avia sido huesped en Salamanca. Celebró este tan impensada ventura, en ocasion de que su presencia podria ser de importancia, y corresponderle àquel hidalgamente. Sin dár lugar à inútiles cumplimientos, le manifestó Hipolito el estado de aquellas enemistades, y le rogó que por su causa se concillasen, pues por su ocasion se avian inquietado tan valerosos pechos. Leonardo le aseguró de que no le avia sacado otra cosa de Salamanca, sino el deseo, de que no llegassen à rompimiento, con cuya respuesta apresuraron el passo al Lugar donde los dos contrarios estaban. Llegaron à tiempo, que puestos en medio Feliciano, y Leonardo, fueron conocidos de todos, y ella acudió à la parte de Fulgencio su hermano, mientras él llegó à la de Don Gaspar su primo. Admiróse Fulgencio de ver viva à quien tantas veces avia juzgado muerta, y dexando las armas acudió à recibirla en los brazos. Acercaronse mas, aunque con diverso intento que primero, y oyeron que Leonardo referia sus sucesos. Quando dixo que era esposo de Feliciano, y llegó à abrazarle Fulgencio, para que hiciesse lo mismo Don Gaspar con la apacible dama, y luego con su mayor enemigo. De suerte, que el que avia de ser campo de batalla, fue lugar de amistad, y concordia. Con este regocijo volvieron al camino, y entraron en él apenas,

nas quando conociò Hipolito, que Aminta venia en compañía de Don Carlos. Admiròle esta no imaginada dicha , y casi no daban credito los ojos à lo que aseguraba la razon , y procuraba el desseo. Doblòse con esto en todos el contento , menos en Alexandro , que dudoso de si le tocaba tomar satisfacion de la libertad con que avia hecho de su casa ausencia, comenzò à manifestar ien la suspension el intento. Reprehendiòsele Don Carlos, y todos le persuadieron à que depusiese tales dudas , supuesto que Aminta avia procedido siempre atenta à sus obligaciones , y que quien tenia la culpa, que era Don Enrique , avia pagado su atrevimiento con la vida. Alexandro dexò la tristeza, y Hipolito no acababa de celebrar esta dicha. Agradecia à Don Carlos el averla amparado, y viendo que llegaban las damas, que èl, y Alexandro se avian dexado atrás, quando se adelantaron para tratar de sus penas, cuidadoso de pagar este beneficio ; acudiò à traerle à Doña Marcela. Don Carlos admitiò la paga, ella no sabia como encarecer su alegría, y unos iban excediendo à otros contentos, aña diendose regocijos à regocijos. No le pesaba à Alexandro de ver los afectos de Hipolito , conoci das sus illustres prendas, y aun de ellos inferia , que tenia su hermana buena parte en sus passados accidentes. Determinaron que fues-

se uno mismo el viage de todos, y prevenidas en el primer lugar dos mulas para Don Gaspar, y Fulgencio, llegaron por sus jornadas à Madrid, Corte de España, y Patria de nuestro yà dicho Cavallero.

Si fue grande el alegría en la passada ocasion, no fue menor quando en casa de Hipolito hallaron à Don Gregorio, padre de Aminta, y Alexandro, que (como despues refirió) aviendo escapado del vergantín de Rezuan, llegó con su hacienda, y con la de Don Carlos prósperamente à Alicante, y desde allí à la casa de su hermano, si bien con tristeza, por la pérdida de Doña Marcela, y Victoria. Advirtió Hipolito por esta relacion, que Aminta era su prima; añadiendo à su amor el parentesco, creció con nuevas fuerzas su gozo. Diòle no pocos aumentos la venida de Don Pedro (padre de Don Geronymo) con su anciana muger, y su hermosa hija, à los quales avia sacado de su Patria Segovia el desseo de ver al recién venido Don Gregorio. Quien participò aqui de mayor regocijo, fue Don Jacinto, viendo al dueño de su primero amor en Doña Antonia. Finalmente ; no hubo quien no tuviese ocasion de regocijo, considerando despues de tantas desgracias tan comunes alegrías. Descansaron aquella noche, y à otro dia refirió Hipolito à persuasion de algunos el modo que

que avia tenido de cobrar libertad para que entre el gusto, y admiracion conociessen, y estimassen à Don Antonio (primero Ali) y à su hermana Lidora, así por las prendas personales, como por su ilustre nacimiento. Deseaba Hipolito (sin que fuesse solo en este deseo) que Aminta dixesse el suceso de sus heridas, y el modo de encontrarla Don Carlos. Rogaronlo Doña Vitoria, y Don Alonso; y la discreta dama, ò por cumplir sus ruegos, ò por satisfacer el deseo de su primo, descansando algunas veces por la flaqueza con que el accidente la avia dexado perdiendo justo aplauso su eloquencia, y cuidadosa atencion la novedad, dixó de aquesta forma.

Al tiempo que comenzó à mejorarse nuestra suerte (ò piadaso Hipolito !) con el ayuda de aquellos hombres, à quien si bien no conocí, debo estar reconocida; y al tiempo que comenzó à declararse por nuestra parte la vitoria, llegò al lugar donde yo estaba Don Enrique, y dandome dos heridas, dexò en mi la pena que merecian mejor sus infames deseos. No escapò sin ella entonces (dixo Hipolito) y así podreis (ò noble Aminta !) proseguir, satisfecha de q̄ nadie queda sin castigo de sus delitos. Digo, pues, prosiguió, que caí sin esperanza de la vida, aunque con dolor de mi mal lograda juventud. Sentime despues despenar por la aspereza de un risco,

para que à un tiempo me sirviesse de cama, y de sepulcro las verdaderas yervas de un llano. Comencé à pedir à Dios ayuda en semejante aprieto, y como la oracion era fervorosa, y para oirla siempre está con atencion el Cielo sin atender à mis culpas por sola su misericordia, quiso el que por excelencia se llama Padre de ellas, embiar remedio à mi precisa necesidad, y fue, que viniendo Don Carlos de Barcelona, donde avia estado aguardando à Don Gregorio mi señor, y amado padre, y à su querida esposa Doña Marcela, se perpiessse; y à las voces, ò quejas que yo daba, llegasse piadosamente para recogerme, y llevarme à un lugar, que à poca distancia hallamos. Lo que he debido à su cuidado en esta ocasion, las diligencias que ha hecho para que yo configuiesse la salud, quedarán à mi agradecimiento el tiempo que viviere, si es que Don Carlos quiere paga à beneficios, donde el tenerme por deudora, dice que es la que mas desea. Con los dolores de las heridas, el lugar que me ha dado la enfermedad, y la soledad que en ella he tenido algunas veces, he grangeado un desengaño de mi propia miseria, y he pensado lo que aora oiréis brevemente: Solo à una persona puede parecer estraña mi resolución, que es à Hipolito; mas si me escucha atento, yo sé que se verá convencido, y que le pare-

cerà cuerdo mi pensamiento.

Esperaron todos à que la hermosa Aminta prosiguiesse, y ella viendo à Hipolito con mayor atencion, añadió. Desde el primero instante que ví su persona, le estimè con el mismo amor que aora, porque el que siempre le he tenido, nacia de la sangre que tengo saya (como aora se ha descubierta) y esta siempre ha sido una misma, tambien ha sido uno mismo el amor. Bien sè, que el que me ha tenido ha sido grande, y aunque no tengo de confesar que hace ventaja al mio, con todo esto no puedo negar, que procedia de la misma causa, pues siempre ha estado limitado, y conforme à los preceptos de la razon. Prevenido de esta verdad, y que le he correspondido igualmente, como ha constado de los peligros en que me he puesto, y que à nadie en el mundo estimo, como à su persona, digo: Que aviendo visto la inconstancia de las cosas, los peligros de que Dios me ha sacado por su bondad, aviéndome metido en ellos mi malicia. Mirando à que ninguna cosa parece que me ha sucedido prosperamente, puede ser, que por la libertad con que tratè à mis padres, y la temeridad con que despreciè sus consejos. Atendiendo à que Seneca dice: Que ninguno ay tan temeroso, que no quiera mas caer una vez, que estàr siempre pendiente; en cuya senten-

ciendo, que es menos riguroso dexar el siglo, que estàr siempre puesta à las dudas de su mudanza, y à los golpes de mi desdicha; he determinado dexarle, y que una Religion sea el sagrado de tantos peligros, y el puerto de tan desiguales naufragios.

O muerte, dice el Principe de la eloquencia Latina, solamente eres horrible à aquellos con quien se acaba su memoria, no para los que perseveran despues de ella la gloria de sus virtudes. Consideraba yo, que el camino de hacerse una persona dueño de todo, es despreciarlo todo, porque no ay tan alto modo de poseer los bienes, como es tenerlos de la suerte que sino se tuvieshen. De Crates Filosofo se cuenta, que arrojò en la mar sus riquezas, diciendo: Anegueos à vosotras yo, porque vosotras no me anegueis à mi. Pues si esto decia un hombre Gentil, que mucho que yo dexe el peso de las riquezas, el gusto de mi amor, y el regalo de sus delicias, porque el peso de ellas no me sepulte en el mar deste siglo? Demàs de que yo me persuado à que el amor que à Hipolito he tenido, no puede perjudicar à mis intentos, pues siempre ha sido honesto, y aora lo será mucho mas que se ha juntado à nuestra inclinacion el conocimiento de tan propinquo parentesco. El amor que es verdadero, es desinteresado, y no cuida tanto de su propia comodidad,

como del deseo de la cosa amada; y así pienso, que supuesto que el de Hipolito lo ha sido, ha de tener aquellas propiedades, y querer lo mismo que yo quiero. Siendo esto así, mi resolución pasará adelante, y en caso que le pefe de perderme, si es perderme para él, lo que para mi es asegurarme, piense que de esta ultima desgracia perdí la vida, y atienda, á que pues Dios milágrosamente me la ha dado, será bien que la gaste en su fervicio, enterrandome viva entre las paredes, y clausuras de un Monasterio, mejorare de sepulcro, puesto que si su piedad no me socorriera, avia yá de estar ocupando otro mas espantoso; hasta el ultimo dia. Este es el desengaño que he adquirido entre los dolores, y falta de salud pasada. Dexad (ò noble padre, y señores míos!) que haga yo dichosos los males que me han costado tantas penas, con la reducion de mi vida á mas seguro estado, y permitid, que no se malogre por vuestra culpa un deseo tan digno de alabanza.

Acabò de esta manera Aminta, y con el mismo aplauso fue oida la respuesta de Hipolito, que atento á su cordura, y á la prudente relacion de su querida prima, respondió desta suerte. Quien no tuviera vuestro ingenio (ò piadosa señora!) dificultosamente huviera pensado tan acertado empleo, si bien de todas nuestras mejoras, y

la de la claridad desse desengaño, Dios es la luz, y la causa, á quien doy gracias por el beneficio qos ha hecho. Tan lexos está mi amor de contradeciros (ò amada prima!) esse parecer, que aora con razones, y despues con las obras ayudare á la execucion de vuestro intento; y si tengo de confessar verdad, nunca como aora os estimo, que veo quanto mejorais de esposo. Cierta estais de la veneracion con que os he mirado, y que tal vez se passaba mi amor á respeto: pues como avia aora de contradeciros tan piadoso deseo quien siempre os ha venerado tanto? Nunca os he querido mas que por quereros. Y pues en mi mismo amor tengo el premio de averos amado, ni yo busco otra correspondencia, ni pretendo otra paga. Antes os agradezco el que ayais puesto fin á nuestros accidentes, con una determinacion tan piadosa, un intento tan loable. Proseguid, proseguid dichosamente, que en esta parte solo me queda un pesar, que es presumir que vos juzgais tan mal de mi amor, que pensais que os avia de contradecir lo que es justo favorecer, y embidiar. Quiso levantarse para abrazarla Don Gregorio su padre, en señal de que aprobaba su parecer; mas atendiendo Aminta á esta demonstracion de su amor, se anticipò á besarle la mano, y á regársela á un mismo tiempo con lagrimas de piedad, y de alegría.

Alexandro que vió tan conforme à Hipólito, con el cuerdo parecer de Aminta, le estimó la cordura, le agradeció el aliento; y atendiendo todos à la prudencia de sus razones, dixo: O quan dichosamente acredita la fuerza de su reconocimiento, quien procura dexar los materiales, regalos presentes, por la posesión de los futuros inmatereales bienes! Y ó quan dichoso debe llamarse quien tan poco se detiene à contemplar su leve bondad, que antes los tiene por estorvos de la verdadera alegría, que por seguros contentos! He dicho estas razones, querida hermana mia, para significar quan gustosos debemos estar todos en el cumplimiento de tan piadosa resolución, y quan dispuestos à ayudar, que por nuestra parte no se impida. Bien puede estar algun tiempo dormida la razon, con la suave harmonia, con que el mundo lisonjea los sentidos exteriores, y interiores; mas quando llega el desvelo de la prudencia, quando abre los ojos el discurso, y à la clara luz de la contemplacion mirara con propiedad las cosas como son, y sin los faciles visos que antes tenían vistas, con los antojos de nuestra débil naturaleza, ni se puede negar el credito à los verdaderos bienes, ni se puede ocultar la mentirosa apariencia de los humores. Dichosamente has empleado el caudal de tu ingenio, pues ayudada de supe-

riores fuerzas has tenido tan claro, y tan imitable conocimiento, en cuyo exemplo acabo de confirmar quan grande beneficio hace Dios à quien enriquece de entendimiento superior: pues aunque muchas veces vemos, que engañado se distrae, por la mayor parte con la facilidad de engañado se reduce, cuerdo se reconoce, y advertido se mejora. Acabó Alexandro estas razones, para que en Aminta comenzassen los agradecimientos, y en los demás el aplauso, y la alabanza de su resolución. Descansaron aquella noche, y otro dia se trató de el Bautismo de Lidora. Recibióse con singular devocion, y dentro de un mes tuvo la misma vocacion que Aminta, pues se entró en un Monasterio. Manifestósele el amor que Jacinto tenia à Doña Antonia, y con gusto de los padres de uno, y otro se casaron Don Carlos, y Alexandro tuvieron el mismo estado en compañía de Doña Marcela, y Vitoria, con increíble gusto suyo. Leonardo, Feliciano, Don Gaspar, y Fulgencio volvieron à Barcelona, donde por medio de esta union cessaron los antiguos vandos. Dentro de un año llegó Rezan con gran copia de riquezas, y reducido à la verdad de nuestra Fè, después de informado de lo que debe creer, quien llega à la Iglesia por la puerta del sagrado Bautismo, le recibió el dia q̄ profesaron

Amin.

DISCURSO OCTAVO:

277

Aminta, y su hija Doña Inès (así se quiso llamar Lidora) él se llamó Diego, y prosiguió el curso de su vida loablemente. Don Alonso se partió à Malta à servir al Rey con Don Juan su amigo, y Hipolito se quedó en compañía de Doña Ana, y Don Geronymo su esposo en Madrid. Visitaba por deudo à su prima Aminta, y à Doña Inès muchas veces, acudiendo liberalmente à quanto era necesario, sin perdonar al trabajo, à la sollicitud, ni à los gastos. Entre las demás veces, fue à visitarlas

el primer día de Mayo, cèlebre en Madrid, por la fiesta que en él llaman de Santiago el Verde. No la avian visto Aminta, ni Doña Inès, y como la fama de aquel comun regocijo es tan insigne, le rogaron, que se la descubriese. El lo hizo en estas estancias, que no quise escufar, por parecerme que està pintada con razonables colores. Bolvió al tiempo que la tuvo acabada, y con el papel en la mano, gusto de Doña Inès, y de su querida prima, dixo así.



DESCRIPCION
DE LA FIESTA
DE SANTIAGO EL VERDE.

A LA ILUSTRÍSSIMA SEÑORA DOÑA JUANA DE
Mendoza. Portocarrero.

PASSA (ò Apolo!) por tu dulce Lyra;
Mas cuidadosamente el arco de oro,
Divino aliento à mi furor inspira,
Serà mio el honor, tuyo el decoro:
Barbara Eutorpe, sin tu ardor respira;
Y yo su Canto, sin tu auxilio ignoro,
No excuses, no, el favor, porque presume:
Dichoso acierto mi dudosa pluma.
Mas pues tan vanamente auxilio invoca;
Quien tiene mejor Lyra, mejor Mula;
Quede injuriada su esperanza loca,
Su vana presumpcion quede confusa:
Vos (ò Juana Ilustrísima!) à quien toca
Partir la luz que à mi ignorancia escusa;
No la negueis aora, pues es cierto,
Con tal puerto, tener seguro el puerto.
Podrà, imitando vuestro dulce acento,
Cantar mi voz con mas dichosa fuerte;
Grave ocasion, en que Madrid atento,
Junto se mira, cuerdo se divierte:
Dulce asunto ha de ser de mi instrumento;
Aunque el temor à su peligro acierte,
Celebre el día, à quien veloz la Fama,
Con voz comun, Santiago el Verdellamã.
Adonde Manzanares mas lucido
Sepulcro de cristal dà à sus arenas;
Y Cortesano yã con el vestido,
Que Serrano nació se acuerda apenas;
Donde por toscó roble deslucido,
Trueca à Madrid, galàn de sus almenas;
Y rendido à su adorno, y hermosura,
Aqui enamora, como alli murmura.

Donde vestido de lucida plata,
Cobrando las pensiones de unas fuentes;
Tan escondidamente se dilata,
Que parecen hurtadas sus corrientes:
Adonde Mercader en cristal trata,
Y aumenta su caudal con las crecientes;
Para que el Sol de su valor tyrano,
Le usurpe en los ardores del Verano.

Donde à Jarama, poderoso Rio,
Pidiò favor, y viò que anduvo escao;
Pues limitando el curso en el Estio,
Por no prestarle apresuraba el passo:
Tal de un avaro el corazon impio
Suele ser, que presumo en este caso,
Mientras al mar furioso se descuefca,
Que por no dár, de no tener se huelga.

Ultimamente, donde fiel vassallo
Del Palacio del Sol las plantas besa,
Y hechas sus puentes dos balanzas, hallo,
Que lo que entra en Madrid registra, y pesa;
Donde à varias injurias, que yo callo,
Muestra los pardos dientes de una presa:
Y siendo voz el ruido algunos dias,
El agua es lengua, y mimbres las encias.

Yace un espacio, cuya margen verde
Por todas partes en cristal se engasta,
Cobrando en esmeraldas lo que pierde
En alimentos, que de aljofar gasta:
Siempre la embidia venenosa muerde;
Pues manso el Rio, su verdor contrasta;
Y despues de apretarle entre los brazos,
Se divide por verle hacer pedazos.

Alli la verde Juncia, y la Beryesa,
El Mastranzo oloroso, y flor de Acanto;
Miran la yerva, que en su aumento suena;
Y à infestos animales pone espanto:
Alli la flor, que fue de Adonis pena;
La Heraclea, cuya fuerza alcanza tanto,
Que unida à Baco, à Venus hace guerra,
A Ceres ama, y al Amor de tierra.

DESCRIPCION DE LA FIESTA

Alli el Eneldo , el Alfaro precioso,

El Maratro , ò Hinojo , y la Borraja

Hacen el ancho espacio mas vistoso;

Y del Jacinto son verde mortajas:

El tomillo florido, y oleroso,

Y la nudosa Grama, que se baxa;

Y siempre al suelo donde nace unida;

Paga en brazos lo que cobra en vida:

Alli el Gamon crecido, y la Artemisa

Favorable al cansado caminante.

El campo llena de fecunda rifa,

Siempre dichosa, de Lucina amante:

La Anclusa, flor, que por la mano Elisa;

La cutis hierre, que aprisiona el guante;

Y quanto mas con presa se limita,

Con afrenta de pez, purpura imita:

Silvestre alli la caña se amontona,

Cobarda presuncion de quien se exalta;

Sin fuerza en su defensa , pues abona,

Con ageno valor el que le falta:

El Cardo; que se guarda, y se corona;

El Trebol, que se aumenta, y que se esmalta;

Y con su siempre blanca lechuguilla,

Dorada de cerviz la Manzanilla.

La flor de Apolo alli , y la Siempre viva;

Se acompañan del calido Romero,

Y con las hojas, como verde Oliva;

Batiò en color el Aleli grossero:

Alli el Eufervio , que la vista ayiva;

El Napelo à los ojos lisonjero,

Malo para vecino, pues se niega

Aumento à yerva, ò flor, donde se llegã;

Nace el Ditapno alli dedicado à Marte,

La Célidonia, que el Pastor desea,

Y el Elitropio con cautela, y arte,

Por mirar siempre al Sol su flor, rodã;

No ay corto espacio, ni escondida parte;

Donde el Trifolio alegre no se vea,

Bueno para la tãz , y así segura,

Ven en Madrid las damas su hermosura.

El Yezgo, Felipendula, y Elecho,
 Y la flor del que fue su propicida;
 El Sifimbrico sano para el pecho,
 La Mandragora al hombre parecida;
 A la sed la Espartaria de provecho,
 El Melifolio bueno en toda herida,
 Y con la Malva el Apio, y Mayorana;
 Betonica feliz, Ruda villana.

Por todas partes repartidos miran,
 Arboles infructiferos los ojos,
 Tan variamente unidos, que suspiran
 Las yervas, por mirar del Sol despojós;
 Gigantes de aquel Prado se conspiran,
 Y à Jupiter, tal vez, le dãn enojós,
 Pues con rayos de yelo en el Octubre,
 No ser lo que otra vez temió descubrir.

Alli el Aliso los peligros quita,
 Queda en su mordedura el cãn rabioso;
 El Sauco, à quien oy desacredita,
 Un barbaro Ministro codicioso;
 Alli el Alamo negro, no limita
 Su curso, hasta que el fuego luminoso
 Sus hojas tuesta, y le maltrata el viento;
 Viendo que despreciaba su elemento.

El Fresno, digno assumpto de que Homero
 No le ocupasse su alabanza en vano,
 Y que le hiciesse, quando mas grossero,
 Noble la sangre del mejor Troyano;
 El Lentisco oloroso, y lisonjero,
 Propiedades de illustre Cortesano,
 Cuya raiz, quando à los dientes toca,
 Afirma, y pone cãdida la boca.

La Yedra al Olmo rustico enlazada,
 Tan blandamente le aprisiona, y prende;
 Que muere en una carcel regalada,
 Y quando mas le injuria, le defiende;
 La zarza, que viviendo recatada,
 Por todas partes enfadosa, ofende;
 Y aunque es assi de condiciõ escatã,
 Nos dà la fruta de color de brasa.

DESCRIPCION DE LA FIESTA

Allí la parra , que silvestre nace,
 Se arrima al tronco , que mirò vecino,
 Y paga en sombra, que à las flores hace
 El humor que les bebe cristalino:
 Con los Sauces tal vez se fatiface,
 Y tal le alegra con el verde Espino,
 Villana al fin , pues esmeraldas tales,
 Quiere adornar con farras de corales:
 La Mimbre dèbil, y el Taray pequeño
 Se acompañan de arbol, cuya fruta
 Del corazon humano es fiel disleño,
 Y el vientre aprieta , si se come enjuta:
 El Mytro peligroso para el sueño,
 Cuyo verdor el tiempo nunca inmuta,
 Y como es ciudad de arboles tan noble,
 Solo se excusa de nacer el Roble.

Allí canta suave Filomena
 A Iphis endechas , satyra à Tiroo;
 Publicando à las aves , quanta pena
 Suele costar un barbaro de seo:
 Resuena el eco por la selva amena,
 Y el viento goza de su dulce empleo;
 Hasta que en tanta repetida quexa,
 Triste tal vez, por suspirar lo dexa.

Allí su hermana, remendada à trechos,
 De aquel suceso viene mal segura,
 Que adquiere el escarniento mil provechos;
 A quien no falta para el mal cordura:
 Adornado de purpura los pechos,
 En los hombres honor, allí hermosura,
 Hace garganta el Pardo tan suave,
 Que duda quien le oyò, si es hombre, ò ave:

Al son que el viento toca entre las flores
 Al Gilguero galàn de la mañana,
 Procura, con vestirse sus colores,
 Dàr à entender, que sus favores gana:
 Al dulce caello con que dice amores,
 Trae adornado de color de grana,
 Mostrando así, que quien à amar comienza,
 Pocas veces se atreve sin licencia.

En este sitio, pues, el primer día
 Del mes, que alegre resucita Flora,
 De fuerte el Prado al Alva desafia,
 Que ella de verle tan risueño, llora:
 Aumentase en las aves la harmonia,
 Madruga el Sol, que su perjuicio ignora;
 Pues entre vilos de costosas lamas
 Han de afrentarle de Madrid las damas:
 En los apriscos que las parras forman,
 Toma la Guía dilatados puestos,
 Mesas assientan, que de yerva informan
 Candida con mártirios tan molestos,
 Del cansancio, y camino se reforman,
 Y cuyda cada qual de sus repuestos,
 Porque llega à saber quien mas ignora,
 Que fuele ser el hambre cazadora.
 Sobre cimientos de molida arena
 Ponen estrivos de madera à trechos;
 Y pinos dãn à la campaña amena
 Edificios caducos, y deshechos.
 Con los mas gruesos los espacios llenas
 La diligencia de robustos pechos,
 Y cortando del Rio las corrientes,
 Quedan à ssi formadas breves puentes:
 Cubrenlas luego de diversas flores,
 Entre la tierra unida de tal suerte,
 Que aquel llama perfúme sus olores,
 Y este una alfombra en su labor advierte:
 Paslamanos orlados de colores
 Hacen aquesta hermosa, aquella fuerte,
 Y tal, que aventajarse mas procura,
 Arcos labra en silvestre Arquitectura.
 Su medio curso el Sol apenas toca,
 Quando exercito vario se descuelga
 De juventud, que con risueña boca
 Al compañero de burlar se huelga;
 Tal vez, quando el contento le provoca,
 De los hombros del uno el otro cuelga,
 Cae es el suelo, y mientras no se quita,
 De enojada la yerva se marchita.

DESCRIPCION DE LA FIESTA

Levantase, advertido de su daño,
 Y träs quien fue la causa ayrado corre;
 El otro, que advirtió su defengaño,
 De un Tercero se ampára, y se socorre;
 Derriente, diciendo, que fue engaño;
 Todos le vãn gritando, y èl se corre,
 Mudasele el color, la capa arroja,
 Y mas le gritan, quanto mas se enoja.
 Por otra parte, con igual contento,
 En tropas salen tantos Cörtefanos,
 Que al animal imitan avariento,
 Quando sale à encerrar los rubios graños:
 Unos gustan de ver tan grande aumento,
 Otros con las mugeres hablan vanos,
 Y à todas cansan, porque los desprecios;
 Nunca son escarmientos en los necios.
 Al ombro unida de su amado esposo
 Sale tambien alegre la casada,
 O yà adornada de su honor precioso;
 O yà de su familia acompañada:
 Llega despues con su disfráz bullicioso
 La dama poco honesta; aunque tapada;
 Siente de su consorte sus desvelos,
 Y la que alegre fue, buelve con zelos;
 En Apuleyos de diversas pieles,
 Salen las damas de mediano porte;
 Al rebès que en la Corte los dozeles;
 Mas todo suele ser así en la Corte;
 Procuran los galanes mas nobles,
 Por si ay alguno que les pague el porte;
 Llegan, y lo que à muchos se reserva,
 Al apearse suele ver la yerva.
 Tantas casas portatiles de lino,
 Por el camino presurofas baxan;
 Que no basta el espacio del camino;
 Y à si mismas se impiden, y se atajan;
 Parece que en el margen crista lino,
 Por fabricar otro lugar trabajan,
 Tanto, que justamente se podria
 A este sitio llamar Madrid de un dia.

Como de ruedas es el fundamento,
 Goza comodidad tan oportuna,
 Solo quien junta con lucido aliente
 El prospero favor de la fortuna:
 Facil à qualquier parte el movimiento;
 (Yo no suelo embidiar dicha ninguna)
 Mas aqui no embidiar , es desatino
 El poderse mudar de un mal vecino;
 Quando el cristal para passar divide
 El que antes edificio parecia,
 Nave parece , que su espalda mide;
 Y que en el puerto descansar porfia:
 Es la salva , las valas que despide
 De animado cañon la planta fria,
 Forzado vil el animal ligero,
 Remo el tirante , y comitre el cocheró;
 Tal vez el passo mas seguro dexa,
 Y probando su fuerza , ò su ventura;
 Halla confuso quanto mas se alexa,
 Que atreverse sin ciencia , no es cordura:
 De la arena , y del rio ferma quexa,
 Y con ser agua su paciencia apura,
 Mas adentro se mete , mas se encalla;
 Todos le miran , pero nadie calla.
 Si un cavallo cansado de hacer fuerza
 En el arena à descansar se arroja,
 A mayor grito , mas placer se esfuerza;
 Y al passo que se rien el se enoja:
 Vè que apearse à levantarle es fuerza;
 Mucho le anima , pero mas se moja,
 Mucho se moja ; y entre varios modos;
 Mas es el gusto con que alegra à todos.
 Al coche , que alma de bellezas lleva,
 Otro de noble juventud se ajusta,
 Aquel se cubre ; porque à si se deba
 De este à los ruegos , lo que el mismo gusta:
 Corren los velos ; quando alguno prueba,
 Que hacerlos tal favor es cosa justa,
 Y aunque ser vista cada qual desea,
 Atenta aqui su industria lo escasea.

DESCRIPCION DE LA FIESTA

Si va algunopreciado de entendido,
 Picado de otro amor, busca desquite,
 Habla, enamora, muéstrase rendido,
 Y él mismo se responde, y se compite:
 Si algun concepto no le dan oído,
 Hasta que le celebran le repite,
 Negocia mas, si prometió el mas mudo;
 Y él, como herege, se perdió de agudo.
 Sale a cavallo con ayroso brio,
 El que puede preciarse de gallardo,
 Y el bizarro animal, al hierro impio
 Muerde, porque es de su lealtad resguardo:
 Si el pie le hiere, venga en el rocío
 La ley del freno, y con el passo tardo
 El cuello baxa, y con la élin se enreda,
 Y en un mismo lugar anda, y se queda.
 Otro, que menos cuerdo se corrige,
 Se enfurece, se oprime, y se congoxa;
 Y quando mas con el furor se affige,
 Con blanca espuma, pecho, y brazos moja:
 Si de la rienda alguna vez colige,
 Que le dará licencia, si el se arroja,
 Corre en el viento, soslegado para,
 Y los pechos se limpia con la cara.
 Quando su dueño con dichoso aliento
 Sigue en el coche un Sol en nada esquivo,
 Haciendole capaz de aqueste intento,
 Parece que va unido al mismo estrivo;
 No diré yo, que a la beldad atento,
 Tan quieto está, que no parece vivo,
 Pero diré, que a su quietud se debe,
 Tal vez poder trocar al fuego en nieve.
 El que no lleva prevencion tan grave,
 Se vale de la industria de las puentes,
 Paga corto estipendio, porque sabe,
 Que nacen de no darle inconvenientes:
 Tal gusta de que el dueño no se alabe,
 Que le lleva interés, y así impacientes;
 Sobré si ha de pagar, ó fino paga,
 Lo que Neptuno enciende, Baco apaga.

En carros yaze aquel licor,
 Que en Yepes nace, ò vive en la Membrilla;
 Y de Lillo el mulato tan brioso,
 Que aun viendo su color nunca se humilla;
 Llega el de Manzanares perezoso,
 Porque el credito pierde en esta orilla;
 Mas todos dicen, viendole tan hombre,
 Que es diverso el valor, si es uno el nombre:
 Si alguno, que se precia de destreza,
 Un poco se desouyda, y no se escapa;
 Qual diestro jugador, en la cabeza
 Le dà el del Santo de la media capa:
 Cae en el suelo à levantarse empieza,
 El cerebro de tufo se le empapa,
 La gente se le acerca, y con la rifa,
 A los muchachos del fracaso avifa.
 Passa el galàn, y si mirò à su dama
 Con mas despejos que permite el dia;
 Zelos avivan de su amor la llama,
 Que con zelos amor nunca se enfria:
 Ella atendiendo à su pesar la llama,
 El de lo mismo que ama se desvia;
 Ella se vâ acercando, si èl se alexa,
 Y èl se buelve à llegar, si ella le dexa:
 Aprietase el sombrero, al Cielo mira,
 Ablandase la barba, el labio muerde;
 Baxa al suelo los ojos, y suspira,
 A otra se llega à hablar, y el tiempo pierde:
 Si ella se acerca, entonces se retira,
 Zelosa llega, èl dicè que se acuerde
 De aquel suceso en que su amor la culpa,
 Y la venganza viene à ser disculpa.
 Como si èl fuera menos agraviado,
 Los ènojos passados buelve en ruego;
 Dicela de su amor, y su cuidado,
 Tratala de su pena, y de su fuego:
 Ella finge de verle injusto enfado,
 Llega la amiga à intervenir, y luego
 Su amor piadosamente le recibe,
 Que es estrangero, y de invenciones vive:

DESCRIPCION DE LA FIESTA

Si de alguna el donayre., ò la hermosura
 Rindiò en otro la vista, y el deseo,
 Segunda vez mirar su luz procura,
 Y queda siempre de su amor trofeo:
 Con aliento, recato, y compostura,
 Principio quiere dàr à aqueste empleo;
 Y quando para hablar tiene ocasiones,
 La turbacion le quita las razones.

O Amor, no eres el mismo que solias;
 Yà has olvidado, Amor, el arco, y flechas;
 Yà son mas infufribles tus porfias,
 Y de mas fuertes armas te aprovechas:
 Con fuego hieres en aquestos dias,
 Tu boca aora con la venda estrechas;
 La vista dexas libre, y así dudo,
 Si eres yà ciego Amor, ò si eres mudo;

A la razon que mal formada dice,
 Ayudan luego à proseguir los ojos;
 Ella ni dà favor, ni contradice,
 Si de su esposo teme los enojos:
 Hace que la verguenza la matice
 Las dos mexillas con granates róxos;
 Mirala así, y adquiere el rostro noble
 Doblada estimacion, hermoso al doble.

En otra parte, si de Amor se trata,
 Que apenas ay quien trate de otra cosa;
 En copiosos conceptos se dilata
 La juventud alegre, y licenciosa:
 Qual varias prendas de un galàn retrata;
 Qual dulces gracias de una dama hermo,
 Y qual llega à decir amores vanos,
 Menos necio en la lengua, que en las manos;

Quien no puede llegar tan atrevido,
 Porque ve que acompañan à su dueño;
 La madre, ò la vecina, que ha perdido;
 Tal vez curiosa para verle el sueño:
 Desde lexos la sigue, y advertido
 Agradece, y estima el corto empeño;
 Que rostro, y ojos à bolver la obliga,
 Pues bolviendo su luz, su ardor mitiga;

Si ella interrumpe el movimiento leve,
 Cessa tambien en èl el mismo intento;
 Que como un alma sus potencias mueve;
 Ha de ser uno mismo el movimiento;
 Ponerse en parte donde no le lleve
 Pension de algun disgusto aquel contento;
 Descuydarse las guardas, su amor vela,
 Llega, y hace al cuydado centinela.

Habla, presume, rinde, y enamora
 Cuerdo, atento, galàn, discreto, afable;
 Responde, atiende, nada ignora,
 Bizarro, prevenido, honesto, amable;
 Encarece, discurre, y se mejora,
 Promete, que su amor serà inviolable;
 Detiene, importuna, un favor pide;
 Con èl se alegra, teme, y se despide.

Al que le llama inclinacion mas dura,
 Y de amor la lisonja no le agrada,
 Trueca de sus deleytes la dulzura
 Por la dexterza de la negra espada:
 Entra à tomarla, y pierde su cordura;
 Si del otro la colera le enfada;
 Buelve à partir, esperanse mas diestros;
 Y solo paz enseñan los Maestros.

Si el que dexò la espada tiene amigos;
 Todos se arrojan juntos à cogerla;
 Conoce el otro así sus enemigos,
 Y yà casi le pesa de tenerla:
 Mas viendo, que ay de su faccion testigos;
 Que podrán ampararle, y defenderla,
 Se alienta, y entre colera tan brava,
 La negra empieza, mas la blanca acaba.

Los que opinion, y credito reciben
 De fuertes, alentados, y ligeros,
 En otro espacio alegre se aperciben;
 O yà à correr, ò yà à luchar grosseros;
 Quando la seña de salir perciben,
 Parten furiosos, llegan los primeros;
 El premio cogen, paran prevenidos;
 Y los que menos corren van corridos.

DESCRIPCION DE LA FIESTA

Luego la barra con la mano aprietan,
 El cuerpo buelven, y de sí la arrojan;
 Los que miran estorvan, y se quietan,
 Los que ritan se cansan, y se enojan:
 La mano escupen, y la palma inquietan;
 Rostro, y cabello por los poros mojan,
 Los brazos, y los miembros se desencaxan,
 Y compitiendo, por vencer trabajan.
 En cavallos de campo bien dispuestos
 Andan algunos, que alegrarse saben,
 A varias burlas, y contento expuestos;
 Intentando que todos los alaben:
 Vnos träs otros corren descompuestos,
 De suerte, que en el sitio apenas caben,
 Pues por huir donde el bruto huella,
 Aquel tropieza, el otro se atropella.
 Toda esta fiesta para en la fortija,
 Que sin costosa prevención se traza,
 Ponenla en una cuerda, que prolija
 Las armas de dos árboles abraza;
 El que antes puede presurosa aguija,
 Y el duro cuento de una lanza embraza;
 Ponese en su lugar, y atento espera,
 Que passe el que está puesto en la carrera.
 A ranas dotas divertido atiende,
 Que de poner la lanza se le olvida,
 Y aunque todos se rien, no se ofende;
 Ni entonces su disculpa es permitida,
 Solo allí la paciencia le defiende,
 Danle luego una vena, y admitida,
 Porque su error à tal rigor le obligue;
 Espera que la yerre el que se sigue.
 No tarda no, en llegarle su esperanza;
 Pues otro al punto con valor se oponè;
 Afirma bien el brazo con la lanza,
 Y en la silla se ajusta, y se compone:
 Juzga que està el suceffo en la pujanza;
 Y al blando hjar del bruto el hierro pone;
 Su mismo aliento estorva à su cuydado,
 Con el asta se enreda, y mide el prado.

Passan con mas destreza, ò mas ventura
 Los demás, y folsiegase la gente;
 Pero aquesta quietud el tiempo dura;
 Que el fracato de alguno lo consiente:
 El que corrió velòz con mas cordura
 Feliz el hierro en la forrija siente,
 Todos le dãn aplausos, èl se parte,
 Y el concurso à otros gustos se reparte.
 La gente mas comun lleva instrumentos
 Tambien comunes, y à su estado iguales;
 Tomar entre las yervas sus asientos
 Con varia rifa, y voces desiguales:
 Hacen luego ligeros movimientos,
 Imitando las fiestas Baccanales,
 Con que à Dionisio celebraba Grecia;
 Si bien aqui no es ocasion tan necia.
 Allí se escuchan rústicas sonajas,
 Llevando à una guitarra el contrapunto;
 Y el mas jovial procura hacer se rajas,
 Si començar le dieron por assumpto;
 Desfouda yà la sien, las manos baxas,
 Hace una seña, y nunca pierde el punto:
 Su consorte lo advierte, y sale luego,
 Que en el deseo es escusado el ruego.
 Despues que al pulgar toco preso dexa
 Entre prisiones, donde lustre adquiere;
 Toca el necio instrumento que se quexa,
 Al mismo tiempo que la palma hiere:
 Con el sèn las mudanzas aconseja,
 Canfase tanto, que dexarlo quierese
 Y elige entre el canfancio, y sufrimiento
 Dexar despues el bayle, que el aliento.
 En otras partes es mas rudo Orfeo,
 Pues con Lyra de pieles estendidas
 Dexa cumplido aquel vulgar deseo;
 Y sus teves pasiones divertidas:
 Un arbol cuyda de que el Dios Timbreo
 No ofenda sus personas, y sus vidas,
 Que quando el regocijo no es injusto,
 Aun las damas tambien cuidan del gusto:

DESCRIPCION DE LA FIESTA

Siempre à los instrumentos de Zamora
 Acompaña una esquadra de Galicia;
 La que ha valido, un poco se mejora;
 Y solo el brio en la que entrò codicia:
 Esta con el cansancio se empeora,
 Al son otra obediente se desquicia,
 Y aunque à los pies les bañan sus humores;
 Calla el olfato por algunas flores.
 Nieva à trechos el campo blanco lino,
 Y saca el gusto sus copiosas tiendas,
 Preside en grana à todas el tocino,
 Que es el havito y à de las meriendas;
 A su presencia traen el rubio vino,
 Y por deudas de sed le sacan prendas;
 Mas el por no perder de su decoro,
 Como es fiador, à todos paga en oro;
 Sale tambien la càndida empanada
 De rostro hermosa, y de cintura fea;
 A todos juntos su belleza agrada,
 Y cada qual la mira, y la desea:
 Llegase el tiempo, y como vâ preñada;
 Diligente el que trincha la partea;
 Mas afirma en lo poco que descubre,
 Que el Figon hace grandes quantos cubre;
 Con su tericia vienen los rellenos,
 Dilatado el capon, corto el chorizo,
 Que forma lo profundo de sus senos;
 De negro, y nacar un color mestizo:
 Por cuello angosto llueve haciendo truenos;
 El licor, que otra vez los satisfizo;
 Uno en su ardor la tempestad aclama,
 Y por quitarla al otro, la derrama.
 Comen à a queste tiempo dos criados,
 Si viene desmandada alguna presa,
 Y medran los mendigos porfiados
 Si ay algunos piadosos en la mesa:
 Cuentan les con embidia los bocados;
 Mucho de tanta caridad les pesa,
 Y aunq̃ à sus amos tienen por tan buenos;
 Ellos son los que dãn, pues lo echan menos

Tal vez por dár mas lustre à tanta fiesta,
 Y porque el Sol no asista en ella solo,
 De otro Sol la presencia manifiesta,
 Que aun tiene comperència al mismo Apolo;
 Llenase de contento la Floresta,
 Y corren todós à mirar el Polo,
 Donde illustres se mueven , donde vienen
 Diversos Cielos, que un origen tienen.
 Tiran un coche seis hermosas Pias,
 En quien porque el marfil no quede ufano;
 Naturaleza ocasiona algunos dias,
 Quiso mancharle con su misma mano:
 Consultólas en Tigres nunca impias,
 Mas juzgo yo , que no fue intento vano;
 Pues como à tal Leon las ordenaba
 Tigres sin fiereza las formaba.

Sin guarda, porque à ser la mejor guarda;
 La lealtad, quiere honor, que se anticipe;
 Viene el Quarto Felipe , porque aguarda,
 Que todo de su vista participe:
 Ninguno de mirarla se acobarda,
 Que aunque sin ser Planeta, es Sol Felipe;
 Aguila siempre el Español suspira
 Por ver su luz , que atentamente admira;

Juntos repiten con alegres voces,
 Viendo el Augusto rostro de su dueño
 En paz tranquila, dulce amable, goce
 El mundo superior, siendo pequeño:
 Tus enemigos barbaros, atroces,
 Temán tus armas en qualquier empeño;
 Y tu vivas dichoso, de tal suerte,
 Que se debas olvidos à la muerte.

Rige, defiende, reyna alegres años,
 Conserva, estima, aumenta la Justicia;
 Rompe, destruye, ausenta los engaños;
 Alienta, premia, esfuerza la Milicia:
 Prevèn, advierte, escucha de engaños;
 Vence, aparta, castiga la malicia,
 Juez sabio, Señor fuerte, Rey atento;
 Sin que se falte à tanto pelo aliento.

DESCRIPCION DE LA FIESTA

Y tu, bella Isabèl, otros repiten,
 Pues reynas en las almas, y en los ojos;
 Pues en ti las virtudes se compiten,
 Goza tu amado esposo sin enojos;
 Y pues dos à un asiento no se admiten;
 Pues tienes yà las almas por despojos,
 Dueño del pecho del Monarca Hiberio;
 Mas noble Reyno gozas, mas Imperio.
 Veas de fuertes hijos tantos nietos,
 Que el tiempo no se atreva à tu memoria;
 Y à la eloquencia falten epitectos,
 Con que poder manifestar su gloria:
 Admitante piadosos, y discretos,
 Y pues solo es feliz la buena historia;
 Su fiel valor ocasionar presume,
 Con siempre noble espada, docta pluma:
 Quando à mirar se ponen la hermosura
 Del Alva, que en Escocia anoheciera;
 Si para nuestro daño su ventura,
 Menos que la hermosura en esto fuera;
 Con dichosos aplausos se asegura
 De la Corona, que en Vngria espera;
 Pues quando el viento con las voces lucha;
 Felices nuncios del suceso escucha.
 Llegues alegre al talamo, profigue
 El que la mira con amor discreto,
 Que aunque tal vez à la razon persigue;
 Siempre fue del amor freno el respeto:
 Esto repite, y juntamente sigue
 El coche, mas no se si deste efecto
 Es el afecto causa, ò sigue el coche;
 Temiendo à falta de su luz la noche.
 Miran de Carlos el valor prudente,
 Y à sus oidos la alabanza alcanza;
 Pero tanta prudencia justamente
 Sus hiperboles logra la alabanza:
 O quanto ampàro en èl la virtud sienta!
 O quanto alienta en todos la esperanza!
 De que aunque el enemigo mas se asombre;
 No ha de ser solo Carlos en el nombre.



Alguno dice: yo verè su espada,
 Si la dispone el poderoso Cielo,
 De la sangre Otomana mas bañada;
 Que la suya mirò su visabuelos,
 Y restaurando la Ciudad Sagrada;
 Verè un portal, que tuvo un Sol al yelo;
 Y otro responde: Pues tambien te empleas;
 Dios lo permite. así, y que tu lo veas.
 Adornado de purpura: à Fernando
 Le dån dilatadas bendiciones,
 Que la embidia le fuera murmurando;
 Si hubiera embidia en tales ocasiones:
 Con el havito à todos vâ mostrando
 Su estado, su virtud, y obligaciones;
 Dichoso tu, que yâ podràs, Toledo,
 Con tal Pastor desconocer al miedo.
 Y yo me acuerdo, que tambien decia,
 Lleno de noble afecto, aqui no es necio;
 Ruego à los Cielos que se llegue el dia,
 Que la Tyara à tu piedad sea precio;
 Y que quando del tiempo la porfia,
 Dura te oprima en su fatal desprecio;
 Eterno Reyno adquirieras: nunca escaso
 Ha sido amor; y aqui detuvo el passo.
 A aqueste Cielo; que con soles tantos
 Tiene del Sol los rayos embaldiosos;
 Dando à la admiracion cuerdos espantos;
 Otros de Estrellas siguen luminosos:
 O quantos ciega su esplendor! O quantos;
 Aunq̃ advierten su incendio, estàn gloriosos;
 Y nobles mariposas de las damas,
 Por llegar se à la luz, sienten sus llamas.
 Una se ordena, y viste de: encarnado,
 Otra al color azul el temor pierde,
 Tal conforma su gusto al noguerado;
 Y tal morena se atrevió à lo verde:
 Dà indicios de congoja lo leonado,
 Y la que quiere que su amor se acuerde;
 Con la flor del romero se eterniza,
 Pues à su fuego cubre con ceniza.

DESCRIPCION DE LA FIESTA

Quando el Sol vè à la gente tan contenta;
 Siglos hacer quisiera de aquel dia,
 Mas comiènza à tener su justa afrenta;
 Pues qualquiera à sus rayos desafia:
 A los cavallos, que con luz alienta;
 Corrido que se ausenten los porfia,
 Rompen las riendas, en el mar se arrojan;
 Y en el se anegan, aunque no se mojan.
 Luego la noche perezosa viene,
 Y à desandar comienzan el camino;
 El que mas zelos, mas cuydados tiene;
 Y el mas amante la ocasion previno:
 Este guarda à su dama, y se detiene,
 Al otro le acomoda su destino,
 Que quando su interès à amor le importà;
 Tambien suele mirar con luz mas corta.
 Con esto cada qual llega à su casa,
 Y à zeloso, y à alegre, y à inconstante;
 Y à confuso, y à el pecho buuelto en brasa;
 El galàn, el esposo, ò el amante:
 Su esplendor comunica mas escasa
 Del Cielo Venus càndido diamante;
 Acabase la fiesta, el rumor huye,
 Y à su cansancio el sueño substituye:

Acabò de esta suerte su descripcion el noble Hipolito. Diéronle
 agradecimientos al passo que avia sido el gusto que avian recibido
 con ella. Continuo despues el visitar, con el recato que era justo, à
 la causa de sus passadas peregrinaciones, y nosotros pondremos à
 ellas, y à su Historia fin, deseando, que entre la dulzura, y variedad
 de los sucessos, coja, quien passare por ellos los ojos, el fruto de la imi-
 tacion en las acciones loables, el gusto de divertirse en las entrañas,
 y los visos para escarmentar en las menos imitables. Este es el inten-
 to que he tenido en este assunto, como verà claramente quien con
 atencion leyere sus discursos, y advirtiendo al cuydado
 las sentencias, no se escusare de observar
 sus avisos.

F I N.